LA DAMA DE LAS CAMELIAS

de Alexandre Dumas



Publicado por Planet PDF. Visita el sitio para descargar ebooks de literatura, libros y novelas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial 3.0 Estados Unidos.

La dama de las camelias de Alexandre Dumas

CAPÍTULO I

Tengo la convicción de que no se pueden crear personajes sin haber estudiado mucho la humanidad, como de que no se puede hablar un idioma sin aprenderlo antes perfectamente.

No teniendo, como no tengo, la edad indispensable para inventar, he de contentarme con referir.

Creo que el lector se persuadirá pronto de la veracidad de la presente historia, cuyos personajes, excepto la heroína, viven aún.

Muchos testigos existen en París de la mayor parte de los hechos que voy a consignar, los cuales podrían confirmarlos, si mi testimonio no fuese bastante.

Una circunstancia especial hace que sólo yo pueda narrarlos, puesto que soy el único confidente de los más íntimos detalles, sin los cuales sería imposible hacer una relación interesante y completa.

Debo comenzar explicando la singular manera cómo llegaron a mi tales pormenores.

El día 12 de marzo de 1847, llamó mi atención un cartel amarillo fijado en una casa de la calle Laffite. En él se anunciaba la venta de muebles y objetos curiosos, venta que iba a verificarse por haber fallecido su poseedor. En dicho anuncio no se citaba el nombre del difunto, pero sí que debía tener lugar la venta en la calle de Antín, número 9, el día 16, de las doce a las cinco de la tarde.

Decía el anuncio, además, que podían visitarse las habitaciones y los muebles durante los días 13 y 14.

Como soy aficionado a curiosidades, decidí aprovechar la ocasión, si no para comprar, para satisfacer al menos mi costumbre.

Presentéme, pues, al otro día en la calle de Antín, número 9, y por más que creía ser de los primeros, encontré que se me habían anticipado varios.

Entre la muchedumbre había algunas señoras que, si bien lucían ricos vestidos de terciopelo y abrigos de cachemir, y eran esperadas en la puerta por lujosos carruajes, contemplaban admiradas, si no envidiosas, aquel cúmulo deslumbrante de objetos, tan ricos como artísticos. Después me expliqué tanta admiración y asombro, pues, examinándolos también, noté que me hallaba en la que fué morada de una cortesana.

Sabido es el prurito que sienten las señoras del gran mundo por escudriñar el interior doméstico de ciertas mujeres, cuyos soberbios troncos salpican de lodo sus carretelas, que al par de ellas y entre ellas tienen su palco en la Ópera y en los italianos, haciendo pública ostentación de su belleza, de sus galas y de sus escándalos.

La que habitó la casa en que me hallaba, había muerto; podían, por lo tanto, penetrar en su gabinete las damas más virtuosas. La muerte había desinfectado la atmósfera de aquella espléndida sentina y, sobre todo, podían, hasta las más escrupulosas, pretextar que acudían a una venta, ignorantes de los pormenores de la casa a que se las llamaba.

Habían leído unos anuncios, querían ver lo que por ellos se prometía, y elegir anticipadamente; nada más natural, lo que no era obstáculo para que entre aquel conjunto de maravillas procurasen encontrar las huellas de la meretriz sobre cuya vida debían haber oído tan raras como extrañas aventuras.

Pero los misterios habían desaparecido con el fallecimiento de la heroína, y no obstante sus buenas intenciones, no pudieron encontrar aquellas damas, nada que no fuese lo que podía venderse después de la muerte de la belleza que animaba aquellas maravillas.

Podían hacerse buenas adquisiciones, puesto que cuantos objetos había expuestos eran verdaderamente magníficos. Muebles de palo de rosa y de álamo blanco, porcelanas de Sèvres y de China, bronces de Sajonia, ricas tapicerías, raso, seda, metales preciosos; nada faltaba.

Recorrí las habitaciones, siguiendo a los demás. Las damas que me precedían entraron en un gabinete tapizado de tela persa; iba yo a penetrar también, cuando ellas retrocedieron sonriendo como avergonzadas de su curiosidad. Esto avivó más mi deseo y entré: era la pieza tocador, en la que se manifestaba la extremada prodigalidad de la difunta, con todos sus detalles y buen gusto.

Diseminados en artístico desorden, sobre una gran mesa, ostentábanse mil tesoros de Oudiot y Aucoc.

Existían allí todos los infinitos objetos necesarios al tocador de una mujer como la que vivió en aquella casa no habiendo uno que no fuese de oro o de plata. Y eso que aquel armónico conjunto se había agrupado por las diversas manos de distintos amores.

Como yo estaba curado de espanto, entretúveme minuciosamente en examinar detalles, y pude observar que todos aquellos objetos trabajados con tanto artificio, iban marcados por diferentes cifras y blasones.

Examinando aquellos ricos e innumerables datos equivalentes a otras tantas concesiones de la pobre joven, me decía a mí mismo: «Dios se le ha manifestado muy compasivo no dejando que sucumbiera al castigo común, permitiéndole morir rodeada de lujo y belleza, y sin llegar a la vejez, primera muerte de las mujeres libres».

En efecto, ¿puede darse nada más horroroso que la vejez de la prostitución, sobre todo en la mujer? Privada de toda dignidad, no inspira ninguna clase de interés. El remordimiento continuo, no del mal camino recorrido, sino de la falta de cálculo y del dinero malversado, es una cosa verdaderamente triste. Conocí a una de estas desgraciadas ancianas, que de su pasado no le quedaba más que una hija, tan hermosa como lo había sido ella según testimonio de sus contemporáneos. Aquella desgraciada criatura, a la que su madre jamás había dado el nombre de *hija* para otra cosa que para ordenarle que sostuviese su vejez, en compensación de haberla mantenido en su infancia, se llamaba Luisa, y por obediencia a *su madre*, se abandonaba al vicio sin voluntad, sin pasión, sin goce alguno, de igual manera que hubiera ejercido, si se lo hubiesen enseñado, un oficio cualquiera.

El hábito continuo del libertinaje, en el cual había nacido, unido a una naturaleza débil y enfermiza, habían privado a la pobre niña de la distinción

entre el bien y el mal, que si Dios se la había concedido al nacer, nadie había cuidado de arraigar.

Nunca se borrará su recuerdo de mi memoria. Me parece que la veo diariamente y a la misma hora atravesar los *boulevares*, acompañada de su madre, con la asiduidad propia con que las madres dignas de serlo, acompañan a sus propias hijas. Como yo era muy joven no me repugnaba, ni preocupaba por la ligera moral de mi siglo.

No obstante, recuerdo que aquella escandalosa vigilancia me repugnaba e infundía desprecio.

Añádase a ello que jamás se ha pintado rostro de virgen con mayor aureola de inocencia, con parecida expresión de sufrimiento.

Podía decirse que simbolizaba la resignación.

Un día el rostro de aquella criatura pareció iluminarse. De entre los desenfrenos de que su madre tenía la llave, pareció que Dios permitía brotar cierta ventura. Y, bien considerado, ¿por qué Dios, que no le concediera fuerzas, la había de dejar sin ayuda, bajo el enorme peso de la vida?

Aquel día, pues, Luisa sintió que iba a ser madre, y lo que le quedaba aún de casto, se estremeció con su alma. La pobre niña corrió a participárselo a su madre para compartirse la alegría. Rubor cuesta el decirlo, y no consigno una inmoralidad por puro capricho, doy fe de un hecho. Tal vez obraría mejor callándolo, si no creyese, como creo, que conviene revelar los martirios de estas infelices que el mundo condena sin oirlas y desprecia sin juzgarlas; rubor causa, repito, pero la madre contestó a la hija, que su miseria era ya extremada para las dos y que para las tres sería insoportable, añadiendo que semejantes criaturas son inútiles y que el período del embarazo es tiempo perdido.

Al día siguiente, *cierta mujer*, muy amada de la madre, visitó a Luisa. La desgraciada joven guardó cama unos días, pasados los cuales se levantó aún más pálida y débil que de costumbre. Algunos meses después inspiró compasión a un hombre que se propuso su curación física y moral; pero la última crisis había sido tan violenta, que su naturaleza no pudo dominarla y falleció a causa de un alumbramiento prematuro.

Su madre sobrevivió. ¿De qué manera? Dios lo sabe.

Mientras contemplaba aquellos caprichos artísticos, recordaba esta historia, y al desvanecerse mi ensimismamiento, observé que me habían dejado solo, digo mal, había en la puerta un centinela observando con atención, para evitar sin duda, que me llevase alguno de aquellos preciosos objetos, y al cual le dije:

—Amigo, ¿podríais decirme el nombre de la persona que vivió aquí?

—La señorita Margarita Gautier. Yo la conocía perfectamente.

—¡Cómo!—exclamé;—¿Margarita ha muerto?

—Sí, señor.

—¿Hace mucho?

—Unas tres semanas.

—¿Y por qué se permite visitar estas habitaciones?

—Sus acreedores creen que así aumentará el precio de los objetos. Pudiendo apreciarse el efecto que producen los muebles colocados en su sitio, se estimula a los compradores.

—¿De modo que Margarita tenía deudas?

—Muchísimas, señor.

—¿Y podrán cubrirse con la venta?

—Con exceso.

—¿A quién corresponderá el sobrante?

—A su familia.

—¿Tenía familia?

—Así parece.

—Gracias, amigo—le dije retirándome.

Tranquilizado el vigilante, me saludó a su vez.

¡Pobre joven!—me decía dirigiéndome a mi casa;—muy triste ha de haber sido su muerte, sin deudos ni amigos, pues no los tiene la mujer que, como ella, no goza de salud. ¡Y a qué negarlo! me entristecía el recuerdo de la desgraciada Margarita.

Tal vez este sentimentalismo parecerá ridículo a ciertas gentes; pero mi indulgencia para con estas desdichadas es tal, que no me tomo el trabajo de discutirla.

Cierto día que iba a despachar un pasaporte en la prefectura, vi a dos gendarmes conduciendo a una pobre joven desolada y triste. No sé ni quise saber qué falta había cometido; pero puedo asegurar que lloraba tiernamente abrazando y besando a una criatura de pocos meses de la que su arresto la separaba.

Desde entonces no he podido despreciar a ninguna mujer.

CAPÍTULO II

El día diez y seis era el señalado para la venta.

Se había dejado un día en claro entre los de las visitas y el de la venta, al objeto de que los tapiceros pudiesen descolgar los cortinajes y demás objetos, preparándolo todo de manera conveniente.

Yo llegaba de cierto viaje, y por lo tanto no era de extrañar que nadie me hubiese noticiado la muerte de Margarita, como un importante acontecimiento de los que los amigos cuentan siempre al que regresa a la capital de las noticias.

Margarita era una mujer notable y bella; pero así como es verdad que la existencia bullidora de las mujeres de su clase da mucho que hablar, no lo es menos que su muerte apenas deja rastro.

Son soles que se ponen como salieron; sin crepúsculo.

Cuando mueren jóvenes, saben su muerte todos sus amantes a un tiempo, pues en París acostumbran ser amigos casi todos los adoradores de una cortesana. Cámbianse entre unos y otros algunas palabras de recuerdo y luego sigue deslizándose la vida de todos, sin que por ello se derrame una sola lágrima.

En pasando un joven de los veinticinco años, son las lágrimas una cosa tan rara, que no pueden, como el dinero, malgastarse para la primera mujer que se presente.

Los parientes que pagan para que se les llore, mucho consiguen si lo son a razón del dinero que a ello destinan.

De mí puedo decir que, si bien mis iniciales no estaban grabadas en ninguno de los neceseres de Margarita, mi indulgencia instintiva y mis naturales sentimientos, me hicieron deplorar su pérdida más tiempo, tal vez, del que se merecía.

Recordaba haberme encontrado frecuentemente en los Campos Elíseos con Margarita, a donde acudía casi diariamente un pequeño tílburi azul, arrastrado por dos soberbios caballos bayos, llamándome la atención su aire distinguido y poco común en las mujeres de su especie, aire que realzaba su clásica belleza.

Cuando estas desdichadas criaturas salen de casa, acostumbran ir acompañadas de quien nadie conoce.

Como no hay quien se permita revelar en público el amor nocturno que les dedica, y ellas aborrecen la soledad, se hacen acompañar de las que, menos afortunadas, no tienen carruaje, o por alguna vieja elegante, cuyo lujo no tiene origen conocido, y a la que puede todo el mundo dirigirse, en la seguridad de que obtendrá las noticias que le convengan acerca de la mujer acompañada.

Con Margarita sucedía lo contrario.

Siempre iba sola a los Campos Elíseos, ocultándose cuanto podía en el fondo de su carruaje, envuelta en cachemires en invierno, y vestida en verano con elegante sencillez; y por más que en su paseo favorito se encontrase con muchos conocidos, si sonreía alguna vez al saludarles, era con una sonrisa visible únicamente para el interesado, y tan distinguida, que se la podía tomar por una duquesa.

No paseaba Margarita desde la entrada de los Campos a la plazoleta, como sus colegas; iba directamente al bosque y allí se apeaba del carruaje, paseando cosa de una hora. Después volvía a subir al tílburi, dirigiéndose rápidamente a su casa, donde entraba al trote de sus caballos.

Los expresados detalles, de que yo había sido testigo distintas veces, reflejábanse en mi imaginación y me hacían deplorar su muerte como si se tratara de la destrucción de una obra artística, pues era difícil, si no imposible, encontrar una hermosura más seductora que la de Margarita.

Delgada y alta hasta el límite de lo bello, poseía en sumo grado el secreto de salvar esta exageración de la Naturaleza, que armonizaba perfectamente

con su manera de vestir.

Su gran cachemir, cuya punta besaba sus huellas, contrastaba artísticamente con los largos pliegues de su vestido de seda, por entrambos lados, y el manguito en que guarecía sus aristocráticas manos y que apoyaba siempre contra su pecho, aparecía orlado de pliegues con tanta habilidad combinados que el dibujante más escrupuloso nada hubiera podido corregir.

Su cabeza parecía modelada por la coquetería misma. Era graciosa y pequeña como la de un niño, y parecía que su madre, como diría Musset, no podía haberla hecho mejor para hacerla con esmero.

Coloquemos en un óvalo de indescriptible rasgo, dos grandes ojos negros bajo unas cejas tan gallardamente arqueadas y finas, que parecían obra de un pintor; velemos estos ojos con largas y sedosas pestañas, que al bajarse sombreen el rosado matiz de sus mejillas; dibujemos una nariz recta, espiritual, cuyas ventanas algo abiertas indiquen una sensualidad ardiente y exquisita; pintemos una boca regular, cuyos labios entreabiertos, con gracia singular, contrasten perfectamente con unos dientes blancos como la leche; esmaltemos el cutis con el sutil aterciopelado del melocotón no tocado por la mano del hombre, y tendremos una idea de aquella cabeza seductora.

Tenía una cabellera negra como el azabache, ligeramente ondulada por la Naturaleza, y que se dividía sobre su frente para enlazarse de nuevo sobre la nuca, dejando al descubierto la parte de oreja necesaria para mostrar la belleza de su pequeñez y hacer ostentación de dos diamantes estimados en ocho o diez mil francos.

El desenfreno de su vida no robaba a Margarita el tinte virginal y hasta infantil de aquel rostro admirable, cosa que jamás pude explicarme.

Poseía un magnífico retrato suyo, trazado por Vidal, cuyo pincel era el único que podía reproducirla.

Después de su muerte he tenido en mi poder este retrato, cuya extraordinaria semejanza me ha suministrado cuantos detalles me negaba la memoria.

Varios de los que incluyo en este capítulo, los he adquirido más tarde, pero los consigno seguidamente para no tener que retroceder al comenzar la historia que estoy escribiendo.

Margarita concurría con asiduidad a todas las primeras representaciones, compartiendo sus noches entre los espectáculos y los bailes.

Siempre que había estreno, se presentaba en el teatro llevando consigo tres objetos que parecían inseparables de su persona y que ostentaba juntos en su palco: sus lentes de teatro, un ramo de camelias y un cucurucho de dulces.

El ramo de camelias era blanco veinticinco días del mes, y encarnado los cinco restantes.

Nadie supo jamás el por qué de este cambio de colores, que consigno sin poder explicarlo, y que cuantos concurrían a los teatros a que asistía Margarita, como sus amigos y aun yo mismo, habíamos observado y comentado.

Nunca supo nadie que Margarita llevase otras flores que camelias; de manera que en casa de madame Boujon, su florista, la llamaban La Dama de las Camelias y por este nombre se la conocía.

Todos los que frecuentábamos ciertos círculos de París, sabíamos que Margarita había sido querida de los jóvenes más elegantes, que lo decía sin recato, y que ellos mismos se jactaban de ello, lo cual prueba que amadores y amada estaban mutuamente satisfechos; pero hacía como tres años, que de vuelta de un viaje a Bagneres, no vivía, al decir de las gentes, con otra compañía que la de un viejo duque extranjero y muy rico, que procuraba apartarla todo lo posible de su manera de vivir anterior, añadiéndose que Margarita se complacía en satisfacer los deseos del viejo.

He aquí lo que sobre el particular puedo exponer:

Entre los enfermos de Bagneres se hallaba la hija del tal duque, la cual, sobre padecer la misma enfermedad que Margarita, se le parecía físicamente hasta el extremo de confundirlas o tomarlas por hermanas; con la única diferencia de que la joven hija del duque estaba en el último grado de la enfermedad y murió a los tres días de la llegada de Margarita.

El duque, que no sabía dejar el suelo de Bagneres, por tener sepultado en él tan gran parte de su corazón se fijó en Margarita cierto día que la halló al revolver de un corredor.

Le pareció ver la sombra de su hija, y dirigiéndosele maquinalmente, le tomó las manos, la abrazó, y sin preguntarle quién era, le suplicó, llorando tiernamente, permiso para verla y adorar en ella la imagen de su difunta hija.

Margarita, sola en Bagneres con su camarera y sin peligro de comprometerse, accedió fácilmente a las súplicas del anciano.

Alguien que la conocía advirtió al duque de la vida que llevaba la señorita Gautier, lo cual fué una crueldad que hirió vivamente al pobre viejo, pues dejaba de parecerse a su hija en lo más esencial; pero la oficiosidad llegó tarde, Margarita era ya una necesidad para la vida del Duque; su único pretexto para prolongarla.

Ni siquiera le hizo cargos de ninguna especie, pues carecía de derecho para hacérselos; se limitó a preguntarle si se creía con valor suficiente para mudar de vida, ofreciéndole, en cambio, cuantas compensaciones pudiera desear.

Ella se lo prometió sin vacilación.

En aquellos momentos se sentía enferma y en el ardimiento de su naturaleza decaída.

Veía en el pasado las principales causas de su enfermedad, y un rayo de superstición, tal vez, le hizo entrever que Dios podía conservar su belleza y devolverle la salud, en cambio de un arrepentimiento más o menos verdadero.

Luego las aguas, los paseos, el cansancio natural y el sueño la habían restablecido, al parecer, al terminar el verano.

El duque la acompañó a París donde siguió visitándola como en Bagneres.

Tal amistad, de la que no se sabía en París la causa ni el origen, causó gran sensación, pues el duque, conocido por el prisma de sus riquezas, dábase a conocer por el de su prodigalidad.

Los viejos acostumbran ser exagerados cuando se entregan al libertinaje, y creyóse que ésta era la causa de su intimidad con Margarita.

Se supone todo menos lo cierto.

Y a pesar de todas las suposiciones, era tan puro el amor que sentía aquel desdichado padre por Margarita, que cualquier otro lazo que no hubiese sido semejante al del amor filial le hubiera parecido incestuoso.

Lejos de mi ánimo el querer hacer de mi heroína una pintura distinta de la realidad.

Diré, sí, que durante su permanencia en Bagneres no le fué difícil cumplir cuanto había prometido al viejo duque; pero con su vuelta a París, volvieron los recuerdos del pasado, y Margarita, acostumbrada a la disipación y a los ardientes placeres de las orgías, no pudo sobrellevar la monotonía de una vida sosegada, sin otras visitas que las periódicas del duque.

Téngase en cuenta que Margarita había regresado a París casi buena, y, por consiguiente, mucho más hermosa; que ardía en su pecho el fuego de los veinte años, acrecentado por el de la amortiguada, pero no extinguida, enfermedad, y se comprenderá la sed de placeres que la aquejaban.

Esto ocasionó al pobre duque un gran disgusto, pues sus amigos, continuamente en acecho, le contaron y probaron que en las horas que Margarita estaba segura de su ausencia, recibía visitas que se prolongaban muchas veces hasta la madrugada.

El duque interrogó a Margarita y ella se lo confesó todo, rogándole que rompiese aquellos extraños lazos que creía imposible soportar, pues que le faltaba valor para cumplir lo que le prometiera, y no quería recibir más beneficios de una persona a la que forzosamente había de engañar.

Se pasó una semana sin que el duque visitase a la joven, pero al octavo día se le presentó de nuevo suplicándole se dignase volver a admitirle; prometióle aceptar las condiciones que quisiese imponerle, y que nunca jamás se permitiría hacerle cargo alguno.

Así estaban las cosas a los tres meses de su regreso a París, esto es, a primeros de diciembre de 1842.

CAPÍTULO III

Próximamente a la una de la tarde del día diez y seis, me dirigí a la calle de Antín; desde la puerta cochera se oían los gritos de los subastadores.

Las habitaciones estaban cuajadas de curiosos.

Todas las eminencias del vicio refinado se veían allí murmuradas de soslayo por algunas grandes damas, que con el pretexto de la venta, se habían reunido para examinar de cerca aquellas beldades que les hacían la competencia en un terreno que, no por lo vedado, dejaban de desear algunas de ellas.

La duquesa F... codeaba a la señorita A... uno de los más tristes ejemplares de nuestras modernas cortesanas; la marquesa de T... no se atrevía a pujar sobre un mueble que quería adquirir madame D... la adúltera más conocida y celebrada de nuestros días; el duque I... que malversa su fortuna en París, según los madrileños y se arruina en Madrid, al decir de los parisienses, y que no hace más que divertirse, al tiempo que se dirigía a madame M... una ingeniosa escritora que de vez en cuando firma lo que dice y jura lo que escribe, cambiaba miradas de inteligencia con madame N..., la bella expositora diaria de su belleza en los Campos Elíseos, vestida siempre de azul o rosa y arrastrada en coche por dos magníficos caballos negros comprados en Tony por dos mil francos y pagados... religiosamente por ella; y finalmente, la señorita R..., que con el solo auxilio de su talento ha sabido adquirir el doble y triple de lo que adquieren las unas con su dote y las otras con sus amores, estaba allí también, desafiando el frío, deseosa de comprar algunos de aquellos objetos, y llevándose la mayor parte de las miradas del concurso.

Varías iniciales podría escribir de los nombres de personas allí reunidas, asombradas de verse juntas en semejante sitio, pero las dejaré en el tintero en gracia de la opinión que puedan merecer a determinados lectores.

Consignaré, no obstante, que todas manifestaban cierta alegría, que todas conocieron a la difunta y que ninguna, al parecer, se acordaba de la desgraciada Margarita.

En tanto que los subastadores alborotaban con toda la fuerza de sus pulmones, cambiábanse chillidos y carcajadas entre los compradores. Los que pertenecían al ramo de especuladores y que habían invadido los bancos colocados en torno de las mesas de venta, tenían la vana pretensión de imponer silencio a los demás, para poder hacer sus adquisiciones con tranquilidad. Jamás se ha visto reunión más heterogénea ni ruidosa.

Tímidamente me deslicé en medio de aquel alboroto viendo con tristeza que éste imperaba a dos pasos de la alcoba en que expiró la infeliz, cuyo conjunto mobiliario se descomponía para pagar sus deudas, como se descomponía su cuerpo para pagar a la Naturaleza el debido tributo.

Más que a comprar, había ido yo a observar, y contemplaba en las facciones de los vendedores, el creciente regocijo relacionado con el aumento del precio de los efectos, muchos de los cuales produjeron el doble y aun el triple del valor de la tasa.

Los vendedores eran personas de probidad reconocida, que habían especulado legalmente sobre la prostitución de aquella infeliz, beneficiando en ello un ciento por ciento, y acosádola en los instantes supremos de su agonía con documentos sellados por el Estado, ¡y que después de su muerte, se presentaban tranquilos a cosechar el fruto de sus honrados cálculos, sazonado al escandaloso calor del interés!...

¡Con cuánta razón los antiguos dieron a los comerciantes y a los ladrones un mismo dios!

Abrigos, vestidos, joyas, ricas telas, todo se vendía como por encanto.

Nada de esto me convenía, por lo que seguía viendo y esperando.

De pronto oí gritar:

—Un tomo, perfectamente conservado, dorado por los filos, cuyo título es: *Manón Lescaut*. Tiene algunas palabras escritas en su primera página. Diez

francos.

—Doce—dijo una voz.

—Quince—repuse yo maquinalmente. ¿Por qué? lo ignoro todavía. Acaso por aquellas palabras escritas.

—Quince—repitió el vendedor.

—Treinta—gritó el primer postor, como queriéndose imponer.

La lucha había comenzado.

—Treinta y cinco—grité en el mismo tono.

—Cuarenta.

—Cincuenta.

—Sesenta.

—Ciento.

Si me hubiese propuesto causar sensación, lo hubiese conseguido, puesto que mi última palabra pareció arrastrar hacia mí las miradas de los circunstantes ganosos de conocer quién era el personaje empeñado en adquirir el libro.

Acaso convencido mi adversario de la inutilidad de la lucha, cuyo resultado era hacerme pagar el libro diez veces más de lo que valía, díjome sonriéndose cortésmente:

—Cedo, caballero.

Me fué, pues, adjudicado el libro como mejor postor.

No bastándome el dinero que llevaba en el bolsillo, di mi nombre, hice separar el libro y me retiré.

Sin duda debió ser comentado mi proceder por toda aquella gente, puesto que acababa de comprar por cien francos un libro que en cualquier librería podía adquirir por quince o diez.

Al cabo de una hora tenía el libro en mi poder.

En su primera página se leían las siguientes palabras escritas con elegantes caracteres:

«*Manón a Margarita*

«HUMILDAD».

La dedicatoria estaba firmada por *Armando Duval*.

¿Qué significaba la palabra *humildad*?

¿Concedería aquel Armando Duval a Margarita superioridad de libertinaje o de sentimiento sobre Manón?

Más verosímil me parecía la segunda suposición que la primera, pues aquélla hubiera sido una libertad que no podía haber tolerado Margarita, fuese cual fuere el concepto que de sí propia tuviese formado.

Salí de mi casa y dejé el libro, del que no volví a ocuparme hasta por la noche a mi vuelta.

Manón Lescaut es una historia interesante y tierna, cuyos detalles recuerdo perfectamente, y, sin embargo, cuantas veces llega a mis manos no puedo prescindir de leerla de nuevo y comunicarme con la desdichada heroína del abate Prevost. Está creada con tal verdad, que me figuro haberla conocido.

Teniendo en cuenta estas especiales circunstancias, la comparación entre ambas mujeres daba nuevo incentivo a la lectura, y sobre el sentimiento de indulgencia se agregaba el de la compasión con cierto viso de cariño hacia la pobre muerta, parte de cuya herencia era aquel libro. Es cierto que Manón expiró en un desierto, pero fué en brazos del hombre que la amaba con todo el ardor de un alma virgen, que la abrió una fosa regándola con sus lágrimas, y enterró su corazón con el cuerpo de su adorada; mientras que Margarita, pecadora como Manón y regenerada tal vez como ella, había fallecido en medio del lujo, a juzgar por lo que yo acababa de ver, en el lecho de su pasado, es cierto, pero también en medio del vacío arenal de su corazón, más árido, más vasto, y mucho más horrible que el en que fué enterrada Manón.

Algunos amigos, enterados de las últimas circunstancias de la vida de Margarita, me contaron que a la cabecera de su cama no se sentó ni una persona para consolarla en los dos meses largos que duró su triste y dolorosa agonía.

Después de Manón y de Margarita mi pensamiento se dirigía a otras que yo conocía y veía caminar alegres y contentas hacia una muerte casi siempre igual.

¡Desgraciadas criaturas! si es delito el amarlas, es casi un deber compadecerlas. Si compadecemos al ciego que jamás ha visto la luz del sol, al sordo que jamás ha oído las armonías de la Naturaleza y al mudo que jamás ha podido exhalar la voz de su alma, ¿por qué, pues, bajo un falso pretexto de pudor, no hemos de compadecer esta ceguera del corazón, esta sordera del alma, esta mudez de la conciencia que vuelven loca a la infeliz que afligen, inhabilitándola para ver el bien, sentir a Dios y hablar el casto y santo lenguaje del amor y de la fe?

Hugo nos pintó *Marion Delorme*, de Musset *Bernedette*, Alejandro Dumas *Fernanda*; los pensadores y poetas de todos los tiempos han tributado a la desgraciada cortesana la ofrenda de su misericordia, y ha habido grandes hombres que las han rehabilitado con su amor y hasta con su nombre.

Mi insistencia sobre este punto es porque, entre los que van a leerme, los puede haber resueltos a arrojar este libro, por el temor de ver únicamente la apología del vicio y de la prostitución, y porque tal vez la edad del autor puede contribuir a motivar tamaños recelos. No teman los que esto supongan y continúen leyendo si ello sólo les detiene.

Yo estoy altamente convencido de un principio, y es éste: A la mujer que ignora el bien por falta de educación, Dios acostumbra trazarle dos senderos que conducen únicamente a él: el dolor y el amor, cuyo paso es bien difícil por cierto. Las que los siguen se ensangrientan los pies y se lastiman las manos, pero al mismo tiempo dejan en los abrojos del camino las galas del vicio, y llegan al término con esa desnudez de que nadie se sonroja delante del Señor.

Los que se encuentran con esas atrevidas viajeras, vienen obligados a defenderlas, y decir a todo el mundo que las han encontrado, puesto que éste es el modo más breve de enseñar la verdadera senda.

Esto no quiere decir que se trate de colocar buenamente dos postes a la entrada de la vida, con estas inscripciones: *Senda del bien*, y *Senda del mal*, diciendo a los que se presenten: *Elegid*; sino que, imitando a Jesús, debemos enseñar los atajos que conducen de la segunda a la primera senda,

a los que se dejaron seducir por la amenidad de los alrededores, y sobre todo, se debe procurar que el principio de estas veredas no sea muy escabroso, ni pueda parecerles del todo impenetrable.

La maravillosa parábola del hijo pródigo preceptúa la indulgencia y el perdón. Jesús prefería en su amor esas almas heridas por las pasiones humanas, cuyas llagas se complacía en curar, sacando de ellas mismas el remedio de salvación, cuando dijo a la Magdalena: «Mucho se te ha de perdonar, porque has amado mucho». ¡Sublime perdón que debía despertar una fe santa!

¿Y nosotros hemos de ser más severos que Jesús? ¿Por qué, abroquelándonos en las opiniones de un mundo que petrifica su sensibilidad para que se le crea fuerte, hemos de apartarnos de las almas heridas que, con la sangre corrompida que de ellas mana, arrastra la corrupción de su vida pasada? ¿Por qué hemos de rechazar esas enfermedades sociales que sólo esperan una mano amiga que las cure y les devuelva la paz del corazón?

A mi generación apelo, a las personas para quienes felizmente ya no existen las teorías volterianas, a las que, como yo, creen que la humanidad ha emprendido desde hace quince años una de sus más atrevidas jornadas. Poseemos la ciencia del bien y del mal; y si el mundo no se ha vuelto completamente bueno, al menos ha mejorado en tercio y quinto.

Todos los hombres inteligentes dirígense al mismo fin, y todos los grandes corazones se les adhieren; seamos buenos, seamos justos, seamos veraces. El mal no es más que una vanidad; tengamos el orgullo del bien, y sobre todo no desesperemos. No menospreciemos a la mujer que no es madre, ni hija, ni esposa, ni hermana. No reduzcamos el afecto al limitado círculo de la familia, ni vistamos el egoísmo de indulgencia.

Una vez que el cielo gusta más del arrepentimiento de un pecador, que de la oración de cien justos, procuremos que el cielo se regocije, y busquemos en la satisfacción de hacer el bien, su propia compensación.

Demos la limosna del perdón a las víctimas de los deseos terrenales, a quienes salvará, tal vez, la esperanza de un más allá; y como dicen las bondadosas ancianas cuando aconsejan un remedio casero, «si no cura, tampoco hace daño».

Acaso alguien me tache de temerario, porque deseo obtener tan grandes frutos del pequeño raigón que pretendo cultivar; pero yo me cuento en el número de los que creen que lo máximo está en lo mínimo. El niño es pequeño y encierra al hombre; el cerebro estrecho, y abriga el pensamiento; el ojo es un punto y abarca grandísimos espacios.

CAPÍTULO IV

A los dos días terminó la venta, que produjo ciento cincuenta mil francos.

Dos terceras partes de la suma fueron para los acreedores, y la familia, compuesta de una hermana y un sobrino, heredó el resto.

La hermana se quedó como quien ve visiones cuando el agente de negocios le anunció que heredaba cincuenta mil francos. Hacía siete años que la joven no había visto a su hermana mayor, la cual había desaparecido de su casa un día sin que por nadie se averiguase el menor detalle de su vida, desde el día en que se fué.

Faltóle tiempo para venir a París, y encontró su fortuna hecha y derecha, sin querer averiguar el origen de tan inesperada riqueza.

Más tarde se me dijo que había vuelto a sus hogares con el corazón lacerado por la muerte de la hermana, pero bastante consolada por haber podido colocar la cantidad heredada al cuatro y medio por ciento de interés.

Estas circunstancias, repetidas en París, población madre del escándalo, empezaban a caer en el olvido, y ni yo mismo casi recordaba la parte que tomé en tales sucesos, cuando otro incidente casual me dió a conocer toda la historia de Margarita, enterándome de tan interesantes pormenores, que me entraron deseos de escribirla.

A los tres o cuatro días, estaban vendidos los muebles y la habitación estaba por alquilar.

Una mañana llamaron a la puerta de mi casa. Mi portero, que hacía las veces de criado, fué a abrir y me trajo una tarjeta, diciéndome que la persona que se la había entregado quería hablarme.

Leí en la tarjeta estas palabras:

Armando Duval.

El nombre no me era desconocido, y en efecto, recordé el de la primera página del volumen de *Manón* a Margarita.

¿Qué podía solicitar de mí la persona que había regalado el libro a Margarita? Mandé que le hicieran pasar.

Era un joven rubio, alto, pálido, en traje de camino, que parecía no habérselo quitado de encima desde algunos días; ni siquiera se lo había cepillado a su llegada a París, pues venía cubierto de polvo.

El señor Duval, profundamente conmovido, no hizo ningún esfuerzo para ocultar su emoción, y arrasados los ojos, me dijo con voz entrecortada:

—Caballero, os suplico me perdonéis por veniros a visitar en semejante traje. Entre jóvenes se suprimen fácilmente ciertas formalidades. Y luego, era tan vivo el deseo por veros hoy mismo, que ni siquiera me tomé tiempo para instalarme en la fonda, a donde mandé mi equipaje, volando a vuestra casa, temeroso de no encontraros a pesar de ser tan de mañana.

Rogué al señor Duval que se sirviese tomar asiento cerca de la chimenea, lo que efectuó sacando un pañuelo con el cual ocultó su rostro por unos momentos.

—No vais a adivinar—dijo sonriendo tristemente,—el por qué viene este desconocido a visitaros, a tal hora con semejante traje y llorando como un chiquillo. Me he permitido venir a pediros un gran servicio.

—Hablad, caballero. Estoy a vuestras órdenes.

—¿Asististeis a la venta de los muebles de Margarita Gautier?

Al pronunciar este nombre, la emoción de que el joven parecía haber triunfado, fué más poderosa que él, y tuvo que enjugar nuevas lágrimas.

—Debo pareceros bastante ridículo—añadió;—perdonadme, amigo mío, y creed que nunca olvidaré la paciencia con que tenéis la bondad de atenderme.

—Caballero—repliqué,—si el servicio que según decís puedo prestaros ha de mitigar algún tanto el dolor que hiere vuestra alma, sepa yo en qué puedo

complaceros y tened la seguridad de que me consideraré dichoso si llego a satisfaceros.

La aflicción del señor Duval era simpática, y a pesar mío, hubiera deseado poderle servir.

Entonces me interrogó diciendo:

—¿Habéis comprado algo en la venta de los objetos de la pobre Margarita?

—Sí, señor; un libro.

—*¿Manon Lescaut?*

—Efectivamente.

—¿Lo tenéis aún?

—En mi cuarto.

La noticia pareció aliviarle de un gran peso, y me dió las gracias, como si yo hubiese ya empezado a prestarle el servicio con tener a mano aquel volumen.

Levantéme, entré en mi gabinete, tomé el libro y lo puse en su mano.

—El mismo—exclamó mirando la dedicatoria de la primera página y hojeándolo;—sí, éste es.

Dos grandes lágrimas rodaron por la superficie del libro.

—Caballero—dijo levantando la cabeza y sin tratar de ocultarme que había llorado y estaba dispuesto a continuar:—¿os interesa mucho este libro?

—¿Por qué, caballero?

—Porque vengo a suplicaros encarecidamente que me lo cedáis.

—Perdonad mi curiosidad—dije entonces;—pero, según eso, ¿sois vos quién lo regaló a Margarita Gautier?

—Sí, señor.

—Recobradle, amigo mío, me alegro de ser yo quien os lo devuelva.

—Pero—prosiguió el señor Duval algo turbado,—es justo que al menos os reembolséis lo que os costó.

—Permitidme que os lo ofrezca. El precio de un solo libro en semejante venta es bien insignificante y ya ni siquiera lo recuerdo.

—Cien francos.

—Es verdad—dije turbándome a mi vez;—¿cómo lo sabéis?

—Es muy sencillo: yo creía estar a tiempo para la venta, y no he podido llegar hasta hoy. Deseaba poseer un objeto cualquiera de Margarita, y me dirigí a casa del tasador para pedirle que me dejara ver la lista de los muebles vendidos y de los nombres de los compradores. Vi que habíais comprado este libro y resolví suplicaros que me lo cedieseis, aunque el precio a que lo pagasteis infundiese en mí cierto recelo sobre la causa de vuestra adquisición.

Y así diciendo, parecía temer que yo hubiese conocido a Margarita hasta el punto que él la conociera. Me apresuré a tranquilizarle.

—La conocí de vista—le dije;—su muerte me causó la impresión que siempre causa a un joven la muerte de una mujer hermosa a quien se alegraba de encontrar. Quise comprar alguna cosa al venderse sus muebles; y me encapriché pujando sobre este libro, por el gusto de hacer rabiar a un pobre diablo que se obstinaba en pagarlo más caro que yo. Repítoos, pues, caballero, que el libro está a vuestra disposición, y os ruego que lo aceptéis y no lo recibáis de mí como yo lo recibí del tasador, pues de este modo puede ser el lazo de una amistad que me complazco en ofreceros.

—Está bien, amigo mío—dijo Armando tendiéndome la mano y apretando la mía.—Acepto, y creed que mi agradecimiento será eterno.

Yo tenía grandes deseos de interrogar a Armando respecto de Margarita, pues aquella dedicatoria del libro, su viaje y el deseo de poseer aquel volumen aumentaban mi curiosidad; pero temí que de mis preguntas pudiese colegir que rehusaba su dinero para tener el derecho de inmiscuirme en sus asuntos, lo cual no entraba en mis cálculos.

Hubiérase dicho que adivinó mi deseo, pues me dijo:

—¿Habéis leído este libro?

—Sí, señor.

—¿Qué pensasteis al ver las dos líneas que escribí en él?

—Supuse que, a vuestro modo de entender, la pobre joven a quien regalasteis este volumen se separaba de la categoría ordinaria; pues no quise ver en estas dos líneas un cumplimiento vulgar.

—Supusisteis bien, caballero. ¡Era un ángel! Tomad,—me dijo,—leed esta carta.

Y me entregó un papel que parecía haber sido leído repetidas veces.

Lo abrí, y leí estas palabras:

«M¡ querido Armando: Recibí vuestra carta, gozáis de buena salud, y doy gracias a Dios, porque os concede tal beneficio.

«Sí, amigo mío, estoy enferma, y mi enfermedad no tiene cura; pero el interés que os dignáis tomar por mí alivia mucho mis sufrimientos. Sin duda no viviré el tiempo indispensable para tener la dicha de estrechar la mano que ha escrito la bondadosa carta que acabo de recibir, y cuyas palabras me curarían si algo pudiese curarme. No creo volveros a ver, pues me encuentro al borde de la tumba, y me separa de vos una distancia incalculable.

«¡Pobre amigo mío! vuestra Margarita de otros tiempos ha cambiado por completo, y me parece preferible que no volváis a verla, si habéis de encontrarla tal como está. ¿Me preguntáis si os perdono? ¡oh! de todo corazón, amigo mío, pues el mal que habéis querido hacerme no era más que una prueba de verdadero amor. Hace un mes que no he dejado el lecho, y me es tan cara vuestra estimación, que, desde el instante en que nos separamos, escribo el diario de mi vida y seguiré haciéndolo hasta que mi mano se niegue a sostener la pluma. Si el interés que por mí manifestáis es verdadero, Armando, os suplico que cuando volváis, veáis a Julia Duprat, que os entregará este diario. Por él sabréis la razón y la causa de cuanto ha ocurrido entre nosotros. Julia es muy buena, y con frecuencia me habla de vos. Se encontraba aquí cuando recibí vuestra carta, y hemos llorado juntas leyéndola.

«Si hubieseis dejado de darme noticias, Julia quedaba encargada de entregaros estos papeles a vuestra llegada a Francia. No me

lo agradezcáis. Este recuerdo diario de los únicos momentos felices de mi vida me hace un gran bien, y si en su lectura debéis vos hallar las excusas del pasado, a mí me ofrece un bálsamo de consuelo inagotable.

«Desearía dejaros algún recuerdo que os hiciese pensar constantemente en mí, pero han embargado mis muebles, y nada me pertenece ya.

«¿Comprendéis, amigo mío? Se acerca mi muerte, y desde mi alcoba escucho los graves pasos del vigilante que mis acreedores han puesto en el salón para evitar que nadie se lleve nada. Con seguridad aguardan mi fallecimiento para proceder a la venta de lo embargado.

«¡Oh! ¡los hombres no tienen piedad! Pero me engaño: el justo, el inflexible, es Dios.

«Y bien, querido amigo, espero que cuando se realice la venta, compraréis algo, pues si retirase cualquier objeto para vos y lo supieran, serían capaces de acusaros de sustractor de efectos embargados.

«¡Cuán triste es la vida que abandono!

«¡Qué bueno sería Dios si consintiese que nos viésemos antes de yo expirar!

«Creo deber despedirme de vos según todas las probabilidades, ¡adiós, pues, amigo mío! perdonadme si no prolongo esta carta, porque los que se proponen curarme me debilitan a fuerza de sangrías, y mi mano se niega a seguir escribiendo.

«*Margarita Gautier*».

Las últimas palabras casi no podían leerse.

Devolví la carta a Armando, que sin duda acababa de leerla también en su pensamiento, como yo en el papel, pues al tomarla exclamó:

—¡Quién diría que la que ha escrito estas líneas era una cortesana!

Y conmovido por los recuerdos, contempló por un momento el papel y acabó por besarlo.

—¡Ah! cuando pienso—prosiguió,—que ha muerto sin que yo pudiese volver a verla, que no la veré y que hizo por mí lo que no hubiera hecho una hermana, no puedo perdonarme haberla dejado morir de esta manera. ¡Muerta! ¡muerta! ¡pensando en mí, escribiendo y pronunciando mi nombre! ¡desdichada Margarita!

Y Duval, dando rienda suelta a sus pensamientos y a sus lágrimas, me tendió la mano y apretó la mía, continuando:

—Son muchos los que si me viesen lamentar así semejante muerte, creeríanme un chiquillo; pero es porque ignorarían cuánto he hecho sufrir a esta mujer, cuán cruel fuí y cuán buena y resignada fué ella. Tuve la audacia de creer que a mí sólo me tocaba perdonar, y hoy me considero indigno del perdón que ella me concede. ¡Oh! daría diez años de mi vida por llorar a sus pies un solo momento.

Es casi imposible consolar un dolor que no se conoce, y sin embargo, era tan viva la simpatía que me había inspirado aquel joven, se me confiaba con tanta franqueza, que llegué a creer que mis palabras no le serían indiferentes.

—¿No tenéis parientes o amigos?—le dije.—Vedles y os consolarán, pues por mi parte sólo puedo compadeceros.

—Es cierto—dijo levantándose y paseándose agitado por la habitación;—os molesto. Perdonadme, yo no reflexionaba que mis penas deben importaros poco, y que os importuno por lo que no puede o no debe inspiraros el menor interés.

—No me habéis comprendido; estoy a vuestra disposición, y sólo deploro mi insuficiencia para calmar vuestra pena. Si mi compañía y la de mis amigos puede distraeros, si necesitáis de mí, en cualquier terreno que fuere, quiero que me dispenséis el placer de satisfacer vuestros deseos.

—Perdonadme una y mil veces—me dijo;—el dolor exagera las impresiones. Permitid que permanezca aquí algunos minutos más, el tiempo de enjugarme los ojos, para que los bobos de la calle no vean con curiosidad mis lágrimas. Me hacéis un gran bien dándome este libro, y nunca sabré agradeceros tal favor. ¿Cómo pagároslo?

—Concediéndome vuestra amistad y explicándome el origen de vuestro dolor—repuse.—¡Es tan consolador contar nuestros sufrimientos!

—Es verdad, pero hoy no podría; siento necesidad de llorar, y mis labios no podrían formular las palabras. Otro día os referiré tan triste historia, y podréis apreciar cuán grandes son los motivos que tengo para llorar su muerte. Por último—añadió pasando sus manos por los ojos y mirándose en el espejo,—tened la bondad de decirme que no me halláis demasiado simple, y permitidme que vuelva a visitaros.

—¡Valor, amigo mío, valor!—le dije.

Y haciendo esfuerzos inauditos para no llorar, mejor huyó que salió de mi casa.

Desde el balcón le vi subir al carruaje que le esperaba: apenas entró en él, se puso a llorar como un desesperado, tapándose la cara con el pañuelo.

CAPÍTULO V

Transcurrieron muchos días sin que oyese hablar de Armando; en cambio, se hablaba bastante de Margarita.

No sé si mis lectores se habrán fijado en ello, pero basta que se diga una vez delante de nosotros el nombre de una persona que parecía sernos desconocida o cuando menos indiferente, para que los detalles vayan agrupándose lentamente en derredor del nombre; y amigos, conocidos e indiferentes parece que no hablan entonces de otra. Así es cómo descubrimos que esa persona había estado en contacto con nosotros, nos damos cuenta de que la hemos visto muchísimo sin fijarnos, y en lo que de ella se nos cuenta encontramos coincidencias y afinidades con sucesos de nuestra propia vida.

No es esto decir que me pasase lo mismo con respecto a Margarita, pues yo la había visto infinitas veces, y la conocía personalmente como conocía su modo de ser; pero había resonado tanto su nombre en mis oídos desde aquella venta, y hallábase este nombre mezclado con un dolor tan profundo, que mi admiración había crecido con el aguijón de la curiosidad. Tanto era así, que desde entonces las primeras palabras que dirigía a los amigos a quienes no había jamás hablado de Margarita, eran siempre éstas o parecidas:

—¿Habéis conocido a una tal Margarita Gautier?

—¿La Dama de las Camelias?

—Sí.

—¡Mucho!

Estos *muchos* solían ir acompañados de sonrisas tan significativas que parecían delaciones.

—Y bien, ¿qué era esa muchacha? ¿a qué...?

—*Una buena muchacha.*

—¿Y nada más?

—¡Puede! Aventajaba en talento, y tal vez también en corazón a otras muchas.

—¿Sabéis alguna particularidad acerca de ella?

—Arruinó al barón de G...

—¿Qué más?

—Era la querida del viejo duque de...

—¿Estás cierto de que era su querida?

—Se dice. Por lo menos le costaba bastante dinero.

Siempre los mismos detalles a poca diferencia. No me satisfacía. Yo hubiera querido saber algo sobre las relaciones de Margarita y Armando.

Cierto día me encontré con uno de los que vivían en continua intimidad con las meretrices, y le interrogué:

—¿Conocisteis a Margarita Gautier?

Contestó él *mucho* de costumbre.

—¿Qué clase de joven era?

—Linda y *buena*. Su muerte me entristeció de veras.

—¿Es verdad que tuvo un amante llamado Armando Duval?

—¿Un joven alto y rubio?

—Sí.

—Es cierto.

—¿Quién era ese Armando?

—Un buen chico, que, según parece, se comió con ella lo poco que poseía, y tuvo necesidad de abandonarla; dícese que estaba loco por ella.

—¿Y Margarita?

—También le amaba muchísimo, según aseguran, pero como aman las mujeres de su clase. No se les puede pedir más de lo que buenamente pueden dar.

—¿Qué se hizo de Armando?

—No lo sé; le conocía apenas. Vivieron cinco o seis meses juntos, pero en el campo; y cuando ella volvió, él desapareció.

—¿No le habéis vuelto a ver desde entonces?

—No.

—Tampoco yo le había vuelto a ver; llegué al punto de presumir que la noticia reciente del fallecimiento de Margarita había exagerado su antiguo amor, y por lo tanto su pena al presentarse en mi casa, y supuse que quizá se había ya olvidado de Margarita y de la promesa que de venir a verme hiciera.

Mi suposición habría sido muy verosímil tratándose de otra persona; pero la desesperación de Armando se había manifestado con tanta sinceridad, que pasando de un extremo a otro, me figuré que el dolor había degenerado en enfermedad, y que si carecía de noticias suyas era porque estaba enfermo o quizá muerto.

¿Me interesaba espontáneamente por aquel joven? Tal vez. ¿Este interés era hijo del egoísmo? ¡Puede! Bajo aquel dolor había vislumbrado una tierna historia de corazón, y tal vez el anhelo de conocerla era el único fundamento del cuidado en que el silencio de Armando me había puesto. Viendo que Duval no venía a mi casa resolví ir a la suya. El pretexto era bastante fácil de encontrar; pero desgraciadamente yo no tenía su dirección, y por más que la pregunté nadie supo dármela. Fuíme a la calle de Antín para ver al portero de Margarita, el cual debía tener noticia de dónde vivía Armando; pero el portero era otro, y lo ignoraba como yo. Entonces me informé del cementerio en que fué enterrada Margarita. Averigüé que era el de Montmartre.

El mes de abril había reaparecido con sus galas de esplendente sol y frescas flores; las tumbas no ofrecían el aspecto doloroso y desolado que les da el invierno; hacía ya calor bastante para que los vivos se acordasen de los muertos y los visitasen. Fuíme, pues, al cementerio, diciéndome: «A la simple vista de la tumba de Margarita veré si aún vive el dolor de Armando, y quizá sabré qué se ha hecho de él».

Cuando llegué a Montmartre pregunté al conserje si el día 22 de febrero fué enterrado en aquel cementerio el cadáver de la que fué Margarita Gautier.

El empleado hojeó un gran libro-registro en que están inscritos y numerados los nombres de los que entran en aquel asilo, contestándome que, efectivamente, el 22 de febrero se había dado sepultura a una mujer llamada Margarita.

Roguéle que me hiciese acompañar, pues no hay medio de orientarse sin *cicerone* en aquella ciudad de los muertos que tienen sus calles como la de los vivos. El conserje llamó a uno de los jardineros, le dió las instrucciones convenientes, y éste sin dejarle concluir exclamó:

—¡Sí, sí, ya sé! ¡Es la tumba más fácil de distinguir!—continuó dirigiéndose a mí.

—¿Por qué?

—Pues porque las flores que la adornan son diferentes de todas las demás.

—¿Cuidáis vos de ellas?

—Sí, señor; y yo quisiera que todos los parientes cuidasen tanto de los difuntos como el joven que me tiene recomendada aquélla.

Después de cruzar algunas calles, el jardinero se detuvo y dijo:

—Ésta

Y mis ojos se fijaron en un cuadro de flores que nadie hubiera tomado por un sepulcro, a no descubrirlo una lápida de mármol blanco grabada con el nombre de la difunta.

La piedra, colocada de pie, me recordó la Esperanza. Una verja de hierro rodeaba el terreno comprado, y este terreno desaparecía bajo una alfombra de camelias blancas.

—¿Qué os parece?—preguntó el jardinero.

—Precioso.

—Y cuando alguna camelia de éstas se marchita la substituyo por otra inmediatamente. Es la orden que tengo.

—¿Y quién os la ha dado?

—Un joven que lloró mucho la primera vez que vino, un antiguo amigo de la difunta, a lo que parece, o, mejor dicho, uno de los amigos, pues, según se cuenta, tuvo varios. Dicen que era muy linda. ¿La conocisteis?

—Sí.

—¿Como el otro?—dijo el jardinero, sonriendo maliciosamente.

—No, nunca le hablé.

—¿Y venís a visitarla en el cementerio? No deja de ser gracioso por vuestra parte, pues no son muchos que digamos, los que vienen a verla.

—Vienen muy pocos, ¿verdad?

—Nadie. A no ser el joven a que me he referido y que vino una sola vez.

—¿Una vez nada más?

—Sí, señor.

—¿Y no ha vuelto por aquí?

—No, pero volverá a su regreso.

—¿Está, pues, viajando?

—Sí.

—¿Sabéis dónde se encuentra?

—A punto fijo, no; pero yo creo que en casa de la hermana de la señorita Gautier.

—¿Y a qué ha ido?

—Supongo que para pedirle el permiso de exhumar el cadáver de la difunta a fin de enterrarla en otra parte.

—¿Por qué no quiere dejarla aquí?

—Vos no ignoráis que hay gentes que tienen caprichos extraños sobre los muertos. Lo estamos viendo diariamente. Este terreno fué comprado por cinco años solamente, y ese joven quiere una concesión perpetua y un terreno más vasto; esto tendrá que ser en el cuartel nuevo.

—Y eso del cuartel nuevo, ¿qué es?

—Unos terrenos nuevos que están vendiéndose a la derecha. A ser este cementerio dirigido siempre como ahora, no habría otro igual en el mundo; pero aún le falta mucho para llegar a ser lo que debiera. Y luego, abunda tanto la gente vana...

—¿Qué queréis decir?

—Es bien claro: quiero decir que hay personas que pasan por orgullosas hasta después de muertas. Pero creo que la tal señorita Gautier era una linda alhaja, permitidme la palabra. Ahora la pobre ya no existe, y queda tanto de ella como de las que se dice que no tienen por qué culparse. Pues bien; en cuanto los parientes de las personas que están sepultadas cerca de ella han averiguado quién era, han dado en la manía de decir que se opondrán a que se la entierre aquí definitivamente, y que debieran destinarse terrenos separados para esta clase de mujeres como para los pobres. ¿Dónde se ha visto semejante extravagancia? Yo no sé qué temerán o qué se habrán figurado esos señores acaudalados que no vienen cuatro veces al año a visitar sus difuntos, que se traen ellos mismos las flores ¡y ved qué flores! que consideran como un entretenimiento el recuerdo de las personas por quienes lloran, según afirman escribiendo en sus tumbas unas lágrimas que nunca han derramado, y vienen a hacerse los exigentes por semejantes tonterías. En fin, creedme, señor: yo no conocí a esta señorita ni sé lo que pudo haber hecho, ¡pues bien! yo la quiero y cuido de ella, y la doy las camelias tan baratas como puedo. *¡Es mi muerta favorita!* ¡Qué queréis! nosotros nos vemos obligados a querer a los muertos, pues estamos tan ocupados con ellos que no tenemos tiempo para acordarnos de los vivos.

Yo miraba y oía a aquel buen hombre y estoy cierto de que mis lectores comprenderán, sin que tenga necesidad de explicárselo, la emoción extraña que su gesto y palabras me producían.

No sé si se dió cuenta de ello, pues continuó:

—Se dice que había quienes se arruinaban por esa joven, y que tuvo amantes que la adoraron. ¡Pues bien! cuando pienso que ninguno de ellos viene a comprar una flor para su antigua querida, me digo que el proceder es curioso y triste a la vez. Aunque bien mirado es de las que no pueden quejarse: pues tiene su sepulcro, y si sólo queda un amante que se acuerde de ella, ya lo hace por todos los demás. Pues aquí enterramos diariamente jóvenes de la misma clase y de la misma edad que son arrojadas a la fosa común, y creedme, señor: se me va con sus cuerpos el corazón cuando los oigo y miro caer. ¡Pobrecitas! una vez enterradas, nadie se acuerda de ellas. No es del todo divertido nuestro oficio, es decir, para los que tenemos un pedazo de alma. ¿Qué queréis que os diga? A mí me hizo Dios así, y no tiene remedio, no hay que darle vueltas, soy padre, tengo una hija de veinte años, alta y bien formada, y cuando traen por aquí una muerta de su edad, pienso en ella, y así sea una gran señora o una vagabunda me entristezco y pongo malhumorado. Tal vez os aburro con mis historias, y vos no habéis venido aquí para escucharlas. Me han mandado que os acompañe a la tumba de la señorita Gautier y ahí la tenéis. ¿Puedo seros útil en algo más?

—¿Las señas de la habitación de M. Armando Duval sabéis cuáles son?—le pregunté sin contestar a sus filosofías.

—Sí, señor; vive en la calle de... o al menos, allí es donde fuí a cobrar el valor de todas las flores que estáis viendo.

—Bien, muchas gracias, buen hombre.

Dirigí la última mirada a la florida tumba, cuyo fondo hubiera querido penetrar a pesar mío para ver en qué se había trocado la hermosísima criatura que del polvo había vuelto al polvo, y me alejé triste y pensativo.

—¿Queréis ver a M. Duval?—prosiguió el jardinero que venía siguiéndome.

—Sí.

—Es que casi aseguraría que no ha vuelto, pues de lo contrarío hubiera ya venido aquí.

—¿Conque estáis convencido de que sigue pensando en Margarita?

—No solamente estoy convencido de ello, sino que apostaría cualquier cosa a que su deseo por cambiarla de sepulcro es el deseo de volverla a ver.

—¿Cómo? ¿qué decís?

—Lo que antes que nada me preguntó al venir al cementerio fué: «¿Qué he de hacer para verla?». Esto no podía verificarse sino por medio de un cambio de sepultura, y yo mismo le enteré de todas las formalidades que debía llenar para conseguirlo, pues ya sabéis que para trasladar los muertos de un sepulcro a otro es indispensable reconocerlos y únicamente la familia puede autorizar este acto, que debe ser presidido por un comisario, de modo que monsieur Duval partió inmediatamente para pedir esa autorización a la hermana de la señorita Gautier, y es de suponer que su primera visita sea para la difunta.

Llegamos a la puerta del cementerio, di de nuevo las gracias y una propina al jardinero, y me dirigí inmediatamente a casa de Armando.

Como aún no había vuelto, dejé mi tarjeta rogándole que viniese a verme tan pronto como llegara, o me mandase a decir dónde y cómo podría avistarme con él.

A la mañana siguiente recibí una carta de M. Duval en la que anunciaba su regreso y me rogaba que pasase a su casa, disculpándose de no venir a la mía por no permitírselo su estado.

CAPÍTULO VI

Me dirigí inmediatamente a su casa. Estaba en cama.

Alargóme una mano calenturienta.

—Parece que tenéis fiebre—le dije.

—Sí, pero no será nada; la fatiga de un viaje tan apresurado: he aquí el origen.

—¿Acaso venís de casa de la hermana de Margarita?

—Sí; ¿quién os lo ha dicho?

—Yo lo sé; ¿y habéis obtenido lo que deseabais?

—Sí—y preguntó extrañado,—¿quién os ha informado tan bien?

—El jardinero del cementerio.

—¿Habéis visto su tumba?

Casi no me atrevía a contestarle, pues el tono con que hizo la pregunta me revelaba que Armando seguía siendo víctima de la emoción de que yo había sido testigo, y cuantas veces su imaginación o las palabras de otro le recordaban tan triste pérdida, recrudecía su pena, dejando entender que le faltaba luchar todavía muchísimo para poder dominarla.

No contesté palabra; únicamente afirmé con un movimiento de cabeza.

—¿Ha cuidado mucho de ella?—prosiguió Armando.

—Sí.

Dos grandes lágrimas saltaron de los ojos del enfermo que volvió la cabeza casi ruborizado. Hice como que no había visto nada, y procuré mudar de

conversación.

—Si no me equivoco, se han pasado tres semanas desde que partisteis—dije yo.

—Tres semanas, ni más ni menos.

—Largo ha sido el viaje.

—Bueno, es que no he viajado siempre; he estado quince días en la cama, y esto me impidió regresar antes, pues al llegar allá, la fiebre me dominó por completo.

—De suerte que en cuanto cedió un poco, os pusisteis otra vez en camino.

—Si llego a seguir ocho días más en aquel país, me muero sin volver a verla.

—Pues ahora, ya que habéis podido volver, es preciso que os cuidéis: vuestros amigos vendrán a visitaros, y yo el primero, si no me negáis esta satisfacción.

—Antes de dos horas pienso levantarme.

—¡Lo cual será una imprudencia!

—Es necesario.

—Pero no indispensable.

—Debo ir a ver al comisario de policía.

—¿Y por qué no confiáis a un amigo semejante diligencia, evitando agravar vuestra enfermedad?

—Porque tal vez de esta visita depende mi curación. Es preciso que la vea. Desde que tuve noticia de su muerte, y sobre todo desde que vi su tumba, no vivo ni sosiego. No puedo persuadirme de que haya muerto una mujer que dejé tan joven y tan bella. He de cerciorarme por mis ojos. He de ver en qué ha trocado Dios un ser que he amado tanto, y tal vez la horrible realidad desvanecerá el martirio del recuerdo. Me acompañaréis, ¿no es verdad?

—¿Qué os dijo su hermana?

—Nada. Extrañó mucho que un particular quisiese comprar terreno para sepultar a Margarita, y firmó desde luego la autorización que solicitaba.

—Vamos a ver, ¿y no sería mejor aguardar vuestro completo restablecimiento para verificar esa traslación?

—¡Oh! no me faltarán fuerzas, perded cuidado. Yo creo que me volvería loco si cuanto antes no llevara a cabo esta resolución cuyo cumplimiento es ya una exigencia de mi dolor. Creed que no volverá la calma a mi corazón sino después de haber visto a Margarita. Será el agua que apagará la sed de la fiebre que me devora, el delirio de mis insomnios, el resultado de este delirio, todo lo que queráis; pero aunque debiese hacerme cartujo, como M. de Rancé, después de haber visto, veré.

—Entendido—dije a Armando,—estoy a vuestras órdenes. ¿Habéis visto a Julia Duprat?

—¡Oh! sí, el mismo día de mi primer regreso.

—¿Y os entregó los manuscritos que Margarita le encargó para vos?

—Los tengo aquí.

Diciendo esto, Armando me indicó un rollo de papeles que guardaba debajo de su almohada, el cual volvió a guardar en seguida.

—¡Ah!—dijo,—sé de memoria su contenido; los he estado leyendo diez veces diarias durante tres semanas. Deseo que también los leáis, pero más tarde, cuando esté más sosegado y pueda haceros comprender todo lo que vale el amor que semejante confesión manifiesta. Permitidme ahora que os pida un favor.

—¿Cuál?

—¿Tenéis un coche abajo?

—Sí.

—Pues bien. Tened la bondad de tomar mi pasaporte e ir a ver si en el correo hay cartas que vengan dirigidas a mi nombre. Mi padre y mi hermana me habrán escrito a París; pero como partí con tanta precipitación, no tuve tiempo para informarme antes de emprender mi viaje. A vuestra vuelta iremos juntos a ponernos de acuerdo con el comisario de policía para la ceremonia de mañana.

Armando me entregó su pasaporte, y me trasladé a la calle de J. J. Rousseau.

Había dos cartas dirigidas a M. Duval, recogílas y volví. Encontré a Armando vestido del todo y dispuesto a salir a la calle.

Cuando le entregué las cartas dijo:

—Gracias, amigo mío—y añadió después de ver los sobres,—sí, son de mi padre y de mi hermana. Nada de mi silencio habrán comprendido.

Abrió las cartas, y mejor las adivinó que leyó, pues ambas estaban escritas por sus cuatro caras, y a poco las había vuelto a doblar.

—Vámonos—dijo.—Contestaré mañana.

Fuimos a ver al comisario, a quien entregó Armando la autorización de la hermana de Margarita.

El comisario se quedó con la carta, dando otra para el guardián del cementerio; acordóse que el traslado tendría lugar el día siguiente, a las diez de la mañana; y quedamos en que iríamos a buscarle unos minutos antes, para luego dirigirnos al cementerio juntos.

Cosa rara. Yo también sentía cierta curiosidad por presenciar aquel triste espectáculo, y confieso que pasé la noche sin dormir pensando en ello.

A juzgar por mi impaciencia, la noche debió de ser muy larga para Armando.

Al llegar a las nueve de la mañana a su casa, estaba horriblemente demudado, aunque parecía tranquilo.

Recibióme sonriendo, y me tendió la mano.

Las bujías estaban gastadas hasta el cabo. Antes de salir, tomó Armando una carta larguísima dirigida a su padre, y en la que sin duda había consignado sus impresiones de aquella triste noche.

Treinta minutos después llegábamos a Montmartre.

Nos esperaba ya el comisario.

El brazo con que Armando se apoyaba en el mío, me comunicaba con sus convulsiones la excitación que le dominaba. Yo le miraba de cuando en cuando, y él, comprendiendo mis miradas, se sonreía tristemente; pero desde que habíamos salido de su casa, no cruzamos una sola palabra.

Antes de llegar delante del sepulcro, Armando se detuvo para enjugar su rostro inundado en sudor.

Aproveché aquel instante para respirar, pues también tenía el corazón comprimido.

¡Cuál será el origen del doloroso placer que nos producen semejantes espectáculos!

Cuando llegamos, el jardinero había retirado las macetas de flores, y la verja que cercaba la tumba había desaparecido. Dos hombres cavaban la tierra.

El pobre Armando se apoyó contra un árbol y fijó su vidriosa mirada allí donde los azadones abrían la tierra.

En sus ojos se hallaba concentrada toda su vida.

De pronto la punta de un azadón rechinó contra una piedra.

Armando se estremeció, retrocedió como herido por una descarga eléctrica, y estrechó mi mano con tanta fuerza, que me hizo daño.

En seguida uno de los sepultureros tomó una ancha paleta y fué vaciando la fosa poco a poco; después, cuando ya no quedaban más que las piedras con que se cubre el ataúd las fué separando una por una.

Yo seguía observando con gran cuidado todas las impresiones de mi amigo, pues tenía el temor de que sus visibles esfuerzos para concentrarlas precipitaran un terrible fin. Él por su parte seguía mirando, fijos y abiertos los ojos, como si estuviese loco, y el precipitado temblor de sus mejillas y labios demostraba lo violento de la crisis.

En cuanto a mí, sólo puedo decir que casi me arrepentía de haber ido al cementerio.

Cuando el ataúd quedó enteramente descubierto, el comisario dijo a los sepultureros:

—Abrid.

Obedecieron aquellos hombres como si se tratase de la cosa más sencilla del mundo.

La caja era de roble. Principiaron por introducir una palanqueta en la juntura. La humedad había enmohecido los tornillos, y después de muchos esfuerzos saltó la tapa: exhalóse un olor fétido, a pesar de las plantas aromáticas de que estábamos rodeados.

Hasta los sepultureros apartaron la cabeza.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—dijo Armando y palideció más.

Un lienzo blanco cubría el cadáver, dibujando vagos contornos. El sudario estaba carcomido en uno de sus extremos, y dejaba ver un pie descarnado.

Confieso que sentí frío y desfallecimiento, y a la hora en que escribo estas líneas aún me parece ver aquella escena en su imponente realidad.

—Concluyamos—dijo el comisario.

En seguida uno de aquellos hombres alargó la mano, descosió parte del sudario, y agarrándolo por la punta, pegó un tirón y descubrió el rostro de la difunta.

Horrorizaba el verlo; horroriza el contarlo.

Los ojos no eran más que dos cavidades negras; los labios habían desaparecido, y los dientes blancos estaban como unidos unos a otros. Los largos cabellos negros y secos estaban como amasados y pegados a las sienes velando en parte las verdosas cavidades de las mejillas, y, sin embargo, en aquella enmohecida calavera reconocí el rostro blanco, rosado y alegre que tantas veces había admirado.

Armando, con los ojos clavados en aquella figura, se había tapado la boca con el pañuelo, que apretaba con sus dientes.

Yo estaba como soñando que un círculo de hierro oprimía mi cabeza, nubláronse mis ojos, oí mil extraños zumbidos, abrí maquinalmente un frasco que había traído a propósito y aspiré fuertemente las esencias que contenía.

Embargado por aquella especie de sopor, creí oir al comisario que decía al señor Duval.

—¿La reconocéis?

—Sí—contestó sordamente mi compañero.

—Pues cerrad, y trasladad—dijo el comisario.

Los sepultureros echaron otra vez el lienzo sobre el rostro de la difunta, cerraron la caja, y tomándola cada uno por un extremo, se dirigieron al lugar del cementerio a donde debía ser trasladada.

Armando permanecía inmóvil, clavados los ojos en aquella huesa vacía: estaba pálido como el cadáver que acabábamos de ver... y parecía petrificado.

En previsión de lo que iba a suceder cuando el dolor amenguase por la ausencia del espectáculo, ya que por su violencia le sostenía como galvanizado, me acerqué al comisario:

—¿Es indispensable la presencia de este caballero?—le pregunté indicando a Duval.

—No, señor—contestó,—y aun os aconsejo que os le llevéis, pues me parece que está malo.

—Vámonos—dije entonces a Armando tomándole del brazo.

—¡Cómo!—exclamó mirándome con extrañeza.

—Ya no necesitan de vos—-añadí;—debéis retiraros, amigo mío; estáis afectado, y estas emociones os son perjudiciales.

—Tenéis razón, vámonos—contestó sin moverse.

Le cogí del brazo y me lo llevé.

Dejábase conducir como un niño, murmurando tan sólo de vez en cuando:

—¿Habéis visto los ojos?—y lo decía volviendo la cabeza, como si aquella visión le estuviese llamando.

Sus pasos eran irregulares; parecía que no avanzaba sino a sacudidas; sus dientes castañeteaban, sus manos estaban heladas, y una violenta agitación nerviosa que iba en aumento, se apoderó por completo de su persona.

Él me respondía cuando le hablaba.

Todo lo que podía hacer se reducía a dejarse llevar.

Condújele, pues, hasta el carruaje.

Apenas entramos en él, aumentó su estremecimiento. Entonces tuvo un verdadero ataque nervioso en medio del cual, por miedo de asustarme, murmuraba apretándome la mano con violencia:

—No es nada, no es nada; tengo necesidad de llorar.

Y se hinchaba su pecho, y la sangre refluía en sus ojos sin que una sola lágrima anunciase el desbordamiento de su dolor.

Le hice respirar el frasco de que me había servido. Cuando llegamos a su casa, aún duraba su temblor convulsivo.

Le acosté, ayudado de su criado, mandé encender lumbre en su cuarto, y fuí corriendo a buscar un médico, a quien enteré de todo cuanto había pasado.

El médico se vino conmigo.

Al llegar, las facciones de Armando parecían de púrpura, estaba delirante y murmuraba frases incoherentes, de entre las cuales sólo se entendía el nombre de Margarita.

—¿Y bien?—dije al doctor cuando hubo examinado al enfermo.

—Tiene una fiebre cerebral, ni más ni menos, que no es poca fortuna, pues se me figura, Dios me perdone, que se habría vuelto loco. Es casi seguro que la enfermedad física matará la enfermedad moral, y vencida la primera por la segunda estará restablecido antes de un mes.

CAPÍTULO VII

Esta clase de enfermedades matan en seguida o se dejan vencer fácilmente.

Quince días después de los sucesos que acabo de referir, ya había cesado el peligro y se encontraba Armando en plena convalecencia, habiendo acrecentado nuestra amistad hasta el extremo de sernos mutuamente indispensables. Mientras duró la enfermedad no me separé de su casa. La primavera estaba en todo su esplendor, con sus flores, sus hojas, sus árboles y sus cantos.

Las ventanas de la habitación de mi amigo daban vista a un jardín, cuyos saludables aromas se elevaban hasta nosotros. El médico le permitía ya levantarse, y ordinariamente nos solíamos sentar a hablar juntos, a la ventana, cuyas hojas abríamos de par en par a las horas en que el sol tiene más vigor, de doce a dos de la tarde.

Yo procuraba que nuestras conversaciones no recayeran nunca sobre Margarita, temiendo siempre que se avivase la dolorosa llama moral que parecía adormecida bajo la aparente calma del enfermo. Él en cambio hacía todo lo contrario; parecía gozarse en recordarlo; no, como anteriormente, lloroso y triste, sino con dulce sonrisa, como reflejo de la tranquilidad que sentía su alma resignada.

Observé que desde nuestra visita al cementerio, cuyo espectáculo había provocado aquella violenta enfermedad, el dolor moral había aminorado por la fuerza del físico, y la muerte de Margarita ya no tenía para él otro carácter que el doloroso recuerdo del pasado. De esta certidumbre había brotado una especie de consuelo, y para rechazar aquella triste imagen que con frecuencia se dibujaba en su memoria, evocaba los felices recuerdos de

su amorosa amistad con Margarita, como resuelto a no transigir con otros distintos.

Se hallaba la materia muy extenuada por el ataque, al par que por los efectos de los remedios empleados en combatir la fiebre, para permitir al espíritu nuevas emociones, y la alegría primaveral y universal de que Armando se veía rodeado, le absorbía a su pesar con imágenes de vida y alegría.

Se obstinaba continuamente en no querer enterar a su familia del peligro que corría, y estaba ya curado, sin que su padre supiera que hubiese estado enfermo.

Cierto día nos habíamos estado en la ventana más tiempo que de ordinario, a causa de hacer una magnífica tarde. El mismo sol se adormecía en un brillante crepúsculo de azul y oro. No parecía que estábamos en París; el verdor nos rodeaba como si quisiese aislarnos del mundo entero, y raras veces el ruido de un carruaje venía a turbar nuestras conversaciones.

—Esta tarde y hora me recuerdan la época del año y la tarde del día en que conocí a Margarita—dijo Armando, atendiendo más a sus propios pensamientos que a cuanto yo pudiera decirle.

No supe qué contestarle. Entonces, volviéndose a mí, dijo:

—Si gustáis, voy a contaros una historia, sobre la cual podríais escribir un libro que nadie creerá, pero que podría ser interesantísimo.

—Otro día me la contaréis, querido amigo—le dije;—todavía no estáis bueno del todo.

—Sí, la noche es templada, me encuentro bien, pues he comido mi pechuga de gallina, y como ya casi no tengo calentura ni tenemos otra cosa que hacer, voy a contárosla.

—Bueno; ya que absolutamente lo deseáis, os escucho.

—Es muy sencilla—añadió entonces,—y os la voy a contar siguiendo el orden sucesivo. Si más tarde la trasladáis al papel, sois libre de referirla como mejor os parezca.

He aquí la historia de mi amigo, sin más variantes que las puramente necesarias para pasar de la palabra al libro:

—Sí—exclamó Armando, reclinando su cabeza en el respaldo de su butaca; —sí, ¡era una noche como ésta!... Habíamos pasado el día en el campo con mi amigo Gastón R... Por la noche estábamos de vuelta en París, y no sabiendo qué hacer para no aburrirnos, nos metimos en el teatro de Variedades.

En uno de los intermedios salimos al corredor y vimos pasar una elegante y airosa dama, a quien mi amigo saludó.

—¿Quién es esta gran señora?—le pregunté.

—Margarita Gautier—contestó.

—Me parece que está muy cambiada, pues no la he reconocido—dije con una emoción que luego os explicaréis.

—Ha estado muy enferma, y vivirá poco.

Tengo estas palabras tan presentes como si acabase de oirlas hace un instante. He de consignar que desde hacía dos años, la vista de aquella joven, cuantas veces me la encontraba me producía cierta extraña impresión. Sin saber por qué, palidecía y mi corazón latía con violencia. Un amigo mío que se dedica a las ciencias ocultas, llama a eso afinidad de flúidos; por mi parte creo sencillamente que estaba escrito que fuese yo el amante de Margarita, y que el presentimiento me dominaba. Margarita causaba siempre en mí una impresión verdadera, de la que pudieran ser testigos muchos de mis amigos, los cuales se habían reído no poco al averiguar la procedencia.

La vi por primera vez en la plaza de la Bolsa, en la puerta de Susse, donde paró una carretela descubierta, de la que se apeó. Vestía de blanco. Un murmullo de admiradores comentaba sus gracias ante mí. Yo quedé clavado en mi sitio, mirando la puerta por la que había entrado en el almacén hasta que salió. Vila a través de los cristales mientras elegía los géneros que compraba. Hubiera podido entrar, pero me faltó valor; ignoraba quién era aquella mujer, y temía que adivinase mi entrada en el almacén y se disgustase por ello, y sin embargo, yo no podía tener mucha esperanza de volver a verla. Su traje era elegante: un vestido de muselina rodeado de volantes, un chal de India a cuadros, bordado de oro y seda en sus extremos; sombrero de paja de Italia y un brazalete de oro en forma de cadena, moda que comenzaba entonces.

Al salir, la vi entrar en su carretela, que partió al trote de los caballos. Uno de los dependientes de la tienda había salido a la puerta y se quedó en el dintel siguiendo con la vista el carruaje de la bella compradora. Acerquéme a él y le rogué que me dijese el nombre de la dama.

—La señorita Margarita Gautier—me respondió.

No me atreví a pedirle las señas de su habitación y me alejé. El recuerdo de aquella visión, pues realmente lo era, no se ha borrado de mi memoria como el de otras muchas que me lo parecieron, y por todas partes iba buscando aquella dama blanca, tan seductora como hermosa. A los pocos días tuvo lugar un estreno en el teatro de la *Ópera Cómica*. Asistí al espectáculo.

La primera persona a quien vi en uno de los palcos principales, fué a Margarita. El joven que me acompañaba la conocía también, pues me dijo señalándola:

—¿Véis aquella hermosa joven...?

Al mismo tiempo Margarita dirigía sus gemelos hacia nosotros, y al ver a mi amigo, le sonrió e hizo seña de que subiese a visitarla.

—Voy a saludarla—me dijo;—vuelvo al instante.

No me pude contener y le dije:

—¡Sois bien afortunado!

—¿Por qué?

—Porque vais a tener la dicha de ver a esa mujer.

—¿Os habéis enamorado de ella?

—No—dije sonrojándome, pues no sabía darme verdadera cuenta de lo que sentía,—pero me gustaría conocerla.

—¿Queréis que os presente a ella?

—¿Sin pedirle permiso?

—¡Qué tontería! Con damas de su clase se puede prescindir sin escrúpulo de tales formalidades.

Estas palabras me mortificaron sobremanera. Temblaba de adquirir el convencimiento de que Margarita no era digna del sentimiento que me

inspiraba.

Alfonso Karr pinta en su libro titulado *Am Rauchen*, a un hombre que sigue de noche a una mujer elegantísima, de la que se enamoró perdidamente a primera vista.

Sólo por el placer de besar la mano de aquella belleza, hubiera arrostrado todo peligro y hecho cualquier sacrificio. Apenas se atreve a poner su mirada sobre la garganta del precioso y pequeño pie que descubre ligeramente para evitar que el contacto del suelo manche su vestido. Mientras piensa ensimismado en todo lo que haría por poseerla, se ve detenido por ella al volver de una esquina, para preguntarle si quiere subir a su habitación.

Al contacto de semejante pregunta desvanécense por completo todas sus ilusiones, y desviando la vista se vuelve a su casa triste y desencantado. Al reconocer al ídolo de barro, lo desprecia, en vez de adorarlo.

Recordando aquel estudio del corazón humano, yo, que hubiera deseado tener que salvar grandes obstáculos para llegar a Margarita, temía que me aceptase demasiado pronto y sin mediar un sacrificio importante.

Así somos los hombres, y no deja de ser una ventaja el que la razón deje esa puerta al sentimiento y que los deseos de la materia hagan semejante concesión a los sueños del espíritu.

Por último, si me hubiesen dicho: «Poseerás esta noche a esa mujer y la matarán mañana», hubiera aceptado sin vacilar. Pero si, al contrarío, me hubiesen asegurado que mediante un puñado de luises sería su amante, hubiera rehusado ofendido, y hubiera llorado como un niño el desvanecimiento de mi ilusión.

No obstante, deseaba conocerla y no quise desperdiciar la ocasión que se me ofrecía para lograrla o saber resueltamente a qué atenerme.

Rogué a mi amigo que con el solo fin de complacerme, se dignase pedir a Margarita permiso para presentarme, y quedé esperando en el corredor, dominado por la idea de que iba a verla.

Azarado en extremo, me preocupaba la actitud que debía tomar en su presencia y la manera de coordinar las primeras palabras que le iba a decir.

—¡El amor tiene tonterías sublimes!

Momentos después me decía mi amigo:

—Nos espera.

—¿Está sola?—le pregunté.

—Con otra señora.

—¿No hay hombres?

—No.

—Vamos.

Mi amigo se dirigió por la puerta del teatro.

—¿Y a dónde vamos por ahí?—le dije.

—A comprar dulces, pues me los ha pedido.

Entramos en una confitería del pasaje de la Ópera.

Yo hubiera querido llevarme cuantas golosinas encerraban aquellos elegantes escaparates, y antes de que pensase en escoger, pidió mi amigo:

—Una libra de uvas heladas.

—¿Sabéis si le gustan?

—Nunca toma otros dulces; es su costumbre.

—¿Ya sabéis—continuó mi amigo—qué clase de mujer es la que voy a presentaros?

—La conozco de vista.

—No os figuréis que sea una duquesa ni mucho menos: es sencillamente una cortesana y de las de más nombre.

—Ya, ya.

—Así, pues, podéis decirle cuanto se os ocurra sin miedo ni temor.

—Bien, bien—balbuceé, y seguía subiendo maquinalmente las escaleras, proponiéndome interiormente desechar aquella pasión.

Al entrar en el palco, Margarita se estaba riendo de no sé qué. Hubiera preferido verla triste.

Mi amigo me presentó.

Ella inclinó ligeramente la cabeza, diciendo en seguida:

—¿Y mis dulces?

—Aquí están.

Tomólos, dirigiéndome una mirada que me ruborizó.

Luego dijo unas palabras al oído de su compañera, y ambas a dos soltaron una verdadera carcajada.

Desde luego era yo el objeto de aquella hilaridad, lo cual acrecentaba mi turbación.

Por aquella época tenía yo relaciones íntimas con una muchacha de la clase media, muy tierna y sentimental, cuyas románticas quejas y cartas melancólicas me hacían reir. En aquel momento comprendí por lo que yo sentía, lo mucho que la hacía padecer, y por cinco minutos la amé con verdadera pasión.

Margarita se puso a comer sus dulces sin preocuparse para nada de mí ni del desairado papel que estaba representando. Mi introductor, no queriendo dejarme por más tiempo en aquella ridícula actitud, dijo:

—Margarita, no debéis extrañaros de que M. Duval no os dirija la palabra; le deslumbráis de tal modo, que no encuentra frases con que explicarse.

—Casi me inclino a creer que el señor os ha acompañado aquí porque os incomoda venir solo.

—De ser así—dije a mi vez,—no hubiera yo suplicado a Ernesto que os pidiese permiso para presentarme.

Aquello no era tal vez más que un medio para retardar el momento fatal.

A poco que uno haya tratado mujeres de la clase de Margarita, sabrá el placer que encuentran en hablar satíricamente y tratar con dureza a las personas que ven por primera vez. Sin duda es ello una especie de desquite que se toman por las humillaciones que se ven obligadas a sufrir frecuentemente por parte de los que las tratan de continuo.

Así es que para entrar en conversación con ellas, se necesita cierto conocimiento de su trato, cosa que yo desconocía por completo.

Por otra parte, el concepto que me había formado de Margarita contribuía a que creyese yo sus burlas exageradas. Nada que procediese de aquella mujer podía serme indiferente. Así es que me levanté, diciéndole con una emoción que me fué imposible ocultar por completo:

—Señora, si pensáis eso de mí, no me resta más que suplicaros dispenséis mi indiscreción, y despedirme de vos asegurándoos que no reincidiré.

Saludé y salí del palco.

Apenas hube cerrado la puerta, oí una tercera carcajada. Hubiera deseado tropezarme con el primer advenedizo para resarcirme de lo que yo creía un desaire. Volví a mi butaca. Hicieron la señal de levantar el telón. Ernesto volvió a mi lado.

—¿Cómo vamos?—me dijo sentándose.—Ella cree que estáis loco.

—¿Qué es lo que dijo de mí Margarita cuando salí del palco?

—Pues se ha reído mucho, y me ha asegurado que no ha visto jamás hombre más raro. Pero no por eso debéis creeros derrotado; sólo espero de vos que hagáis poco caso de esas mujeres y no cometáis jamás la torpeza de tomar por lo serio sus manifestaciones. Ignoran por completo lo que es educación y buen tono; son como los perros a quienes se perfuma, y que creyéndose que huelen mal, van a lavarse a cualquier arroyo.

—Además, ¿qué importa?—decía yo creyendo tomar un tono indiferente;—no volveré a ver a esa mujer, y si bien me gustaba antes de hablarla, me ha hecho un efecto bien distinto del que presumía, después de conocerla.

—¡Bah! Aún no desespero de veros en su palco algún día y de oiros decir que os arruináis por ella. Por lo demás, tenéis razón: está mal educada, pero es una mujer hermosa.

Afortunadamente, se levantó el telón y se calló mi compañero.

No me sería posible precisar el título de la obra que se representaba aquella noche. Lo único que recuerdo es que muchas veces dirigí mis miradas hacia el palco que había dejado tan bruscamente, y que las visitas se sucedían en él de continuo. No obstante, estaba yo bien lejos de no preocuparme de Margarita. Otro era el sentimiento que me dominaba. Me parecía que debía hacerme olvidar su insolencia mi ridiculez, y que aun cuando debiese sacrificar cuanto poseía, debía conseguir aquella mujer, para tener después

el derecho de disponer de ella a mi capricho. Antes que la representación hubiese terminado, Margarita y su amiga dejaron el palco. También abandoné yo la butaca a pesar mío.

—¿Os vais?—me dijo Ernesto.

—Sí.

—¿Por qué?

En aquel momento advirtió que había quedado vacío el palco.

—Idos—me dijo,—y buena suerte, amigo mío, o mejor dicho, que seáis más afortunado.

Al salir oí en la escalera el roce de unos vestidos y el murmullo de algunas voces. Me separé a un lado y vi pasar, sin ser visto, las dos mujeres y los dos jóvenes que las acompañaban.

En el peristilo del teatro se presentó a ellas un criado.

—Ve, y di que me esperen a la puerta del café Inglés—dijo Margarita;—iremos a pie hasta allí.

Poco después, paseándome por el *boulevard*, en una de las ventanas del restaurant vi a Margarita apoyada sobre el antepecho, deshojando una por una las camelias de su ramo. Uno de sus jóvenes acompañantes estaba en pie detrás de ella hablándole al oído. Fuí a instalarme en uno de los departamentos del primer piso de la *Maison Doré*, desde el cual no perdía de vista la ventana de Margarita. A la una de la madrugada volvió ésta a subir en el coche acompañada de sus tres amigos. Tomé un simón y ordené al cochero que siguiese al de Margarita. El coche paró en la calle de Antín, frente a la casa número 9. Margarita descendió sola y entró en la casa. Sin duda fué ello pura casualidad, pero así y todo me sorprendió agradablemente.

Desde entonces encontré muchas veces a Margarita, ya en algún teatro, ya en los Campos Elíseos. Siempre creía ver en sus hermosas facciones reflejada la misma alegría, y siempre semejante encuentro producía en mí igual emoción.

Después se pasaron más de quince días sin verla.

Hallé a mi amigo Gastón y le pregunté por ella.

—Está muy delicada—me dijo.

—¿Qué tiene?

—La pobre está enferma del pecho, y como la vida que lleva no es la más a propósito para detener los progresos de semejante enfermedad, guarda cama, y es muy posible que no pueda volver a levantarse.

¡Oh, raros e incomprensibles impulsos del corazón! casi me alegró la noticia de la enfermedad.

Aunque sin dejar mi tarjeta ni escribir mi nombre en la lista, pasé todos los días a saber noticias de la enfermedad.

De este modo me enteré de su convalecencia y supe su salida para Bagneres.

Luego se pasó bastante tiempo, y, si no el recuerdo, íbase borrando diariamente la impresión.

Y claro, los viajes, el volver a mis naturales costumbres y habituales trabajos, y la adquisición de amistades nuevas, volvieron a ocupar el lugar de la idea que me dominó durante el tiempo que llenaba mi mente aquella primera aventura; no creía ya ver en ella más que una de tantas pasiones de las que nacen y mueren con igual facilidad en las imaginaciones de los jóvenes, y de las que nos reímos luego.

Por otra parte, tenía bien poco mérito el vencimiento de semejante recuerdo, pues había perdido de vista a Margarita desde que salió de París, y como os dije, no la reconocí cuando pasé junto a ella en los corredores del teatro de *Variedades*.

Es preciso confesar que iba entonces muy arrebujada en su abrigo, pero por más tapada que se me hubiere presentado dos años antes, no hubiera tenido necesidad de ver sus facciones para conocerla; las habría adivinado.

Sin embargo, al cerciorarme de que era ella, mi corazón latió con más violencia, a pesar de haber transcurrido los dos años sin verla, y ni los efectos producidos por la separación fueron bastantes para desvanecer su recuerdo al sentir el contacto de su vestido.

CAPÍTULO VIII

Y es el caso, que a un tiempo mismo que yo reconocía estar todavía enamorado, me sentía más fuerte que antes, y mis deseos de volver a verla, eran hijos en parte, de la voluntad, si no vanidad, que tenía de hacerle conocer que me había hecho superior a ella.

¡Oh, en qué enmarañados laberintos se enreda y cuán inútiles justificaciones busca el corazón para llegar a lo que se desea!

A pesar mío no pude continuar mucho tiempo en los corredores, y volví a ocupar mi butaca de orquesta, desde donde recorrí con la vista todos los palcos para encontrar el en el que estaba Margarita.

Se encontraba en un proscenio, como ya os dije, estaba completamente demudada, y ya no se dibujaba en sus labios aquella indiferente sonrisa que tanto la caracterizaba. Había padecido mucho; padecía aún.

Aunque ya bien entrado el mes de abril, vestía de terciopelo como en pleno invierno.

La miré con tal persistencia que mi mirada atrajo la suya. Se fijó en mí unos instantes, tomó sus gemelos para cerciorarse de quién era yo, e indudablemente, creyó conocerme sin darse cuenta exacta de mi personalidad, puesto que al dejar sus gemelos, vagó por sus labios esa graciosa sonrisa con que saludan las mujeres bonitas cuando quieren contestar al saludo que esperan. Pero yo no satisfice su deseo, pues para vengarme, pretendía, sintiéndolo, hacerle entender que me había olvidado por completo de lo que ella recordaba todavía. Ella, creyendo haberse equivocado, volvió la cabeza sin afectación. Se levantó el telón. Muchas veces vi a Margarita en el teatro, pero jamás la vi fijarse en el escenario.

La obra que se representaba me interesaba poco, solamente Margarita absorbía mi atención; sin embargo, yo hacía toda clase de esfuerzos para aparentar lo contrario.

Habiendo observado que cambiaba algunas miradas con la persona que ocupaba el palco frontero al suyo, me fijé en ésta y vi que era una señora con la que tenía yo bastante intimidad.

Era una antigua mujer de historia, que había pretendido entrar en el teatro, y que no habiéndole sido posible, aprovechó las relaciones que tenía con muchas damas elegantes de París, para establecer un almacén de modas. Yo vi en ella un pretexto para acercarme a Margarita y aproveché un instante que miraba hacia donde yo estaba, y saludéla con la mano y los ojos. Resultó lo que yo quería: me llamó para que subiese a su palco.

Prudencia Duvernoy era el nombre de la modista. Matrona de unos cuarenta años, pertenecía al número de las que no se necesita gran diplomacia para que digan o hagan lo que uno desea, sobre todo cuando lo que se desea es tan sencillo como lo que yo quería. Subí y aproveché el momento en que volvió a empezar sus telegramas ópticos con Margarita para decirle:

—¿A quién os dirigís?

—A Margarita Gautier.

—¿La conocéis?

—¡Sí; soy, a más de su modista, su vecina!

—¿Vivís en la calle de Antín?

—Número 7; la ventana de su gabinete tocador da frente a la mía.

—Creo que es una joven muy amable además de ser lindísima.

—¿No la conocéis?

—No, y me gustaría conocerla.

—¿Queréis que le diga que venga a nuestro palco?

—No; prefiero que me presentéis a ella en su casa.

—Eso es más difícil, porque es la protegida de un anciano duque...

—¿Protegida y hermosa?

—Pues sí, protegida, protegida—dijo Prudencia.—El buen viejo no podría, aunque quisiese, ser su amante.

Y Prudencia me contó de p a pa el origen de las relaciones de Margarita con el duque de Bagneres.

—¿Es ésta la causa por la que ha venido sola al teatro?

—Sí.

—Entonces, ¿quién la acompañará a su casa?

—Él.

—¿Vendrá a buscarla?

—No tardará.

—Y a vos, ¿quién os acompaña?

—Nadie.

—Entonces me ofrezco a ser vuestro caballero.

—¿Y el amigo con quien habéis venido?

—Es un joven muy simpático, muy listo, y de mucho talento, que tendrá mucho gusto en conoceros.

—¡Ah! pues entonces no hay más que hablar, saldremos juntos en cuanto termine esta pieza.

—Eso es: perfectamente; voy a prevenírselo a mi amigo.

—Conformes. ¡Ah!—exclamó Prudencia en el momento que iba yo a salir. —¿Queréis conocer al duque protector de Margarita? Es este anciano que entra en su palco.

Miré y vi que un caballero como de setenta años, serio y respetable, acababa de tomar asiento detrás de Margarita, después de presentarle un cucurucho de dulces, que ella probó inmediatamente, haciendo seña a Prudencia como diciéndole: ¿Si gustáis?

—Muchas gracias—contestó Prudencia con otro gesto.

Entonces Margarita dejó sobre una silla la bolsa de los dulces, y dirigiéndose al viejo siguió comiendo y conversando.

Tal vez os parezcan tonterías este sinnúmero de detalles, pero conservo tal memoria de todo cuanto tenía relación con Margarita que me complazco en recordarlo y repetirlo.

Después de este incidente bajé a la platea para participar a Gastón el compromiso que, a nombre de los dos, acababa de contraer. Aceptó, desde luego, conviniendo en cuanto le dije. Inmediatamente dejamos nuestros asientos para subir al palco de la señora Duvernoy. Cuando atravesábamos el corredor, tuvimos que detenernos para dejar pasar a Margarita y al duque, que ya se retiraban. Hubiera dado sin vacilar diez años de mi existencia por poder substituir al buen anciano.

A la salida les esperaba el coche, al que subieron entrambos, y al trote de dos fogosos caballos dirigidos por el propio duque, desaparecieron rápidamente.

Nosotros nos quedamos con Prudencia hasta la terminación de la pieza, y luego un coche de alquiler nos condujo a los tres a la calle de Antín, número 7. Prudencia nos invitó a que subiésemos para enseñarnos su establecimiento, de cuya propiedad se manifestaba bastante orgullosa.

Ya comprenderéis que no nos hicimos de rogar para complacerla. En cuanto hubimos penetrado en los almacenes de Prudencia, ya me creí estar al lado de Margarita; así, pues, hice recaer inmediatamente la conversación sobre mi único objetivo.

—¿Está, acaso, en la habitación de vuestra hermosa vecina el viejo duque? —pregunté a Prudencia.

—Creo que no; probablemente estará sola.

—Pues se aburrirá de lo lindo—dijo Gastón.

—Generalmente, pasamos juntas todas las veladas; cuando no se opone a ello algún obstáculo, me llama en cuanto llega a su casa. Jamás se acuesta antes de las dos de la madrugada, pues le es imposible conciliar el sueño antes de esa hora.

—¿Por qué causa?

—La enfermedad. Padece del pecho y casi siempre está calenturienta.

—¿No tiene amantes?—pregunté.

—Lo ignoro. A la hora en que yo me retiro jamás queda nadie acompañándola; pero no puedo asegurar que no entre nadie después que yo he salido. Con frecuencia viene a su casa un conde de N... que se propone conseguir no sé qué, haciéndole sus visitas a las once y mandándole cuantas joyas cree que apetece; pero ella le hace poquísimo caso, pues dice que no le gusta ni pintado. Lo cual no deja de ser una majadería, porque es un joven riquísimo. Por más que yo le digo y repito a todas horas: «Hijita, hacéis mal, muy mal en despreciar al conde, pues éste, y no otro, es el hombre que os conviene», no me hace caso ninguno, y ella, que generalmente atiende todos mis consejos, me vuelve la espalda diciendo que no puede resistir a un majadero de tal calibre. Convengo en que no le falta razón, pero sería para ella una verdadera mina, puesto que el viejo duque puede morirse el mejor día. Luego, los viejos son más egoístas, y además su familia le reprueba continuamente la prosecución de su amistad con Margarita, por cuyas razones creo que nada ha de heredar del buen anciano. Siempre que yo le hago presente semejantes temores, me contesta que cuando falte el duque, le sobrará tiempo para tomar al conde.

Es bien poco agradable—continuó Prudencia,—vivir como ella vive ahora. Yo de mí sé decir, que no sabría acostumbrarme a semejante monotonía y no hubiera resistido tanto tiempo sin mandar a paseo al buen anciano. ¡Es tan insípido! La llama hija, la mima y cuida como una niña y puede decirse que no la deja a sol ni a sombra. Estoy segura de que en estos momentos está rondando la calle alguno de sus criados para observar quién sale, y sobre todo quién entra.

—¡Pobre Margarita!—exclamó Gastón, sentándose al piano.

—¡Chist! A ver—dijo Prudencia, fijando su atención.—Creo que Margarita me llama.

Los tres pudimos oir que una voz de mujer llamaba a Prudencia. Y Prudencia nos dijo entonces:

—Señores, podéis ya retiraros.

—¿Así es como entendéis la hospitalidad?—interrogó Gastón sonriéndose.
—Nos retiraremos cuando nos parezca bien.

—¿Por qué hemos de irnos?

—Es que he de entrar en la habitación de Margarita.

—Os esperaremos aquí.

—¡Imposible!

—Entonces os acompañaremos.

—Mucho peor.

—Yo conozco a Margarita—dijo Gastón,—y puedo por consiguiente visitarla.

—Pero no la conoce Armando.

—Le presentaré.

—De ninguna manera.

Volvió a oirse la voz de Margarita que llamaba a Prudencia. Mme. Duvernoy fué corriendo a su gabinete tocador. Gastón y yo la seguimos. Prudencia abrió la ventana. Nosotros quedábamos ocultos de manera que no pudiésemos ser vistos.

—Hace diez minutos que os estoy llamando—dijo Margarita desde su ventana en tono de mando.

—¿Qué se ofrece?

—Que vengáis al momento; aún no se ha ido el conde de N... y me está matando el fastidio.

—No me es posible en este momento.

—¿Quién os lo impide?

—Dos jóvenes que tengo de visita y que no quieren irse.

—Decidles que tenéis necesidad de salir.

—Ya se lo he dicho.

—Pues bien, dejadles solos; cuando vean que salís, saldrán ellos también.

—¡Después de habérmelo revuelto todo!

—Pero, ¿qué os quieren?

—Yo creo que os quieren ver a vos.

—¿Cómo se llaman?

—Al uno ya le conocéis, es Gastón R...

—¡Ah, sí, ya sé! ¿Y el otro?

—Al otro no le conocéis, se llama M. Armando Duval.

—Bien, no importa, dejad que os acompañen: todo lo prefiero al conde. Venid en seguida; os espero.

Margarita y Prudencia cerraron sus ventanas. Margarita, que hacía pocos momentos pareció recordar mi fisonomía, había olvidado mi nombre por completo. Yo hubiera preferido a olvido semejante, un recuerdo desagradable.

—Ya me presumía yo—dijo Gastón,—que tendría gran gusto en recibirnos.

—Mejor diríais—interrumpió Prudencia poniéndose el abrigo,—que os recibe para conseguir a toda costa que se marche el otro. Procurad serles más simpáticos que el conde para evitar que luego me riña.

Seguimos a Prudencia. Yo estaba temblando. Presentía que aquella visita iba a ejercer gran influencia sobre mi vida. Aun estaba más conmovido que la noche de mi primera presentación en la *Ópera Cómica*. Al llegar a la puerta de la habitación que ya conocéis, me latía tan precipitadamente el corazón, como huían de mi cabeza las ideas. Llegaron a nuestros oídos algunas notas. Prudencia llamó, y dejó de oirse el piano a un mismo tiempo. Abrió la puerta una muchacha que por su aire elegante, más que una doncella de servicio parecía una señorita.

Pasamos al salón, de allí a un gabinete separado, que estaba tal como después lo habéis visto. Apoyado en la chimenea había un elegante joven.

Margarita, sentada al piano, recorría ligeramente el teclado, empezando muchas piezas sin terminar ninguna.

El efecto de aquel cuadro, era el del fastidio, hijo de la turbación e inexperiencia del hombre, y del peso abrumador con que fatigaba el ligero espíritu de la mujer, la presencia del tétrico personaje. Levantóse Margarita al oir la voz de Prudencia y saliéndonos al encuentro, dijo, después de haber cruzado ambas mujeres una mirada; de inteligencia por parte de la Duvernoy, de agradecimiento por la de Margarita:

—Entrad y sed todos bien venidos.

CAPÍTULO IX

—Muy buenas noches, querido Gastón—dijo Margarita a mi amigo;—me alegro de veros. ¿Por qué no me habéis visitado antes en mi palco?

—Por si me creíais indiscreto.

—Los verdaderos amigos—y Margarita acentuó el calificativo como para hacer entender a los que allí estábamos, que a pesar de su cordial acogida, Gastón no era más que un amigo;—los amigos no son indiscretos jamás.

—¿Entonces me permitiréis que os presente a M. Armando Duval?

—Ya estaba autorizada Prudencia para hacerlo.

—Hace ya mucho tiempo, señora—dije inclinándome y balbuceando mis palabras,—que tuve el honor de seros presentado.

La encantadora mirada de Margarita pareció escudriñar sus recuerdos, pero no recordó o fingió no acordarse.

—Señora—le dije,—os doy gracias por haber olvidado mi primera presentación, en la que estuve sobradamente ridículo y debí pareceros bastante fatuo. Tuvo lugar hace dos años en la *Ópera Cómica* por nuestro común amigo Ernesto de...

—¡Ah!—exclamó Margarita sonriendo.—Ya recuerdo; y por cierto que no fuisteis vos el más ridículo, sino yo, que fuí demasiado burlona, como aún lo soy, aunque no tanto. ¿Me habéis perdonado, caballero?

Y al decir esto me tendió su mano, en la que imprimí un beso.

—Es verdad—repuso.—Tengo la mala costumbre de querer desconcertar a las personas que veo por primera vez lo cual no deja de ser mal hecho. El

médico me dice que esto consiste en que soy muy nerviosa y estoy siempre excitada: suplícoos que deis crédito a mi médico.

—Pero ahora parece que estáis mejor.

—¡Oh! he estado enferma de veras.

—Lo sé.

—¿Por quién?

—Por todo el mundo, pues nadie lo ignoraba, y además, venía con frecuencia a preguntar por vos, y supe con placer vuestro restablecimiento.

—Nunca he visto vuestra tarjeta.

—Es que no la dejaba.

—¡Ah, ya! ¿Entonces sois el joven que venía diariamente a informarse del curso de mi enfermedad, y que jamás quiso decir su nombre?

—El mismo.

—En ese caso sois más que indulgente, sois generoso. De seguro no hubierais vos hecho otro tanto, conde—dijo dirigiéndose al señor de N... después de lanzarme una de esas miradas con que las mujeres completan la opinión que han empezado a formar de nosotros.

—Permitidme que os recuerde que yo tan sólo os conozco desde hace dos meses—contestó el conde.

—Permitidme que yo haga constar que M. Armando me conoce desde hace cinco minutos. Siempre respondéis necedades.

Las mujeres no sienten piedad ni misericordia para aquéllos a quienes no aman. El conde bajó los ojos y se mordió los labios.

Me dió lástima de él, pues parecía estar tan enamorado como yo, y la ruda franqueza de Margarita debía mortificarle sobremanera, estando como estaba en presencia de gentes desconocidas.

—Me parece que al entrar nosotros estabais tocando el piano—dije para cambiar de conversación.—¿Queréis tratarme como a un antiguo conocido y continuar tocando?

—¡Oh!—exclamó Margarita dejándose caer en el sofá y brindándonos con el gesto a que nos sentásemos a su lado.—Únicamente toco cuando estoy sola con el conde; no quiero, pues, ahora, mortificaros ni mortificarme.

—¿Reserváis esta preferencia para mí solo?—replicó el señor de N... con una sonrisa entre inocente y sarcástica.

—Hacéis mal en reprochármela, porque no os tengo otra.

Comprendiendo aquel pobre joven que no podía decir palabra, hubo de dirigir a Margarita una mirada suplicante.

—Decidme, pues, amiga Prudencia—prosiguió ella;—¿habéis cumplido mi encargo?

—Sí.

—Me alegro; ya me lo contaréis después. Hablaremos antes de que os marchéis.

—Estamos molestando, tenéis razón; y toda vez que ya hemos, o mejor, que ya he obtenido una segunda presentación para borrar el mal efecto de la primera, Gastón y yo nos retiraremos con vuestro permiso.

—De ninguna manera; no lo he dicho por vosotros, muy al contrario, pues me permito rogaros que no os vayáis.

El conde sacó su riquísimo reloj y dijo:

—Ya es hora de ir al club. Adiós, señora.

Margarita se puso en pie.

—Adiós, mi querido conde, ¿ya os vais?

—Sí; temo fastidiaros.

—Hoy es de los días en que menos me fastidiáis. ¿Cuándo os veré?

—Cuando me lo permitáis.

—¡Adiós, pues!

Esto es una verdadera crueldad.

Afortunadamente el conde estaba muy bien educado y era extremadamente bueno. Contentóse con besar la mano que Margarita le abandonara y salió

después de saludarnos a todos.

Ya en el umbral de la puerta, miró a Prudencia, la cual se encogió de hombros como diciendo:

—¿Qué queréis? he hecho cuanto me ha sido posible.

—¡Nanina!—gritó Margarita.—Alumbra al conde.

Oímos abrir y cerrar la puerta.

—¡Al fin se ha ido!—exclamó Margarita volviendo.—Ese joven me excita los nervios y me perjudica horriblemente.

—Querida mía—dijo Prudencia,—sois verdaderamente muy mala para con él: tan bueno y obsequioso siempre. Sobre la chimenea tenéis el reloj que os ha regalado, y que le costó mil escudos cuando menos.

Y Mme. Duvernoy, que se había aproximado a la chimenea, jugaba con la joya a que se refería, admirándola codiciosamente.

—Amiga mía—dijo Margarita sentándose al piano,—cuando peso por una parte lo que me da, y por la otra lo que me dice, encuentro que paga muy baratas sus visitas.

—El pobre está muy enamorado de vos.

—Es que si yo escuchase a todos los que están enamorados de mí, ni siquiera tendría tiempo para comer.

E hizo correr sus dedos sobre el teclado. Luego se volvió y dijo:

—¿Queréis tomar alguna cosa? Yo bebería un poco de ponche.

—Y yo comería un pedazo de pollo—dijo Prudencia;—si cenáramos...

—Sí, sí, vámonos a cenar—dijo Gastón levantándose.

—No; cenaremos aquí.

Llamó y se presentó Nanina.

—Manda por una cena.

—¿Qué preferís tomar?

—Lo que tú quieras, pero al instante.

Nanina salió.

—Eso es—dijo Margarita saltando como una niña,—vamos a cenar. ¡Cuánto me aburre este imbécil conde!

Cuanto más me fijaba en aquella mujer, tanto más me encantaba. Era hermosa de veras. Hasta su delgadez era una gracia. Apenas podría explicar lo que por mí pasaba. Grande era mi indulgencia con respecto a su vida; tan grande como la admiración que su belleza me infundía. La prueba de desinterés que daba al no aceptar el amor de un joven elegante y rico, dispuesto a arruinarse por ella, excusaba a mis ojos todas las faltas de su pasado. De aquella mujer emanaba una especie de candor.

Adivinábase que aún se encontraba en la adolescencia del vicio. Su paso seguro, su talle flexible y esbelto, las ventanas de su nariz rosadas y abiertas, y sus grandes y rasgados ojos ligeramente rodeados de un círculo azul, revelaban una de esas naturalezas ardientes que en torno de ellas derraman el perfume de la voluptuosidad, como los frascos de Oriente, que por bien cerrados que estén exhalan siempre la fragancia del licor que contienen. En fin, fuese por naturaleza o como resultado de su estado morboso, cruzaban de vez en cuando por los ojos de aquella mujer relámpagos de deseo cuya expresión habría sido una revelación del cielo para aquél a quien ella hubiese amado. Pero si los que habían amado a Margarita podían ser innumerables, no se sabía de uno solo a quien ella hubiese amado.

En una palabra: en Margarita se veía a la virgen que un cualquiera trocó en cortesana, y a la cortesana que otro cualquiera hubiera convertido en la virgen más amorosa y pura. Margarita aun tenía el orgullo y la independencia, dos sentimientos que, heridos, son capaces de hacer lo que el pudor. Yo no decía nada; parecía que toda mi alma se había concentrado en mi corazón, y mi corazón en mis ojos.

—¿Conque erais vos quien venía a enterarse del curso de mi enfermedad? —me preguntó de pronto.

—Sí, señora.

—¿Sabéis que esto me alegra sobremanera? ¿Cómo puedo agradecéroslo?

—Permitiéndome venir a veros de cuando en cuando.

—Siempre que gustéis, de cinco a seis por la tarde, y de once a doce por la noche. Gastón, tened la bondad de tocar la *Invitación al vals*.

—¿Por qué?

—En primer lugar por complacerme, y después porque no consigo jamás tocarla sola.

—¿Y a qué es debido eso?

—A que no puedo con la tercera parte; el trozo de los sostenidos.

Gastón se levantó, sentóse al piano, y empezó aquella maravillosa melodía de Weber, cuya música estaba abierta sobre el atril. Margarita, con una mano apoyada en el piano, miraba el cuaderno, seguía con los ojos las notas, tarareándolas por lo bajo, y cuando Gastón llegó al pasaje que ella le había indicado, casi lo cantó, haciendo correr sus dedos por encima del piano.

—Re, mi, re, do, re, fa, mi, re; eso es lo que yo no puedo tocar. Volved a empezar.

Gastón lo repitió, y luego le dijo Margarita:

—Dejádmelo probar a ver si ahora...

Ocupó el asiento y tocó a su vez; pero sus dedos rebeldes tropezaban siempre en los dichosos sostenidos.

—¡No me explico—dijo Margarita con entonación verdaderamente infantil, —que yo no consiga tocar este pasaje! ¿Creeríais que algunas noches permanezco ensayándolo hasta pasadas dos horas? ¡Cuando pienso que ese imbécil conde lo toca sin música y admirablemente! Yo creo que es ésta la causa de que me enfurezca contra él.

Y volvió a probar varias veces, pero siempre con las mismas dificultades.

—¡Váyanse al diablo Weber, la música y los pianos!—dijo arrojando el cuaderno al otro extremo de la habitación.—Parece increíble que yo no pueda triunfar de ocho sostenidos seguidos.

Y se cruzaba de brazos mirándonos y pateando de coraje como una niña.

Afluyó la sangre a sus mejillas y una ligera tos entreabrió sus labios.

—Vamos, calma, hijita—dijo Prudencia, que se había quitado el sombrero y se arreglaba los cabellos delante de un espejo,—aun vais a encolerizaros y os hará daño. Mejor será que vayamos a cenar; yo estoy muerta de hambre.

Margarita llamó de nuevo, después volvió a sentarse al piano, y empezó a media voz una canción bastante libre, en cuyo acompañamiento no se equivocó.

Gastón la conocía también y ambos cantaron a dúo.

—No cantéis esas obscenidades—dije familiarmente a Margarita en tono de súplica.

—¡Oh! ¡qué púdico sois!—me contestó tendiéndome la mano y sonriendo.

—No lo digo por mí, sino por vos.

Margarita hizo un gesto en el que podía leerse: «¡Oh! ¡hace mucho tiempo que he dado al traste con la castidad!».

En aquel momento entró Nanina.

—¿Está ya la cena?—preguntó Margarita.

—Sí, señora, al momento.

—A propósito—me dijo Prudencia,—vos no habéis visto el salón; venid y os lo enseñaré.

Ya sabéis que aquella pieza era una maravilla. Margarita nos acompañó unos instantes, luego llamó a Gastón y pasó con él al comedor para ver si estaba preparada la cena.

—Calle—exclamó Prudencia, en voz alta, examinando un aparador y tomando de él una figurilla de Sajonia,—¡no sabía que tuvieseis este pequeño monigote!

—¿Cuál?

—Un pastorcillo que lleva una jaula con un pájaro.

—Tomadlo si os agrada.

—Sí, pero no me atrevo a privaros de él.

—Quería regalárselo a mi camarera, porque lo encuentro muy feo; pero, ya que os gusta, podéis apropiároslo.

Prudencia no vió más que el regalo, y no la manera cómo había sido hecho; separó su pastorcillo, y me condujo al gabinete tocador, donde, llamando mi atención sobre dos miniaturas colocadas simétricamente, dijo:

—Éste es el conde G... que estuvo perdidamente enamorado de Margarita; fué su primer amante. ¿Le conocéis?

—No. ¿Y éste?—le pregunté indicando la otra miniatura.

—¿Ése? el joven vizconde de L... quien tuvo necesidad de salir de París...

—¿Por qué?

—Porque se quedó casi arruinado. Éste sí que amaba a Margarita de veras.

—¿Y ella? Le querría muchísimo también.

—Es un carácter tan particular, que nadie sabe nunca a qué atenerse. La noche del día en que partió el vizconde, Margarita estuvo en el teatro, como de costumbre y, sin embargo, había llorado al despedirle.

En aquel momento se presentó Nanina a anunciarnos que la cena estaba servida.

Al entrar en el comedor, vimos que Margarita estaba apoyada contra la pared, y Gastón la hablaba en voz baja, teniéndola cogidas ambas manos.

—¿Pero estáis loco?—le decía Margarita;—ya sabéis que no quiero nada de vos. A los dos años de conocer a una mujer, no se solicita ser su amante. Nosotras nos entregamos al momento o jamás. ¡Ea, a la mesa, señores!

Y escapándose de las manos de Gastón, Margarita le hizo sentar a su derecha y a mí a su izquierda. Luego advirtió a Nanina:

—Antes de sentarte, encarga a la cocinera que no abra la puerta a nadie, sea quien fuere el que llame.

Semejante encargo se hacía a las cuatro de la madrugada.

Reímos, bebimos y comimos muchísimo. A los pocos instantes la alegría había llegado al último extremo, y esas palabras que ciertas clases de gente encuentran chistosas y que manchan siempre la boca del que las pronuncia, eran celebradas y reídas a un tiempo por Nanina, Prudencia y Margarita. Gastón se divertía de veras; era un muchacho de gran corazón, pero de imaginación viciada por sus primeras costumbres. Hubo momentos en que

quise aturdirme, alejando de mi corazón y mi vista la parte dolorosa del espectáculo que presenciaba, y quise confundirme en aquella alegría violenta que parecía ser uno de los platos de la cena; pero a poco quedé aislado en medio de aquel bullicio. Mi vaso continuaba lleno, y casi me entristecía al ver que aquella hermosa criatura de veinte años, bebía y hablaba como un mozo de cordel, y reía tanto más, cuanto más escandaloso era lo que se decía.

Y mirad lo que son las cosas: aquella alegría, aquel modo de hablar y de beber, que en los demás comensales me parecía ser los resultados de la licencia, o de la costumbre; me parecía que eran en Margarita hijos de la necesidad de olvidar y de su fiebre e irritabilidad nerviosa. A cada copa de champagne, tomaban sus mejillas un rojo vivaz como la fiebre, y su tos, ligera al principio de la cena, había aumentado hasta el extremo de obligarla a dejar caer la cabeza sobre el respaldo del sillón y a comprimir su pecho con las manos siempre que tosía.

No podéis figuraros lo que yo sufría, al considerar los estragos que debían causar a su frágil organización aquellos excesos cotidianos.

Y claro; sucedió lo que yo había previsto y temía. Al concluir la cena tuvo Margarita un acceso de tos mucho más fuerte que todos los demás que había tenido aquella noche. Parecía que su pecho se desgarraba interiormente. La pobre joven se puso de color de púrpura, cerró los ojos bajo el peso del dolor, y al llevar a sus labios la servilleta, la dejó enrojecida con una gota de sangre. Entonces se levantó y corrió precipitadamente al tocador.

—Pero ¿qué le pasa a Margarita?—preguntó Gastón.

—Nada. Que ha reído demasiado y arroja sangre—contestó Prudencia.—¡Oh! lo mismo le sucede todos los días. Pronto volverá; dejémosla sola que así lo prefiere.

En cuanto a mí, no pude contenerme, y con gran sorpresa de Prudencia y Nanina, que me llamaban, volé al lado de Margarita.

CAPÍTULO X

Fuí al cuarto de Margarita y en realidad más me valiera no haber ido.

Echada sobre un sofá y con el vestido desabrochado, comprimía con una mano su corazón, teniendo caída, maquinalmente, la otra. Sobre una mesa había una jofaina de plata medio llena de agua, jaspeada con hilos de sangre.

Margarita, muy pálida y con la boca entreabierta, procuraba tomar aliento. Su pecho se hinchaba a cada instante a impulsos de un prolongado suspiro, que, al exhalarle, parecía como que se aliviaba un poco, quedando por algunos segundos en cierta aparente tranquilidad.

Me acerqué a ella, sin que la joven hiciese ningún movimiento; me senté y la tomé de la mano que tenia abandonada sobre el sofá.

—¡Ah! ¿sois vos?—me dijo sonriendo.

Creo que mi rostro estaba demudado, pues añadió:

—¡Qué! ¿también estáis malo?

—No; ¿pero vos sufrís todavía?

—Muy poco—y con su pañuelo enjugó las lágrimas que la tos había arrancado a sus ojos;—¡estoy tan acostumbrada, amigo mío!...

—Os estáis matando—le dije entonces con voz conmovida:—quisiera ser amigo o pariente vuestro para impedir que os perjudiquéis de esta manera.

—¡Ah! no vale la pena de que os alarméis—repuso en tono amargo.—¡Observad cómo los demás no se ocupan de mí! ¡como saben que no hay remedio para esta enfermedad!...

Levantóse en seguida, y tomando una luz, que dejó sobre la chimenea, se miró al espejo.

—¡Estoy muy pálida!—dijo arreglándose el vestido y pasándose los dedos por sus cabellos desordenados.—Pero ¡qué diablos! volvamos a la mesa. ¿Venís?

Yo estaba sentado e inmóvil.

Ella, comprendiendo la emoción que aquella escena me había causado, se acercó a mí, y tendiéndome la mano, exclamó:—¡Ea! venid.

Tomé su mano, y llevándola a mis labios, la humedecí a pesar mío, con dos lágrimas mucho tiempo contenidas.

—¡Qué niño sois!—dijo sentándose a mi lado.—¡Estáis llorando! ¿Qué os pasa? ¿qué tenéis?

—Debo pareceros harto ridículo, pero lo que acabo de ver me ha lastimado muchísimo.

—¡Sois muy bueno! ¡Qué queréis! no pudiendo dormir, me es preciso buscar distracciones. Y luego, ¿qué le importa al mundo una joven más o menos de las de mi clase? Dicen los médicos que la sangre que arrojo procede de los bronquios; yo aparento creerlos, que es cuanto puedo hacer por ellos.

—Escuchad, Margarita—dije entonces con una expresión que no pude contener:—ignoro la influencia que podáis tener sobre mi vida, pero sí sé que en este instante no hay nadie, ni siquiera mi hermana, por quien me interese como por vos, lo mismo que desde que os vi. Pues bien, en nombre del Cielo, cuidaos y dejad de vivir como hasta hoy.

—Yo creo que si me cuidara, moriría más pronto. Lo que me sostiene es la vida excitada que llevo. Además, el cuidarse es bueno para las mujeres del mundo que tienen familia y amigos; pero nosotras, cuando ya no podemos servir a la vanidad o al placer de nuestros amantes, nos abandonan, sin cuidarse de que las noches largas suceden a los largos días. ¡A fe que esto me consta. Dos meses he estado en cama, y a las tres semanas ya nadie venía a verme!

—Es verdad que no soy nada vuestro—proseguí,—pero si quisieseis, yo os cuidaría como un hermano, no os dejaría y os curaría. Y así, cuando

tuvieseis fuerzas para ello, os podríais entregar de nuevo a la vida que lleváis, si así lo deseabais; pero casi estoy seguro de que preferiríais una existencia tranquila que hiciera vuestra felicidad y conservara vuestra hermosura.

—Pensáis así esta noche, porque estáis triste y os inspiro lástima; pero no tendríais la paciencia de que hacéis gala.

—Debo recordaros, Margarita, que habéis estado enferma por espacio de dos meses, y que durante este tiempo he venido todos los días a preguntar por vos.

—Es verdad; pero ¿por qué no subíais?

—Porque no os conocía aún.

—¿Por ventura se guardan miramientos con una joven como yo?

—Claro que sí. Siempre se deben guardar con una mujer; a lo menos, ésta es mi opinión.

—Es decir que... ¿me cuidaríais?

—Sí.

—¿Os quedaríais todos los días a mi lado?

—Sí.

—¿Y también todas las noches?

—Siempre que no os fuese molesto.

—¿Cómo se llama eso?

—Abnegación.

—¿Y de qué nace tanta abnegación?

—De la irresistible simpatía que me habéis inspirado.

—¡Ah!, ¿conque estáis enamorado de mí? Decidlo sin ambages, porque es más sencillo.

—Acaso lo esté; pero si he de decíroslo algún día, no es hoy ciertamente.

—Mejor será que jamás me lo digáis.

—¿Por qué?

—Porque de semejante confesión pueden resultar dos cosas.

—¿Cuáles?

—Pues oídme atento: puede resultar que yo no os acepte, y entonces os enfadaríais contra mí, o que os acepte, y en tal caso tendríais una pobre querida; una mujer nerviosa, enferma, triste, o alegre, de una alegría más negra que el dolor; una mujer que arroja sangre y gasta cien mil francos al año; esto es bueno para un viejo opulento como el duque, pero no para un joven como vos. Cuantos amantes jóvenes he tenido, me han abandonado muy pronto, lo cual prueba que no os convengo.

No me atrevía a contestarle: sólo escuchaba. Aquella franqueza que rayaba en confesión, aquella triste vida que yo entreveía bajo el velo dorado que la cubría y de cuya realidad huía la joven en brazos de la incontinencia, de la embriaguez y del insomnio, me impresionaban tan hondamente, que me faltaban palabras para responder.

—¡Vaya, tonterías a un lado!—continuó Margarita.—Dadme la mano y volvamos al comedor. Debe ignorarse la causa de nuestra ausencia.

—Podéis volver si gustáis. Pero permitid que no os acompañe.

—¿Por qué?

—Porque vuestra alegría me hace demasiado daño.

—¿Queréis que esté triste? Os complaceré.

—Escuchadme, Margarita: dejad que os diga una palabra que sin duda os han dicho muchas veces y que la costumbre de que os la repitan os impedirá tal vez darle fe, pero que no por ello es menos verdadera y que tal vez no os volveré a repetir.

—¿Cuál es...?—dijo ella con la sonrisa de las madres jóvenes cuando quieren escuchar un desatino de sus hijos.

—No sé cómo ni por qué, pero, desde que os vi, habéis ocupado un lugar en mi existencia, y por más que he procurado arrojar vuestra imagen de mi pensamiento, éste ha vuelto siempre a recogerla; cuando hoy os he visto de nuevo, después de transcurridos más de dos años, habéis adquirido sobre mi corazón y mi ánimo un ascendiente aún mayor; finalmente, ahora que me

habéis recibido, que os conozco y creo saber todo cuanto encerráis de extraño y misterioso, me sois ya indispensable, y me volvería loco, no solamente si no me amaseis, sino privándome de amaros.

—¡Jesús, qué niño sois! Voy a repetiros lo que decía madame D... ¿Sois muy rico? ¿Sabéis que gasto seis o siete mil francos al mes, y que este gasto se ha hecho indispensable a mi vida? ¿Ignoráis, querido amigo, que os arruinaría en breve, y que tal vez vuestra familia os privaría de lo más preciso para libraros de vivir con una mujer como yo? Amadme en buena hora si queréis, como un amigo, pero no de otra manera. Podéis visitarme, reiremos, hablaremos, pero no exageréis mi valor, que es por cierto bien poco. Vos tenéis buen corazón, necesitáis ser amado, y sois aún muy joven y demasiado sensible para vivir en nuestro mundo. Dirigíos a una casada. Y veis que soy buena también y os hablo lisa y llanamente.

—Pero, ¿qué hacéis?—exclamó Prudencia presentándose en la puerta del gabinete, sin que la hubiésemos oído venir, y mostrando cierto desorden así en sus vestidos como en el peinado.

En aquel desarreglo se echaba de ver la mano de Gastón.

—Estamos discutiendo en serio—dijo Margarita.—Dejadnos terminar, y al momento seremos con vosotros, no os impacientéis.

—Por mí, hablad y discutid cuanto gustéis, hijos míos—dijo Prudencia retirándose y cerrando la puerta como para coronar el retintín con que pronunció estas últimas palabras.

—Convendremos, pues—prosiguió Margarita cuando estuvimos solos,—en que ya no me amáis.

—Entonces, me vais a permitir que me retire.

—¡Llegaríais a tal extremo!

Yo había avanzado ya demasiado para retroceder, y por otra parte, aquella joven me volvía loco. La mezcla de alegría y dolor, de candidez y de prostitución, como también la enfermedad que debía desarrollar en ella la sensibilidad de las impresiones y la irritabilidad de los nervios, me hicieron entender que si desde luego no procuraba adquirir dominio sobre aquella naturaleza olvidadiza y voluble, Margarita estaba perdida para mí.

—Armando, sedme franco: ¿habláis con toda seriedad?—me preguntó.

—Con toda seriedad.

—¿Y por qué no me lo habéis dicho antes?

—¿Cuándo?

—El día siguiente de haberme sido presentado en la *Ópera Cómica*.

—Temía no ser bien recibido.

—¿Por qué?

—¿No ve usted que la noche anterior había estado verdaderamente insubstancial?

—Es verdad. Sin embargo, ya me amabais.

—También es verdad.

—Todo lo cual no os privó de acostaros y dormir tranquilamente después de la función. A esto es a lo que se reducen vuestros amores.

—¡Nada de eso! Os equivocáis. ¿Sabéis lo que hice la noche aquélla?

—No, por cierto.

—Pues oid: Os aguardé a la puerta del café Inglés, seguí el carruaje que os condujo a vos y a vuestros tres amigos, y cuando vi que os apeabais sola y entrabais en vuestra casa, me tuve por dichoso.

A esta confesión, Margarita soltó una carcajada.

—¿De qué os reís?

—De nada.

—Decídmelo, os lo suplico, o voy a creer que aún os burláis de mí.

—¿Me prometéis no enfadaros?

—¿Qué derecho tengo para enfadarme?

—Pues bien; había de por medio un motivo poderoso para que yo entrase sola.

—¿Cuál?

—Se me esperaba.

Si Margarita me hubiese dado una puñalada, me habría hecho menos daño. Levantéme y le tendí la mano.

—Adiós—le dije.

—¿Veis? Ya sabía yo que os enfadaríais—dijo ella.—Los hombres se mueren por saber lo que ha de disgustarles.

—No; si os aseguro—añadí con frialdad, como queriendo manifestar que ya estaba curado para siempre de mi pasión,—os aseguro que no estoy enfadado. Era muy natural que os esperase alguien, como lo es también que yo me vaya a las tres de la madrugada.

—¿Por ventura os aguardan también en vuestra casa?

—No, pero debo irme.

—Id con Dios.

—¡Ah! ¿Me despedís?

—De ninguna manera.

—¿Por qué me disgustáis así?

—¿Que yo os disgusto?

—¿No decís que os esperaba alguien?

—Es que no he podido dejar de reirme a la idea de que os tuvisteis por dichoso al verme entrar sola, cuando existía una razón tan poderosa para hacerlo.

—Una tontería es con frecuencia motivo de gozo para el hombre, y se hace mal en destruir semejante alegría cuando, si se la deja subsistir, se puede aumentar la dicha del que la mantiene.

—Pero tened en cuenta una cosa. ¿A quién creéis que estáis hablando? No soy ni una virgen ni una duquesa. Hoy es el primer día que os conozco y no debo daros cuenta de mis acciones. Admitiendo que pueda ser un día vuestra querida, es necesario que os hagáis cargo de que he tenido otros amantes. Si antes ya os mostráis celoso, ¿qué sucederá después, si este después existe algún día? Jamás he visto un hombre como vos.

—Porque nadie os ha amado como yo.

—¿Sí? Hablemos francamente. ¿Me amáis mucho?

—Cuanto es posible amar.

—¿Y desde cuándo?

—Desde el día en que os vi descender de vuestro carruaje y entrar en casa de Susse, hace tres años.

—¡Hombre! ¡Sabéis que esto es grave! ¡Pues bien! ¿Qué debo hacer para corresponder a tan grande pasión?

—Sencillamente, amarme un poco—dije agitado por la emoción que casi me impedía hablar, pues a pesar de las sonrisas un tanto burlonas con que acompañaba sus palabras, parecíame que Margarita empezaba a participar de mis impresiones y que iba aproximándose el momento esperado por tanto tiempo.

—Bueno, bien; pero ¿y el duque?

—¿Qué duque?

—Mi viejo celoso.

—No se enterará de nada.

—¿Y si se entera?

—Os perdonará.

—Al contrario. Me abandonará, y entonces, ¿qué será de mí?

—¿Pues no aventuráis por otro este abandono?

—¿Cómo lo sabéis?

—Por el encargo que habéis hecho de no dejar entrar esta noche a nadie.

—Es cierto; pero ése es un amigo verdadero.

—Amigo a quien no apreciaréis mucho, pues que le cerráis la puerta a tales horas.

—Suponiendo que sea así, no sois vos quien debe reprochármelo, ya que he obrado como lo he hecho para recibiros a vos y a vuestro amigo.

Yo me había acercado poco a poco a Margarita, enlazaba su talle entre mis manos y sentía que su cuerpo reposaba ligeramente sobre ellas.

—Margarita, ¡si supierais cuánto os amo!—la dije en voz baja.

—¿De veras?

—Os lo juro.

—Corriente; pues mirad: si me prometéis cumplir mi voluntad sin decir una palabra, sin hacerme ninguna observación, ni interrogarme, tal vez os amaré.

—¡Haré cuanto queráis!

—Pensadlo bien; porque os advierto que quiero ser libre de obrar como me acomode, sin daros el menor detalle sobre mi vida. Hace tiempo que busco un amante joven sin voluntad; enamorado sin desconfianza; amado sin derechos, y nunca he sabido hallarlo. Los hombres, en vez de satisfacerse con que se les conceda lo que apenas habrían esperado obtener una sola vez, exigen de sus queridas cuenta del presente, del pasado y hasta del porvenir. Conforme se van acostumbrando a ellas, pretenden dominarlas, y cuanto más se les da lo que apetecen, tanto más exigentes se manifiestan. Si me decido a tomar un nuevo amante, quiero que reúna tres cualidades muy raras: que sea confiado, obediente y discreto.

—¡Pues bien! seré todo lo que queráis.

—Veremos.

—¿Y cuándo lo veremos?

—Más tarde.

—¿Por qué no ahora?

—Porque—dijo Margarita desprendiéndose de mis brazos y tomando una camelia roja de un gran ramo de este color, traído de la mañana, y colocándomela en uno de los ojales de mi levita;—porque no siempre pueden ejecutarse los tratados el mismo día en que se firman.

Era bien facilísimo comprender aquel lenguaje misterioso.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?—dije estrechándola entre mis brazos.

—Cuando cambie de color esta camelia.

—¿Y cuándo cambiará?

—Mañana de once a doce de la noche. ¿Estáis satisfecho?

—¡Huelga la pregunta!

—Os ruego que no digáis una palabra de todo esto ni a vuestro amigo, ni a Prudencia, ni a nadie.

—Prometido.

—Y ahora, dadme un beso y volvamos al comedor.

Margarita juntó sus labios a los míos, arregló de nuevo sus cabellos y salimos del gabinete; ella cantando, yo casi loco.

Al atravesar el salón, me dijo por lo bajo:

—Debe pareceros extraño que yo os acepte así de contado. Mas, ¿sabéis eso en qué consiste? Consiste—continuó tomando mi mano y colocándola sobre su corazón, del cual sentí los latidos violentos y rápidos;—consiste en que, debiendo vivir menos tiempo que los demás, me he propuesto vivir más aprisa.

—Por favor. No me habléis de este modo, os lo ruego.

—¡Oh! consolaos—continuó, sonriendo.—Por corta que sea mi existencia, viviré más tiempo del que durará vuestro amor.

Y entró cantando en el comedor.

—¿Dónde está Nanina?—dijo, viendo solos a Gastón y Prudencia.

—Durmiendo en vuestro cuarto, y aguardando a que os acostéis—respondió Prudencia.

—¡Pobre chica! ¡La estoy matando! ¡Ea, señores, retiraos; ya es hora de que os marchéis!

Diez minutos después Gastón y yo salimos. Margarita me estrechó la mano diciéndome «adiós», y se quedó con Prudencia.

—Bueno, hombre, bueno. ¿Qué hay?—me preguntó Gastón cuando estuvimos en la calle;—¿qué decís de Margarita?

—Que es un ángel, y estoy loco por ella.

—Me lo figuraba. ¿Se lo habéis dicho?

—Sí.

—¿Y ha prometido creeros?

—No.

—No es como Prudencia.

—¿Os lo ha prometido?

—¿Prometido? ¡Ha hecho más, amigo mío! Nadie creería que la gruesa Duvernoy se mantuviese tan tersa.

CAPÍTULO XI

Al llegar Armando a este punto, suspendió un momento su narración.

—Tened la bondad de cerrar la ventana—me dijo.—Empiezo a sentir frío, porque a estas horas acostumbro meterme en cama.

Cerré la ventana; Armando, que aún estaba muy débil, se quitó la bata y se acostó, dejando reposar por algunos instantes su cabeza sobre la almohada, como un hombre cansado de una larga jornada o excitado por penosos recuerdos.

—Quizá habéis hablado en demasía—le dije;—¿queréis que me vaya y os deje dormir? Otro día me contaréis el fin de esa historia.

—¡Es verdad! ¿Os fastidia tal vez?

—Al contrario.

—Entonces proseguiré. Si me dejaseis solo, no podría dormir.

—Al llegar a mi casa—continuó, sin necesidad de coordinar ideas, tan presentes estaban en su memoria todos los detalles,—no me acosté y me puse a reflexionar sobre la aventura del día. El encuentro, la presentación, el compromiso de Margarita conmigo, todo había sido tan rápido, tan inesperado, que en ciertos momentos creí haberlo soñado. Sin embargo, no era la primera vez que una mujer como Margarita se comprometía con un hombre para el día siguiente al en que él la solicitaba.

El mío era uno de estos casos.

Aunque yo me esforzaba en afirmar esta reflexión, había sido tan fuerte la primera impresión que en mí produjo aquella que iba a ser mi querida, que no bastaban mis esfuerzos a desvanecerla. Yo me obstinaba en no ver en

ella una de tantas, y con la vanidad proverbial de todos nosotros, estaba dispuesto a creer que Margarita sentía por mí igual simpatía que la que yo experimentaba por ella.

Sin embargo, yo tenía presentes ejemplos bien contradictorios, y frecuentemente había oído decir que el amor de Margarita era una especie de mercancía más o menos cara, según la estación. Pero yo me decía en mi abono: «¿cómo conciliar semejante reputación con las continuas negativas hechas al joven conde que habíamos visto en su casa?». Acaso me digáis que éste la disgustaba, y que como ella era mantenida espléndidamente por el duque, quería tomar otro y escogerlo a su gusto. Entonces, ¿por qué no admitía a Gastón, buen mozo, alegre, ingenioso y rico, prefiriéndome al parecer a mí, que me encontró tan ridículo la primera vez que me vió? Es verdad que a veces se consigue en un minuto lo que no es posible en todo el año. De los que estábamos cenando con ella, yo había sido el único que se había asustado al ver que se levantaba de la mesa. La seguí, me conmoví, sin poderlo disimular, y hasta había llorado y besado su mano. Esta circunstancia, unida a mis visitas diarias en los dos meses que duró su enfermedad podían hacerle ver en mí a un hombre muy distinto de los conocidos hasta entonces, y ¿quién sabe si Margarita se había dicho que no le costaba nada hacer por un amor expresado de tal manera, lo que tantas veces había hecho en favor de otros menos delicados, puesto que de todas maneras no podía tener para ella consecuencias graves.

Tales suposiciones eran, como veis, muy verosímiles, pero fuera la que fuese la causa de haber consentido, existía una cosa cierta: el consentimiento.

Por otro lado yo estaba enamorado de Margarita e iba a poseerla; no podía exigir nada. No obstante, os lo repito, aunque fuese una entretenida había creído tan difícil su conquista, tal vez para poetizarla, que cuando más se acercaba el momento en que debía poseerla, tanto más dudaba de la realidad. No pude dormir en toda la noche. Ni me reconocía a mí mismo; estaba loco.

Tan pronto no me creía bastante gallardo, ni bastante rico, ni distinguido, para poseer a semejante mujer, como me ensoberbecía a la idea de su posición; luego temía que Margarita tuviese únicamente un capricho de momento, y presentía la desgracia de un rompimiento inmediato. «Tal vez

haría mejor, me decía, no yendo a su casa esta noche, y en ausentarme de París, escribiéndole los motivos de ello y mis temores». Luego me entregaba a esperanzas ilimitadas, a una confianza completa, y soñaba en un porvenir de interminables dichas. Me creía que aquella joven me debería su curación física y moral, que pasaría toda mi vida a su lado y que su amor me haría más dichoso que los amores de la mujer más casta y pura.

En fin, me es imposible repetiros las innumerables sensaciones que de mi corazón subían a exaltar mi cerebro, y que se fueron extinguiendo poco a poco en el sueño que acabó por vencerme, ya entrado el día.

No desperté hasta las dos de la tarde; hacía un tiempo magnífico. Jamás la vida me ha parecido tan espléndida y hermosa. Los recuerdos del día anterior se presentaban en mi imaginación sin sombra de obstáculo, acompañando alegremente las esperanzas de la futura noche. Me vestí tan de prisa como me fué posible.

Estaba tan contento, que no existe acción generosa de que no me sintiese capaz. Mi corazón saltaba de júbilo y rebosaba de amor dentro de mi pecho, dominado por febril agitación. Ya no me preocupaban las razones que me habían inquietado antes de dormirme, porque veía únicamente el resultado, sin pensar más que en la hora en que debía ver de nuevo a Margarita.

No me era posible permanecer en casa. Mi cuarto me parecía demasiado estrecho para contener tanta felicidad; necesitaba toda la Naturaleza para respirar libremente.

Salí, e instintivamente me encontré en la calle de Antín. El carruaje de Margarita esperaba a su puerta.

Me dirigí a los Campos Elíseos. Hubiera abrazado sin conocerlas a cuantas personas encontraba al paso.

¡Qué buenos nos hace el amor!

Una hora llevaba paseándome, de los *caballos de Marly* al *rond-poind* y del *rond-poind* a los *caballos de Marly*, cuando vi a lo lejos el carruaje de Margarita, que más bien adiviné que reconocí.

Cuando revolvió el ángulo de los Campos Elíseos, mandó detener el carruaje, y un joven alto se separó de un grupo de elegantes para ir a decirle algunas palabras.

Pocos momentos después el joven volvió a reunirse a sus amigos, y los caballos prosiguieron al trote. Yo, que me había acercado al corrillo, reconocí en el que había hablado con Margarita al conde de G... de quien había visto el retrato, y que, según Prudencia, era a quien Margarita debía su posición.

Por él era sin duda por quien Margarita el día anterior había cerrado la puerta y dado orden de que no se abriese.

Me hice la suposición de que ella había mandado parar el carruaje al objeto de darle explicaciones, y hasta me figuraba que al mismo tiempo habría encontrado algún nuevo pretexto para no recibirle aquella noche.

No recuerdo cómo se me pasó el resto del día; paseé, fumé, hablé; pero de cuanto hice y vi no me quedaba ningún recuerdo a las diez de la noche.

Únicamente sé que entré en mi casa, que pasé tres horas en el tocador, y que miré cien veces mi péndulo y mi reloj, los cuales marchaban desgraciadamente acordes.

Dieron las diez y media, y creí llegada la hora de salir.

Por aquella época vivía yo en la calle de Provenza; seguí la de Mont-Blanch, atravesé el *boulevard*, tomé las calles de Luis el Grande y de Port-Mahon, llegando a la de Antín. Levanté los ojos y vi luz en las ventanas de Margarita.

Llamé y pregunté al portero si estaba en casa la señorita Gautier.

Me contestó que Margarita no volvía nunca a su casa antes de las once o de las once y cuarto. Miré mi reloj. Creía haber andado muy despacio, pero en sólo cinco minutos había recorrido el trayecto que media de la calle de Provenza a la de Antín. Entonces me puse a pasear aquella calle sin tiendas y desierta a tales horas.

A la media hora o cosa así llegó Margarita, que descendió de su carruaje mirando en torno suyo como si buscase a alguien.

El carruaje se alejó al paso, pues en la casa no había caballerizas ni cochera.

Cuando Margarita iba a llamar, me acerqué y la dije:

—Buenas noches.

—¡Ah! ¿sois vos?—me preguntó en tono poco tranquilizador sobre el placer que sentía de verme allí.

—¿No me disteis permiso para venir a visitaros esta noche?

—Tenéis razón; lo había olvidado.

Estas tres últimas palabras destruyeron todas mis reflexiones de aquella mañana y todas mis esperanzas de aquel día. No obstante, empezaba a familiarizarme con sus maneras, y no me marché como lo hubiera hecho antes. Entramos. Nanina había abierto anticipadamente la puerta.

—¿Ha vuelto ya Prudencia a su casa?—preguntó Margarita.

—No, señora.

—Pues anda y encarga que venga aquí en cuanto vuelva. Antes apaga la lámpara del salón, y si viene alguien dile que no he vuelto todavía y que tal vez no volveré esta noche.

Creía adivinar que la preocupaba alguna cosa y que quizá la molestaba mi presencia. Yo no sabía qué aire tomar ni qué decirle. Margarita se dirigió a su dormitorio; yo permanecí donde estaba.

—Venid—me dijo.

Entré. Se quitó el sombrero y el abrigo de terciopelo y los echó sobre su cama; después, dejándose caer sobre un gran sillón cercano a la chimenea, que ella mandaba encender hasta principios de verano, me dijo, jugando con la cadena de su reloj:

—¿Qué me contáis de nuevo, amigo mío?

—De nuevo nada; únicamente pienso que debo haberme equivocado viniendo esta noche.

—¿Por qué?

—Porque parecéis contrariada, y acaso sea yo la causa.

—No me molestéis; es que, como estoy enferma, he sufrido todo el día y no he dormido; tengo una jaqueca atroz.

—¿Queréis que me retire para que podáis acostaros?

—Podéis quedaros si queréis. Si yo deseo acostarme, lo haré delante de vos.

En esto llamaron a la puerta.

—¿Quién será?—dijo con un movimiento de impaciencia.

A los pocos instantes volvieron a llamar.

—No hay quien abra. Será preciso, que yaya yo misma.

En efecto, se levantó y me dijo:

—Esperadme aquí.

Atravesó la habitación, y oí abrir la puerta.

Entonces escuché.

El recién llegado se detuvo en el comedor. En las primeras palabras reconocí la voz del joven conde de N...

—¿Cómo os encontráis esta noche?—preguntó a Margarita.

—Mala—contestó ella secamente.

—¿Acaso os molesto?

—Puede.

—¡Cómo me recibís así! ¿Qué os he hecho, querida Margarita?

—Nada, amigo mío; no me habéis hecho nada. Pero estoy indispuesta y debo acostarme. Así, pues, tened la bondad de retiraros. Ninguna noche puedo entrar en mi casa sin que os presentéis a los cinco minutos, y esto me contraría. ¿Qué pretendéis? ¿Que sea yo vuestra querida? ¡Pues bien! Ya os he dicho cien veces que no os puedo admitir y que perdéis el tiempo miserablemente; dirigíos a otra parte. Vuelvo a repetíroslo por última vez: nada quiero de vos, nada absolutamente; conque, adiós. Mirad, Nanina viene y ella os alumbrará. Buenas noches.

Y sin decir una palabra más, ni escuchar las que balbuceaba el joven, Margarita volvió a entrar en su cuarto, cerrando violentamente la puerta. Nanina, casi al mismo tiempo, entró también.

Margarita la llamó y dijo: «Oye, siempre que venga ese imbécil, dile que no estoy en casa o que no quiero recibirle. Ya estoy cansada de ver continuamente personas que vienen a pedirme lo mismo; que me pagan, y que luego creen no deberme ya nada. Si las que empiezan este género de

vida supieran lo que es, preferirían, de seguro, el estropajo a los diamantes. Pero no; la vanidad de ostentar lujosos vestidos, elegantes carruajes y costosos adornos, nos arrastra; creemos en lo que se nos cuenta, pues la prostitución tiene también su fe; vamos derrochando paso a paso nuestro corazón, nuestro cuerpo y nuestra belleza; se nos mira como animales dañinos; se nos desprecia como parias; nos rodean solamente personas que siempre nos quitan más de lo que nos dan, y a la postre morimos como perros, en un hospital, después de haber perdido a otros como a nosotras mismas».

—Por Dios, señora, calmaos—le dijo Nanina.—Esta noche estáis muy excitada.

—Este vestido me molesta—dijo Margarita haciendo saltar los corchetes que la oprimían. Dame un peinador. ¿Y Prudencia?

—No ha vuelto todavía; pero he dejado recado, y en cuanto vuelva se le dará para que suba.

—¡Otra de tantas!—exclamó Margarita quitándose el vestido y poniéndose un peinador blanco,—otra que sabe encontrarme cuando me necesita y no puede hacerme un favor de buen grado. Ella sabe que aguardo una contestación esta noche, que debo tenerla y que estoy inquieta, y estoy segura de que se ha ido a paseo sin acordarse del santo de mi nombre.

—Tal vez la han entretenido.

—Manda traer un ponche.

—Os va a hacer daño—dijo Nanina.

—Tanto mejor. Trae té, también frutas, pasteles o un alón de pollo, cualquier cosa; pero al momento, de prisa, porque tengo hambre.

No acierto a deciros la impresión que me produjo semejante escena; pero vos lo adiviináis, ¿no es verdad?

—Cenaréis conmigo—me dijo;—entretanto tomad un libro, mientras yo voy un instante a mi tocador.

En seguida encendió las bujías de un candelabro, abrió una puerta que estaba al pie de su cama y desapareció.

Yo me quedé reflexionando sobre la vida de aquella joven, y mi amor se acrecentó con la compasión.

Paseaba la estancia a grandes pasos entregado a mis meditaciones, cuando entró Prudencia.

—¡Bravo! ¿vos aquí?—me dijo.—¿Dónde está Margarita?

—En su tocador.

—Tengo que hablarle. La esperaré. La habéis flechado de veras. ¿No lo sabíais?

—No.

—¿Y no os lo ha dado a entender?

—De ninguna manera.

—¿Pues cómo estáis aquí?

—He venido a verla.

—¿A verla a media noche?

—¿Qué tiene de extraño?

—¡Vamos, no mintáis!

—Me ha recibido muy mal.

—Ya os recibirá mejor.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Porque le traigo una buena noticia.

—Decidme: ¿cómo os ha hablado de mí?

—Veréis: anoche, o mejor dicho, esta madrugada, después que os marchasteis con vuestro amigo... A propósito, ¿cómo está vuestro amigo? ese... Gastón R... se llama así, ¿no es cierto?

—Sí—dije sin poder contener una sonrisa acordándome de la confidencia que Gastón me había hecho con respecto a Prudencia, y que ésta recordaba apenas su nombre.

—Es buen mozo ese joven: ¿en qué se ocupa?

—Tiene veinticinco mil francos de renta.

—¡Bonita renta!... Pero volvamos a vuestro asunto. Sabed que Margarita me ha pedido con mucho interés informes sobre vos; me ha preguntado quién erais, qué hacíais, quiénes habían sido vuestras queridas; en fin, todo cuanto se puede preguntar con relación a un hombre de vuestra edad. Yo le he dicho cuanto sé, añadiendo que sois un excelente y distinguido joven, y... nada más.

—Os doy gracias. Ahora decidme cuál es la comisión que os encargó ayer.

—Ninguna; era sencillamente un pretexto para hacer que el conde se marchara; pero me dió otra para hoy, y aquí traigo la respuesta.

Entonces salió Margarita de su tocador, coquetamente ataviada, cubierta la cabeza con un elegante gorro de dormir, adornado con cintas color caña. Estaba encantadora. Venía con los pies desnudos, dentro de unas ricas chinelas de satén, y estaba acabando el tocado de las uñas.

—Y bien—dijo precipitadamente a Prudencia,—¿habéis visto al duque?

—Sí.

—¿Y qué os ha dicho?

—Me ha entregado...

—¿Cuánto?

—Seis mil.

—¿Los traéis?

—¡No que no!

—¿Se manifestó disgustado?

—¡Ca!

—¡Pobre hombre!

Esta exclamación fué pronunciada en un tono indescriptible. Margarita tomó seis billetes de mil francos.

—¡Ya era tiempo!—dijo.—Querida Prudencia, ¿necesitáis algo?

—Ya sabéis, hija mía, que faltan sólo dos días para el quince; si pudieseis prestarme tres o cuatrocientos francos, me haríais un grandísimo favor.

—Mandad por ellos mañana por la mañana, pues ya es demasiado tarde para mandar al cambio.

—No os olvidéis.

—No hay cuidado. ¿Queréis cenar con nosotros?

—No, Carlos me está esperando.

—¿Aún seguís enamorados?

—Enamoradísimos. Hasta mañana. Adiós, Armando.

Prudencia se marchó. Margarita abrió un cajón y echó en él los billetes de Banco.

—Permitiréis que me acueste, ¿verdad?—dijo sonriendo y dirigiéndose a la cama.

—No solamente os lo permito, sino os lo ruego.

Entonces separó el rico cobertor de la cama y se acostó.

—Ahora—dijo,—venid, sentaos a mi lado y hablemos.

Había acertado Prudencia; la contestación del duque que ella había traído transformó a Margarita.

—¿Me perdonáis el mal humor de esta noche?—me dijo tomándome una mano.

—Os lo perdono todo.

—¿Me amáis?

—Con delirio.

—¿A pesar de mi mal genio?

—A pesar de todo.

—¿Me lo juráis?

—Sí—dije prolongando la sílaba muy por lo bajo.

En esto entró Nanina trayendo un pollo fiambre, una botella de Burdeos, fresas y dos cubiertos.

—No he mandado hacer ponche—dijo Nanina,—porque os conviene más el Burdeos. ¿No es verdad, caballero?

—Ciertamente—respondí conmovido aún por las últimas palabras de Margarita y fijando en ella mi ardiente mirada.

—Bueno—dijo Margarita,—deja todo eso sobre la mesita y acércala a la cama; nos serviremos nosotros mismos. Llevas ya perdidas tres noches, y debes estar fatigada; vete a la cama, que ya no necesito nada más.

—¿Cerraré la puerta con llave?

—Perfectamente, y sobre todo no dejéis entrar a nadie antes del mediodía.

CAPÍTULO XII

Los primeros albores del naciente día empezaron a penetrar al través de las cortinillas, cuando Margarita me dijo:

—Dispénsame si te despido; pero es indispensable. El duque viene todas las mañanas; cuando venga se le dirá que estoy durmiendo, pero es casi seguro que aguardará a que despierte.

Yo cogí entre mis manos la cabeza de Margarita, cuyos cabellos destrenzados flotaban en torno de su cuello, y le di el beso de despedida, preguntándole:

—Bueno y ¿cuándo te volveré a ver?

—Mira—me dijo,—toma esa llavecita dorada que está encima de la chimenea, abre la puerta, trae otra vez la llave y vete. Recibirás una carta y mis órdenes, pues ya sabes que debes obedecerme ciegamente.

—Bien. ¿Y si te pidiera algo?

—¿Qué?

—Que me dieses esta llave.

—No he querido hacer jamás lo que me pides.

—Pero bien puedes hacerlo por mí, pues juro que te amo más y de bien distinta manera que los demás.

—Bueno, accedo, guárdala; pero te prevengo que depende de mi voluntad el que esta llave te sirva o no.

—¿Por qué?

—Porque la puerta tiene aldabas por dentro.

—¡Ah, picaruela!

—Las mandaré quitar.

—¿Conque me amas un poco?

—No sé si será como dices, porque ignoro también cómo se ama, pero me parece que sí. Ahora retírate y permíteme que descanse. ¡Estoy rendida!

Aún permanecimos abrazados unos instantes más y salí.

Las calles estaban desiertas. La gran ciudad dormía aún, circulando libremente el aire por aquellos barrios que dentro de algunas horas iban a ser invadidos por el bullicio de las muchedumbres.

La dormida ciudad me pareció que me pertenecía; buscaba en mi memoria los nombres de las personas cuya felicidad había envidiado hasta entonces, y no recordé ninguna sin tenerme por más dichoso que ella.

Conseguir el amor de una joven casta, declararle el primero, el extraño misterio del amor, es ciertamente una gran felicidad; pero es la cosa más sencilla del mundo.

Conquistar un corazón no acostumbrado a defenderse es entrar en una ciudad abierta y sin guarnición.

Es verdad que la educación, el sentimiento de los deberes y el buen nombre de la familia, son firmes centinelas; pero no hay centinela, por alerta que esté, a quien no burle una joven de diez y seis años, a la que al sonido de la voz de su amante penetra e inspira los primeros consejos del amor, tanto más ardientes, cuanto de mayor pureza se les reviste.

Una joven cuanto más pura es, mejor cree en el bien, y más fácilmente se abandona, si no al amante, al menos al amor; pues no abrigando desconfianza carece de fuerza, y hacerse amar por ella es un triunfo tan fácil, que no hay hombre de veinticinco años que deje de obtenerlo cuando se le antoja.

Éste es el único motivo por el que vemos a las jóvenes rodeadas siempre de vigilantes y precauciones. Mas ni los conventos tienen muros tan elevados, ni las madres cerrojos tan fuertes, ni la religión defensas bastante eficaces para enjaular a todas estas hermosas avecillas, a las que en su mayor parte nadie se toma el trabajo de echar algunas flores.

¡Y con cuánta ansia deben desear entrar en el mundo al que las roban! ¡cuán embelesador deben imaginárselo! ¡con qué placer han de escuchar la primera voz que a través de las rejas va a revelarles los secretos de este mundo que desconocen, y cómo no han de bendecir la primera mano que levanta una punta del misterioso velo!

Ahora bien, ser amado, y amado verdaderamente, por una mujer como Margarita es una victoria dificilísima de alcanzar.

Hemos de tener en cuenta que en ellas, el cuerpo ha vaciado el alma, los cálculos han secado su corazón y el libertinaje ha asfixiado el sentimiento. Las frases amorosas que escuchan se las saben de memoria, conocen al dedillo los medios que sugiere el deseo, y hasta el amor que pueden inspirar saben que no les pertenece, porque lo han vendido. Aman por oficio y no por pasión. Están mejor guardadas por sus cálculos que una virgen por su madre o por las rejas del convento. Así es que han inventado la palabra *capricho* para designar los amores sin tráfico que de vez en cuando se permiten como un descanso, una excusa o un consuelo: semejantes a esos usureros que desuellan a mil individuos, y se creen repararlo todo con prestarle un día veinte francos a algún pobre diablo que se muere de hambre, sin exigirle interés ni recibo.

Comúnmente, cuando Dios permite que una cortesana sienta un amor semejante, es tan efímero, que lo que al principio parece un perdón, degenera casi siempre en castigo. No hay absolución sin penitencia. Cuando una de esas criaturas cuyo pasado puede reprochársele, siente de súbito un amor profundo, sincero, irresistible, del que no se creyera nunca capaz; cuando confiesa este amor, ¡cuán grande es el dominio que ejerce sobre ella el hombre amado! ¡cuán fuerte se siente con el derecho cruel de poder decirle:

—Lo que hacéis por el amor, es sencilla y únicamente lo que habéis hecho por el dinero; ni más ni menos.

En este caso, no saben las infelices qué pruebas dar para ser creídas.

Según una fábula, cierto muchacho, después de divertirse mucho tiempo gritando ¡*socorro*! para asustar a los pastores, fué un día devorado por un lobo, porque aquéllos a quienes había engañado tantas veces, no creyeron entonces en los gritos verdaderos que daba. Lo mismo les pasa a esas

mujeres desgraciadas cuando llegan a amar verdaderamente. Son tantas las veces que han mentido, que ya nadie quiere creerlas, y en medio de sus remordimientos son devoradas por su amor. He aquí el motivo de los grandes sacrificios y austeros retiros de que algunas han dado ejemplo. Pero cuando el hombre que inspira esta pasión redentora tiene el alma bastante generosa para aceptarla sin acordarse del pasado; cuando comprende que verdaderamente ama como es amado, ese hombre gasta de una vez todas las emociones terrenales, y secado su corazón por la fuerza absorbente de este amor, se cierra para siempre a cualquier otro.

Estas reflexiones no supe hacérmelas aquella madrugada cuando entré en mi casa, reflexiones que hubieran podido ser el presentimiento de lo que iba a sucederme, y a pesar de mi amor por Margarita, no podía adivinar tales consecuencias. Hoy, que todo ha terminado, nacen espontáneamente de los sucesos. Pero volvamos al primer día de mis relaciones amorosas. Entré en mi casa loco de alegría. Al considerar que había salvado los obstáculos que colocara, mi imaginación entre Margarita y yo, que ya la poseía, que ocupaba un lugar en su pensamiento, que tenía en mi bolsillo la llave de su habitación y que estaba autorizado para hacer uso de ella, estaba satisfecho de la vida, orgulloso de mí mismo, y amaba a Dios, que me permitía todo eso.

Pasa un joven por una calle, se codea con una mujer, la mira, se vuelve y prosigue su camino; ignora quién es aquella mujer que tiene placeres, penas y amores a los que él es completamente extraño. Es para ella como si el tal hombre no existiera, y si la dirigiese la palabra, acaso se burlaría de él, como Margarita se había burlado de mí. Transcurren semanas, meses y años, y de pronto, cuando ambos han recorrido la senda trazada por su destino, cada uno en orden distinto, la casualidad les pone uno enfrente de otro. Aquella mujer llega a ser querida de aquel hombre y se aman apasionadamente. ¿Cómo? ¿por qué? Entonces sus dos existencias no forman más que una; apenas nace la intimidad, cuando ya les parece haber existido siempre, y todas las impresiones y efectos anteriores se borran de la memoria de los dos amantes. Confesemos que es ésta una verdad bien singular.

Respecto de mí, creo que no me acordaba de cómo había vivido antes del día anterior. Todo mi ser rebosaba alegría al recuerdo de las pruebas de cariño cambiadas durante aquella noche. O Margarita sabía fingir muy bien,

o sentía por mí una de esas pasiones súbitas que se revelan desde el primer beso y que a veces duran toda la vida.

Cuanto más reflexionaba en ello, tanto más me decía que Margarita no tenía ninguna razón para fingir un amor que no hubiese abrigado, y decíame también que las mujeres tienen dos modos de amar, que pueden engendrarse nuevamente, esto es: con el corazón o por el placer.

Es muy frecuente que una mujer tome un amante para obedecer las exigencias de sus sentidos, y sin esperarlo, descubra el misterio del amor espiritual, y no viva ya sino con su corazón. En cambio sucede también frecuentemente que una joven, no buscando en el matrimonio más que la unión de dos afecciones puras, recibe de repente la revelación del amor físico, esa enérgica conclusión de las más castas impresiones del alma. Rodeado de estos pensamientos me dormí, aunque con trabajo, hasta que fuí despertado por un billete de Margarita concebido en los siguientes términos:

> «Ahí lleváis mis órdenes: Esta noche al Vaudeville. Subid a mi palco durante el tercer entreacto.
>
> «M. G.»

Este billete lo guardé en un cajón a fin de tener siempre la realidad a mano, dado que me asaltasen dudas, como a cada momento sucedía.

No me decía que fuese a verla durante el día, y no me atreví a presentarme en su casa; pero era tal mi deseo de verla antes de la noche, que me fuí a los Campos Elíseos, donde, como el día anterior, pasó una y otra vez delante de mí.

Después, tal era mi impaciencia que a las siete ya estaba en el Vaudeville.

Nunca había entrado tan temprano en un teatro.

Los palcos se fueron llenando unos tras otros. Sólo uno quedaba vacío: el del patio, inmediato al telón.

Ya empezado el acto tercero, oí abrir la puerta de aquel palco en el cual había tenido constantemente clavados los ojos. Apareció Margarita, se adelantó en seguida, miró hacia la orquesta, me vió, y con una mirada me dió las gracias por mi exactitud.

¡Oh! aquella noche estaba Margarita verdaderamente encantadora.

¿Acaso era yo la causa de su coquetería? ¿Me amaba lo suficiente para creer que cuanto más hermosa la encontrase, sería tanto más feliz? Yo lo ignoraba; pero si tal había sido su intención, conseguía su objeto, pues en el momento que apareció, atrajo todas las miradas del público, y el actor entonces en escena fijó también la suya en quien de tal modo distraía a los espectadores sólo presentándose. Y yo tenía la llave del cuarto de aquella mujer, y dentro de tres o cuatro horas iba nuevamente a ser mía.

Vitupérese cuanto se quiera a los que se arruinan por actrices y mujeres como Margarita, que yo me admiraré siempre de que no se hagan por ellas muchísimas más locuras.

Precisa haber vivido como yo en semejante vida, para saber cuán fuertemente arraigan en el corazón el amor que se las profesa, y las pasajeras vanidades que proporcionan diariamente a sus amantes.

Iba acompañada por Prudencia, la cual tomó asiento en seguida en el palco, en cuyo fondo había también un caballero en quien reconocí al conde de G... Al verle se me heló el corazón.

Yo creo que Margarita se dió cuenta de la impresión que me produjo la presencia de aquel personaje en su palco, pues me sonrió de nuevo, y volviendo la espalda al conde, hizo como que se fijaba mucho en la obra que se representaba.

Acabada ésta, se volvió para decir dos palabras al conde: éste se levantó y salió del palco. Margarita me hizo seña de que subiese.

—Buenas noches—me dijo cuando entré y me tendió su mano.

—Muy buenas—contesté, dirigiéndome a Margarita y a Prudencia a un tiempo.

—Sentaos.

—Pero yo ocupo el puesto de alguien. ¿No ha de venir el señor conde de G...?

—No tardará en volver; le he mandado a comprarme dulces para que podamos hablar un momento. Madame Duvernoy está en el secreto.

—Sí, hijos míos—dijo ésta;—pero estad tranquilos que nada diré.

—Pero, ¿qué os pasa esta noche?—dijo Margarita levantándose y viniendo a la sombra del palco a darme un beso.

—No estoy muy bien.

—En ese caso idos a la cama—dijo con aquel tono irónico que tan bien le cuadraba.

—¿A cuál?

—A la vuestra.

—Ya sabéis que no podría dormir.

—Entonces no hay para qué estar tan mal humorado de haber visto un hombre en mi palco.

—No es éste el motivo.

—Si tal; ya lo entiendo, y no tenéis razón. Pero hablemos de otra cosa. Después de la función id a casa de Prudencia y permaneced allí hasta que os llame. ¿Lo oís?

—Sí.

¿Quién hubiera desobedecido en mi lugar?

—¿Me amáis aún?—continuó.

—¡Y me lo preguntáis!

—¿Habéis pensado en mí?

—Todo el día.

—¡Ay, Armando! ¿Sabéis que temo decididamente enamorarme de vos? Preguntádselo a Prudencia.

—¿Para qué? es inútil—respondió la maciza Duvernoy.

—Bueno y ahora volveos a vuestro sillón, porque el conde va a entrar y no conviene que os halle aquí.

—¿Por qué?

—Porque no os agrada verle.

—De ninguna manera: pero creedme que si me hubieseis dicho que deseabais venir esta noche al teatro, hubiera podido enviaros este palco del mismo modo que lo ha hecho el conde.

—Desgraciadamente, me lo ha traído sin pedírselo, ofreciendo acompañarme. No ignoráis que yo lo debía aceptar. Todo lo que podía hacer era escribiros a dónde iba para que me vieseis y porque yo misma tenía deseos de veros pronto; pero toda vez que me lo agradecéis de tal modo, aprovecharé la lección.

—No tengo razón, perdonadme.

—Bien, perdonado, pero volveos inmediatamente a vuestro asiento, y sobre todo no seáis celoso.

Me estrechó afectuosamente la mano y salí. En el pasillo encontré al conde que volvía. Me reinstalé en mi sillón, y después de todo, la presencia del conde G... en el palco de Margarita era la cosa sencilla. Había sido su amante, la traía un palco y la acompañaba al espectáculo; todo esto era lo más natural del mundo, y desde el momento en que yo aceptaba por querida a una joven como Margarita, debía aceptar también sus costumbres.

Pero estos razonamientos no consiguieron desterrar de mí cierto disgusto durante el resto de la función, y al salir del teatro, estaba muy mal humorado, después de ver al conde, Prudencia y Margarita subir al coche que a la puerta les esperaba.

Disgustado o no, un cuarto de hora después ya me hallaba en casa de Prudencia, quien había llegado pocos segundos antes que yo.

CAPÍTULO XIII

—Llegáis casi al mismo tiempo que nosotros—dijo Prudencia.

—Sí—respondí maquinalmente.—¿Dónde está Margarita?

—En su casa.

—¿Sola?

—Con el señor conde de G...

Empecé a pasear por el salón a largos pasos.

—¡Y bien! ¿Qué tenéis?

—Nada; que no deja de ser gracioso que yo aguarde aquí a que el señor conde salga de casa de Margarita.

—Pero sed razonable, Armando. Debéis comprender que Margarita no puede decir al conde que se vaya. El señor conde de G... ha vivido mucho tiempo con ella, siempre la ha dado mucho dinero, y aún se lo da. Margarita gasta lo menos cien mil francos al año, y tiene muchas deudas. El duque le envía cuanto ella le pide, aunque no se atreve a pedirle todo lo que necesita. No es conveniente que se indisponga con el conde, que a lo menos le da diez mil francos anuales. Creedme que Margarita os ama mucho; pero vuestras relaciones con ella no deben ser del todo formales, tanto por vuestro bien como por el suyo. Vos no sostendríais el lujo de esta joven con vuestros siete u ocho mil francos de pensión, que no llegarían a cubrir los gastos del carruaje. Tomad a Margarita por lo que es, por una joven linda y de talento, sed su amante un mes, dos meses; regaladle ramilletes, dulces y aun palcos; pero no os aventuréis a más, ni la mostréis celos injustificados. Ya sabéis con quién os las habéis; Margarita no es una virtud. Vos le

agradáis, y ella os agrada, no os preocupéis por lo demás. ¡Pues me gusta vuestra susceptibilidad! Ella os recibe en un cuarto magnífico, cubierta de diamantes; no os costará ni un centavo si queréis, y aún no estáis contento. ¡Qué diablo! pedir más es gollería.

—Acaso tengáis razón, pero no puedo remediarlo. La idea de que ese hombre es su amante, me está martirizando.

—¿Pero de dónde sacáis que sea su amante? Es un hombre de quien ella necesita y nada más. Hace dos días que Margarita le cierra su puerta. Esta mañana el conde ha venido, y ella no ha podido hacer otra cosa que aceptar su palco y dejarse acompañar por él al ir y al volver. Aunque él haya subido a su casa, es sólo por un rato, puesto que vos esperáis aquí. Me parece que todo esto es muy natural. Por otra parte, ¿no aceptáis sin repugnancia las visitas del duque?

—Eso es distinto; estoy seguro de que este anciano no es su amante. Además, muchas veces puede aceptarse una relación, pero no dos. Esta facilidad se parece bastante a un cálculo, y casi iguala al hombre que la consiente, aunque sea por amor, a los que tienen por oficio esta tolerancia pasiva y hacen de ella su modo de vivir.

—¡Ya, ya! ¡Qué atrasado andáis, amigo mío! ¡A cuántos he visto, y de los más nobles, de los más encopetados, de los más ricos, hacer lo que os estoy aconsejando sin esfuerzos, sin rubor, sin remordimientos! Esto se ve todos los días. ¿Cómo, si así no fuese, podrían las cortesanas de París sostener su fausto, si no tuvieran tres o cuatro amantes a la vez? No hay fortuna, por pingüe que sea, que pueda sufragar sola los gastos de una mujer como Margarita. Una fortuna de quinientos mil francos al año no le es lo bastante, he aquí la razón. El hombre que disfruta de semejante renta, tiene una casa montada, caballos, criados, carruajes, cacerías, amigos; si está casado, tiene hijos; se divierte, juega, viaja y ¡que sé yo! Ha adquirido de tal modo estas costumbres, que no puede dejar de cultivarlas sin pasar por arruinado y sin dar un escándalo. En suma: con quinientos mil francos al año, no puede gastarse en una mujer más de cuarenta o cincuenta mil francos, y es mucho gastar; de suerte que otros amores completan el gasto anual de una mujer. Afortunadamente para Margarita, ha caído, por un raro milagro del cielo, en manos de un viejo millonario cuya esposa e hija han muerto, que sólo tiene sobrinos muy ricos, que le da cuanto ella quiere, sin pedirle nada en

cambio; pero ella no puede pedirle más de sesenta o setenta mil francos al año, y estoy segura de que si le pidiese más se lo negaría a pesar de su fortuna y del desinteresado y caro afecto que le profesa.

¿Veis esos jóvenes que disponen de veinte o treinta mil libras de renta en París? Pues apenas tienen con qué vivir en el mundo que frecuentan, y cuando son amantes de una mujer como Margarita, saben muy bien que ella no puede pagar siquiera su habitación y sus criados con lo que le dan. Hacen como que no saben nada, y cuando están satisfechos, se marchan con la música a otra parte. Si tienen la vanidad de pagarlo todo, se arruinan como tontos, yendo después a hacerse matar en África, dejando cien mil francos de deudas en París. ¿Creéis que la mujer les queda agradecida? Ni pensarlo. Muy al contrario, dice que les ha sacrificado su posición y que mientras vivía con ellos perdía dinero. Juzgáis vergonzosos todos estos detalles, ¿no es verdad? pues son verdaderos. Sois un joven excelente a quien aprecio de todo corazón. Hace veinte años que vivo en medio de las cortesanas; sé lo que son y lo que valen, y no quisiera veros tomar por lo serio el capricho que pueda tener por vos una buena moza.

Sin permitir que yo la objetase, Prudencia continuó:

—Vamos a convenir en que Margarita os ama lo suficiente para renunciar al conde y al duque, dado caso de que éste se enterase de vuestras relaciones, y le dijera que eligiese entre vos y él; el sacrificio que ella os hiciera sería enorme, indiscutiblemente. En cambio, ¿qué le sacrificaríais vos, decid? Cuando estuvierais satisfecho u os cansaseis de ella, ¿qué haríais para indemnizarla de las pérdidas que le hubieseis ocasionado? Nada. La habríais aislado del mundo en que absolutamente encontraba su fortuna y su porvenir, os habría consagrado sus mejores años, y quedaría olvidada. Entonces, o a fuerza de hombre común, le echaríais en cara su pasado, diciéndole que, al abandonarla, no hacéis más que imitar a sus anteriores amantes, hundiéndola en el lodazal de la miseria; o seríais un hombre de bien, y creyéndoos obligado a tenerla cerca de vos, os arrastraríais vos mismo a una desgracia peor todavía, pues estas relaciones, perdonables en un joven, no lo son en un hombre de edad madura. Conviértense en un obstáculo que todo lo impide, así la familia como la ambición, esos segundos y últimos amores del hombre. Hacedme caso, amigo mío: tomad las cosas tal como son, o mejor, tal como deben ser, y no deis a una mujer

que no habéis de poseer siempre, el derecho de creerse vuestra acreedora sea por lo que fuere.

Como usted ve, Prudencia razonaba con una discreción y una lógica de que la hubiera creído incapaz. No sabiendo qué contestarle, pues vi que tenía razón, le di la mano y las gracias por sus consejos.

—En fin, vamos—me dijo,—dejaos de niñerías y alegraos. La vida es bella, mi querido amigo, según el prisma con que la miramos. Tomad consejo de vuestro amigo Gastón, que, o me engaño mucho, o comprende el amor como yo lo comprendo. De lo que debéis estar convencido, sin lo cual seríais un estúpido, es de que aquí, pared de por medio, palpita una linda joven aguardando impacientemente que se vaya el hombre que está en su casa, cuya joven piensa en vos, os reserva esta noche y os ama, estoy segura de ello. Y mientras, venid a la ventana conmigo y veremos salir al conde, que no tardará en cederos el puesto.

Prudencia abrió una ventana, en cuyo antepecho apoyamos ambos nuestros codos, ella mirando las pocas personas que pasaban por la calle, y yo soñando.

Todo lo que Prudencia acababa de decirme zumbaba dentro de mi cabeza, y no podía menos de convenir en que tenía muchísima razón; pero mi verdadero amor a Margarita me impedía transigir con ello; así es que de cuando en cuando mi corazón exhalaba suspiros que contestaba Prudencia encogiéndose de hombros como un médico que desespera de la curación de un enfermo.

—¡Cómo nos apercibimos de lo efímero de nuestra existencia—decíame yo mentalmente,—por la rapidez de las sensaciones! No hace aún dos días que conozco a Margarita, es mi querida desde ayer, y ha invadido ya de tal manera mi pensamiento, mi corazón y mi vida, que la visita de ese conde de G... es hoy una desgracia para mí.

Al fin salió el conde, subió a su carruaje y desapareció. Prudencia cerró su ventana.

Casi al mismo tiempo Margarita nos llamaba desde la suya.

—Subid pronto—dijo,—que ponen la mesa y vamos a cenar.

Cuando entré en su casa, Margarita se precipitó a mi encuentro, saltóme al cuello y me abrazó con todas sus fuerzas.

—¿Dura todavía el mal humor?—me dijo.

—No, ya se acabó—contestó Prudencia;—le he pronunciado un sermoncito y ha prometido la enmienda.

—¡Enhorabuena!

Miré involuntariamente la cama y vi que estaba arreglada. En cuanto a Margarita ya vestía su peinador blanco. Nos sentamos a la mesa.

Belleza, dulzura, expansión, todo lo poseía Margarita, y todo lo admiraba. De vez en cuando me veía obligado a reconocer que no tenía el derecho de pedirle otra cosa, que muchos serían felices en mi lugar, y que como el pastor de Virgilio, debía aprovechar las ocasiones que un dios, o mejor, que una diosa me proporcionaba.

Me propuse, pues, llevar a la práctica las teorías de Prudencia y estar tan alegre como mis dos compañeras; pero lo que en ellas era natural, en mí era forzado y la risa nerviosa con que las engañaba, tenía mucho parecido con el llanto.

Terminada la cena, quedé solo con Margarita, la cual, según su costumbre, fué a sentarse en la alfombra delante de la chimenea y a mirar tristemente la llama, que, pareciendo bailar de alegría, iba desvaneciéndose convertida en humo.

Margarita pensaba. ¿En qué? Lo ignoro. Yo la miraba enamorado, casi asustado, pensando en que estaba próximo a sufrir por ella.

—Ven y siéntate a mi lado—me dijo.

—¡A que no sabes en qué estoy pensando!

—No, por cierto.

—En una combinación que acabo de encontrar.

—Veamos qué combinación.

—No, aún no la digo. No puedo todavía confiártela, pero puedo decirte su resultado. Este resultado, si lo obtengo, es que dentro de un mes estaré libre, ya no deberé nada, e iremos a pasar juntos el verano en el campo.

—Pero podrás decirme de qué medios te valdrás.

—No. Basta que me ames como te amo para que todo salga a pedir de boca.

—¿Y has hallado sola esta combinación?

—Sí.

—¿Y la realizarás sola también?

—Sola venceré las dificultades—me dijo Margarita, con una sonrisa que no olvidaré jamás,—pero ambos partiremos los beneficios.

No pude menos de ruborizarme al oir la palabra *beneficios*; recordé a *Manón Lescaut* comiéndose con Desgrieux el dinero de M. de B... levantéme y le dije secamente:

—Me permitiréis, querida Margarita, que no participe de otros beneficios que de los que resulten de los negocios que concibo y exploto yo mismo.

—¿Qué significa esto?

—Esto significa que tengo vivas sospechas de que el señor conde de G... sea vuestro comanditario en esa feliz combinación cuyos beneficios no puedo aceptar.

—Sois un niño. Creía que me amabais y me he equivocado; está bien.

Y al mismo tiempo se levantó, abrió el piano y se puso a tocar la famosa *Invitación al vals* hasta llegar al pasaje de los sostenidos.

No sé si esto lo hizo por costumbre, o para recordarme el día en que nos conocimos. Lo que puedo asegurar es que aquella melodía despertó mis recuerdos; y que acercándome a ella, estreché su cabeza entre mis manos y la besé.

—¿Me perdonas?—le dije.

—Desde luego—me contestó;—pero advierte que sólo estamos en el segundo día de nuestras relaciones y ya tengo algo que perdonarte, lo cual quiere decir que cumples bastante mal tu promesa de obedecerme ciegamente.

—Es, querida Margarita, que te amo demasiado y estoy celoso del más insignificante de tus pensamientos. Lo que acabas de proponerme me

volvería loco de alegría, sin el misterio que precede a su ejecución, misterio que me oprime el corazón y me lo desgarra.

—Vamos a razonar un poco—dijo mirándome con su encantadora e irresistible sonrisa.—Tú me amas, ¿no es verdad? y serías feliz pasando tres o cuatro meses en el campo conmigo sola; a mí también me sería muy grata semejante soledad estando a tu lado, y no solamente me sería grata, sino conveniente a la salud. Yo no puedo irme de París por tanto tiempo sin ordenar mis asuntos, y los asuntos de una mujer como yo, están siempre embrollados. Pues bien; hay un modo de conciliarlo todo; mis asuntos y nuestro amor; sí, no te rías, ¡porque te amo locamente! Y a pesar de todo, no sé qué aire tomas ni qué palabras me dices. Niño, tres veces niño, piensa únicamente en que te amo, y no te inquietes por nada. Quedamos entendidos, ¿no es verdad?

—Lo es, o mejor, lo será; todo lo que quieras.

—Pues antes de un mes estaremos instalados en alguna aldea, pasearemos por la orilla del río y beberemos leche. ¿Te extraña que yo hable así, yo, Margarita Gautier? Esto dimana, amigo mío, de que cuando la vida de París, que me hace dichosa al parecer, no me enardece, me aburre, y de ahí que tenga aspiraciones súbitas a una existencia más tranquila que me recuerde mi niñez. Todos hemos sido niños, seamos lo que fuéremos. ¡Oh! no temas que vaya a decirte que soy la hija de un coronel retirado y que me he educado en San Dionisio. No soy más que una pobre campesina, y hace seis años no sabía escribir mi nombre. Te he tranquilizado, ¿verdad? ¿Por qué tú eres el primero a quien me dirijo para compartir la alegría de mi deseo? Sin duda porque he conocido que me amas para mí y no para ti, al paso que los demás nunca me han amado sino para ellos. Yo he pasado muchos días en el campo, pero jamás ha sido conforme a mis deseos. Cuento contigo para esta dicha fácil; no seas remiso y accede a mis deseos. Reflexiona que yo no debo ni puedo envejecer, y algún día podrías arrepentirte de no haber hecho por mí la primera cosa que te he pedido y que no te es difícil conceder.

Dígame usted ahora qué podía responder a semejantes palabras, sobre todo después del recuerdo de la primera noche de su amor y teniendo delante la segunda.

Si una hora después, Margarita me hubiese pedido que cometiera un crimen, la hubiera obedecido.

Eran las seis de la mañana cuando me retiré, diciéndole antes:

—Hasta la noche.

Abrazóme, y no me contestó.

Aquel día recibí una carta que contenía estas palabras:

> «Amigo mío: Estoy indispuesta, y el médico me ordena el reposo. Esta noche me acostaré temprano, y no podré veros; pero, para su compensación, os esperaré mañana a medio día. Os amo».

¡Me engaña! fué lo primero que dije.

No sé lo que pasó por mí. Un sudor frío humedeció mi frente, pues ya amaba demasiado a aquella mujer para que esta sospecha no me trastornara.

Y, sin embargo, debía esperar que casi todos los días tendría Margarita indisposiciones parecidas, lo cual muchas veces me había sucedido con mis anteriores queridas, sin que se me importara gran cosa. ¿De qué nacía, pues, el dominio que aquella mujer adquiría sobre mi vida?

Después se me ocurrió que, puesto que tenía la llave de su casa, podía ir a verla como de costumbre. De este modo sabría pronto la verdad, y si me tropezaba con un hombre, podría darle de bofetones.

Para hacer tiempo mientras esperaba, fuí a los Campos Elíseos, donde permanecí hasta las cuatro sin ver a Margarita. Por la noche fuí a todos los teatros a que ella acostumbraba ir, y tampoco la encontré en ninguno.

A las once volé a la calle de Antín.

No vi luz en las ventanas de Margarita, y sin embargo, llamé.

El portero me preguntó que a dónde iba.

—A ver a la señorita Gautier.

—No ha vuelto.

—La esperaré arriba.

—No hay nadie en su casa.

Consigna era ésta que yo no podía quebrantar, pues tenía la llave; pero el temor de dar un escándalo ridículo me hizo desistir.

En vez de volverme a casa estuve como clavado en la calle de Antín para no perder de vista la casa de Margarita.

Parecíame que aun me faltaba ver algo, cuando menos la confirmación de mis sospechas.

A eso de las doce, un carruaje que yo conocía muy bien se detuvo delante del número 9.

El conde de G... descendió, y entró en la casa después de despedir al cochero.

En un principio llegué a esperar que, como a mí iba a decírsele que Margarita no estaba en casa, y que pronto le vería salir; pero a las cuatro de la madrugada aún estaba esperando.

A pesar de haber sufrido tanto desde hace tres semanas, el sufrimiento de aquellas horas fué terriblemente superior.

CAPÍTULO XIV

Cuando volví a mi casa, me puse a llorar como un niño. No hay hombre alguno que haya sido engañado alguna vez y que ignore lo que es sufrir.

Me encontraba abrumado por el peso de las resoluciones inspiradas por la fiebre, que siempre creemos poder resistir y me dije que convenía romper inmediatamente aquellas relaciones y esperé con impaciencia el día para volver al lado de mi padre y de mi hermana, doble amor del que estaba seguro y que ciertamente no me engañaría.

Pero ¡ay! me faltó valor y me sobró amor propio para partir sin que Margarita estuviese bien enterada del motivo de mi resolución. Sólo los hombres que no aman profundamente a su querida se alejan de ella sin escribirle.

Hice mentalmente el borrador de más de veinte cartas.

Me empeñaba en convencerme de que era como todas las demás de su clase y de que la había poetizado en demasía y me trataba como a un estudiante, empleando, sin duda para engañarme mejor, una astucia irritante por lo sencilla. Triunfó mi amor propio. Era preciso dejar a aquella mujer sin darle la satisfacción de saber lo mucho que tal rompimiento me mortificaba y he aquí lo que escribí con mi letra más elegante, vertiendo lágrimas de rabia y de dolor.

> «Mi querida Margarita: espero que vuestra indisposición de ayer habrá sido ligerísima. A las once de la noche fuí a pedir noticias vuestras, y se me contestó que no habíais vuelto. M. de G... fué más feliz que yo, pues se presentó a los pocos instantes, y a las cuatro de la madrugada aún seguía en vuestra casa.

«Perdonad las pocas horas de molestia que os he ocasionado, y vivid convencida de que jamás olvidaré los felices momentos que me habéis proporcionado.

«Hoy hubiera tenido el gusto de ir a saber noticias vuestras; pero trato de volver al lado de mi padre.

«Adiós, querida Margarita: por desgracia no soy ni bastante rico para amaros como yo quisiera, ni bastante pobre para amaros como quisierais vos. Olvidemos, pues: vos, un nombre que casi debe seros indiferente; yo, una felicidad que se me hace imposible.

«Os envío vuestra llave, que nunca me ha servido, y que podrá utilizarse si estáis enferma como ayer».

Ya veis; no tuve bastante valor para terminar la carta sin una impertinente ironía, la cual probaba cuán enamorado estaba aún.

La leí y releí diez veces, y la idea de que mortificaría a Margarita parecía tranquilizarme.

Procuré rehacerme en los sentimientos que ella afectaba, y cuando a las ocho vino mi criado, se la entregué para que la llevase inmediatamente.

—¿Esperaré respuesta?—me preguntó José, el criado.

—Si te lo preguntan, di que nada sabes, y espera.

Me parecía que a pesar de todo Margarita iba a contestarme.

¡Cuán pobres y débiles somos!

Mientras mi criado estuvo fuera, sentí una agitación suma; yo, recordando cómo Margarita se me había entregado, me preguntaba con qué derecho la escribía una carta impertinente, cuando ella podía contestarme que M. de G. no me engañaba, sino que yo engañaba a M. de G... razonamiento que permiten muchos amantes y muchas mujeres; ya recordando los juramentos de Margarita, quería convencerme de que mi carta era aún demasiado templada, y carecía de palabras bastante duras para vituperar la conducta de aquella mujer que se reía de un amor tan sincero como el mío. Luego suponía que habría obrado más cuerdamente no escribiéndole y yendo de día a su casa, para de este modo gozarme en las lágrimas que la hubiese

hecho derramar. Finalmente, me imaginaba lo que ella iba a contestarme, dispuesto a creer la excusa que me diese.

El criado volvió.

—¿Y bien?—le dije.

—Señor—me respondió,—la señora estaba acostada y aún dormía; pero en cuanto que llame, le entregarán la carta; y si hay contestación la traerán.

¡Aún dormía!

Cien veces estuve tentado de enviar por aquella carta, pero me detuve siempre al considerar que tal vez estaba ya en sus manos, y no debía constar mi arrepentimiento.

Cuanto más se acercaba la hora de la contestación que yo esperaba, tanto más me dolía haber escrito.

Dieron las diez, las once, las doce.

A las doce estuve para acudir a la cita, como si tal cosa. No sabía qué inventar para salir del círculo de hierro en que yo mismo me estrechaba.

A la una la esperaba todavía.

Hasta llegué a creer en esa superstición de las gentes que esperan, suponiendo que si salía un rato encontraría a mi vuelta la contestación, pues que las cartas esperadas con impaciencia, llegan siempre cuando uno no está en casa.

Salí a la calle con el pretexto de ir a almorzar.

En vez de desayunarme en el café *Foy*, en la esquina del *boulevard*, como era mi costumbre, preferí hacerlo en el *Palais-Royal* y pasar por la calle de Antín. En cuanto divisaba una sombra de mujer, creía ver a Nanina trayéndome la contestación. Atravesé la calle de Antín sin haber encontrado un mensajero. Llegué al *Palais-Royal* y entré en casa de Véry. El mozo me dió de comer, o mejor, me sirvió lo que quiso, volviendo luego a retirarlo, puesto que no probé bocado.

Tuve los ojos siempre involuntariamente fijos en el péndulo.

Al volver a mi casa, seguía esperando encontrar carta de Margarita.

El portero no la había recibido. Mi esperanza se fijó en mi criado. Éste tampoco había visto a nadie desde mi salida.

Si Margarita hubiese querido contestarme, hacía tiempo que lo habría efectuado.

Y entonces fué cuando empecé a deplorar los términos en que escribí mi carta; yo hubiera debido no escribirle, lo cual habría movido sin duda su inquietud; pues viendo que no acudía a la cita, me hubiese preguntado las razones de mi ausencia, y yo hubiera debido dárselas. En tal caso ella no habría podido prescindir de disculparse y esto era precisamente lo que yo quería. Yo sabía que todas sus razones me hubieran parecido buenas y que lo hubiera preferido todo a dejar de verla.

Llegué al extremo de suponer que ella misma vendría a mi casa; pero las horas pasaron y no vino.

Indudablemente Margarita no era como las demás mujeres, pues hay pocas que al recibir una carta semejante a la que yo le había escrito, no contesten una cosa u otra.

A las cinco corrí a los Campos Elíseos.

—Como la encuentre—pensaba yo,—aparentaré indiferencia, y se convencerá de que ya no pienso en ella.

Al revolver la esquina de la calle Royale la vi pasar en su coche. Fué tan brusco el encuentro que palidecí. Ignoro si advirtió mi emoción, pues yo por mi parte vi únicamente el carruaje.

Dejé de pasearme para fijarme en los anuncios de los teatros, pues aún tenía probabilidades de volver a verla.

En el *Palais-Royal* tenía lugar un estreno: esto suponía que Margarita asistiría al espectáculo.

A las siete estaba ya en el teatro.

Llenáronse todos los palcos, pero Margarita no se presentó.

Salí del *Palais Royal* y entré en todos los teatros a donde ella solía ir con más frecuencia: al *Vaudeville*, a *Variedades*, a la *Ópera Cómica*.

No estaba en ninguna parte.

O mi carta la había disgustado hasta el extremo de olvidarse de los espectáculos, o temía encontrarse conmigo y quería evitar una explicación.

He aquí lo que mi vanidad me quería hacer creer paseando y repaseando el *boulevard*, cuando encontré a Gastón, que me preguntó de dónde venía.

—Del *Palais-Royal*.

—Pues yo de la *Ópera*—me dijo,—donde creía encontraros.

—¿Y por qué?

—Porque Margarita estaba allí.

—¿Conque estaba en la *Ópera*?

—Sí.

—¿Sola?

—No, acompañada de una de sus amigas.

—¿Y de nadie más?

—El conde G... ha entrado un momento en su palco, pero ella se ha ido con el duque. Yo esperaba cada instante veros aparecer, pues el sillón de mi derecha que estuvo desocupado toda la noche, creí que vos lo habíais tomado.

—¿Por qué había de ir yo donde estaba Margarita?

—Porque sois su amante, ¡pardiez!

—¿Quién os lo ha dicho?

—Prudencia, a quien encontré ayer. Os felicito por ello, amigo mío; es una querida que debéis conservar, porque os honrará.

Sin duda aquella simple reflexión de mi amigo demostraba cuán ridículas eran mis susceptibilidades.

De haberme encontrado con él el día anterior, y haberme hablado de tal suerte, yo no habría ciertamente escrito la imprudente carta de aquella mañana.

Tentado estuve de ir a ver a Prudencia y hacer que dijese a Margarita que yo deseaba hablarle; pero temiendo que para vengarse me contestase que no

podía recibirme, fuíme a mi casa después de pasar por la calle de Antín.

Pregunté de nuevo al portero si tenía alguna carta para mí.

¡Nada!

—Habrá querido probarme, creyendo que yo daría algún otro paso y me retractaría de lo dicho en mi carta de hoy—me dije al acostarme,—pero viendo que se ha equivocado, me escribirá mañana.

Puede decirse que dediqué la noche a arrepentirme de cuanto había hecho. Me encontraba solo en mi casa, no pudiendo dormir, devorado por la inquietud y los celos, siendo así que dejando seguir a las cosas su curso natural, la hubiera pasado junto a Margarita y oído las palabras encantadoras que sólo había oídos dos veces, cuyo eco resonaba aún en mis oídos, abrasando todo mi ser...

Y lo terrible de mi situación era que, al racionar sobre el hecho, no encontraba otro culpable que yo mismo, pues todo me decía que Margarita seguía amándome.

Primeramente el proyecto de pasar juntos el verano en el campo, después la certidumbre de que ningún interés la obligaba a ser mi querida, puesto que mi fortuna no era suficiente para cubrir sus necesidades y hasta sus caprichos.

En fin, no veía en ella otro móvil que la esperanza de encontrar en mí una afección sincera y capaz de apartarla de los amores mercenarios en que vivía; y desde el segundo día iba yo a destruir aquella esperanza, correspondiendo con una ironía impertinente al amor aceptado durante dos noches. Mi conducta, pues, era desatenta sobre ser ridícula.

¿Había yo pagado por ventura a aquella mujer para tener el derecho de censurar su conducta? ¿Retirándome desde el segundo día, no obraba yo como petardista que busca un pretexto cualquiera para evitar que se le presentara la cuenta de lo que ha consumido?

Aún no hacía treinta y seis horas que conocía a Margarita, y veinticuatro que era su amante, y ya me mostraba susceptible, y en vez de juzgarme muy dichoso al ver que partía su amor conmigo, quería monopolizarlo para mí solo, pretendiendo obligarla a romper de repente las relaciones de su pasado, que eran las rentas de su porvenir.

¿Qué podía yo echarle en cara? Nada.

Además ella me había escrito que estaba enferma, cuando hubiera podido decirme claramente, con la ruda franqueza de otras mujeres, que no podía recibirme. Pero yo en vez de creer en su carta, en vez de irme a pasear por todas las calles de París excepto por la de Antín, en vez de pasar la noche con mis amigos e ir al día siguiente a la hora que me había indicado, la espiaba y quería castigarla manifestándome celoso y dejando de ir a verla. En cambio ella debía alegrarse de tal desvío, puesto que debía hallarme soberanamente necio, y su silencio no era siquiera resentimiento: era desdén.

Era indudable que para que mi proceder resultara lógico, cuando menos debía hacer un regalo a Margarita que dejase salvada mi generosidad y que me permitiese, tratándola como a una mujer de pago, creerme saldado con ella; pero creía que la menor sombra de tráfico hubiera podido ofender, si no el amor que ella me tenía, al menos el que yo le profesaba, y puesto que este amor era tan puro que no admitía otro segundo, no podía pagar yo con un presente, por rico que fuese, la dicha de que yo había gozado por breve que hubiese sido.

Estas fueron las reflexiones que yo me hice por la noche, y que estuve tentado cien veces de írselas a manifestar a Margarita.

Excuso deciros que no dormí, que tuve calentura, y que me era imposible pensar en otra cosa que en Margarita.

No había más remedio que tomar una resolución decisiva; así, pues, no pudiendo permanecer en casa y no atreviéndome a presentarme en la de Margarita probé un medio de acercarme a ella por el cual mi amor propio pudiese atribuir el encuentro a la casualidad.

A las nueve fuí a ver a Prudencia, que preguntó extrañada a qué debía aquella visita.

No me atreví a decirle francamente mi verdadero objeto; le contesté que había salido temprano para ir a tomar un asiento en la diligencia de C... donde vivía mi padre.

—Dichoso vos—me dijo,—que podéis salir de París en este hermoso tiempo.

Miré fijamente a Prudencia, sospechando que acaso se burlaba de mí, pero su rostro estaba serio.

—¿Vais a despediros de Margarita?—prosiguió con la misma serenidad.

—No.

—Bien hecho.

—¿Por qué?

—Porque una vez que habéis roto con ella, ¿a qué volverla a ver?

—¿Es decir que sabéis nuestro rompimiento?

—Por vuestra carta, la cual me ha dado a leer.

—¿Y qué os ha dicho?

—Me ha dicho: «Amiga mía, a vuestro protegido le falta educación; cartas como ésta, se piensan, pero no se escriben».

—¿Y con qué tono os lo ha dicho?

—Me lo dijo riendo, y añadió luego: «Ha cenado dos veces conmigo y ni siquiera me ha hecho la visita de digestión».

He aquí el efecto que mi carta y mis celos habían producido. La humillación de mi vanidad era verdaderamente cruel.

—¿Y qué hizo ayer noche?

—Fué a la *Ópera*.

—Ya lo sé. ¿Y después?

—Cenó en su casa.

—¿Sola?

—No. Creo que con el conde de G...

De manera que mi rompimiento no había alterado en nada las costumbres de Margarita. No desacertó quien me dijo: «No debéis pensar más en semejante mujer».

—Me alegro mucho de que Margarita no se inquiete por mí—dije con una sonrisa sarcástica.

—Y no le falta razón. Vos habéis hecho lo que era verdaderamente natural; habéis sido más razonable que ella, puesto que ella os amaba de veras, siempre hablaba de vos, y hubiera sido capaz de hacer cualquier barbaridad por vos.

—Entonces, ¿por qué no ha contestado?

—Porque ha comprendido que no debía amaros. Además, las mujeres toleran a veces que se engañe su cariño, pero jamás que se las hiera en su amor propio, y se las hiere siempre que a los dos días de ser su amante se las abandona, sean cuales fueren las razones o pretexto que se aleguen para el rompimiento. Conozco a Margarita y sé muy bien que es capaz de morirse antes que contestaros.

—¿Qué debo hacer, pues?

—Nada. Os olvidará, la olvidaréis, y nada tendréis que reprocharos el uno al otro.

—¿Y si yo la escribiese pidiéndole perdón?

—Guardaos bien de hacerlo, porque tengo la seguridad de que os perdonaría.

Estuve por abrazar a Prudencia.

Un cuarto de hora después estaba en mi casa escribiendo lo siguiente a Margarita:

> «Cierto joven que se arrepiente de lo dicho en una carta que escribió ayer, el cual está resuelto a, si no le perdonáis, partir mañana, desea saber a qué hora podrá poner su arrepentimiento a vuestros pies.
>
> «Desearía también que la recibieseis a solas, porque, como sabéis, las confesiones deben hacerse sin testigos».

Doblé esta especie de madrigal en prosa y lo mandé por quien entregó el billete a Margarita, la cual dijo que contestaría más tarde. Sólo salí un momento para ir a comer, y a las once de la noche aún no tenía contestación. Entonces resolví no sufrir por más tiempo y partir al día siguiente.

Convencido de que no podría dormir, aunque me acostase, me puse a arreglar mi equipaje.

CAPÍTULO XV

Haría como cosa de una hora que llevaba ocupado en hacer los preparativos de mi viaje, cuando llamaron fuertemente a la puerta.

—¿Voy a abrir?—me preguntó José, que me ayudaba en la tarea.

—Sí, abre.

Y mientras pensaba en quién podía venir a tales horas, no atreviéndome a creer que fuese Margarita, me dijo mi criado:

—¡Señor, son dos señoras!

—¡Somos nosotras, Armando!—gritó una voz que reconocí por la de Prudencia.

Inmediatamente salí al encuentro.

Prudencia estaba de pie contemplando las curiosidades de mi salón: Margarita sentada en el sofá reflexionaba.

Volé más que fuí hacia ella, y no atreviéndome a abrazarla, me postré a sus pies, y tomándole ambas manos, exclamé profundamente conmovido:

—¡Perdón!

Su contestación fué darme un beso en la frente y exclamar:

—Os perdono ya por tercera vez.

—Iba a partir mañana.

—¿Puede acaso mi visita hacer cambiar vuestra resolución? Yo no he venido para impedir que salgáis de París. He venido simplemente, porque, no habiendo tenido tiempo de escribiros de día, no he querido que me

creyeseis enfadada. A Prudencia no le parecía bien que viniese, objetándome que podría muy bien estorbaros.

—¡Vos estorbarme! ¡vos, Margarita! ¿y cómo habéis podido imaginar tal cosa?

—¡Hombre! podríais tener a otra prójima en vuestra compañía—contestó Prudencia,—y maldita la gracia que le hubiera hecho nuestra llegada.

Durante la observación de Prudencia, Margarita me miraba con verdadera atención.

—Querida Prudencia—repuse,—no sabéis lo que os decís.

—¿Sabéis que vuestra habitación es muy linda?—prosiguió la Duvernoy? —¿Me permitís que vea el dormitorio?

—¿Por qué no?

Prudencia pasó a mi alcoba, quizá menos para visitarla que para reparar la simpleza que acababa de decir, y dejarme solo con Margarita.

—¿Por qué has venido con Prudencia?—le pregunté entonces.

—Porque estábamos juntas en el teatro y porque al salir de aquí quería tener alguien que me acompañase.

—¿No me tenías a mí?

—Sí, pero además de que no quería molestarte, estaba segura de que viniendo hasta la puerta de mi casa me pedirías que te dejara subir a mi habitación, y como no podía concedértelo, no quería que partieses con el derecho de reprochar mi negativa.

—¿Y por qué no podías recibirme?

—Pues mira: porque se me vigila mucho, y la menor sospecha podría causarme gravísimo perjuicio.

—¿Es ésta la única razón?

—Si hubiese otra, te la diría; no estamos ya en el caso de que haya secretos entre nosotros.

—Escucha, Margarita, hablémonos sin rodeos; dime francamente, ¿me amas un poco?

—Mucho.

—Entonces, ¿por qué me has engañado?

—Querido Armando, si yo fuese la señora duquesa de tal o de cual; si tuviese doscientas mil libras de renta, y a más de ser tu querida tuviese otro amante, tendrías el derecho de preguntarme por qué te engaño; pero no soy más que la señorita Gautier, tengo cuarenta mil francos de deudas, sin poseer un céntimo, y gasto cien mil francos al año. Tu pregunta, pues, es ociosa e inútil la respuesta.

—Tienes razón—dije, dejando caer mi cabeza sobre las rodillas de Margarita;—pero te amo como un loco.

—Pues bien, amigo mío; debieras amarme un poco menos, o comprenderme un poco más. Tu carta me ha producido un verdadero disgusto. Si yo hubiese sido libre, no habría recibido al conde anteayer, o de haberle recibido, hubiera venido a pedirte el perdón que tú acabas de pedirme, y en lo sucesivo no tendría otro amante más que tú. Yo creí en un principio que podrías darme esa felicidad durante seis meses; pero no lo has querido: te empeñabas en saber los medios de que iba a valerme, y a fe mía que estos medios eran bien fáciles de adivinar. Al emplearlos, hacía yo un sacrificio mucho mayor de lo que puedes figurarte. Bien hubiera podido decirte: «Necesito veinte mil francos»; estabas enamorado de mí y los habrías hallado, corriendo yo el peligro de que más tarde me los echases en cara; pero he preferido no deberte nada, y no has querido comprender mi delicadeza. Cuando nosotras conservamos aún un resto de corazón, damos a las palabras y a las cosas una extensión y un desarrollo desconocidos de las demás mujeres. En una palabra, créeme que, por parte de Margarita Gautier, el medio que empleaba para pagar sus deudas sin pedirte dinero, era un acto de delicadeza de que debías aprovecharte sin decir palabra. Si no me hubieses conocido hasta hoy, te hubieras dado por satisfecho con lo que te prometiera sin pedirme cuentas por lo que hice ayer. Nosotras casi siempre nos vemos obligadas a comprar las satisfacciones del alma a expensas de nuestro cuerpo, y si vieras cuánto sufrimos con semejante sacrificio cuando vemos desvanecerse la satisfacción que tan cara nos cuesta.

Yo escuchaba y miraba a Margarita con verdadera admiración. Al considerar que aquella maravillosa criatura, de quien antes me hubiera conformado con besar los pies, me concedía un lugar en su pensamiento y

un papel en su existencia, y que yo no me contentaba con lo que ella me ofrecía, preguntábame interiormente si los deseos del hombre tienen límites, puesto que, habiendo visto tan de repente satisfechos los míos, ambicionaba todavía más.

—Es cierto—añadió Margarita—que nosotras, las hijas del azar, concebimos deseos fantásticos y amores incomprensibles. Tan pronto nos entregamos por una cosa como por otra. Hay personas que se arruinan sin obtener nada de nosotras, y las hay que nos poseen por un ramillete. Nuestro corazón tiene mil caprichos que son su única distracción, su excusa única. Yo me he entregado a ti más pronto que a ningún otro, te lo juro, ¿por qué? porque viéndome arrojar sangre me tomaste la mano, porque lloraste al verme padecer, porque eres la única criatura humana que me ha compadecido. Voy a decirte una locura. Hace algún tiempo tenía yo un perrito que me miraba con tristeza cuando me oía toser; pues bien, era el único ser a quien amaba entonces.

Se murió, y lloré más que a la muerte de mi madre. Verdad es que ella me había pegado durante los doce años que su vida alcanzó de la mía.

¡Pues bien! te amé tan de repente como a mi perro. Si los hombres supieran lo que pueden conseguir con una lágrima, serían más amados, y nosotras seríamos menos peligrosas.

Tu carta te ha desmentido, pues me ha revelado que no conoces bien el corazón humano, y te ha sido más perjudicial en mi amor que en todo cuanto hubieras podido hacer. Es verdad que el móvil de tu conducta fueron los celos, pero celos irónicos que resultan siempre indiscretos. Cuando recibí tu carta ya estaba triste, esperaba verte al mediodía, almorzar contigo y borrar con tu presencia un pensamiento que me atormentaba, y con el que me conformaba sin esfuerzo antes de conocerte.

Además—continuó Margarita,—tú eres el único hombre que había conseguido inspirarme confianza y con el que creía poder pensar y hablar libremente. Cuantos rodean a las jóvenes de mi clase, tienen interés en escudriñar nuestros hechos e interpretar nuestras más insignificantes palabras y sacar consecuencias. De aquí que no tengamos, naturalmente, amigos, sino por el brillo de su amor propio y de su vanidad.

Con semejantes seres, debemos estar alegres cuando lo están ellos, tener apetito cuando quieren cenar, y ser escépticas cuando ellos lo son. No podemos manifestar otros sentimientos que no sean los suyos; en una palabra, se nos prohíbe tener corazón, so pena de ser silbadas y perder nuestro crédito; dejamos de pertenecernos. Descendemos de la categoría de seres a la de cosas. Somos las primeras en su amor propio y las últimas en su estimación. Nuestras amigas son amigas como Prudencia, mujeres que se nos anticiparon en los placeres, las cuales aún conservan afición a ciertos gustos que su edad ya no les permite subvencionar. Entonces vienen a ser nuestras amigas o, mejor, nuestras comensales. Su amistad llega hasta el servilismo, pero nunca hasta el desinterés. Jamás nos darán un consejo que no les sea lucrativo. Nada les importa el número de nuestros amantes, con tal que ello les valga algunos regalos y puedan de vez en cuando pasearse en nuestro carruaje y acompañarnos al teatro en nuestro palco. Aprovechan nuestros ramilletes de la víspera y se arropan con nuestros cachemires. Nunca nos prestan servicio alguno, por pequeño que sea, sin cobrarse el doble de su valor. Tú mismo lo has visto: la noche en que Prudencia me trajo aquellos seis mil francos que yo le mandé pedir en mi nombre al duque, me pidió prestados quinientos francos, que o no me devolverá, o me pagará en sombreros que nunca saldrán de su establecimiento.

No podemos tener, o mejor, yo no podía esperar más que una sola felicidad, y era que, triste como estoy algunas veces, mala como estoy siempre, encontrara un hombre de carácter bastante elevado para no pedirme cuentas de mi conducta, y que más fuese el amante de mis impresiones que de mi cuerpo. Yo había hallado ese hombre en el duque; pero el duque es viejo, y la vejez no consuela ni protege. Creí poder aceptar la vida con que me brindaba, pero ¡qué quieres! me moría de tedio, y para consumirse, lo mismo da arrojarse a una hoguera que asfixiarse con carbón.

En tal situación te encontré a ti, joven, ardiente, dichoso, entusiasta, y quise hacer de ti el hombre por quien suspiraba en medio de mi espantosa soledad: En ti, Armando, no amé al hombre que era, sino al que debía ser. Tú no aceptas este papel, lo rechazas como indigno de ti, eres un amante vulgar: imita, pues, a los demás, págame y no hablemos más de ello.

Al llegar aquí, Margarita, fatigada por esta larga confesión, reclinóse contra el respaldo del sofá, y para calmar un débil acceso de tos, llevó el pañuelo a los labios y aun a los ojos.

—¡Perdón, perdón!—murmuré;—yo comprendía muy bien todo esto, pero quería oírtelo decir, mi querida Margarita. Olvidemos, pues, lo pasado y acordémonos sólo de una cosa: de que somos el uno para el otro; que somos jóvenes y nos amamos. Margarita, haz de mí todo lo que quieras, soy tu esclavo, tu perro; pero, en nombre del cielo, rompe la carta que te he escrito y no permitas que parta mañana, pues me mataría el dolor.

Margarita sacó la carta de su seno, y entregándomela, me dijo con una sonrisa de inefable dulzura:

—Toma, te la traía.

Despedacé la carta y besé llorando la mano que me la había entregado.

En este instante entró Prudencia de nuevo.

—¿A que no adiviná is, Prudencia, lo que Armando me estaba pidiendo?—dijo Margarita.

—Os pedía perdón.

—Precisamente.

—¿Y le perdonáis?

—Era indispensable; pero aun quiere otra cosa.

—¿Cuál?

—Quiere venir a cenar con nosotras.

—¿Y accedéis a ello?

—¿Qué os parece?

—Pues me parece que sois dos criaturas sin juicio. Pero también me parece que tengo mucho apetito, y que cuanto más pronto accedáis, tanto más pronto cenaremos.

—Vamos—dijo Margarita,—en mi coche caben perfectamente tres personas. Toma—añadió dirigiéndoseme y devolviéndome la llavecita;—Nanina estará acostada, puedes tú abrir la puerta, y cuidado con perderla otra vez.

Abracé entusiasmado a Margarita.

En esto entró José.

—Señor—me dijo con aire del hombre satisfecho de sí mismo:—los baúles están arreglados.

—¿Del todo?

—Sí, señor.

—Pues bien, vuelve a ponerlo todo tal como estaba, porque no parto ya.

CAPÍTULO XVI

—Más fácil me hubiera sido—dijo Armando—contaros en pocas palabras el principio de estas relaciones; pero deseaba que vierais detalladamente por qué gradación de sucesos habíamos llegado, yo a consentir en todo cuanto quisiera Margarita, y Margarita a no poder ya vivir más que conmigo.

Al día siguiente de la noche en que estuvo en mi casa, le mandé *Manón Lescaut*.

Yo, desde este instante, siéndome imposible hacer cambiar el género de vida de mi amada, varié la mía. Ante todo no quise conceder a mi cabeza el tiempo de poder reflexionar respecto del papel que yo aceptaba, porque, a pesar mío, la reflexión me entristecería. Así fué cómo mi vida, tranquila hasta entonces, se revistió súbitamente de cierta apariencia de bullicioso desorden. No vayáis a creer que resulta barato el amor de una cortesana, por más desinteresado que sea; nada es tan caro como los infinitos caprichos de flores, palcos, cenas y partidas de campo, que no se pueden negar a una querida.

Ya creo haberos dicho que mi renta era muy escasa. Mi padre era y es recaudador de contribuciones en C... gracias a su bien sentada reputación de honradez, encontró la fianza que necesitaba para tomar posesión de su cargo, que le produce cuarenta mil francos anuales, habiendo conseguido en el espacio de diez años devolver la fianza y ahorrar para el dote de mi hermana. Mi padre es el hombre más probo que puede darse: mi madre, al morir, le dejó seis mil francos de renta, que se apresuró a dividir entre mi hermana y yo el mismo día en que recibió la credencial del empleo que solicitaba; y al cumplir yo los veintiún años, aumentó aquella renta con una pensión anual de cinco mil, asegurándome que con ocho mil francos se podía vivir muy bien en París si sabía además crearme una posición en el

foro o en la medicina. Vine a París, estudié Derecho y soy abogado; pero, como otros muchos, he guardado mi diploma en el bolsillo y me he casi abandonado a la vida indolente de París. Mis gastos eran modestísimos, gastaba en ocho meses mi renta de un año y pasaba los cuatro restantes veraneando en casa de mi padre, lo cual me hacía el efecto de una renta de doce mil y me daba reputación de buen hijo. Además, no tenía ninguna deuda.

Ésta era mi posición cuando conocí a Margarita.

No creo tener necesidad de esforzarme en demostraros que a pesar mío aumentaron mis gastos. Margarita tenía un carácter caprichoso, y era de esas mujeres que nunca han considerado como un gasto serio las mil distracciones de que se nutre la parte brillante de su existencia. Deseaba pasar en mi compañía todas las horas posibles, de aquí que me escribiera por la mañana que comería conmigo, no en su casa sino en algún restaurante de París o de sus cercanías. Iba yo a buscarla, comíamos, íbamos al teatro y cenábamos muchas veces también. De ello resultaba que a la noche me hallaba con un aumento de gasto de cuatro o cinco luises, o sean dos mil quinientos o tres mil francos anuales, que dejaban reducido mi año a tres meses y medio, poniéndome en la alternativa de contraer deudas o de separarme de Margarita.

Como comprenderéis, yo estaba dispuesto a arrostrarlo todo, menos esta última eventualidad.

Perdonadme la enumeración de tantos pormenores, pues que de ellos surgieron los sucesos que voy relatando. Cuanto os refiero es una historia verdadera, a la cual dejo toda la ingenuidad de los detalles y toda la sencillez del desarrollo.

Convencido de que no había en el mundo influencia alguna que pudiera hacerme olvidar a mi amada, era preciso buscar el medio de sostener los gastos que ella me ocasionaba. Por otra parte aquel amor me trastornaba de tal modo, que para mí eran años los minutos que pasaba separado de Margarita, y sentía la necesidad de aniquilar tales instantes en el fuego de otra pasión cualquiera, y de vivirlos tan aprisa que no tuviese tiempo de sentir que los vivía.

Comencé por pedir prestados cinco o seis mil francos sobre mi pequeño capital, y me lancé a jugar, porque desde que están prohibidas las casas de juego, se juega en todas partes. En otro tiempo, cuando se entraba en Frascati, se tenía la probabilidad de hacer fortuna; se jugaba contra el dinero, y si se perdía, quedaba el consuelo de decir que se hubiera podido ganar; pero hoy, si se exceptúan algunos círculos en los cuales subsiste aún cierta severidad respecto del pago, puede uno estar seguro, desde el momento en que gana una cantidad importante, de que no ha de cobrarla.

Lancéme, pues, a esta vida rápida, sobresaltada, volcánica, cuya idea en otro tiempo me horrorizaba, y era entonces el complemento indispensable de mi amor a Margarita. ¡No podía hacer otra cosa!

Las noches que no pasaba en la calle de Antín, no podía pasarlas durmiendo tranquilo en mi casa, porque me era imposible dormir; los celos me mantenían despierto, abrasándome el cerebro y la sangre; al paso que el juego desvanecía momentáneamente la fiebre que hubiera invadido mi corazón, entregándole a otra pasión diversa cuyo interés me dominaba a pesar mío, hasta que daba la hora en que debía correr al lado de mi amada. Entonces, y en esto reconocía la fuerza de mi amor, ganase o perdiese, dejaba irremisiblemente la mesa, compadeciendo a los que quedaban en torno de ella y que, al abandonarla, no habían de encontrar como yo la felicidad.

El juego, que era una necesidad para la mayor parte, era un remedio para mí.

Por otra parte, la suerte se portó bien conmigo. No contraía deudas y gastaba tres veces más dinero que cuando no jugaba. No era fácil resistir a una vida que me permitía satisfacer sin sacrificios los mil caprichos de Margarita. Ella seguía amándome como siempre o más.

Ya os he dicho que empecé por no ser recibido más que desde media noche a las seis de la mañana; después fuí admitido de vez en cuando en los palcos y más adelante vino a comer conmigo algunas veces. Un día salí de su casa a las ocho de la mañana y otro día llegué a la media noche.

Al operarse la metamorfosis moral, se fué efectuando en Margarita otra metamorfosis física. Yo había emprendido su curación, y la pobre muchacha, adivinando mi objeto, me obedecía ciegamente para probarme

su agradecimiento. Ya había conseguido sin sacudidas ni esfuerzos apartarla casi por completo de sus antiguos hábitos. Mi médico, con el cual había procurado que se encontrara, me había dicho que solamente el reposo y la calma podían conservar su salud, de suerte que conseguí que substituyese a las cenas y a los insomnios, un régimen higiénico y un sueño reparador. Margarita se iba acostumbrando, a pesar suyo, a aquella nueva existencia cuyos efectos saludables iba sintiendo. Empezaba a pasar algunas noches en su casa, o si hacía buen tiempo, envuelta en un mantón de cachemir, cubierta la cabeza en un velo y ya entrada la noche, nos íbamos a pie a correr como dos niños por las sombrías alamedas de los Campos Elíseos. Volvía a casa algo cansada, cenaba ligeramente, acostándose después de haber leído algo, lo cual jamás había imaginado. De este modo iba mejorándose con rapidez, y la tos, que tanto me hacía sufrir siempre que la oía, había desaparecido por completo.

Al cabo de seis semanas ya no se acordaba del conde definitivamente sacrificado; únicamente el duque me obligaba a ocultar mis relaciones con Margarita, y, sin embargo, no pocas veces fué despedido mientras yo estaba con ella, bajo pretexto de que la señora dormía y había prohibido que la despertasen.

De la costumbre y de la necesidad que Margarita había contraído de verme, resultó que dejé de jugar en el preciso momento en que lo hubiera hecho un jugador de oficio. Hice balance y me encontré con un beneficio de diez mil francos, capital que me parecía inagotable.

Había llegado la época durante la cual tenía yo costumbre de ir a reunirme con mi padre y mi hermana, y no lo hice; esto motivaba que yo recibiera a menudo cartas de uno y otra, en las cuales se me rogaba pasara a su lado.

Yo iba contestando como mejor podía a estas instancias, repitiendo siempre que estaba bueno y que no necesitaba dinero, dos cosas que creía tranquilizarían un poco a mi padre del retraso de mi visita anual.

Un día, habiendo despertado a Margarita los brillantes rayos de un sol magnífico, saltó de repente de la cama, y me preguntó si quería llevarla al campo para pasar allí todo el día.

Avisamos a Prudencia y salimos los tres, después de haber encargado Margarita a Nanina que dijera al duque que la señora había querido

aprovechar un día tan hermoso y que se hallaba en el campo con Mme. Duvernoy.

Además de que la presencia de la Duvernoy era necesaria para tranquilizar al viejo duque, Prudencia era una de esas mujeres que parecen nacidas ex profeso para las partidas de campo. Con su alegría inalterable y su eterno apetito, no daba lugar a que se fastidiaran un momento los que la acompañaban, y era única con respecto a encargar que se sirviesen huevos, cerezas, leche y cuanto constituye los tradicionales almuerzos de los alrededores de París.

Sólo nos faltaba resolver el sitio a dónde nos dirigiríamos.

También fué Prudencia quien nos sacó del apuro.

—¿Hemos de ir ciertamente al campo?—preguntó.

—Sí.

—En ese caso podemos ir a Bougival, al *Point-du-Jour*, a casa de la viuda Arnould. Id por un carruaje, Armando.

Hora y media más tarde estábamos ya en casa de la viuda Arnould.

Acaso conozcáis esa posada, figón los domingos y fonda durante los seis días restantes de la semana. Desde el jardín, situado a la altura de un primer piso, se descubre un magnífico panorama. A la izquierda cierra el horizonte el acueducto de Marly; a la derecha la vista se dilata sobre un sinnúmero de colinas; el río, con muy poco caudal en aquel sitio, se desarrolla como una ancha cinta de moaré, entre la llanura de los Gabillones y la isla de Croissy, mecida eternamente por el vaivén de sus elevados álamos y el murmullo de sus sauces.

En el fondo de un ancho rayo de sol se destacan muchas casitas blancas, de tejado rojizo, y varias fábricas que, perdiendo con la distancia su carácter duro y mercantil, completan de un modo admirable aquel cuadro.

Más hacia el fondo, ¡París envuelto en niebla!

Según nos había dicho Prudencia, era aquello estar verdaderamente de campo, y debo también añadir que el almuerzo fué tan campestre como el paisaje.

No digo esto en loor de la felicidad que me proporcionó; pero Bougival, a pesar de su nombre, es uno de los sitios más deliciosos que pueda imaginarse. He viajado mucho, he visto lugares mucho más grandes; pero no más preciosos que ese pueblecito recostado alegremente al pie de la colina que lo protege.

La viuda Arnould nos propuso dar un paseo en bote por el río, lo cual mereció la aprobación de Margarita y Prudencia, que yo sancioné.

Comprendo por qué se ha asociado siempre el campo al amor; no hay fondo mejor para dibujarse en él la figura de la mujer querida, que el cielo azul, las flores, los perfumes, las brisas y la resplandeciente soledad de los campos o de los bosques. Por mucho que se quiera a una mujer, y por mucha que sea la confianza que nos inspire y la seguridad en el porvenir que su pasado ofrezca, siempre se está más o menos celoso. Si alguna vez habéis estado seriamente enamorado, habréis debido experimentar esa necesidad de aislar del mundo al ser con el cual desearíais vivir eternamente. Por más indiferente que sea a todo cuanto la rodea, parece que la mujer amada pierde aroma, unidad y atractivos al contacto de los hombres y de las cosas. Yo, más que otros muchos, sentía esto, porque mi amor no era un amor común; porque yo me hallaba verdaderamente enamorado, pero como lo estaba de Margarita Gautier, sabía que en París podía a cada paso encontrarme con un hombre que hubiese sido su amante o que podía serlo al día siguiente; al paso que en el campo, entre gentes que nunca habíamos visto y que no se ocupaban de nosotros, en el seno de una naturaleza engalanada con todos los atractivos de la primavera, este descenso anual de la poesía celeste, allí, separado del bullicio de la ciudad, podía ocultar mi amor y amar abiertamente sin temores ni cuidados.

En aquellos lugares la cortesana iba desapareciendo poco a poco. Tenía junto a mí una mujer joven, hermosa, a quien adoraba y de la cual era amado, llamada Margarita: el pasado perdía sus formas ante la esplendidez de un porvenir sin nubes.

El sol iluminaba a mi querida como hubiera iluminado a la desposada más casta. Paseábamos juntos los encantadores sitios que parecen creados expresamente para recordar los versos de Lamartine o las melodías de Scudo. Margarita vestía de blanco, apoyábase en mi brazo, me repetía por la noche, al fulgor de las estrellas, las mismas palabras que me había dicho

durante el día a la esplendente luz del sol, y el mundo, a lo lejos, continuaba viviendo y agitándose sin manchar con sus sombras el risueño cuadro de nuestros amores.

He aquí los encantos que a través de las enramadas me producía el sol ardiente de aquel día, en tanto que, tendido sobre la hierba de la isla a donde habíamos desembarcado, vagaba mi imaginación libre de todo lazo humano y recogía cuantas esperanzas halagadoras encontraba al paso.

Añadid a esto, que desde el punto en que me encontraba, veía en la opuesta orilla una encantadora casita de dos pisos, cerca de una verja semicircular. A través del enrejado y delante de la casa, se extendía una verde alfombra que parecía de terciopelo, y detrás del edificio un bosquecillo, lleno de misteriosos cenadores, que debía borrar todas las mañanas con su musgo las huellas impresas en el sendero durante la noche anterior.

Plantas trepadoras, salpicadas de flores, cubrían por completo el peristilo de aquella casa deshabitada, abrazándola hasta el primer piso.

A fuerza de contemplar la casita, acabé por hacerme la ilusión que era mía, tan bien resumía mis ensueños de entonces. Creía verme en ella con Margarita, paseando de día el bosque que cubría la colina, y sentados de noche sobre el césped del prado, y me preguntaba a mí mismo si alguna vez criaturas humanas habían sido tan felices como nosotros.

—¡Qué casa tan linda!—dijo Margarita, siguiendo la dirección de mi mirada y acaso también la de mi pensamiento.

—¿Dónde?—preguntó Prudencia.

—Allá abajo—y Margarita le indicaba la casa con el dedo.

—¡Ah! preciosísima—contestó Prudencia—¿Os agrada?

—Mucho.

—Pues rogadle al duque que os la alquile, estoy segura de que lo hará. Si queréis yo misma me encargaré de ello.

Margarita me miró como consultándome.

Mi ilusión se había desvanecido con las últimas palabras de Prudencia, y me había precipitado tan bruscamente en la realidad, que estaba aún aturdido por la caída.

—En efecto, es una excelente idea—balbuceé sin saber lo que decía.

—Yo lo arreglaré—dijo Margarita estrechándome la mano e interpretando mis palabras conforme a su deseo.—Preguntemos a ver si se alquila.

La casa estaba desalquilada; pedían dos mil francos de alquiler anual.

—¿Serás feliz?—me preguntó.

—¿Podré venir?

—¿Por quién, que no fuese Armando, consentiría yo en enterrarme aquí?—dijo Margarita.

—Bueno, pero mira: permíteme que yo sea quien la alquile.

—¿Estás loco? Eso, además de ser inútil, sería peligroso. Bien sabes que no tengo derecho de aceptar nada sino de un solo hombre; déjame, pues, hacer y nada repliques.

—Eso quiere decir que cuando pueda disponer de un par de días, vendré a pasarlos con vosotros—dijo Prudencia.

Dejamos la casa, y tomando de nuevo el camino de París, hablando de nuestro proyecto, estrechaba a Margarita entre mis brazos, en términos, que al bajar del carruaje, miraba ya con menos escrúpulos aquella combinación de mi querida.

CAPÍTULO XVII

Al día siguiente muy temprano despidióme Margarita, diciéndome que el duque debía llegar muy de mañana y prometiendo escribirme en cuanto éste se marchara, diciendo dónde podría verla aquella noche.

Efectivamente, durante el día recibí esta carta:

> «Voy a Bougival con el duque; procura estar en casa de Prudencia esta noche a las ocho».

A la hora indicada estaba ya de vuelta Margarita y nos encontrábamos en casa de Mme. Duvernoy.

—Todo está arreglado—dijo al entrar.

—¿Os tomó la casa?—preguntó Prudencia.

—Sí, desde luego ha consentido en todo.

Podéis creerme: yo no conocía al duque; pero, la verdad, me avergonzaba de engañarle de aquella manera.

—Aún no lo he dicho todo—replicó Margarita.

—Pues qué, ¿hay más?

—Hay, que me he ocupado de procurar habitación para Armando.

—¿En la misma casa?—preguntó Prudencia riendo.

—No, sino en el *Point-du-Jour*, en donde he almorzado con el duque. En tanto que él observaba el paisaje, he preguntado a la viuda Arnould; le he dicho si tenía una habitación; por fortuna le quedaba una con salón, antesala y dormitorio, que creo es todo lo que se necesita. La alquila por sesenta

francos al mes, amueblada y todo; es una habitación capaz de distraer a un hipocondríaco, y me he quedado con ella. ¿He hecho bien?

La contestación mía fué dar un abrazo a Margarita.

—¡Qué bien vamos a estar!—continuó;—tú tendrás una llave de la puerta excusada; al duque le daré la de la verja, que no usará, pues no vendrá a verme más que de día. Creo que está muy satisfecho con la realización de este capricho que me aleja de París por algún tiempo, porque piensa, y no sin fundamento, que hará callar un poco a su familia. No obstante, me ha preguntado en qué consiste que, amando tanto como amo yo la vida de París, me haya podido resolver a enterrarme en el campo, a lo que he contestado que, sintiéndome enferma, creía que el reposo me convenía mucho. Presumo que no me ha creído del todo, pues el pobre viejo está siempre en acecho, lo que nos coloca en el caso de tomar muchas precauciones, mi querido Armando, y que vivamos muy sobre aviso, porque no consiste todo en que haya alquilado la casa; es menester también que pague mis deudas, que desgraciadamente son muchas. ¿Te parece bien?

—Sí—respondí al tiempo que procuraba acallar mis escrúpulos por aquel extraño género de vida en que iba entrando.

—Hemos visitado con detenimiento la casa; estaremos en ella perfectamente. El duque trataba de apreciar todos los detalles. ¡Querido mío!—añadió abrazándome llena de júbilo;—no puedes estar descontento, pues es nada menos que un millonario quien te proporciona tales comodidades.

—¿Y cuándo pensáis trasladaros a la nueva habitación?—preguntó Prudencia.

—Lo más pronto posible.

—¿Llevaréis también el coche y los caballos?

—Sí; con todos mis criados. Vos quedaréis al cuidado de la casa durante mi ausencia.

Ocho días más tarde, Margarita había tomado posesión de su casa de campo, y yo me había trasladado a la habitación en el *Point-du-Jour*.

Entonces comenzó para nosotros una existencia que con dificultad podré describiros.

Los primeros días de su residencia en Bougival, le fué imposible a Margarita romper resueltamente con sus antiguas costumbres, y como la casa estaba siempre de fiesta, iban a visitarla todas sus amigas, de modo que por espacio de un mes no hubo día en que Margarita no tuviera a su mesa ocho o diez personas. Prudencia, por su parte, llevaba a todos sus conocidos, haciéndoles los honores de la casa como si fuese ella la verdadera dueña.

Como podéis figuraros, todos aquellos gastos eran sufragados con el dinero del duque, aunque Prudencia se permitió algunas veces pedirme un billete de mil francos, diciendo, por supuesto, que lo hacía en nombre de Margarita. De los beneficios que el juego me había producido, yo le entregaba a Prudencia lo que por su mediación me pedía Margarita, y por si llegaba a necesitar más de lo que yo tenía, pedí prestada a París una cantidad igual a la que otras veces había tomado y que siempre había devuelto con toda puntualidad.

Encontréme, pues, nuevamente rico, con doce mil francos sobre mi pensión.

El placer que experimentaba Margarita obsequiando a sus amigas, se fué aminorando ante los crecidos gastos que le originaba, y sobre todo, ante la necesidad que de pedirme dinero tuvo alguna vez.

En cuanto al duque, que había alquilado aquella casa para que Margarita descansara en ella de su vida de París, no iba nunca a visitarla, temiendo siempre encontrarse con gente alegre y de la que no quería ser visto. Este temor procedía de que cierto día que estuvo a verla con el deseo de comer a solas con ella, cayó en medio de un almuerzo de quince personas, las cuales no habían aún acabado de almorzar a la hora en que él pensaba sentarse a la mesa para comer. Al abrir la puerta del comedor, una risa general acogió su entrada, viéndose obligado el buen señor a retirarse bruscamente ante la bulliciosa algazara de las mujeres allí reunidas.

Margarita se levantó de la mesa y fué a encontrar al duque en la habitación inmediata, procurando por todos los medios posibles hacerle olvidar aquella escena; pero el anciano, herido en su amor propio, lejos de olvidarla, dijo secamente a la pobre joven, que estaba cansado de pagar las locuras de una mujer que ni aun sabía procurar que se le respetara en su casa, y se retiró lleno de despecho.

Desde aquel día no se habló más de él. Margarita había creído prudente despedir a sus convidados y mudar de costumbres; pero el duque continuaba retirado. Esto me había ganado el complemento de la posesión de mi amada, viendo así realizados mis ensueños. Margarita ya no podía vivir sin mí. Sin importarle las consecuencias, blasonaba públicamente de nuestras relaciones, habiendo llegado al extremo de que yo no saliera de su casa, y que los criados me tuvieran por su amo y me consideraran como tal.

A causa de este nuevo género de vida, Prudencia no cesaba de hacer reflexiones a Margarita; pero ésta le respondía que me amaba, que no podía vivir sin mí, y que ocurriera lo que ocurriese, no renunciaría a la dicha de tenerme siempre al lado suyo; añadiendo, que aquéllos a quienes su determinación no agradase, eran muy dueños de no volver más a su casa.

Esto es lo que oí un día en que Prudencia dijo a Margarita que tenía que darle una noticia muy importante y que pude oir desde la puerta de la habitación en que se encerraron.

Algunos días después volvió Prudencia.

Al entrar, estaba yo a lo último del jardín y no pudo verme. Al ver cómo Margarita corrió a su encuentro, sospeché que de nuevo iba a tener lugar una conversación parecida a la que había escuchado días antes, y me puse en acecho para enterarme de ésta como me enteré de la otra.

Encerráronse ambas en un gabinete; yo me coloqué donde pudiese oir sin ser visto.

—¿Qué tenemos?—preguntó Margarita.

—Tenemos que he visto al duque.

—¿Qué os ha dicho?

—Que os perdona de buen grado la primera escena; pero que había sabido que vivís públicamente con Armando, y que esto no podía perdonároslo. «Que se aparte de ese joven—añadió,—y seguiré dándole todo cuanto quiera; de lo contrario, debe renunciar absolutamente a obtener de mí nada más».

—¿Qué le habéis contestado?

—Le dije que os notificaría su determinación, prometiéndole que procuraría haceros comprender vuestra conveniencia. Reflexionad, mi buena amiga, que estáis perdiendo lo que jamás Armando podrá daros. Es cierto que ese joven os ama entrañablemente, pero su fortuna no es bastante a subvenir vuestras necesidades: llegará día en que se verá precisado a dejaros; día en que, de seguir, será ya tarde para que el duque pueda hacer algo por vos. ¿Queréis que hable a Armando?

Margarita pareció reflexionar, pues estuvo unos instantes sin contestar palabra. Durante aquellos instantes de espera, me latía atrozmente el corazón.

—¡No!—dijo con resolución Margarita,—no me separaré de Armando ni ocultaré nuestras relaciones. Puede que sea un disparate, pero ¿qué queréis? le amo. Él se ha acostumbrado también a amarme sin obstáculo alguno, y sufriría mucho si se viese obligado a separarse de mí, aunque no fuese más que una hora por día. Además, no es tanto el tiempo que de vivir me queda, para que me haga desgraciada a mí misma ligándome ciegamente a las exigencias de un viejo cuya sola vista me envejece también. Guárdese su dinero; me pasaré sin él.

—¿Pero qué vais a hacer?

—No lo sé.

Prudencia iba a replicar probablemente, cuando yo entré corriendo a echarme a los pies de Margarita, bañando sus manos de lágrimas, que me hacía derramar el placer de verme amado hasta tal punto.

—Mi vida es tuya, Margarita, ninguna necesidad tienes de ese hombre. ¿No estoy yo aquí? ¿acaso puedo yo abandonarte jamás? Basta ya de sujeción; amándonos como nos amamos, ¿qué nos puede importar todo lo demás?

—¡Oh! sí, te amo, Armando mío—murmuró enlazando sus brazos alrededor de mi cuello:—te amo cual no había creído poder amar. Seremos dichosos, viviremos tranquilos, y me despediré para siempre de la vida que he llevado hasta hoy y que ya me avergüenza. ¿No es verdad que tú no me recordarás nunca mi triste pasado?

El llanto embargaba mi voz, y no pude contestar de otro modo que estrechando a Margarita contra mi corazón.

Ella, enteramente conmovida, exclamó volviéndose a Prudencia.

—Id y contad esta escena al duque, añadiendo que para nada le necesitamos.

Desde aquel día no se volvió a hablar más del buen anciano.

Margarita ya no era la mujer de antes. Procuraba evitar cuanto hubiera podido recordarme la vida en medio de la cual la había conocido, y jamás hubo esposa, amante, ni hermana cariñosa, que tuvieran para su esposo o hermano tantos cuidados y cariño tanto. Aquella naturaleza delicada estaba dispuesta a toda clase de impresiones y sentimientos.

Había roto con sus amigas como con sus costumbres, así como con su lenguaje y con los gastos de su vida pasada. Al vernos salir de casa para ir a dar un paseo en un lindo esquife que yo había adquirido, nadie hubiera creído que aquella mujer vestida con una bata blanca, cubierta con un ancho sombrero de paja y llevando en el brazo la sencilla manteleta de seda destinada a preservarla de la humedad, era la misma Margarita Gautier, que cuatro meses antes hacía alarde de su lujo y de sus escándalos.

Pero ¡ay! nos apresurábamos tanto a ser felices como si presintiéramos que no debíamos serlo por mucho tiempo.

Pasaron dos meses sin acordarnos de ir a París, ni que nadie en París se acordase de nosotros, excepto la Duvernoy y la joven Julia Duprat, de la cual os he hablado, y a quien Margarita había de entregar más tarde la triste relación que guardo aquí.

Yo me pasaba días enteros a los pies de mi querida. Abríamos las ventanas que caían al jardín, y contemplábamos cómo el verano declinaba alegremente en las flores que producía, y guarecidos de sus ardores a la sombra de su follaje, respirábamos el uno junto al otro la verdadera vida, vida que hasta entonces ni Margarita ni yo habíamos probado.

Aquella mujer sentía admiración por el jardín como una niña de diez años en pos de una mariposa o de un insecto cualquiera.

La cortesana que había derrochado en ramilletes más dinero que el que se necesita para vivir cómodamente toda una familia, se sentaba a menudo en el prado y pasaba allí una hora examinando la sencilla flor cuyo nombre llevaba ella también.

Durante aquella temporada leía con frecuencia *Manón Lescaut*, y la sorprendí muchas veces poniendo notas al libro. Decía siempre que cuando una mujer ama verdaderamente, no puede hacer lo que hizo Manón. El duque le escribió dos o tres veces; pero ella, al conocer la letra, me daba las cartas sin abrirlas.

Los términos en que las tales cartas venían escritas, consiguieron más de una vez arrancar lágrimas a mis ojos.

El buen viejo había supuesto que, cerrando su bolsa a Margarita, reconquistaría su afecto; pero, al convencerse de la inutilidad de aquel procedimiento, no pudo avenirse a dejar de verla y le escribió pidiéndole, como en otro tiempo, permiso para ir a visitarla, fueren cuales fuesen las condiciones que se le impusieran.

Yo había leído aquellas cartas suplicantes y reiteradas, y las había hecho pedazos sin dar cuenta a Margarita de su contenido, y sin dejar que volviera a recibir al viejo, por más que a mí me lo aconsejara un sentimiento de compasión hacia el dolor de aquel hombre, porque temía que ella viese en semejante consejo el deseo de echar sobre el duque las obligaciones de la casa, en cambio del permiso para sus nuevas visitas, y me molestaba sobre todo, que me pudiese creer capaz de declinar semejante responsabilidad con todas sus consecuencias.

Viendo el duque que no recibía contestación alguna, dejó de escribir, y Margarita y yo seguimos amándonos sin preocuparnos del porvenir.

CAPÍTULO XVIII

Resultaría una tarea harto pesada explicar con todos sus pormenores la vida que llevábamos, compuesta de una serie de niñerías sublimes y encantadoras para nosotros, aunque insignificantes para cualquier otro. Vos sabéis lo que es amar a una mujer; cómo se acortan los días y con qué grata pereza nos dejamos arrastrar de un día a otro. Tampoco ignoraréis que ese olvido de todo nace de un amor sin límites, confiado y compartido. Toda mujer que no es la que amamos, nos parece una criatura inútil, y nos duele el haber gastado con otras mujeres partículas de nuestro corazón, sin creer en la posibilidad de estrechar nunca otra mano que la que acariciamos entre las nuestras en tales momentos. La mente lo rehúsa todo y aleja cuantos trabajos y recuerdos puedan distraerla del pensamiento único e incesante que la domina. Cada día descubrimos en nuestra amada nuevos encantos y placeres desconocidos.

La existencia es únicamente el repetido cumplimiento de un deseo continuo; el alma no es más que la vestal encargada de conservar el fuego sagrado del amor.

Cuando anochecía íbamos muchas veces a sentarnos en el bosquecillo que domina la casa, escuchando allí las plácidas armonías que traía la noche, pensando ambos en la hora cercana que iba a dejarnos hasta el día en nuestra habitación sin permitir que ni aun el sol penetrara en ella. Las cortinillas estaban perfectamente corridas, y el mundo exterior desaparecía para nosotros unos instantes. Sólo Nanina tenía el permiso de abrir la puerta para traernos la comida, que a veces tomábamos sin movernos de nuestro sitio, interrumpiendo sin cesar aquellos banquetes con risas y locuras. Sucedía a ellos un corto sueño, pues desapareciendo bajo nuestro amor, nos

parecíamos a dos buzos obstinados, que sólo aparecen en la superficie para tomar aliento.

A pesar de todo esto, sorprendí en Margarita momentos de tristeza y a veces lágrimas, y al preguntarle la causa de aquella pesadumbre repentina, me respondía:

—Nuestro amor no es un amor vulgar, Armando; tú me amas como si nunca hubiera yo pertenecido a nadie, y temo que algún día, arrepintiéndote de tu amor y recriminándome mi pasado, me coloques en el caso de volverme a hundir otra vez en esa existencia, de la cual tú me sacaste. Piensa que, después de haber probado esta nueva vida, me moriría si me viese obligada a dejarla. Dime, pues, que nunca nos separaremos.

—¡Te lo juro!

Al pronunciar estas palabras, se fijaba en mis ojos como para leer la sinceridad de mi juramento, echábase después en mis brazos, y ocultando la cabeza contra mi pecho, exclamaba:

—¡No sabes tú lo mucho que te amo!

Una noche, estando apoyados en la barandilla de nuestro balcón, contemplábamos la luna, que parecía salir con dificultad de su lecho de nubes, y oíamos el viento que agitaba violentamente los árboles; nuestras manos se hallaban enlazadas, y hacía más de un cuarto de hora que no nos dirigíamos la palabra, cuando Margarita me dijo de pronto:

—Ya ha llegado el invierno: ¿quieres que dejemos esta casa?

—¿Y adónde iremos?

—A Italia.

—¿Pero no te encuentras aquí bien?

—Le temo al invierno, y sobre todo a nuestra vuelta a París.

—¿Por qué?

—Por muchas razones.

Y continuó bruscamente, sin decirme la causa de sus temores:

—¿Convienes en lo dicho? Venderé cuanto tengo, iremos a vivir muy lejos, nadie sabrá quiénes somos ni quién he sido. ¿Qué me respondes?

—Bien; marchemos, si ello te agrada; pero, ¿qué necesidad hay de vender tus muebles, que te han de alegrar y servir a tu regreso? No tengo una fortuna inmensa para aceptar semejante sacrificio, pero sí lo bastante para que podamos viajar con comodidad por espacio de cinco o seis meses.

—No—respondió Margarita, dejando la ventana y sentándose en el sofá que se hallaba en lo más obscuro del cuarto;—¿para qué gastar dinero y lejos? bastante te cuesto aquí.

—¿Por qué eres tan poco generosa reprochándomelo, Margarita?

—Es verdad; perdóname, amigo mío—dijo tendiéndome la mano;—el estado borrascoso de la atmósfera me irrita los nervios, y no digo lo que quiero decir.

Me dió un abrazo, y cayó en una profunda meditación.

Escenas como ésta tuvieron lugar varias veces, y aunque yo ignoraba lo que las producía, creía ver en Margarita un sentimiento de inquietud sobre el porvenir. No podía dudar de mi amor, que cada día iba en aumento, y, sin embargo, la veía casi siempre triste y preocupada, sin que nunca me explicara el verdadero motivo de su tristeza, que atribuía a una causa física.

Creyendo que la entristecía la monotonía de nuestra existencia, le propuse volver a París; pero ella rechazaba siempre esta proposición, asegurándome que en ninguna parte podía estar mejor que en el campo.

Prudencia iba a vernos raras veces, pero, en cambio, escribía muchas cartas que nunca pretendí leer, por más que a cada una de ellas se entregaba Margarita a una profunda preocupación, sin que yo quisiese averiguar la causa.

Un día que Margarita se había quedado sola en su cuarto, al volver la hallé escribiendo.

—¿A quién escribes?—le pregunté.

—A Prudencia: ¿quieres que te lea la carta?

Como no quería en manera alguna parecer suspicaz, contesté a Margarita que no necesitaba ver lo que ella escribía, y, sin embargo, casi estaba seguro

de que aquella carta me hubiera explicado la verdadera causa de su tristeza.

Al día siguiente fué un día magnífico, de modo que a fin de aprovecharlo, me propuso Margarita dar un paseo en esquife y visitar la isla de Croissy. Durante la excursión estuvo más alegre que de costumbre, y no menos cuando hubimos regresado a casa a las cinco dadas.

—Madame Duvernoy ha estado aquí—dijo Nanina al vernos entrar.

—¿Se ha marchado?—preguntó Margarita.

—Sí, señora, en vuestro coche, diciendo que tenía permiso para ello.

—Está bien—dijo con viveza Margarita;—que nos sirvan la comida.

Dos días después llegó una carta de Prudencia y durante los quince siguientes me pareció que Margarita había roto con sus misteriosas melancolías, por las cuales me rogaba a cada paso que la perdonase.

Sin embargo, el coche no volvía.

—¿Qué motivos hay para que Prudencia no te devuelva tu carruaje?—le pregunté cierto día.

—Uno de los caballos está enfermo y hay que hacer algunas reparaciones en el coche. Mejor es que se arregle todo mientras permanecemos aquí, en donde para nada lo necesitamos.

A los pocos días vino Prudencia, confirmando cuanto Margarita me había dicho. Pasearon solas por el jardín y cuando fuí a reunirme con ellas, observé que mudaban la conversación.

Al marcharse Prudencia por la tarde, quejóse de que sentía frío, y rogó a Margarita que le dejara un chal de cachemir.

Transcurrió un mes durante el cual Margarita estuvo más contenta y enamorada que nunca.

Pero el coche no volvía, ni el chal había sido devuelto; todo ello me hacía entrar en sospechas a pesar mío, y como sabía en qué cajón guardaba Margarita las cartas de Prudencia, aproveché un momento en que aquélla se hallaba en lo más apartado del jardín, y traté de abrir el cajón. Trabajo perdido, pues estaba cerrado con llave. Se me oprimió el corazón.

Comprendí que si reclamaba de Margarita la verdad respecto de aquella desaparición, me la había de negar.

—Querida Margarita—le dije,—vengo a pedirte permiso para ir a París. En mi casa no saben dónde me encuentro, y se habrán recibido en ella cartas de mi padre; él estará intranquilo por mi silencio y debo contestarle.

—Anda con Dios—me dijo,—pero vuelve pronto.

Partí inmediatamente. Al llegar a París, me dirigí, sin detenerme, a casa de Prudencia.

—Veamos—le dije sin otro preliminar,—decidme francamente: ¿qué ha sido de los caballos de Margarita?

—Se han vendido.

—¿Y el chal de cachemir?

—También se ha vendido.

—¿Y los diamantes?

—Empeñados.

—¿Y quién los ha vendido y empeñado?

—Yo.

—¿Y por qué no me lo advertisteis antes de hacerlo?

—Porque Margarita me lo prohibió terminantemente.

—¿Por qué no me pedisteis dinero?

—Porque ella no quiso.

—¿Puedo saber en qué se ha empleado el dinero producido por semejantes operaciones?

—En pagar deudas.

—¿Cuánto debe entonces?

—Debe aún unos treinta mil francos. Bien os lo previne yo, amigo mío; pero vos no quisisteis creerme; ahora os convenceréis. El tapicero, cuyas cuentas el duque había prometido pagar, fué echado a la calle cuando se presentó a cobrar, recibiendo al día siguiente una carta en que se le prevenía

que el duque nada haría por la señorita Gautier. El hombre necesitaba dinero, y le di a cuenta aquellos miles de francos que os pedí; algunas buenas almas le avisaron después que su deudora, abandonada por el duque, vivía en compañía de un joven sin fortuna; los demás acreedores fueron avisados también; reclamaron sus créditos, y se procedió al embargo. Margarita quiso venderlo todo, pero ya era tarde, y además yo me hubiera opuesto. Siendo preciso pagar, y no queriendo pediros dinero, se han vendido los caballos y cachemires, y empeñado sus alhajas. ¿Queréis los documentos de venta y las papeletas del Monte de Piedad?

Y Prudencia abrió un cajón en que guardaba aquellos papeles.

—Comprended—continuó con aquella tenacidad de la mujer que tiene derecho a decir: «¡Yo tenía razón!»—comprended que no basta amarse e ir a vivir en el campo una vida pastoril y vaporosa. No, amigo, no. Al lado de la vida ideal está la material, y las resoluciones más castas se encuentran sujetas a la tierra por hilos, ridículos si queréis, pero de hierro, y no pueden romperse fácilmente. Si Margarita no os ha engañado cien veces, es porque tiene una naturaleza excepcional. No es que yo no la haya aconsejado, pues me aflige ver a la pobre joven desprenderse de cuanto posee. Nunca ha querido hacerme caso, contestándome que os amaba y que por nada del mundo os engañaría. Todo esto es magnífico, poético, sentimental; pero con semejante moneda no se paga a los acreedores, y lo que es ahora, os aseguro que no se escapa de sus manos sin que deje en ellas los treinta mil francos.

—Está bien, yo os daré esta cantidad.

—¿Tomándola prestada?

—¡Creedlo así!

—Haréis una solemne locura; pues además de indisponeros con vuestro padre, mermaréis vuestro capital, y luego no se hallan tan fácilmente treinta mil francos de la noche a la mañana. Hacedme caso, Armando, conozco las mujeres mejor que vos; no cometáis semejante locura, de la que os arrepentiríais tarde o temprano. Atendedme y tened juicio. No os digo que os separéis de Margarita; pero vivid con ella como a principios del verano. Dejad que encuentre los medios para salir del presente apuro. El duque volverá a reconciliarse poco a poco, el conde de N... me aseguraba ayer

mismo que si ella le admite, se compromete a pagar todas sus deudas y a darle cuatro o cinco mil francos mensuales. Éste cuenta con doscientas mil libras de renta, lo cual asegura bien a Margarita, al paso que vos tendréis que abandonarla un día u otro, pudiendo haberlo hecho antes de arruinaros, sobre todo siendo el tal conde un imbécil que en nada ha de impediros que sigáis siendo el amante de Margarita. Los primeros días llorará un poco, pero a la postre se acostumbrará, terminando por daros las gracias de cuanto hayáis hecho. Haceos la ilusión de que Margarita está casada y engañáis al marido, ni más ni menos. Ya otra vez os aconsejé lo mismo; sólo que lo que entonces no pasaba de ser un simple consejo, hoy es casi una necesidad.

Prudencia tenía indudablemente razón.

—Ocurre—prosiguió,—que las mujeres de la clase a que ha pertenecido Margarita, preveen siempre que serán amadas, pero nunca que serán ellas las que amen, lo que hace que no se ocupen de economizar, para poder permitirse a los treinta años el lujo de tener un amante a su gusto. ¡Si en mis buenos tiempos hubiera yo sabido lo que sé...! En fin, no digáis nada a Margarita y traedla a París. Habéis vivido sólo con ella cuatro o cinco meses, está bien, ahora cerrad los ojos; nada más tengo que advertiros. Dentro de quince días aceptará al conde de N.... economizará durante el invierno, y el verano próximo podréis volver a las andadas. Ya veis cómo todo puede solucionarse.

Y Prudencia parecía admirada de su propio consejo, que yo rechazaba con indignación.

No sólo mi amor y mi dignidad me prohibían aceptar lo que me aconsejaba Prudencia, sino que estaba convencido de que, en el punto a que habían llegado las cosas, Margarita hubiera preferido morir antes que transigir con aquella extraña combinación.

—Basta de chanzas—dije a Prudencia resueltamente;—¿cuánto necesita Margarita?

—Ya os lo he dicho, treinta mil francos.

—¿Y cuándo hay que pagar esta suma?

—Antes de dos meses.

—Se pagará.

Prudencia se encogió de hombros.

—Ya os lo remitiré—proseguí;—pero juradme que no diréis a Margarita que soy yo quien os la ha facilitado.

—Estad tranquilo.

—Y si os envía algún otro objeto para que lo vendáis o empeñéis, noticiádmelo.

—No hay cuidado, porque ya nada queda.

Dejé a Prudencia y me dirigí a mi casa a ver si había cartas de mi padre.

Se habían recibido cuatro.

CAPÍTULO XIX

Abrí las cartas de mi padre. En las tres primeras me manifestaba el cuidado en que mi silencio le tenía, y me preguntaba el motivo; en la última me dejaba adivinar que le habían enterado de mi cambio de vida, y me avisaba su próxima llegada.

Siempre he tenido gran respeto a mi padre, y le he profesado una afección sincera; he aquí por qué le contesté que un corto viaje había sido la causa de mi silencio y le rogué al mismo tiempo que me fijara el día de su llegada para que pudiera ir a recibirle.

Di a mi criado las señas de la casa de campo, encargándole que me llevase la primera carta que viniera con el timbre de la ciudad de C... y en seguida regresé a Bougival.

Margarita me esperaba a la puerta del jardín.

Su mirada revelaba gran inquietud. Abrazóme cariñosamente preguntándome luego:

—¿Has visto a Prudencia?

—No.

—¿Qué has hecho tanto tiempo en París?

—He recibido algunas cartas de mi padre a las cuales he contestado.

Poco después entró Nanina apresurada y jadeante. Margarita se levantó y fué a hablarle al oído.

Cuando Nanina se hubo retirado, Margarita se sentó a mi lado y me dijo tomándome la mano.

—¿Por qué me has engañado? Sé que has ido a ver a Prudencia.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nanina.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Siguiéndote.

—¿Tú se lo has encargado?

—Sí, porque creí que sólo un motivo muy poderoso podía llevarte tan de repente a París, después de cuatro meses de no haberte separado de mí. Temía que te pasase alguna desgracia o que fueses quizás a visitar a otra mujer.

—¡Qué niña eres!

—Ya estoy tranquila por ese lado, porque sé lo que has hecho, pero ignoro lo que te han dicho.

Le puse de manifiesto las cartas de mi padre.

—No es esto lo que yo te pido: lo que desearía saber es el por qué has ido a ver a Prudencia.

—Para visitarla.

—¿Por qué me engañas?

—Pues bien, he ido a preguntarle si el caballo estaba ya curado y si a ella le hacían falta todavía tus joyas y tus cachemires.

Margarita se ruborizó, pero no dijo una palabra.

—Y he sabido por ella el destino que has dado a tus caballos, a tus cachemires y a tus diamantes.

—¿Me culpas por ello?

—Te culpo de no haber tenido franqueza de pedirme lo que necesitabas.

—En unas relaciones como las nuestras, si la mujer conserva un átomo de dignidad, antes que pedir dinero a su amante y dar carácter venal a su amor, debe imponerse toda clase de sacrificios. Estoy convencida de que me amas, pero tal vez ignoras cuán delgado es el hilo que retiene en el corazón

el amor que se profesa a las mujeres de mi clase. ¿Quién me dice a mí que en un día de escasez o de fastidio, habrías creído ver en nuestras relaciones un cálculo hábilmente combinado? Prudencia es una charlatana. Y luego, ¿para qué necesitaba yo de esos caballos? Vendiéndolos no hice más que economizar; puedo pasarme sin ellos, y nada debo gastar en mantenerlos. Sólo deseo que me quieras y para ello no necesito caballos, cachemires ni diamantes.

Y me decía esto con un tono tan ingenuo, que al oirla se me saltaban las lágrimas.

—Pero, mi buena Margarita—le respondí estrechándole amorosamente las manos,—debías haber pensado que algún día me enteraría yo de este sacrificio, y que en cuanto lo supiera, no debía consentirlo.

—¿Por qué no?

—Porque no concibo ni consiento que el afecto que por mí sientes pueda privarte del placer más insignificante. Tampoco quiero que en un momento de escasez o fastidio, puedas hacerte la reflexión de que viviendo con otro hombre, tales momentos no existirían, y que te puedas arrepentir, aunque no sea más que por un momento, de vivir conmigo. Tus caballos, tus diamantes y tus cachemires te serán devueltos dentro de pocos días, porque te son indispensables como a la vida el aire, y, aunque sea una ridiculez, más te quiero suntuosa que sencilla.

—¿Luego no me amas ya como me amabas?

—¿Cómo puedes dudarlo?

—Si me amases dejarías que yo te amase a mi manera; de lo contrario, creeré que sigues viendo en mí la mujer a quien el lujo es indispensable y que estás obligado a sostenerlo. Te avergüenzas de aceptar prueba alguna de mi amor, porque, calculando que algún día habrás de dejarme a pesar tuyo, te conviene poner tu delicadeza a salvo de toda sospecha. Tienes razón, querido amigo, pero mis esperanzas eran más extensas.

Y después de pronunciar estas palabras hizo un movimiento para levantarse, pero la detuve diciéndole:

—Mi único objeto es que seas feliz y que no tengas nada que reprocharme.

—¡Y nos vamos a separar!

—¿Por qué, ángel mío? ¿qué es lo que puede separarnos?—exclamé.

—Tú, que no quieres que yo comprenda tu posición y tienes la vanidad de conservarme la mía; tú que concediéndome el lujo en medio del cual he vivido, quisieras conservar la distancia moral que nos distancia; tú, en fin, que no crees que sea mi cariño bastante desinteresado para partir conmigo tu fortuna, con la cual podríamos vivir juntos y dichosos, prefiriendo arruinarte esclavo de una preocupación ridícula. ¿Crees que pueda comparar un tílburi y algunas joyas a tu amor? ¿Crees que para mí consiste la felicidad en vanidades que sólo satisfacen cuando no se ama, y que resultan siempre mezquinas cuando se llega a amar? Pagarás mis deudas, disminuirás tu fortuna, y me mantendrás; pero ¿cuánto tiempo durará esto? dos o tres meses, pasados los cuales será ya tarde para aceptar la vida que te propongo, y entonces tendrás que admitir de mí cuanto necesites, que es lo que un hombre de honor no puede hacer nunca, al paso que ahora tienes ocho o diez mil francos de renta con los cuales podemos vivir. Venderé lo superfluo de lo que tengo, y la venta de ello me dará dos mil libras anuales. Luego alquilaremos un bonito cuarto, que habitaremos durante el invierno, y al volver el verano nos trasladaremos de nuevo al campo, aunque no a una casa como ésta, sino a otra más pequeña que baste para dos personas. ¡Tú eres independiente, yo soy libre, los dos somos jóvenes; en nombre del cielo, Armando, no me lances de nuevo a la vida que en otro tiempo me he visto obligada a llevar!

No podía ni sabía qué contestar; llenáronse mis ojos de lágrimas de agradecimiento y amor, y me precipité en sus brazos.

—Yo quería—continuó;—arreglarlo todo sin decirte nada, pagar todas, todas mis deudas y hacer preparar la nueva habitación. Por octubre habríamos vuelto a París, y entonces te hubiera dado cuenta de todo; pero ya que Prudencia se me ha anticipado, es preciso que lo consientas hoy, en vez de consentirlo mañana. ¿Me amas lo bastante para ello?

Era imposible no subyugarse ante tanta abnegación. Besé las manos de Margarita con entusiasmo, y le dije:

—Haré cuanto quieras.

Convinimos en cuanto había dicho y se manifestó en ella una alegría infantil, casi loca; bailaba, cantaba y miraba y se gozaba ya en la sencillez

de su morada, consultándome con respecto al barrio y condiciones de la misma.

Yo estaba satisfecho de verla feliz y orgullosa con aquella resolución que al parecer debía acercarnos indefinidamente y quise también corresponder por mi parte a sus proyectos.

En un momento decidí de mi futura vida. Establecí la posición de mi fortuna cediendo a Margarita la renta que me pertenecía por parte de mi madre, y que me parecía insuficiente para recompensar el sacrificio que acababa de aceptar.

Me quedaban los cinco mil francos de pensión que me mandaba mi padre, y cualesquiera que fuesen los acontecimientos que pudieran sobrevenir, esta cantidad anual era bastante a cubrir mis principales necesidades.

No le dije una palabra a Margarita de lo que había resuelto, porque estaba convencido de que no había de aceptar.

La renta que le cedía era procedente de una hipoteca de sesenta mil francos sobre una casa que yo ni siquiera había visto. Sólo sabía que todos los trimestres el notario de mi padre, antiguo amigo de la familia, me entregaba setecientos cincuenta francos, a cambio de un triste recibo.

El día en que Margarita y yo estuvimos en París para buscar cuarto, fuí a ver al notario y le pregunté de qué modo podía arreglarme para transferir a otra persona la indicada renta.

El buen hombre me creyó arruinado y me preguntó la causa de semejante decisión. Como era preciso que tarde o temprano le dijera a favor de quién hacía la donación, resolví contarle en seguida la verdad.

Sin la menor observación de las que su carácter de escribano y de amigo le autorizaba para hacerme, me prometió que arreglaría el negocio del mejor modo posible.

Le rogué guardase la mayor reserva para con mi padre, y fuí a reunirme con Margarita, que me esperaba en casa de Julia Duprat, en donde había preferido detenerse, antes que ir a oir los sermones de Prudencia.

Anduvimos buscando habitación. Margarita las encontraba todas caras; a mí me parecían todas sencillas y pequeñas. Por fin, nos pusimos de acuerdo,

fijando nuestra residencia en uno de los barrios de menos tránsito, y en un pequeño pabellón aislado de la casa principal.

Detrás del pabellón había un magnífico jardín dependiente de aquél, cercado por una tapia bastante alta para separarnos de los vecinos, y bastante baja para no limitarnos la vista.

La nueva habitación resultó mejor de lo que habíamos creído.

En tanto me dirigía a mi casa para mandar desocupar mi aposento, Margarita fué en busca de un agente de negocios que, según ella, había ya hecho para una de sus amigas lo propio que se le iba a pedir que hiciese.

Margarita, llena de gozo, vino a encontrarme en la calle de Provenza. El agente le había prometido pagar todas sus deudas, darle carta de pago y entregarle veinte mil francos mediante la cesión de todos sus muebles.

Por lo que resultó de la subasta podéis calcular que aquel hombre hubiera ganado más de treinta mil francos.

Regresamos contentos y satisfechos a Bougival, prosiguiendo en la erección de castillos en el aire para el porvenir que, gracias a nuestra ligereza y especialmente a nuestro amor, veíamos bajo las más doradas tintas.

Habían transcurrido unos ocho días cuando a la hora en que estábamos almorzando, entró Nanina diciéndome que mi criado preguntaba por mí.

Le hice entrar.

—Señor—me dijo,—vuestro padre acaba de llegar a París y os ruega que paséis cuanto antes a vuestra casa, en donde os está aguardando.

Semejante noticia era sencillísima, y sin embargo, al oirla, Margarita y yo nos quedamos mirándonos.

Ambos presentíamos una desgracia.

Así fué que, sin que ella me manifestara la impresión de que yo también participaba, le dije estrechando su mano:

—Nada temas.

—Vuelve lo más pronto que puedas—murmuró Margarita abrazándome;—te esperaré impaciente asomada a la ventana.

Mandé a José que previniese a mi padre.

Dos horas después me encontraba en mi casa de la calle de Provenza.

CAPÍTULO XX

Cuando llegué a mi casa, encontré a mi padre sentado y escribiendo.

En el modo de mirarme al entrar, conocí desde luego que íbamos a tratar asuntos graves.

Sin embargo, me acerqué a él como si nada hubiese adivinado y le abracé.

—¿Cuándo habéis llegado, padre mío?

—Anoche.

—¿Y no vinisteis a mi casa como de costumbre?

—Sí.

—Siento muchísimo no haber estado aquí para saludaros.

Esperaba ver surgir de estas palabras la reconvención que me anunciaba el semblante frío de mi padre; mas no me respondió, cerró la carta que terminaba de escribir y la entregó a José para que la llevase al correo.

Así que los dos quedamos solos, se levantó mi padre, y apoyándose en la chimenea, me dijo:

—Armando, tenemos que hablar de cosas muy serias.

—Ya os escucho, papá.

—¿Prometes decirme la verdad?

—Es mi costumbre.

—¿Es cierto que vives con una mujer llamada Margarita Gautier?

—Sí, señor.

—¿Sabes quién es esa mujer?

—Fué una entretenida.

—¿Es verdad que por ella te has olvidado de ir este año a vernos?

—Sí, padre mío, lo confieso.

—En tal caso, amas mucho a esa mujer.

—Podéis deducirlo de la falta que me ha hecho cometer, falta de la que humildemente os pido perdón.

Mi padre no esperaba, sin duda, contestaciones tan francas y categóricas, pues estuvo reflexionando un momento, y después me dijo:

—Creo que habrás comprendido que no has de vivir así eternamente.

—Lo temo, padre mío; pero no lo concibo.

—Debías haber supuesto también—prosiguió mi padre en tono más áspero, —que yo no lo consentiría.

—He pensado, que mientras no haga cosa alguna contraria al respeto que debo a vuestro nombre, ni a la honradez tradicional de la familia, podría vivir como vivo, y esta idea me ha tranquilizado.

Las pasiones nos infunden valor y fortaleza de ánimo; y tanto es así, que para conservar a Margarita, me sentía fuerte hasta con mi propio padre.

—Debo prevenirte que ha llegado el momento de cambiar de conducta.

—¿Por qué, padre mío?

—Porque estás a punto de obrar contra el respeto que dices profesar a la familia.

—No entiendo lo que queréis decir.

—Me explicaré. Es muy natural, si te parece, que tengas una querida, que la pagues como un hombre galante debe pagar los favores de una manceba, nada importa; pero que por ella te olvides de lo más sagrado, que consientas que la fama de la vida escandalosa que llevas llegue hasta el fondo de mi provincia y arroje la sombra de una mancha sobre el nombre honroso que te he dado, he aquí lo que no puede ser, y lo que no será.

—Permitid que os diga, padre mío, que los que os han enterado de mi conducta están mal informados. Soy el amante de Margarita Gautier, y vivo con ella; pero ni doy a esa joven el nombre que de vos he recibido, ni gasto con ella más de lo que permiten mis recursos, ni he contraído deuda alguna, ni he llegado, finalmente, a ninguna de las situaciones que autorizan a un padre para decir a su hijo lo que me acabáis de decir.

—Está un padre autorizado siempre para apartar a su hijo del mal camino en el cual le ve extraviarse. Aún no has hecho el mal, pero estás en vías de hacerlo.

—¡Padre mío!

—Yo conozco la vida mejor que tú. Los sentimientos enteramente puros sólo existen en las mujeres esencialmente castas. Toda Manón puede hacer un Desgrieux; pero no sólo han cambiado las costumbres, sino también los tiempos. Sería inútil que el mundo envejeciera si no había de corregirse. Es preciso que dejes a tu querida.

—Siento desobedeceros, pero me exigís un imposible.

—Yo te obligaré a ello.

—Por fortuna, ya no hay islas especiales a donde mandar a las cortesanas, y aun cuando las hubiera, acompañaría a mi amada si consiguierais que la desterraran. ¡Qué queréis! puede que obre mal, pero no hay felicidad para mí fuera de la de amar a esa mujer.

—Armando, hijo mío, abre los ojos y escucha a tu padre, que te ha amado siempre y que no desea más que tu felicidad. ¿Es honroso y digno el vivir con una mujer que ha sido de cuantos la han querido?

—¿Qué importa, padre mío, si ya nadie la ha de poseer? ¿Qué importa todo eso si ella me ama, y se regenera por ese mismo amor que me profesa e infunde? ¿Qué importa su pasado, si se ha convertido?

—¿Y puedes tú creer ni presumir que la misión de un hombre honrado sea convertir cortesanas? ¿Crees que Dios haya dado ese destino grotesco a la vida, y que el corazón no ha de tener otro entusiasmo que éste? ¿Cuál será el final de esa cura maravillosa, y qué ideas serán las tuyas sobre el particular a los cuarenta años? Te reirás de semejante amor, si te es dado reir todavía, si no ha dejado huellas demasiado profundas en tu pasado.

¿Qué serías ahora si tu padre hubiera tenido semejante modo de obrar y hubiese abandonado su vida a todas las vicisitudes del amor, en vez de anteponerle firmemente las guardas del honor y de la consideración social? Recapacita, Armando, y no repitas semejantes locuras. Espero que te separarás de esa mujer; yo te lo ruego.

Nada respondí.

—Armando—continuó mi padre,—en nombre de tu virtuosa y santa madre, créeme, renuncia a esta vida, que has de olvidar antes de lo que puedas suponer, y a la cual te encadena una teoría imposible. No tienes más que veinticuatro años; debes pensar únicamente en el porvenir. No es posible que ames siempre a esa mujer, que, por su parte, tampoco te amará siempre. Ambos exageráis vuestro amor. El tiempo que estáis perdiendo lastimosamente se aleja con la oportunidad de aprovecharle para seguir tu carrera. Un paso más y no podrás separarte del camino que has emprendido, sin poder ya desprenderte en toda tu vida del remordimiento de tus imprudencias. Deja a París, vente a pasar uno o dos meses al lado de tu hermana; el descanso y el cariño de la familia te aliviarán bien pronto de esa fiebre, porque no es más que la influencia de la fiebre lo que te domina.

Levanté los ojos hasta los de mi padre como para manifestarle mi asombro. Él, rehuyendo mi mirada, continuó:

—Durante tu ausencia, esa mujer se conformará con otro amante, y cuando veas claro por quién llegaste al extremo de disgustarte con tu padre y de perder su afecto, entonces me dirás que me porté como debía, y me bendecirás agradecido. Partiremos—me dijo,—¿no es verdad?

Conocía que mi padre tenía razón respecto a la generalidad de las mujeres; pero estaba seguro de que no la tenía con respecto a Margarita. No obstante, era tan dulce, tan afectuoso el tono con que me dirigió sus últimas palabras, que no me atreví a replicar.

—¿Qué dices, hijo mío?—me preguntó mi padre emocionado.

—Digo, padre mío—contesté con dificultad y emocionado también,—que lo que me pedís es del todo superior a mis fuerzas.

Creedme—proseguí al notar en mi padre un movimiento de impaciencia.—Exageráis las consecuencias. No es Margarita una mujer perdida como

suponéis; su amor, lejos de lanzarme al camino del mal, es por el contrario, capaz de desarrollar en mí los sentimientos más elevados.

El amor verdadero mejora nuestro ser, quienquiera que sea la mujer que lo inspire. Si conocierais a Margarita, comprenderíais que no puede perjudicarme. Es noble como la que más, y su abnegación es tan grande como la codicia de la mayoría de las mujeres.

—A pesar de lo cual acepta toda tu fortuna, pues los sesenta mil francos que heredaste de tu madre y de los cuales le has hecho donación, constituyen, no lo olvides, toda tu fortuna.

Seguramente mi padre se había reservado esta consideración y esta amenaza para darme con ellas el golpe de gracia. Pero yo me sentía más fuerte ante las amenazas que ante los ruegos.

—¿Quién os ha dicho que iba yo a hacer esta donación?—le respondí.

—Mi notario. ¿Cómo hubiera podido un hombre honrado autorizar un hecho semejante sin advertírmelo? Mi venida a París ha sido con el único objeto de evitar tu ruina. Tu madre, al morir, te legó lo preciso para vivir modesta y honradamente; pero no una cantidad para ser despilfarrada por tus queridas...

—Puedo juraros, padre mío, que Margarita ignora mi proyecto.

—Entonces, ¿por qué realizarlo?

—Porque Margarita, esa mujer que estáis calumniando, a quien queréis que abandone, ha sacrificado espontáneamente y sin reticencias todo cuanto poseía, para vivir conmigo.

—¿Y tú has podido admitir semejante sacrificio? ¿Qué hombre eres para consentir que una cualquiera haga por ti el menor sacrificio?

En fin, concluyamos de una vez. Vas a separarte de esa mujer. Hace poco te lo suplicaba, ahora te lo mando. No consentiré semejantes borrones en mi familia. Prepara tu equipaje y disponte a seguirme.

—Perdonadme, padre mío—le dije,—pero no parto.

—¿Por qué razón?

—Porque tengo ya la edad en que no se obedece a un mandato.

Mi padre palideció al oir esta respuesta.

—Está bien—dijo;—ya sé lo que debo hacer.

En seguida llamó a mi criado, y le dijo:

—Que lleven mi equipaje a la fonda de París.

Al mismo tiempo entró en su cuarto para vestirse.

Cuando salió del gabinete me adelanté y le dije:

—Padre mío, os ruego que no hagáis nada que pueda afligir a Margarita.

Mi padre se paró un momento para mirarme desdeñosamente, y se contentó con decirme:

—Creo que has perdido el juicio.

Y salió, cerrando la puerta con violencia.

Salí también inmediatamente, tomé un carruaje y me dirigí a Bougival. Margarita, asomada a la ventana, me esperaba impaciente.

CAPÍTULO XXI

—¡Al fin llegas!—exclamó Margarita estrechándome entre sus brazos.—¡Qué pálido estás!

Entonces le conté la escena con mi padre.

—¡Dios mío! ya lo presentía—dijo.—¡Cuando vino José a anunciar la llegada de tu padre, me estremecí como a la noticia de una desgracia! ¡Yo soy, pobre amigo mío, la causa de tantos disgustos! Tal vez será mejor que me dejes antes que indisponerte con tu padre. Sin embargo, yo nada le he hecho a este buen señor. Nosotros vivíamos muy bien e íbamos a vivir mejor todavía. Comprendiendo, como debe comprender, que has de tener una querida, debiera darse por muy contento de que esa querida fuese yo, puesto que te amo y no necesito ni quiero más que lo que te permite tu posición. ¿Le has enterado de nuestros proyectos?

—Sí, alma mía, y eso es lo que más le ha irritado, puesto que en ellos ha visto la prueba de nuestro mutuo amor.

—¿Qué haremos, pues?

—Continuar viviendo juntos, Margarita mía, y dejar que se despeje la tormenta.

—¿Supones que se despejará?

—Forzosamente.

—Pero tu padre no se contentará con lo que ha hecho.

—¿Qué más puede hacer?

—¡Qué sé yo! Todo lo que pueda hacer un padre para conseguir ser obedecido por su hijo. Te recordará mi vida pasada, y tal vez para conseguir

que nos separemos, me hará el honor de inventar en contra mía alguna nueva historia.

—¡Bien sabes cuánto te amo!

—Sí, pero sé también que tarde o temprano se acaba por obedecer a los padres y tal vez te dejarás convencer.

—No, Margarita; yo seré quien le convenza a él. Los chismes de mis amigos han provocado su cólera, pero es bueno y justo, y no tardará en escucharme. Además, si no fuese así, ¡nada me importa!

—No digas eso, Armando, yo lo prefiero todo a dejar que se diga por nadie que te he indispuesto con tu familia: acabemos de pasar el día, y mañana vuelve a París a ver a tu padre. Ambos habréis reflexionado, y quizá llegaréis a un acuerdo mejor. No te opongas resueltamente a sus propósitos, aparenta hacer concesiones, no te manifiestes tan enamorado, y puede que deje las cosas tal como están. Espera, amigo mío, y cree que pase lo que pase, tu Margarita siempre te amará.

—¿Me lo juras?

—¿Necesito jurártelo?

—¡Qué grato y delicioso es dejarse convencer por una voz amada!

El resto del día lo pasamos repitiéndonos nuestros proyectos, como si comprendiéramos la necesidad de realizarlos cuanto antes. A cada instante esperábamos un nuevo suceso, pero el día terminó felizmente sin que ocurriese nada de particular.

Al día siguiente partí a las diez, y a las doce entraba en el *Hotel de París*.

Mi padre había salido.

Me dirigí a mi casa en la creencia de que le encontraría en ella. No había estado. Fuí a casa del notario. Tampoco estaba allí.

Volví a la fonda y esperé hasta las seis inútilmente.

Entonces regresé a Bougival.

Hallé a Margarita, no aguardándome como el día anterior; estaba sentada a la chimenea y completamente entregada a sus reflexiones, tanto, que no me oyó ni volvió la cabeza al aproximarme hasta tocar el respaldo de su sillón.

Cuando puse mis labios en su frente, se estremeció como si hubiese despertado sobresaltada.

—Me has asustado—dijo.—¿Y tu padre?

—No le he visto, ni sé dónde para, ni sé lo que esto significa. No le he hallado en cuantas partes he creído probable que estuviera.

—Es preciso que vuelvas mañana.

—Estoy por esperar a que me mande llamar, pues creo haber hecho cuanto debía hacer.

—No, amigo mío, no has hecho lo bastante; debes volver a ver a tu padre. Mañana sobre todo.

—¿Y por qué mañana mejor que otro día?

—Porque—dijo Margarita, que pareció sonrojarse a esta pregunta,—porque parecerá más viva tu insistencia por la reconciliación y tardaremos menos en obtener su perdón.

El resto de aquel día Margarita estuvo preocupada y triste. Para obtener una respuesta, me veía obligado a repetirle dos veces cuanto le decía. Ella se disculpaba de su preocupación con los temores que tenía respecto del porvenir, dados los sucesos sobrevenidos en aquellos dos días.

Al día siguiente se empeñó con tal insistencia en que volviese a París, que me vi precisado a obedecerla.

Tampoco conseguí ver a mi padre; pero, al salir, me había dejado en el hotel una carta en la que me decía:

> «Si hoy vuelves a verme, espérame hasta las cuatro; si a esta hora no he vuelto, vente mañana a comer conmigo; tengo que hablarte».

Esperé hasta las cuatro, no vino mi padre, y yo volví de nuevo a Bougival.

El día antes había hallado triste a Margarita; en éste la encontré agitada y febril. Al verme entrar, se precipitó en mis brazos, y estuvo llorando en ellos un buen rato.

Le pregunté el motivo de aquel súbito pesar cuya magnitud me alarmaba, pero no obtuve ninguna respuesta categórica, aun cuando me dijo todo lo

que puede decir una mujer cuando no quiere confesar la verdad.

Cuando se calmó un poco, le conté el resultado de mi viaje, manifestándole la carta de mi padre, y haciéndole observar que se me antojaba un buen augurio.

Al ver la carta y al oir mi reflexión, redoblaron sus lágrimas de tal modo, que hube de llamar a Nanina, temiendo un ataque nervioso. Acostamos a la pobre Margarita, que seguía llorando sin pronunciar una palabra, pero apretándome las manos que besaba con febril insistencia.

Pregunté a Nanina si durante mi ausencia había recibido su señora alguna carta o visita que pudiese motivar el estado en que se hallaba; pero Nanina me contestó que nadie había ido ni se había recibido carta alguna.

No obstante, no me cabía duda de que desde el día antes algo serio debía suceder, dado sobre todo el empeño de Margarita en manifestarme lo contrario.

Por la noche pareció un poco más tranquila, y haciéndome sentar junto a su cama me renovó por muchas veces sus promesas de amor. Luego sonreía, pero con esfuerzo, porque, a su pesar, inundábanse de lágrimas sus ojos.

Procuré, por cuantos medios supe, hacer que declarase la verdadera causa de su aflicción, pero fué inútil, pues ella se obstinó en darme únicamente razones vagas e inaceptables.

Concluyó por dormirse en mis brazos, pero con ese sueño que quebranta el cuerpo en vez de darle reposo. De vez en cuando lanzaba un grito, despertando sobresaltada, y después de convencerse de que me hallaba junto a ella, me hacía jurar que la amaría siempre.

Yo estaba intranquilo, sin poder explicarme la verdadera causa de aquellas intermitencias de dolor, que se prolongaron hasta la mañana, en que cayó Margarita en una especie de sopor. Hacía dos noches que no dormía.

Despertó a eso de las once, y al verme vestido, me dijo mirando su reloj:

—¿Te vas ya?

—No—dije tomándole las manos,—pero al verte dormida, he querido dejarte tranquila. Aún es temprano.

—¿A qué hora vas a París?

—A las cuatro.

—¿Tan pronto? Hasta las cuatro permanecerás a mi lado, ¿verdad?

—Sí, como los otros días.

—¡Qué felicidad! ¿Vamos a almorzar?—añadió con aire distraído.

—Como quieras.

—¿Y luego estaremos abrazados hasta el momento de marchar?

—Sí, y volveré a tu lado lo antes posible.

—¿Volverás?—dijo mirándome con ojos extraviados.

—¡Naturalmente!

—Está bien, volverás por la noche... y yo... te esperaré, como de costumbre... tú me amarás..., y seremos muy felices... como lo somos desde que nos conocemos.

Todas aquellas palabras estaban pronunciadas con tal reticencia, pareciendo ocultar algún pensamiento doloroso, que a cada paso temía ver que se trocaran en verdadera locura.

—Oye—le dije,—estás enferma y no puedo dejarte así. Voy a escribir a mi padre que no me espere.

—¡No! ¡no!—exclamó bruscamente;—no hagas eso. Tu padre me acusaría también de haberte impedido que fueras a verle justamente cuando más lo desea; no, no; es preciso que vayas, es indispensable. Además, yo no estoy mala, me siento muy bien. He tenido un sueño pesadísimo; pero ya he despertado.

Desde aquel momento Margarita se esforzó en aparecer alegre, y no volvió a llorar.

Cuando llegó la hora de marcharme, la abracé y le pregunté si quería acompañarme hasta la estación del ferrocarril: mi objeto era que el paseo la distrajese y el aire puro la reanimase. ¡Además, me complacía en tenerla a mi lado el mayor tiempo posible!

Aceptó mi proposición y se hizo acompañar de Nanina para no regresar sola.

Veinte veces estuve tentado de no acudir a la cita, pero la esperanza de volver pronto y el temor de indisponerme otra vez con mi padre, sostuviéronme, y al fin marché.

—Hasta la noche—dije a Margarita desde la ventanilla del vagón.

No me respondió.

Otra vez me había despedido sin contestarme a la misma palabra, y el conde de G... pero estaba tan distante aquel día, que parecía haberse borrado de mi memoria, y si esta vez temía algo, no era por cierto que Margarita me engañase.

En cuanto llegué a París, corrí a casa de Prudencia para pedirle que fuese a ver a Margarita, esperando que con su buen humor la distrajera.

Entré sin anunciarme. Prudencia estaba en su tocador.

—¡Ah!—dijo entre sorprendida y alarmada.—¿Margarita ha venido con vos?

—No.

—¿Cómo está?

—Muy delicada.

—¿Entonces no vendrá?

—¿Pues qué, había de venir acaso?

Mme. Duvernoy se sonrojó y respondióme con cierta turbación:

—Quise decir, que puesto que habéis venido a París, vendría ella a reunirse con vos.

—No.

Miré a Prudencia, que aunque bajó los ojos, creí ver en su fisonomía el temor de que mi visita se prolongara.

—Venía a rogaros, mi buena Prudencia, que fuerais esta tarde a ver a Margarita, y si nada os lo impide, podréis quedaros a dormir en nuestra casa de campo. Jamás la he visto como hoy y temo que su enfermedad empeore.

—Hoy como fuera de casa—respondió Prudencia,—y me es absolutamente imposible ver a Margarita, pero iré a verla mañana.

Despedíme de la Duvernoy, que, a mi entender, parecía casi tan preocupada como Margarita, y me dirigí al *Hotel de París*. Mi padre me esperaba. Fijó en mí su mirada con atención y luego me tendió la mano.

—Tus dos visitas, Armando—me dijo,—me han complacido mucho, pues parecen indicar que habrás reflexionado como he reflexionado yo.

—¿Puedo permitirme preguntaros cuál ha sido el resultado de vuestras reflexiones, padre mío?

—Ha sido, hijo mío, que he comprendido que tal vez había exagerado la importancia de las noticias que me dieron, y he resuelto ser menos severo.

—¿Qué decís, padre mío?—exclamé con alegría.

—Digo, querido hijo, que siendo casi indispensable que los jóvenes tengan una querida, he tomado nuevos informes de la señorita Gautier y creo que debes preferirla a otra.

—Querido padre, ¡cuán feliz me hacéis!

Continuamos hablando así por algunos instantes, y luego nos sentamos a la mesa. Mi padre estuvo muy complaciente todo el rato que duró la comida.

Yo no veía el momento de volver a Bougival para dar cuenta a Margarita de un cambio tan satisfactorio. Miraba el reloj a cada instante.

—Deseas que llegue pronto la hora—dijo mi padre;—muy impaciente estás por dejarme. ¡Oh, jóvenes! ¡siempre sacrificáis las afecciones sinceras a las dudosas!

—No digáis eso, padre mío; Margarita me ama, estoy seguro de ello.

Mi padre no contestó.

Insistió bastante para que me quedara aquella noche en su compañía, pero yo había dejado a Margarita delicada y triste, y le pedí permiso para ir a reunirme con ella, prometiéndole volver al día siguiente.

Hacía buen tiempo y vino a acompañarme hasta la estación. Nunca me había considerado tan dichoso.

En el momento en que iba a marcharme insistió de nuevo para que me quedara, pero yo le disuadí y marché.

—¡Mucho la amas!

—Locamente.

—Anda con Dios—me dijo, y se pasó la mano por la frente como si hubiese querido alejar de sí algún pensamiento triste.

Luego movió los labios como para decirme algo, pero se contentó con estrechar mi mano y se alejó rápidamente diciendo:

—¡Hasta mañana!

CAPÍTULO XXII

El tren me parecía que no andaba.

Llegué a Bougival a las once.

En ninguna de las ventanas de la casa se veía luz.

Llamé y nadie respondió.

—¿Dónde está tu señora?

—Ha ido a París—contestó Nanina.

—¿A París?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Una hora después que vos.

—¿Y no te ha dado ningún encargo para mí?

—Nada.

—Es extraño. ¿Ni te ha dicho que le esperase?

—No, señor.

Nanina se retiró.

«Habrá sentido celos—me dije,—y habrá ido a París para cerciorarse de si lo de ver a mi padre era sólo un pretexto para gozar de un día de libertad.

«O será que Prudencia le ha escrito para algún asunto importante; pero a mi llegada he visto a la Duvernoy y nada me ha dicho que pudiera hacerme sospechar que hubiese escrito a Margarita».

De pronto me acordé de la pregunta aquélla: «¿No vendrá, pues?» que Prudencia me había dirigido cuando le dije que Margarita se hallaba enferma. Recordé también la turbación de la Duvernoy durante nuestra entrevista. A estos recuerdos unióse el de las lágrimas de Margarita durante todo el día, lágrimas que la acogida que me dispensó mi padre me había hecho olvidar por unos momentos.

Desde entonces todos los incidentes del día vinieron a agruparse en rededor de mi primera sospecha, fijándola de tal manera en mi pensamiento, que todo, incluso el cambio operado en mi padre, lo confirmaba.

Margarita había casi exigido que fuese yo a París. Había afectado tranquilidad cuando le propuse seguir a su lado. ¿Se me había tendido un lazo? ¿Me engañaba Margarita? ¿O había creído estar de vuelta antes que yo para que su viaje no fuese sabido, y se encontraba detenida por la casualidad? ¿Por qué nada había advertido a Nanina o por qué no me había escrito? ¿Qué querían decir aquellas lágrimas, aquella ausencia, aquel misterio?

Y me hacía todas estas preguntas asustado, en medio de aquel aposento vacío, fijos los ojos en el reloj que, señalando la media noche, parecía decirme que era ya muy tarde para que aguardase la vuelta de Margarita.

No obstante, ¿era posible que me engañase después de las resoluciones que acabábamos de tomar, después del sacrificio ofrecido y aceptado? No. Era necesario, por lo tanto, desechar mis primeras suposiciones.

—Habrá encontrado tal vez quien se quede con los muebles de que pensaba deshacerse y habrá ido a París para ultimar el negocio. No me habrá prevenido porque sabe que, aunque la acepto, esta venta, necesaria a nuestra dicha futura, me disgusta, y habrá temido herir mi susceptibilidad hablándome de ello. Querrá mejor no volver hasta haber realizado la venta. Seguramente Prudencia la esperaba para ello y no ha sabido disimular delante de mí. Margarita, no habiendo podido despachar hoy, se habrá ido a dormir a su casa o tal vez llegará pronto, porque ha de pensar en mi inquietud, y no podrá prolongarla.

Pero entonces ¿por qué aquellas lágrimas? Tal vez a pesar del amor que me profesa, no habrá sabido la pobre determinarse sin llorar, a dejar el lujo en

medio del cual ha vivido hasta hoy y que la hacía tan dichosa como envidiada.

Yo se lo perdonaba todo desde luego; únicamente la esperaba para decirle, cubriéndola de besos, que había adivinado la causa de su misteriosa ausencia.

La noche iba avanzando y, sin embargo, Margarita no llegaba.

La inquietud fué dominándome poco a poco hasta apoderarse por completo de mi cabeza y de mi corazón. Tal vez le había ocurrido alguna desgracia. Podía estar herida, enferma, ¡muerta! Yo temía la llegada de algún mensajero, noticiándome algún accidente doloroso, y me decía: «Vendrá a encontrarme el nuevo día en la misma duda y en los mismos recelos y temores».

La idea de que Margarita pudiese engañarme no cabía en mi imaginación. No podía, pues, suponer sino que era causa independiente de su voluntad la que la retenía lejos de mí, y cuanto más pensaba en ello, tanto más me persuadía de que la tal causa sólo podía ser una desgracia cualquiera. ¡Oh, vanidad humana, cómo nos seduces y atraes siempre presentándote bajo diversas formas!

Acababa de dar la una. Resolví esperar todavía una hora más y marchar a París a las dos, si aún no había vuelto Margarita.

Careciendo de fuerza y valor para seguir discurriendo, busqué un libro para hacer más corta aquella hora.

Manón Lescaut estaba abierto encima de la mesa. Parecióme que en muchas de sus páginas había huellas recientes de lágrimas. Después de haberlo hojeado, cerré el libro, cuyos caracteres me parecieron vacíos de sentido a través del espeso velo de mis dudas.

El tiempo transcurría lentamente. El cielo estaba nublado. Una lluvia de otoño azotaba los cristales. El lecho vacío parecía tomar el aspecto de una tumba.

Tuve miedo. Abría la ventana, fijaba mi oído hacia el camino de París, pero contestaban solamente a mis ansias los gemidos de los árboles azotados por el viento. Ni un coche pasaba por la carretera. El reloj de la iglesia dió triste y lentamente la media.

Anhelaba y temía al mismo tiempo la llegada de quienquiera que fuese, pues me figuraba que a tales horas y con un tiempo tan sombrío, sólo podía traerme la noticia de una gran desgracia.

Dieron las dos. Esperé unos momentos más. Sólo el ruido monótono del péndulo turbaba el silencio que me envolvía.

Dejé por fin aquel aposento, cuyos objetos habían tomado aquel aspecto fúnebre que presta la inquieta soledad del corazón a cuanto le rodea.

En el cuarto de al lado estaba Nanina durmiendo sobre su labor. Despertóse al ruido de la puerta y me preguntó si había vuelto ya la señora.

—No, pero, si vuelve, dile que no he podido resistir a mi inquietud, y que me he vuelto a París.

—¿A estas horas?

—Sí.

—Pero, ¿de qué modo? No encontraréis carruaje.

—Iré a pie.

—¡Pero si está lloviendo!

—No importa.

—La señora no debe tardar en volver, y si no volviese, de día podréis averiguar lo que haya podido detenerla. Vais a exponeros imprudentemente.

—No hay peligro, Nanina; hasta mañana.

La pobre chica fué a buscar mi abrigo y me lo echó a los hombros, ofreciéndose a ir a informarse de si era posible encontrar un carruaje; pero no se lo permití, convencido de que en aquella tentativa, inútil de seguro, emplearía más tiempo del que necesitaba para andar la mitad del camino. Luego, tenía necesidad de respirar libremente y de una fatiga física que disipara la sobreexcitación febril que me dominaba. Cogí la llave del cuarto de la calle de Antín, y después de despedirme de Nanina, que me acompañó hasta la verja, eché a andar.

Empecé por correr, pero como la tierra estaba mojada, me fatigaba mucho. A la media hora de marcha tuve que detenerme. Nadaba en sudor. Tomé aliento y proseguí. La noche era tan obscura, que temía estrellarme a cada

paso contra alguno de los árboles del camino, los cuales, presentándose bruscamente a mis ojos, parecían gigantescos fantasmas corriendo hacia mí. Alcancé dos o tres carros que no tardé en dejar atrás.

Encontré un coche que se dirigía al trote a Bougival. Al pasar junto a él, dominado por la idea de que Margarita iba en él, me detuve y grité:

—¡Margarita, Margarita!

Nadie me contestó, y el coche prosiguió su camino. Le miré cuanto me lo permitía la obscuridad y emprendí de nuevo la marcha. En dos horas llegué a la barrera de la Estrella.

La vista de París me dió nuevo aliento y bajé corriendo la larga alameda que tantas veces había recorrido.

Nadie pasaba por ella. Parecía el paseo de una ciudad muerta. Ya amanecía. Cuando llegué a la calle de Antín, la gran ciudad comenzaba a desperezarse como queriendo despertar.

Daban las cinco en la iglesia de San Roque en el instante que yo entraba en casa de Margarita.

Dije mi nombre al portero, quien había recibido de mí bastantes monedas de veinte francos, para enterarle de que tenía derecho a entrar a las cinco de la mañana en casa de la señorita Gautier, y pasé sin reparo alguno.

Hubiera podido interrogarle si Margarita estaba en casa, pero tal vez me habría contestado que no, y preferí dudar dos minutos más, pues dudando conservaba la esperanza. Subí. Apliqué el oído a la puerta con objeto de sorprender un ruido, un movimiento cualquiera. Nada. El silencio del campo parecía reinar también allí. Abrí con mi llave y entré.

Todas las puertas interiores se encontraban cerradas. Corrí las cortinas del comedor y me dirigí hacia el dormitorio. Precipitéme sobre el cordón de las cortinas y tiré de él con violencia. Las cortinas se replegaron, dando paso a la débil luz del alba.

Corrí a la cama. Estaba vacía. Abrí todas las puertas, unas después de otras, recorriendo varias veces todos los aposentos.

¡Nadie! Había para volverse loco. Pasé al gabinete tocador, abrí las ventanas y llamé varias veces a Prudencia. La ventana de Mme. Duvernoy

permaneció cerrada.

Entonces bajé a preguntar al portero si la señorita Gautier había estado aquel día en su casa.

—Sí, señor—me dijo el hombre,—con Mme. Duvernoy.

—¿Os ha dejado algún recado para mí?

—Ninguno.

—¿Sabéis qué han hecho luego?

—Han subido a un coche.

—¿Qué clase de carruaje era?

—Particular.

—¿Qué quería decir todo aquello?

Llamé a la puerta vecina.

—¿A dónde vais?—me preguntó el portero después de abrir.

—A casa de Mme. Duvernoy.

—Todavía no ha vuelto.

—¿Estáis seguro de ello?

—Sí, señor; tengo aquí una carta que para ella trajeron anoche y que no he podido darle todavía.

Y el portero me enseñó una carta, sobre la cual dirigí maquinalmente los ojos.

En seguida conocí la letra de Margarita.

Cogí la carta.

En el sobre se leía lo siguiente:

«A Mme. Duvernoy, para entregar a M. Duval».

—Es para mí—dije al portero enseñándole el sobrescrito.

—¿Sois vos M. Duval?

—Sí.

—En efecto, ya os recuerdo; venís a menudo a ver a madame Duvernoy.

Salí a la calle y rompí el sobre.

Un rayo que hubiera caído a mis pies no me hubiera impresionado como aquellos renglones.

Decían así:

> «Armando, cuando leáis esta carta, seré ya la querida de otro hombre. Todo acabó entre nosotros.
>
> «Volved al lado de vuestro padre, amigo mío; id a ver a vuestra hermana, joven casta que nada entiende de nuestras miserias, y junto a la cual olvidaréis en breve cuanto os ha hecho sufrir esta mujer perdida llamada Margarita Gautier, a la que os habéis dignado amar un instante y que os es deudora de los únicos momentos dichosos de una vida que no puede prolongarse».

Después de leer la última palabra, creí volverme loco.

Hubo momento en que tuve verdadero miedo de caer en medio de la calle. Una nube velaba mis ojos y la sangre me martilleaba las sienes con violencia.

Después de reponerme un poco, miré en torno mío, admirándome de ver que los demás seguían viviendo sin detenerse en presencia de mi desgracia.

No tenía fuerzas suficientes para soportar solo el golpe que Margarita me acababa de dar.

Entonces recordé que mi padre se encontraba en la misma ciudad que yo, que a los diez minutos podía estar a su lado, y que cualquiera que fuese la causa de mi dolor, la compartiría conmigo.

Eché a correr como un loco, como un ladrón, hasta la fonda de París. La llave estaba puesta en la cerradura de la puerta del cuarto de mi padre. Entré.

Estaba leyendo.

Por lo poco que le sorprendió mi llegada, parecía que me esperaba.

Me arrojé en sus brazos sin pronunciar palabra; le di la carta de Margarita, y dejándome caer junto a su cama, rompí a llorar como un chiquillo.

CAPÍTULO XXIII

Al amanecer del día siguiente no podía creer que éste fuera para mí semejante a los que le precedieron. En ciertos momentos me figuré que circunstancias de que no me daba cuenta, me habían obligado a pasar la noche separado de Margarita, pero que al regresar a Bougival, la encontraría inquieta como yo lo había estado, y me preguntaría qué causa me había retenido lejos de ella.

Cuando contraemos una costumbre, hija de una pasión avasalladora como lo era para mí la de amar a Margarita, parece imposible que esta costumbre pueda romperse sin destrozar al propio tiempo los demás resortes de la vida.

Para cerciorarme de la desgarradora realidad de mi situación, me veía obligado a leer y releer la inexplicable carta de Margarita.

Mi cuerpo, postrado del todo a causa de la sacudida moral que acababa de sufrir, estaba por completo inerte. La inquietud, el acelerado viaje de la noche y la noticia de la mañana me habían anonadado. Mi padre se aprovechó del abatimiento de mis fuerzas para arrancarme la formal promesa de que partiría con él.

Accedí a cuanto me propuso. No me sentía capaz de sostener discusión alguna, y me era necesario un afecto positivo para que me ayudara a soportar el peso de la vida.

Si hubiese sido posible, me hubiera causado alegría ver que mi padre se dignaba consolarme de semejante desgracia.

No recuerdo más sino que aquel mismo día, a media tarde, mi padre me hizo subir con él a una silla de posta. Sin que yo lo viese, había mandado

preparar mi equipaje, lo había unido al suyo detrás del coche, y se me llevaba.

No supe darme cuenta de lo que me ocurría hasta que la población hubo desaparecido de mi vista y la soledad del camino me representó el vacío de mi corazón.

Entonces las lágrimas se me soltaron nuevamente.

Mi padre, comprendiendo que en las palabras, por más que fueran suyas, no encontraría consuelo alguno, me dejaba llorar sin interrumpirme, contentándose con apretarme la mano alguna vez, para recordarme que tenía a mi lado un buen amigo.

Por la noche, casi no dormí y soñé con Margarita.

Desperté sobresaltado; sin explicarme el por qué me hallaba dentro de un carruaje.

En seguida volvió a presentárseme la terrible realidad y dejé caer la cabeza sobre el pecho.

No me atrevía a hablar a mi padre, temiendo que me dijese:

—Ya ves con cuánta razón dudaba del amor de esa mujer.

Pero no abusó de su derecho, y llegamos a C... sin haberme dicho una palabra que no fuese completamente extraña al motivo que me había obligado a acompañarle.

Cuando abracé a mi hermana, se vinieron a mi memoria las palabras de la carta de Margarita que se le referían; pero en seguida me convencí de que por buena que fuese mi hermana, su bondad no sería suficiente a hacerme olvidar a mi querida.

Estábamos en la época de la caza, mi padre creyó que sería una distracción para mí, y organizó algunas partidas con varios de sus amigos y vecinos. Yo asistía sin repugnancia ni entusiasmo, con una especie de apatía impresa en todas mis acciones.

Ocupaba el puesto que se me designaba, pero sin cuidarme de cargar la escopeta, que dejaba tranquila a mi lado para abismarme en mis meditaciones y mirar cómo pasaban las nubes.

Daba rienda suelta a mi imaginación por las llanuras del espacio, y alguna que otra vez me parecía oir como que algún cazador me llamase para señalarme una liebre a diez pasos de mí.

Ni uno solo de estos detalles se le escapaba a mi padre, que no se dejaba engañar por mi calma aparente. Conocía muy bien que, por abatido que mi corazón estuviese, sentiría más o menos tarde una reacción terrible, peligrosa tal vez, y en la imposibilidad de consolarme, hacía cuanto se le ocurría para distraerme.

Mi hermana, como era natural, no estaba en el secreto de aquellos sucesos y no alcanzaba la causa de que yo, tan alegre en otros tiempos, me hubiese vuelto de pronto tan meditabundo.

Sorprendido alguna vez en medio de mi tristeza por la mirada inquieta de mi padre, le tendía la mano y apretaba la suya como pidiéndole perdón del daño que, a pesar mío, le estaba causando.

Pasamos un mes: yo no podía aguantar ya más.

Me perseguía de continuo el recuerdo de Margarita. Yo había amado y amaba todavía mucho a aquella mujer, para que de súbito me fuera indiferente. Mi pasión no admitía términos medios y debía seguir amando a Margarita o trocar en odio mi amor intenso. Era preciso, además, cualquiera que fuese el sentimiento que me inspiraba, volver a verla cuanto antes mejor.

Este deseo penetró en mi alma, ejerciendo en ella toda la violencia de la voluntad que experimenta un cuerpo, inerte por mucho tiempo, al verificarse la reacción.

Necesitaba ver a Margarita; pero no dentro de un año, ni dentro de un mes, ni dentro de ocho días, si no en el mismo instante de habérseme ocurrido. Díjele, pues, a mi padre que iba a dejarle para trasladarme a París, con el pretexto de unos negocios, y que volvería cuanto antes.

Figurándose mi padre el motivo de mi partida, insistía en que me quedase, pero convencido de lo irrealizable de su pretensión, dado el estado de irritabilidad en que me hallaba y ante el temor de que podía tener fatales consecuencias, me abrazó, despidiéndome casi con lágrimas en los ojos y suplicándome que volviese pronto a su lado.

No dormí un solo minuto durante el viaje.

Sin plan trazado sobre lo que iba a hacer una vez llegado a París, sólo pensaba que ante todo era preciso ocuparme de Margarita.

Llegué a mi casa, cambié de traje, y como hacía buen tiempo y era temprano todavía, me dirigí a los Campos Elíseos.

A la media hora, vi venir de lejos y desde el *rond point* a la plaza de la Concordia, el coche de Margarita.

Había vuelto a adquirir sus caballos, pues el carruaje estaba como en otro tiempo, pero ella no iba dentro.

En cuanto noté su ausencia, volví los ojos a mi alrededor y vi a Margarita que venía a pie acompañada de una mujer a quien yo no conocía.

Al pasar por mi lado palideció, y una sonrisa nerviosa contrajo sus facciones. Yo sentí una violenta sacudida en el corazón, que estremeció mi pecho, pero creo que conseguí dar una expresión impasible a mi semblante y la saludé ligeramente. Mandó parar el coche, en el cual subieron ella y su amiga.

Conocía muy bien a Margarita. Mi encuentro inesperado había debido trastornarla. Probablemente había tenido noticia de mi partida y se había tranquilizado con respecto a los efectos de nuestro rompimiento; pero al volverme a ver, frente a frente conmigo, demudado como me vió, habría comprendido que mi vuelta tenía algún objeto, y debía preguntarse qué era lo que iba a encontrarse.

Si yo hubiese visto a Margarita en la miseria, si para vengarme de ella hubiese podido acudir en su socorro, quizá la hubiera perdonado y de seguro no habría pensado en causarle el menor daño; pero la veía, al parecer, dichosa, alguien la había restituido al lujo en que yo no la pude conservar; nuestro rompimiento, provocado por ella, tomaba por lo tanto el carácter del más bajo interés; mi orgullo y mi amor habían sido pisoteados, era preciso e indispensable que le hiciese pagar lo mucho que me había hecho sufrir.

No pudiéndome ser indiferentes los actos de aquella mujer, lo que más daño había de causarle era mi indiferencia; este sentimiento, pues, era el que yo debía fingir no sólo a sus ojos, sino también a los de todo el mundo.

Simulando, pues, una tranquilidad casi jovial, fuí a visitar a Prudencia.

Después de haberme hecho anunciar y de unos momentos en la antesala, apareció Mme. Duvernoy, la cual me introdujo en su gabinete con cierta solemnidad. Al ir a sentarme, oí que abrían la puerta del salón y pasos ligeros que se alejaban, luego una puerta vidriera se cerró con estruendo.

—¿He sido inoportuno?—pregunté a Prudencia.

—No; es Margarita que acaba de irse. Al oir que os anunciaban, se ha escapado.

—¿Tiene miedo?

—De ninguna manera; pero teme que os sea desagradable volver a verla.

—¿Por qué?—dije haciendo un esfuerzo para respirar, pues la emoción me ahogaba;—ella me dejó para recuperar su carruaje, sus muebles y sus diamantes; no debo culparla por lo que es lógicamente natural. Hoy la he encontrado—continué con indiferencia.

—¿En dónde?—dijo Prudencia, que me miraba y parecía preguntarse si yo era aquel mismo hombre a quien había visto tan enamoradísimo hacía poco más de un mes.

—En los Campos Elíseos, acompañada de otra joven muy linda. ¿Sabéis quién es?

—Si no me dais sus señas...

—Rubia, delgada, ojos azules y muy elegante.

—¡Ah! es Olimpia; efectivamente, es muy bella.

—¿Vive con alguien?

—Con nadie y con todo el mundo.

—¿Y tiene su casa?

—En la calle de Tronchet, número... ¿Queréis hacerle la corte?

—Nadie sabe lo que puede ocurrir mañana.

—¿Y Margarita?

—Deciros que la he olvidado por completo, sería mentir; pero soy de aquellos hombres en quienes el modo de romper entra por mucho. Y como Margarita me despidió bajo un pretexto tan frívolo, me he tenido por muy necio de haberme enamorado de ella tan extremadamente.

Ya supondréis con qué tono procuraba yo decir todo esto: el sudor corría por mi frente.

—También ella os ama mucho y os adora aún, lo que mejor lo prueba es que luego de haberos visto le ha faltado tiempo para venir a contármelo. Al entrar temblaba de pies a cabeza, y he llegado a temer por su salud.

—¿Y qué os ha dicho?

—Me ha dicho que suponía que vendríais a verme, y me ha encargado que os pidiese perdón en su nombre.

—Podéis decirle que la he perdonado. Es mujer al fin, y no podía esperarme otra cosa que lo que hizo. Creed que le agradezco su resolución, pues ahora que veo claro, me pregunto a dónde hubiera podido llevarme la idea de vivir juntos.

Fué una verdadera locura.

—Yo creo que ella tendrá una satisfacción cuando sepa que habéis comprendido la precisión en que se encontraba al obrar como obró. Sí, amigo mío, era ya hora de que se separara de vos. Ese canalla de agente de negocios a quien había propuesto la venta de sus muebles, fué a preguntar a sus acreedores cuánto se les debía; éstos llegaron a sospechar e iban a pedir que a los dos días se procediera a la venta en subasta.

—¿Y se ha pagado todo?

—Casi.

—¿Y quién ha facilitado el dinero?

—El conde N... ¡Ay, amigo mío! hay hombres que han nacido expresamente para casos tales. El conde dió veinte mil francos y consiguió lo que deseaba. Él sabe bien que Margarita no está enamorada de su persona; pero esto no impide que siga portándose muy bien con ella. Ya lo habéis visto: le ha vuelto a comprar sus caballos, ha desempeñado sus joyas, y le da tanto

dinero como le daba el duque. Si ella tuviese buen juicio, el conde no la dejaría en muchísimo tiempo.

—¿Y qué hace ahora? ¿vive siempre en París?

—No ha querido volver a Bougival. Yo fuí a recoger todos sus muebles y también los vuestros, que tengo aparte y por los cuales podéis mandar cuando gustéis. Están todos menos un libro de memorias con vuestra cifra, que Margarita se quiso guardar, pero si deseáis que se lo reclame, lo haré.

—Que se lo guarde—balbuceé notando que las lágrimas acudían desde mi corazón a mis ojos al recordar aquellos días en que había sido tan feliz, y a la idea de que Margarita se reservaba un objeto mío que se los recordase también.

Si Margarita hubiera llegado en aquel momento, mis proyectos de venganza se hubieran disipado, y yo me hubiera arrojado a sus pies.

—Además—dijo Prudencia,—nunca la he visto como ahora: casi no duerme, frecuenta los bailes, asiste a las orgías y llega al extremo de embriagarse. No hace mucho que después de una cena fuerte, tuvo que guardar cama ocho días; pero en cuanto el médico le dijo que ya podía levantarse, volvió de nuevo a las andadas, sin curarse del peligro que corre ni de lo muy delicada que está. ¿Iréis a verla?

—¿Para qué? He venido a veros, porque siempre habéis sido muy buena para conmigo y porque ya os conozco de antes de conocer a Margarita. A vos os debo el haber conseguido su amistad, como os debo también el haberla perdido. ¿No es así?

—No hay duda: he hecho cuanto he podido para que se separara de vos, y espero que con el tiempo me estaréis agradecido.

—Os estoy doblemente reconocido—le dije levantándome. Me dolía que aquélla tomase por lo serio cuanto yo le decía.

—¿Os vais ya?

—Sí.

Sabía ya lo bastante.

—¿Cuándo volveré a veros?

—Muy pronto. Adiós.

—Adiós.

Prudencia me acompañó hasta la puerta, y regresé a mi casa llorando de rabia y sintiendo necesidad de venganza en el corazón.

Margarita era indudablemente una mujer perdida, como todas las de su clase; el amor profundo que me profesaba no había luchado con el deseo de volver a su vida pasada ni con la necesidad de tener un coche para acudir a las cenas alegres.

Yo me decía todo esto en medio de mis insomnios, al paso que si hubiera reflexionado tan fríamente como parecía hacerlo, hubiera visto en esta vida ruidosa de Margarita la esperanza de ahogar un sentimiento continuo, un recuerdo incesante.

Desgraciadamente la pasión mala dominaba en mí, y yo no buscaba más que un medio para hacer sufrir a aquella pobre criatura.

¡Oh! el hombre es muy pequeño y muy vil cuando está herido en sus mezquinas pasiones.

Aquella misma Olimpia, con la cual la había visto, era si no la amiga de Margarita, la que ella trataba con más intimidad desde su vuelta a París. Iba a dar un baile, y ante la idea de que Margarita asistiría tal vez, procuré que me invitaran y lo conseguí.

Cuando, lleno de dolorosas emociones, entré en el baile, éste estaba ya muy animado. Bailábase, se gritaba también, y en uno de los cuadros vi a Margarita bailando con el conde de N..., el cual afectaba orgullo en enseñarla, y parecía decir a todos:

—Esta mujer me pertenece.

Fuí a colocarme junto a la chimenea, cabalmente enfrente de donde estaba Margarita, viendo cómo bailaba. Verme y turbarse fué obra de un segundo. Notélo yo, y la saludé distraidamente con la mano y los ojos.

Al pensar que después del baile no sería yo quien la acompañara, sino aquel rico imbécil; cuando me figuraba lo que vendría después del regreso a su casa, la sangre se me subía a las mejillas y me asaltaba el deseo de perturbar aquellos amores.

Terminada la danza, fuí a saludar a la dueña de casa, que hacía ostentación ante los ojos de sus convidados de unas espaldas esculturales y de una garganta encantadora.

Aquella cortesana era hermosa, tanto, que bajo el punto de vista de la forma, era más perfecta que Margarita. Acabé de persuadirme de ello por algunas miradas que ésta dirigió a Olimpia, mientras yo conversaba con ella. El hombre que hubiese conseguido ser amante de aquella mujer, podía estar tan orgulloso de sí mismo como el señor de N... y era bastante guapa para poder inspirar una pasión igual a la que Margarita me había inspirado.

Entonces no tenía amante. No era, pues, imposible llegar a serlo. Todo consistía en tirar mucho oro para llamar su atención.

Tomé, pues, mi determinación y me dije:

—Esta mujer será mi querida.

Empecé mi papel de pretendiente bailando con Olimpia.

Antes de la media hora, Margarita, pálida como un difunto, se envolvía en su abrigo de pieles y dejaba el baile.

CAPÍTULO XXIV

Ya tenía dado el primer paso en mi venganza, pero sólo el primero. Comprendía el imperio que aún tenía sobre aquella mujer, y abusaba de él criminalmente.

Cuando pienso que ha muerto, me pregunto si querrá Dios perdonarme el daño que le hice.

Después de la cena, que fué de las más bulliciosas, se empezó el juego.

Me coloqué al lado de Olimpia e hice apuestas tan fuertes, que conseguí llamar su atención. En un momento gané ciento cincuenta o doscientos luises que, amontonados delante de mí, atraían sus codiciosas miradas.

Yo era el único que no estaba completamente preocupado por el juego, y el único de quien se ocupaba Olimpia. Seguí ganando toda la noche, dando a Olimpia dinero para que siguiese jugando, pues había perdido cuanto tenía delante y probablemente en su casa.

Se acabó la partida a las cinco de la madrugada.

Quedé ganando unos trescientos luises.

Habían ya salido todos los jugadores; sólo yo quedé rezagado sin que lo notaran, puesto que ninguno de aquellos señores era amigo mío.

Olimpia alumbraba la escalera, e iba yo a bajar como los demás, cuando volviéndome hacia ella, le dije:

—Tengo que hablaros.

—Volved mañana—me respondió.

—No; ahora mismo.

—¿Qué tenéis que decirme?

—Ya lo veréis.

Y entramos de nuevo en el salón.

—Habéis perdido—le dije.

—Es verdad.

—¿Todo lo que teníais en casa?

Olimpia titubeó.

—Sed franca.

—Pues bien, sí, todo.

—Tomad estos trescientos luises que he ganado: y permitid que me quede esta noche en vuestra casa.

Y diciendo y haciendo, tiré el dinero sobre la mesa.

—¿Por qué me hacéis esta proposición?

—Sencillamente, porque me agradáis mucho.

—No; decid porque estáis enamorado de Margarita y queréis vengaros de ella fingiéndoos mi amante. Amigo mío, a una mujer como yo no se la engaña tan fácilmente; soy por fortuna bastante joven y linda para aceptar el papel que me proponéis.

—¿Es decir, que rehusáis?

—Sí.

—¿Preferís amarme gratis? Esto es lo que yo no aceptaría. Reflexionad, hermosa Olimpia. Si mañana, por ejemplo, os hubiera mandado entregar estos trescientos luises con las condiciones que debéis suponer, los hubierais admitido sin vacilar. Aceptad, pues, y no procuréis penetrar los móviles de mi conducta; vos misma acabáis de decirme que sois bella, y como es verdad, nada tiene de extraño que yo esté enamorado de vos.

Margarita era una mujer como Olimpia, y no obstante, jamás me hubiera propasado a decirle lo que acababa de decir a esta última. Era que yo amaba a Margarita, que había adivinado en ella ciertos instintos de que carecía Olimpia.

Ésta acabó por aceptar, y a las doce del día siguiente salí de su casa convertido en su amante, pero sin haber conseguido que mi corazón tomase parte en las caricias que se creyó obligada a prodigarme en cambio de la suma recibida.

Sin embargo, había quienes se arruinaban por aquella mujer.

Desde aquel día hice de Margarita el objeto de una persecución constante. Dejó, naturalmente, de visitar a Olimpia. Regalé a mi nueva querida un carruaje, joyas y otros objetos; jugué e hice, en fin, todas las locuras propias de un hombre enamorado de una mujer como Olimpia. El rumor de mis nuevas relaciones se difundió bien pronto.

Prudencia misma se dejó engañar por las apariencias, llegando a creer que me había olvidado enteramente de Margarita. Ésta, sea que adivinase la causa de mi proceder, sea que se equivocase como los demás, contestaba con gran dignidad a cuantos desaires le hacía yo diariamente. Conocíase que sufría interiormente, pues, dondequiera que la veía, la encontraba cada vez más triste y más desmejorada. Mi amor, que se había exaltado hasta el paroxismo del odio, gozábase a la vista de aquel sufrimiento continuado. Llegué muchas veces a ser cruelmente infame. Margarita me dirigía algunas miradas tan suplicantes, que me avergonzaba del papel que quería representar a todo trance, y momentos hubo en que sentí deseos de pedirle perdón.

Estos deseos eran fugaces como el rayo; pero Olimpia, que prescindiendo de todo sentimiento de amor propio, comprendía que haciendo daño a Margarita, obtendría de mí cuanto quisiera, se complacía en mortificarla, cada vez que para ello tenía ocasión, con esa obstinada cobardía de las almas serviles e innobles.

Margarita cesó de asistir a los bailes y al teatro, evitando encontrarse con nosotros: entonces los anónimos sucedieron a las provocaciones directas, y no hubo desvergüenza que no nos complaciéramos en publicar, así Olimpia como yo mismo, con respecto a la pobre Margarita.

Era menester estar loco para llegar a aquellos extremos. Yo me sentía como el hombre que, habiéndose embriagado con vino malo, se encuentra impulsado por una de esas exaltaciones nerviosas en las que la mano es capaz de cometer un crimen sin que el entendimiento tome parte en ello.

Sin embargo, yo sufría también horriblemente. La calma sin desdén, la dignidad sin menosprecio con que Margarita respondía a todos mis ataques, en cuya conducta reconocía su superioridad, me irritaban y exaltaban más aún contra ella.

Una tarde en que Olimpia había ido no sé a dónde y se había encontrado con Margarita, no quiso ésta perdonar a la joven necia que la insultaba, y llegaron las cosas hasta el punto de que Olimpia tuvo que retirarse cediéndole el puesto, del que luego se llevaron desmayada a mi pobre Margarita; llegó aquélla, furiosa, a contarme lo sucedido, diciéndome que Margarita, al verla sola, había querido vengarse de que fuese mi querida, y que era indispensable que yo le escribiera haciéndole entender que tanto en mi presencia como lejos de ella, debía respetar a la mujer que yo amaba.

Creo por demás deciros que tuve la avilantez de consentir y que en una carta que le escribí en seguida, estampé las palabras más duras, amargas e insultantes, que supe encontrar.

Este golpe era ya muy fuerte para que la desdichada enferma lo pudiese sobrellevar en silencio.

En la creencia de recibir una contestación, permanecí en mi casa todo el día.

A eso de las dos sonó la campanilla y luego vi entrar a Prudencia.

Procuré aparentar indiferencia para preguntarle a qué debía el honor de su visita; pero la Duvernoy que, contra su costumbre, no estaba risueña, me dijo profundamente conmovida, que desde mi regreso, esto es, desde unas tres semanas, no había desperdiciado ocasión de molestar a Margarita; que estaba enferma, y que la escena del día anterior y mi carta la habían postrado en cama.

Esto quería decir, sin hacerme cargo alguno, que Margarita, enviaba a decirme que no tenía ya ni la fuerza moral ni la fuerza física para soportar los sufrimientos que yo le causaba.

—Que la señorita Gautier—dije a Prudencia,—me despida de su casa, está en su derecho; pero no consentiré bajo pretexto alguno, que insulte a la mujer que amo.

—Querido amigo—dijo la Duvernoy,—obráis por la influencia de una mujerzuela sin corazón ni talento; podéis estar enamorado de ella, pero esto

no es un motivo para que hagáis sufrir sin piedad a una pobre mujer enferma e indefensa.

—¿Cómo? Mándeme la señorita Gautier su conde de N... y el partido será igual.

—Bien sabéis que no lo hará. Dejadla en paz, querido Armando, pues tengo la seguridad de que si la vierais, os avergonzaríais de la manera como la tratáis. Está pálida, tose mucho y... poco puede ya esperarse de ella.

Y Prudencia me tendió la mano añadiendo:

—Id a verla, vuestra visita la consolará.

—No quiero encontrarme con el señor de N...

—El señor de N... nunca está en su casa. Margarita no puede sufrirle.

—Si ella quiere verme, ya sabe en dónde vivo; venga si lo desea, que yo no he de poner los pies en aquella casa.

—¿La recibiréis bien?

—Perfectamente.

—Pues casi estoy segura de que vendrá.

—Que venga.

—¿Saldréis hoy?

—No; estaré en casa toda la noche.

—Voy a decírselo.

Prudencia salió.

Podéis creer que ni me acordé de escribir a Olimpia que no iría a verla aquella noche, tal era el aprecio que hacía de esta joven con la cual apenas pasaba una noche por semana. Ella, por su parte, creo que se consolaba de mi ausencia con cierto actor de no sé qué teatro.

Mandé encender fuego en todos los aposentos y despedí a José. Fuí a comer y volví inmediatamente.

No puedo pintaros las diversas impresiones que experimenté durante una hora que estuve solo. Cuando a eso de las nueve oí llamar, todas se

reasumieron en una emoción tal, que al ir hacia la puerta para abrir, me vi obligado a apoyarme contra la pared, pues creí caerme.

Afortunadamente, la antesala estaba algo obscura y la alteración de mis facciones fué menos perceptible.

Margarita entró.

Vestía de negro e iba cubierta con un velo. Apenas pude reconocer su cara debajo del encaje.

Pasamos al salón y se levantó el velo.

Estaba pálida como un cadáver.

—Aquí estoy, Armando—me dijo;—queríais verme y he venido.

Y dejando caer su cabeza entre ambas manos, se echó a llorar. Acerquéme a ella y le dije con voz alterada:

—¿Qué tenéis?

Estrechó mi mano sin responderme, porque el llanto ahogaba su voz. Pasados los primeros momentos y habiéndose calmado un poco, me dijo:

—Me habéis hecho padecer mucho, Armando, y yo no os he causado daño alguno.

—¿No?—repliqué con amarga sonrisa.

No sé si alguna vez habéis experimentado, o si experimentaréis, lo que yo sentía en presencia de Margarita. La última vez que vino a mi casa, se había sentado en el mismo sitio en que acababa de sentarse, no existía otra diferencia desde la una a la otra vez, que la de haber sido la querida de otro hombre; otros labios que no eran los míos habían rozado los suyos, hacia los cuales a mi pesar se me iba el alma, porque después de todo, yo adoraba a aquella mujer tanto o más que antes.

Lo embarazoso de mi situación me impedía hablar acerca del objeto que la había llevado a mi casa; Margarita, comprendiéndolo, se me anticipó y dijo:

—Vengo a importunaros, Armando, pues he de pediros dos cosas: en primer lugar, perdón por lo que dije ayer a Olimpia, y en segundo clemencia por lo que tal vez estáis aún dispuesto a mortificarme. Voluntariamente o no, desde vuestro regreso me habéis hecho tanto daño, que ya no podría

soportar la cuarta parte de las emociones que hasta hoy he experimentado. Me tendréis compasión, ¿verdad? Comprenderéis que para un hombre de sentimientos elevados, existen ocupaciones más dignas que las de vengarse de una pobre mujer enferma y triste. Tomad mi mano, ved cómo abrasa. Tengo calentura; he dejado la cama para venir a pediros, no vuestra amistad, sino vuestra indiferencia.

En efecto al tomar la mano de Margarita, sentí el ardor de la fiebre que la devoraba, mientras la pobre se estremecía de frío bajo su abrigo de terciopelo. Hice rodar el sillón en que estaba hasta la chimenea.

—Ignoráis lo que padecí—repuse,—la noche aquella en que después de haberos esperado en vano en Bougival, vine a París buscándoos y no encontré más que aquella extravagante carta que por poco me vuelve loco. ¡Cómo pudisteis engañarme, Margarita, a mí, que os amaba tanto!

—No discutamos eso, Armando; no he venido para recordarlo. He querido veros, no como enemigo, y he querido estrechar otra vez vuestra mano: he aquí todos mis propósitos. Tenéis una querida joven y bonita, dicen que la amáis, sed dichoso con ella y olvidadme.

—¿Y vos sois muy feliz?

—¿Tengo el aspecto de serlo, Armando? No aumentéis mi dolor, ya que mejor que nadie sabéis cuál es su causa y extensión.

—Si sois desgraciada como me decís, de vos únicamente dependía el no serlo.

—No, amigo mío, no; las circunstancias, más poderosas que yo, dominaron mi voluntad. Obedecí, no a mis instintos de disipación, como suponéis, sino a una necesidad grave y a razones que algún día sabréis y que cambiarán entonces vuestro despecho u odio en agradecimiento y perdón.

—¿Por qué motivo, pues, me ocultáis la verdad?

—Porque no podría restablecer nuestras relaciones y os alejaría tal vez de personas con las cuales no debéis enemistaros.

—¿Qué personas son ésas?

—No os lo puedo decir.

—Entonces, mentís.

Margarita se levantó, encaminándose a la puerta.

No podía presenciar sin conmoverme aquel mudo y expresivo dolor. Crecía mi emoción al comparar interiormente aquella mujer pálida y llorosa, con la joven, alegre y decidora, que se burló de mí en el teatro de la *Ópera*.

—No saldréis—dije, poniéndome delante de la puerta.

—¿Por qué?

—Porque a pesar de cuanto me has hecho sufrir, te amo todavía locamente y quiero que permanezcas a mi lado.

—Para despedirme mañana, ¿no es eso? No; es imposible. Nuestros destinos se separaron, no intentemos unirnos de nuevo. No queráis acabar por despreciarme ya que, por hoy, únicamente me aborrecéis.

—No, Margarita—exclamé sintiendo renacer todo mi amor y mis recuerdos al contacto de aquella mujer.—No; todo lo olvidaré y llegaremos a ser tan felices como nos habíamos prometido serlo.

Margarita hizo un movimiento de duda y dijo:

—Soy vuestra esclava, haced de mí lo que os acomode, aquí me tenéis.

Y quitándose el sombrero y el abrigo, los arrojó encima del sofá, empezando a desabrocharse bruscamente el vestido, pues por una de esas reacciones tan frecuentes en enfermedades como la suya, la sangre se le subía del corazón a la cabeza y la sofocaba.

A esto siguió una tos seca y ronca.

—Mandad que despidan al cochero—repuso Margarita.

Yo mismo bajé a dar la orden.

Cuando subí, hallé a Margarita tendida junto a la chimenea; sus dientes castañeteaban de frío.

Toméla en brazos, la desnudé sin que hiciese movimiento alguno y la acosté en mi cama, helada como un mármol.

Sentéme junto a ella procurando volverle el calor con mis caricias. Ella se sonreía amargamente sin proferir una sola palabra.

¡Oh, qué noche tan extraordinaria fué aquélla! Toda la vida de Margarita parecía concentrarse en los besos calenturientos que me prodigaba, y yo la amaba tanto, que en medio de los transportes de aquel amor excepcional, me preguntaba interiormente si debía matarla para que jamás pudiese ser de otro hombre.

Un mes de amor como el de aquella noche, y no hubieran quedado más que las sombras de nuestros cuerpos y el recuerdo de nuestras almas.

El día nos sorprendió despiertos.

Margarita estaba lívida: no profería palabra alguna, gruesas lágrimas desprendidas de vez en cuando de sus ojos, se detenían en sus mejillas, brillando como diamantes: sus extenuados brazos se abrían a cada instante para estrecharme, y volvían a caer sin fuerza sobre el lecho.

Llegué a creer que podía olvidar cuanto había pasado desde mi partida de Bougival, y dije a Margarita:

—¿Quieres que nos marchemos, que huyamos de París?

—No, no—me dijo como asustada ante aquella idea,—seríamos muy desgraciados. Yo ya no puedo hacerte feliz; pero, mientras me quede un soplo de vida, seré la esclava de tus caprichos. Siempre y a cualquier hora del día o de la noche que me quieras, ven, seré tuya; pero no pretendas unir tu porvenir al mío, serías muy desgraciado y me harías más desgraciada a mí. Todavía soy y seré por algún tiempo hermosa; aprovéchate de mi belleza, pero no exijas más.

Cuando se hubo marchado, me espanté de la soledad en que me quedaba. Dos horas después, permanecía aún sentado junto al lecho que acababa de dejar, contemplando en el vaciado de su forma, cómo sentía en mi corazón el de su espíritu, preguntándome qué sería de mí entre mis celos y mi amor.

A las cinco me dirigí instintivamente a la calle de Antín.

Nanina salió a abrir la puerta.

—La señora no puede recibiros—me dijo algo turbada.

—¿Por qué?

—Porque está con ella el señor conde de N... y ha mandado que no se permita entrar a nadie.

—Está muy bien—tartamudeé,—se me había olvidado.

Volví a mi casa como un hombre ebrio, y ¿sabéis lo que hice durante aquel momento de delirio? ¿sabéis lo que hice? Creyendo que aquella mujer se burlaba de mí, me la representé en su inviolable entrevista con el conde, repitiéndole las mismas frases y las mismas caricias que me había prodigado durante la noche, y tomando un billete de quinientos francos, se lo remití con una carta que decía así:

«Esta mañana os habéis marchado tan a prisa, que me olvidé de pagaros.

«Aquí tenéis el importe de vuestra visita».

Mandada ya la carta a su destino, salí de mi casa como para substraerme al remordimiento instantáneo de semejante infamia.

Fuí a ver a Olimpia, a la que encontré probándose unos vestidos y que, cuando estuvimos solos, cantó para distraerme, algunas estrofas obscenas.

Ésta era el verdadero tipo de la mujer sin rubor, corazón ni talento, con relación a mí, se entiende, pues era muy posible que otro hombre hubiese pasado con ella una noche semejante a la que yo había pasado con Margarita.

Me pidió dinero, se lo di, y libre ya de poder retirarme, volví a mi casa.

Margarita no había contestado a mi carta.

Es inútil deciros cuán agitado pasé el día siguiente.

A las seis y media de la tarde un mozo me trajo un pliego dentro del cual venía mi carta y el billete de quinientos francos.

—¿Quién os ha entregado esto?—pregunté a aquel hombre?

—Una señora que, acompañada de una criada, iba a partir en la diligencia de Boulogne, quien me encargó que no la llevase a su destino hasta que el carruaje se hubiese puesto en marcha.

Fuíme corriendo a casa de Margarita.

—La señora—me dijo el portero,—ha salido para Inglaterra esta tarde a las seis.

Ya nada podía detenerme en París, ni el amor ni el odio. Tantas emociones juntas me habían aniquilado. Uno de mis amigos iba a emprender un viaje a Oriente; obtuve de mi padre el permiso, además de algunos fondos y cartas de recomendación, y a los ocho o diez días me embarcaba en Marsella.

En Alejandría supe por un agregado de la embajada, a quien había visto algunas veces en casa de Margarita, el estado alarmante de la enfermedad de la desdichada joven.

Entonces le escribí la carta a la cual dió la contestación que ya conocéis, y que recibí en Tolón.

Púseme inmediatamente en camino, y ya sabéis todo lo demás.

Ahora ya no os queda más que leer las pocas páginas que me entregó Julia Duprat, las cuales son el complemento indispensable de cuanto acabo de referiros.

CAPÍTULO XXV

Fatigado Armando con su larga relación, interrumpida sólo por sus lágrimas, dejó caer la frente entre sus manos y cerró los ojos, ya fuese para meditar, ya para conciliar el sueño, luego de haber puesto en mi mano las hojas escritas por Margarita.

Bien pronto una respiración algo más rápida, me probó que Armando dormitaba, con ese sueño ligero que disipa el menor ruido.

He aquí lo que leí y que transcribo sin añadir ni quitar una sílaba:

«*15 de diciembre.*

«Hace tres o cuatro días que padezco mucho. Esta mañana no he podido levantarme; el tiempo está sombrío, estoy triste, no tengo a nadie junto a mí y pienso mucho en ti, querido Armando. Y tú, ¿en dónde estás mientras yo te escribo estas líneas? Lejos de París, muy lejos, según me han dicho, y acaso te habrás ya olvidado de Margarita. Sea como fuere, sé dichoso, tú a quien debo los únicos momentos felices de mi vida.

«No pude resistir al deseo de darte explicaciones de mi conducta, y te escribí una carta; pero, escrita por una mujer de mi clase, puede parecer una mentira, a menos que la muerte la santifique con su autoridad y que, en vez de ser una simple carta, se convierta en una confesión.

«Hoy me encuentro muy mala, puedo morir de esta enfermedad, pues siempre he tenido el presentimiento de que moriré joven. Mi madre murió del pecho, y el género de vida que yo he llevado ha debido agravar esta predisposición, única herencia que se me ha legado; pero no quiero morir sin antes dárteme a conocer tal como soy, por si alguna vez, cuando hayas vuelto, piensas aún en la pobre joven a quien amaste.

«Te repito el contenido de aquella carta que me complazco en volver a escribir, para darme una nueva prueba de mi justificación.

«Recordarás, Armando, que la llegada de tu padre nos sorprendió en Bougival; recordarás también el terror involuntario que su llegada me causó y la escena que tuvo lugar entre tú y él, y que me contaste por la noche.

«Al día siguiente, mientras estabas en París esperando a tu padre, que no volvía, vino un hombre a mi casa y me entregó una carta del señor Duval.

«En dicha carta, que te envío con ésta, me suplicaba que te alejara por todo el día bajo cualquier pretexto y que le recibiera a él. Me decía que debía hablarme a solas, y me suplicaba, sobre todo, que nada te dijera con respecto a semejante paso.

«Ya sabes con qué insistencia te rogué que volvieses a París el día siguiente.

«Hacía una hora que te habías ido cuando llegó tu padre. Dejo aparte la impresión que me produjo su severo semblante. Tu padre estaba penetrado de las rancias teorías, según las cuales toda mujer de mi clase es un ser sin razón, una especie de máquina para recibir dinero, dispuesta siempre, como las máquinas de hierro, a pulverizar la mano que se le acerca, y a desgarrar, sin piedad ni discernimiento, al que la hace vivir y obrar.

«La carta de tu padre era muy atenta, al objeto de que no me negase a recibirle; pero no se presentó personalmente en las mismas formas con que me había escrito. Sus primeras palabras fueron harto altaneras e impertinentes, y pretendió llegar hasta las amenazas, poniéndome en el caso de recordarle que estaba en mi casa y que no debía darle cuenta de mi modo de ser, más que por la sincera afección que sentía por su hijo.

«Entonces pareció calmarse un tanto y empezó a decirme que no podía consentir por más tiempo que su hijo se arruinara por mí; que positivamente yo era hermosa, pero que, por mucho que lo fuese, no debía servirme de mi belleza para matar el porvenir de su hijo.

«Esta acusación sólo tenía una respuesta, ¿no es verdad? mostrarle las pruebas de que, desde que era tu querida, ningún sacrificio había omitido para serte fiel ni pedirte más dinero que el que podías darme. Enseñéle las papeletas del Monte de Piedad, los documentos de las personas a las cuales había vendido los objetos que no había podido empeñar; expuse mi resolución de deshacerme de todos los muebles para pagar mis deudas, y

luego poder vivir en tu compañía sin serte muy costosa. Le enteré de todos nuestros proyectos, y acabó por convencerse y alargarme la mano pidiéndome perdón por los modos bruscos con que al principio me había hablado.

«Luego añadió:

«—Ahora, señora, no por inculpaciones ni amenazas, sino por súplicas, procuraré obtener de vos un sacrificio mayor que todos los que hasta ahora habéis hecho por mi hijo.

«Temblé a este preámbulo.

«Tu padre se acercó a mí, me cogió ambas manos y continuó en tono cariñoso:

«—No deis una interpretación torcida, hija mía, a lo que voy a deciros; comprended que la vida tiene a veces necesidades crueles para nuestro corazón, pero a las cuales es preciso someterse. Sois buena, y vuestra alma tiene arranques generosos desconocidos de muchas mujeres que tal vez os desprecian sin valer lo que vos; pero recapacitad y comprenderéis que al lado de la querida existe la familia; que sobre el amor están las obligaciones; que a la edad de las pasiones sucede la edad en que el hombre, para ser respetado, necesita estar sólidamente constituido en una posición legal. Mi hijo carece de bienes de fortuna, y no obstante, ha decidido haceros donación de la herencia de su madre. Si aceptase de vos el sacrificio que queréis imponeros, su honor y dignidad, afectados, le obligarían a haceros en cambio la citada donación, que os pondría para siempre al abrigo de toda adversidad; pero no puedo consentir semejante sacrificio, porque el mundo que no os conoce, supondría en mi consentimiento, una degradación que el nombre que llevamos debe rechazar. No se cuidarían de averiguar si Armando os ama, o vos le amáis, que ese doble amor es una dicha para él y una rehabilitación para vos, vería únicamente que Armando Duval ha permitido que una manceba—perdonadme, hija mía, lo que me veo en el caso de deciros,—vendiese por él cuanto poseía. Después vendría, no le dudéis, el día de las reconvenciones y del arrepentimiento, y entonces os hallaríais sujetos por una cadena que no podríais romper.

«¿Qué haríais entonces?

«Vuestra juventud se habría agostado, el porvenir de mi hijo estaría destruido, y yo, su padre, sólo recibiría de uno de mis hijos el galardón que espero de los dos.

«Sois joven, sois bella, la vida os sonríe y podéis consolaros. Dada vuestra nobleza de alma, el recuerdo de una buena acción redimirá gran parte de vuestro pasado; desde que Armando os ama, se ha olvidado completamente de mí; en seis meses le he escrito cuatro veces, y él no ha pensado en contestarme una sola. ¡Hubiera podido morir sin que él lo hubiese sabido!

«Por más que os hayáis propuesto vivir retirada y modestamente, Armando, que os ama, no querrá condenaros a la posición que su escasa fortuna os permita, y que no está al nivel de vuestra belleza. ¿Quién sabe lo que haría en este caso para mejoraros? Sé que ha jugado; sé también que vos lo ignoráis; pero comprendo que, en un momento de embriaguez, hubiera podido perder una parte de lo que yo estoy recogiendo hace muchos años para mi hija, para él y para el descanso de mis últimos días. Lo que ha podido suceder antes, pudiera suceder todavía.

«Y luego, ¿estáis segura de que la vida que le sacrificaríais no os atraería nuevamente? ¿Estáis segura de que vos, que le amáis ahora, no amaréis a otro? ¿No sufriríais, en fin, los obstáculos que vuestras anteriores relaciones pondrían a la tranquilidad de vuestro amante, y los cuales no podríais salvar, si con la edad las ideas de ambición sucedieran a los sueños de amor?

«Pensad detenidamente cuanto os digo, señora. Amáis a Armando; pues bien, probádselo por el único medio que de probárselo os queda; esto es, sacrificando vuestro amor a su porvenir. Ninguna desgracia ha ocurrido hasta ahora; pero sucedería andando el tiempo, y tal vez mucho mayor de lo que yo presiento. Armando puede tener celos de cualquiera de los que os han amado, puede provocarle, batirse, y por último puede ser muerto. Imaginad, si por desgracia llegase este caso, cuánto sufriríais delante de este padre, que os pediría cuentas de la vida de su hijo.

«Por último, sabedlo todo, hija mía, porque no os lo he dicho todo aún; sabed el principal motivo que me ha traído a París. Acabo de deciros que tengo una hija joven, bella, pura como un ángel, ama también y ha hecho de su amor el encanto de su vida. Se lo he escrito a Armando, pero absorbido completamente por vos, nada me ha contestado. Ahora bien, mi hija va a

casarse, va a unirse con el hombre a quien ama, y a entrar en una familia honrada, que quiere igualmente que todo sea honroso en la mía. Los parientes del hombre que va a ser mi yerno han sabido cómo vive Armando en París, y me han comunicado que retirarán la palabra empeñada si Armando no cambia de modo de vivir. La suerte de una niña, que no os ha hecho mal alguno, está en vuestras manos.

«¿Tenéis derecho y os sentís con valor para destruirla? Margarita, en nombre de vuestro amor y de vuestro arrepentimiento, otorgadme la felicidad de mi hija.

«Yo lloraba en silencio al escuchar aquellas reflexiones que me había hecho varias veces y que en boca de tu padre aún tomaban un aspecto más serio y hasta apremiante. Yo me decía a mí misma lo que tu padre no se atrevía a decirme y que, de seguro, tuvo veinte veces en sus labios; esto es: que yo no era más que una manceba y que cualquiera que fuese la denominación que se diera a nuestras relaciones, tendría siempre la apariencia del cálculo; que mi pasado no me daba derecho a esperar semejante porvenir, y que contraía una responsabilidad a la cual mis costumbres y mi reputación restaban toda garantía. Finalmente, Armando, yo te amaba muchísimo, y la manera paternal con que tu padre me hablaba, los sentimientos castos que invocaba, el deseo de obtener la estimación de aquel noble anciano, la seguridad de reconquistar más tarde la tuya, todo junto despertaba en mi corazón sentimientos sublimes que me engrandecían a mis propios ojos, inspirándome ideas santas y desconocidas para mí hasta entonces. Cuando pensaba que llegaría un día en que aquel anciano que me imploraba por el porvenir de su hijo, diría a su hija que uniera mi nombre a sus oraciones, como el nombre de una amiga misteriosa, me enorgullecía de tal modo que me sentía capaz del heroísmo.

«Acaso la exaltación del momento exagerase la realidad de las impresiones que experimentaba; pero es lo cierto que estos nuevos sentimientos consiguieron que desoyera los consejos que me daba el recuerdo de los días felices pasados a tu lado.

«—Está bien, caballero—dije a tu padre, secando mis lágrimas.—¿Creéis que amo a vuestro hijo?

«—Sí—respondió el señor Duval.

«—¿Con un amor desinteresado y sin límites?

«—Sí.

«—¿Creéis que yo había hecho de este amor la esperanza y el ideal del perdón de mi vida?

«—Estoy seguro de ello.

«—Pues bien, caballero, abrazadme una vez como abrazaríais a vuestra hija, y os juro que este abrazo, el único verdaderamente casto que habré recibido, me dará fuerzas contra mi amor, y que antes de ocho días vuestro hijo estará a vuestro lado, desgraciado tal vez por algún tiempo, pero curado para siempre de su amor.

«—Noble criatura—exclamó vuestro padre besándome en la frente,—vais a intentar una acción meritoria que Dios os tendrá en cuenta; pero temo que no consigáis nada de mi hijo.

«—¡Oh! tranquilizaos, señor, llegará a odiarme.

«Era preciso poner una barrera insuperable entre nosotros.

«Escribí a Prudencia diciéndole que aceptaba las proposiciones del conde de N... y que fuera a decirle que aquella noche cenaríamos con él.

«Cerré la carta, y sin decirle su contenido, la entregué a tu padre para que se sirviese mandarla a su destino en cuanto estuviese de vuelta en París.

«Preguntóme, sin embargo, lo que contenía.

«—La felicidad de vuestro hijo—contesté.

«Tu padre me abrazó por última vez. Sentí caer sobré mi frente dos lágrimas de agradecimiento que fueron como el bautismo de mis pasadas culpas, y en el momento en que consentía en unirme a otro hombre, me enorgullecía pensando que por medio de aquella nueva falta labraba tu felicidad.

«Era muy natural, Armando; tú me habías dicho que tu padre era el hombre más honrado y leal del mundo.

«El señor Duval subió al coche y se alejó.

«A pesar de todo, yo era mujer y te adoraba. Cuando volví a verte, no pude dejar de llorar; pero no desmayé en mi resolución.

«¿Hice bien? Esto es lo que me pregunto hoy que me encuentro enferma en un lecho que probablemente no abandonaré sino con la vida.

«Fuiste testigo de lo que experimenté a medida que se acercaba la hora de nuestra separación; tu padre no estaba allí para infundirme valor, y hubo un momento en que estuve casi resuelta a contártelo todo: tanto me horrorizaba la idea de que ibas a despreciarme y aborrecerme.

«Voy a decirte, Armando, una cosa que tal vez no creerás, y es que pedí a Dios que me diese fuerzas, y la prueba de que aceptó mi sacrificio es que lo llevé a cabo sin desmayar.

«Aquella terrible noche y durante la cena necesité también fortalecerme, porque no quería saber lo que iba a hacer: tan poca confianza tenía en mí misma.

«Así es que bebí para olvidar y conseguí mi objeto. Y tanto fué así, que al día siguiente, al amanecer, desperté en casa del conde y en sus brazos.

«Ésta es toda la verdad, amigo mío: juzga y perdóname como yo te perdono todo el daño que me has causado desde aquel día».

CAPÍTULO XXVI

«Todo lo que ha ocurrido desde aquella noche fatal, lo sabes tan bien como yo: pero lo que ignoras, lo que no es posible que hayas podido imaginar, es lo que he padecido desde nuestra separación.

«Supe que tu padre te había llevado; pero como creía que no podrías vivir mucho tiempo separado de mí el día que te encontré en los Campos Elíseos me conmoví, pero no me extrañó.

«Entonces dió principio aquella serie de días, cada uno de los cuales gravaba mi corazón con el peso de un nuevo insulto venido de ti; insultos que yo recibía con cierto regocijo, porque además de ser una prueba de que me amabas, me envanecía la idea de que, cuanto más me mortificases, más grande resultaría a tus ojos el día en que supieras la verdad.

«No te admires de ese martirio aceptado, Armando, pues el amor que me tuviste había despertado la nobleza de mi corazón al entusiasmo.

«No obstante, he de confesarte que no fué ésta obra de un momento.

«Entre la ejecución del sacrificio que me impuse y tu regreso pasó algún tiempo, durante el cual me fué necesario recurrir a medios físicos para no volverme loca. Prudencia te dijo que yo no faltaba a ninguna fiesta ni a cuantos bailes y orgías tenía tiempo de frecuentar.

«Abrigaba el presentimiento y el deseo de matarme rápidamente a fuerza de excesos, y creo que no andaba equivocada. Mi salud se iba quebrantando cada vez más, y el día en que fué a pedirte perdón, en nombre mío, la amiga Duvernoy, sentíame en verdad desfallecida física y moralmente.

«No quiero recordarte, Armando, el modo cómo correspondiste a la última prueba de amor que pude darte, ni el ultraje con que echaste de París a la

mujer que, casi moribunda, no pudo resistir el encanto de tu voz cuando le pediste una noche de amor, y que, como una insensata, creyó por un momento poder enlazar de nuevo el pasado con el presente.

«Estabas en tu derecho al hacer lo que hiciste, Armando: ¡ninguna noche me ha sido pagada ni me ha costado tan cara como aquélla!

«Entonces lo abandoné todo. Olimpia me substituyó en el amor del conde de N... y encargóse, según me han dicho después, de hacerle saber el motivo de mi huida.

«El conde de G... se hallaba en Londres. Es uno de estos seres que, dando, únicamente, al amor con mujeres de mi clase, la importancia que hace del mismo un agradable pasatiempo, resultan siempre amigos de las mujeres que han querido, y no sienten por ellas odio alguno, puesto que nunca han sentido celos; es, en fin, uno de esos aristócratas que sólo nos abren una parte de su corazón por más que nos abran todo su bolsillo.

«Fué el primero en quien pensé, y corrí en su busca. Recibióme perfectamente; pero era en Londres el amante de una mujer del gran mundo; y temiendo comprometerse teniéndome a su lado, me presentó a sus amigos, que me dieron una cena, después de la cual uno de ellos me llevó consigo.

«¿Qué había de hacer?

«¿Matarme? Esto hubiera sido cargar sobre tu vida, que debe ser dichosa, un remordimiento inútil. Además, ¿para qué suicidarme estando tan cerca de la muerte?

«Pasé al estado de cosa sin pensamiento ni voluntad; viví algún tiempo como un autómata; después regrese a París y pregunté por ti, y me dijeron que habías emprendido un largo viaje.

«Nada, pues, me retenía ya: mi existencia volvió a ser lo que había sido antes de conocerte. Procuré conquistar nuevamente la amistad del duque; pero yo había herido hondamente su amor propio, y los viejos son poco sufridos, sin duda porque se dan cuenta de que no son eternos. Mi enfermedad progresaba diariamente; estaba pálida, triste y sobre todo flaca. Los hombres que compran el amor examinan la mercancía antes de tomarla, y, como había en París mujeres mejor conservadas, más alegres y más tiernas que yo, empezaron a olvidarse de mí. He aquí mi pasado hasta ayer.

«Hoy me encuentro gravemente enferma. He escrito al duque pidiéndole dinero, porque no lo tengo, por lo que, sin duda, han venido los acreedores a presentarme sus cuentas con verdadero encarnizamiento. ¿Me contestará el duque? ¿Por qué no estás en París, Armando? Tú vendrías a verme y tus visitas me consolarían».

«*20 de diciembre.*

«Hace un tiempo horroroso: está nevando; me encuentro sola en mi casa. La fiebre me domina de tal suerte, que hace tres días no he podido escribir una letra. Nada de nuevo, amigo mío; espero en vano diariamente recibir carta tuya, pues no llega nunca, y tal vez no llegará jamás. Sólo a los hombres os es dado el valor de no perdonar.

«El duque tampoco ha contestado a mi última carta.

«Prudencia ha vuelto a emprender otra vez sus viajes al Monte de Piedad.

«No ceso de arrojar sangre. ¡Oh, qué pena te daría verme! ¡Eres bien dichoso de vivir bajo un cielo templado, no teniendo, como yo, todo un invierno de hielo sobre el pecho! Hoy me he levantado un poco, y a través de las cortinas de la ventana he visto correr esta vida agitada de París, con la cual creo haber roto para siempre.

«He reconocido algunos rostros que han pasado ligeros, alegres, indiferentes. Ninguno ha levantado los ojos hasta mis ventanas. Sin embargo, han venido varios jóvenes a inscribir sus nombres en la lista. Otra vez que estuve enferma, recuerdo que tú no me conocías, que únicamente habías obtenido de mí un desaire el día que te vi por primera vez, y venías todas las mañanas a informarte de mi salud. Vuelvo a estar enferma: hemos vivido seis meses juntos; he sentido por ti todo el amor que yo pude abrigar y cuanto podía darte el corazón de una mujer apasionada, y hoy estás lejos y me maldices, tal vez, y no me viene de ti ni una sola palabra de consuelo. Estoy segura de que solamente el acaso puede motivar tan terrible abandono, pues si estuvieses en París no te apartarías un instante de la cabecera de mi cama».

«*25 de diciembre.*

«El médico me prohíbe escribir diariamente, porque, en efecto, mis recuerdos no hacen más que aumentar la fiebre que me consume. Ayer recibí una carta que me hizo mucho bien, más por los sentimientos de que era expresión, que por el socorro material que me proporcionaba. Por lo tanto, ya puedo hoy escribirte. La carta era de tu padre y decía lo siguiente:

«Señora:

«Acabo de saber que estáis enferma. Si me encontrase en París iría yo mismo a preguntar por vos; si mi hijo estuviera aquí, le diría que fuera a saber de vuestra salud; pero no me es posible salir de C... y Armando está a setecientas leguas de aquí.

«Permitidme, señora, que me limite a manifestaros cuánto me aflige vuestra enfermedad, y creed en los votos sinceros que hago por vuestro pronto restablecimiento.

«Uno de mis mejores amigos, el señor de H... se presentará en vuestra casa; dignaos recibirle. Le he encargado de una comisión cuyo resultado espero con impaciencia.

«Dignaos recibir, señora, la seguridad de mi aprecio y consideración».

«Esto dice la carta. Tu padre tiene un corazón muy noble; ámale mucho, amigo mío, pues existen pocos hombres en el mundo tan dignos de ser estimados. Este papel, firmado con su nombre, me ha servido de mucho más alivio que todas las recetas de mi reputado médico.

«Esta mañana ha venido el señor de H... Apareció algo turbado por la misión que debía cumplir en nombre de tu buen padre. Venía sencillamente a traerme mil escudos de parte del señor Duval. Al pronto quise rehusarlos; pero el señor H... me ha hecho observar que mi denegación ofendería a su amigo, que le había autorizado para facilitarme aquella suma y para seguir entregándome cuantas pudiese necesitar. He aceptado, pues, este favor, que, procediendo de tu padre, no debía considerar como una limosna.

«Si cuando vuelvas he muerto ya, enseña a tu padre lo que estoy escribiendo para él, añadiendo que al trazar estas líneas, la pobre

mujer a la cual se dignó escribir su consoladora carta, lloraba de agradecimiento y rogaba a Dios por él».

«*4 de enero.*

«Acabo de pasar una serie de días horrorosos. Ignoraba que el cuerpo pudiera hacer sufrir tanto.

«¡Cuán cara estoy pagando mi vida pasada!

«Me han velado todas las noches. No podía respirar. El delirio y la tos se disputaban los restos de mi pobre existencia.

«El comedor está lleno de bombones y de regalos de todas clases que me traen los amigos. Entre éstos hay algunos que esperan indudablemente ser más tarde mis amantes. Si vieran el estado a que me ha reducido la enfermedad, huirían aterrados.

«Prudencia es la única que se aprovecha de los presentes que se me hacen.

«El tiempo se ha despejado y el médico me asegura que podré salir dentro de pocos días si continúa el deshielo».

«*8 de enero.*

«Ayer paseé en mi coche. El día fué esplendoroso. Los Campos Elíseos estaban llenos de gente. Puede decirse que la primavera sonreía. Me pareció que todo lo que me rodeaba rebosaba alegría. Nunca hubiera imaginado que se encerrara en un rayo de sol tanta dulzura y consuelo.

«Encontré a casi todos mis conocidos, alegres como siempre, y, como siempre, ocupados en sus placeres. ¡Cuánta gente dichosa que no sabe que lo es! Olimpia pasó junto a mí en un elegante carruaje que acababa de regalarle el conde de N... Creyó insultarme con sus miradas. No sabe cuán apartada me encuentro de todas esas vanidades. Un buen muchacho a quien conozco hace mucho tiempo, me preguntó si quería ir a cenar con él y uno de sus amigos, que, según aseguró, deseaba conocerme.

«Sonreí tristemente y le tendí mi mano calenturienta.

«Jamás he visto en semblante humano pintado el asombro tan a lo vivo.

«Volví a mi casa a las cuatro y comí con buen apetito.

«Parecióme que el paseo me había probado bien.

«¡Tal vez llegaré a aliviarme!

«¡De qué modo, el aspecto de la vida y de la dicha ajenas hace que deseen vivir los que durante el día anterior, encerrados en las sombras de su alcoba y agobiados por el peso de sus males, pensaban solamente en morir pronto!».

«*10 de enero.*

«Sólo fué un sueño mi esperanza de recobrar la salud. Vuelvo a estar en cama, cubierto el cuerpo de emplastos que me atormentan. ¡Qué darían hoy por este cuerpo, que en otro tiempo se pagaba tan caro!

«Es menester que hayamos hecho mucho mal antes de nacer o que nos esté reservada una gran felicidad después de la muerte, para que Dios permita que esta vida tenga todos los tormentos de la expiación y todos los dolores de la prueba».

«*12 de enero.*

«Sigo sufriendo mucho.

«El conde de N... me mandó ayer dinero, que no quise tomar. No quiero nada de él. Ese hombre es la causa de que tú no estés a mi lado.

«¡Oh! ¿qué se hicieron aquellos hermosos días de Bougival?

«Si saliese viva de este cuarto, iría en romería a la casita que habitábamos juntos; pero saldré muerta.

«¡Quién sabe si mañana podré escribirte!».

«*25 de enero.*

«Llevo once noches sin dormir, ahogándome y creyendo a cada instante que voy a expirar. El médico ha mandado que no se me permita escribir, pero

Julia Duprat, que me cuida me tolera que te dedique estas pocas líneas. ¿No volverás antes de que me muera? ¿Se habrá ya acabado para siempre todo entre nosotros? Creo que si volvieras, curaría; pero ¡para qué!».

«*28 de enero.*

«Esta mañana me despertó un gran ruido. Julia, que dormía en mi cuarto, se ha precipitado a saber lo que era. He oído voces de hombres contra los cuales la de Julia luchaba inútilmente. Ha vuelto a entrar llorando.

«Venían a embargar mis efectos. Le dije que les dejara hacer lo que ellos llaman justicia. Un alguacil entró en mi cuarto con el sombrero puesto. Abrió los cajones, inventarió todo cuanto le pareció bien, sin darse cuenta, al parecer, de que había una moribunda en esta cama que por fortuna respeta la caridad de la ley.

«Al marcharse, me advirtió que tenía derecho a reclamar antes de nueve días; pero dejó un guarda.

«¡Dios mío, que va a ser de mí!

«Esta escena ha sido causa de que se agrave mi enfermedad. Prudencia quería pedir dinero al amigo de tu padre, pero yo me he opuesto a que lo verificase».

«*30 de enero.*

«Hoy he recibido tu carta, la cual ha sido para mí un gran consuelo, el cual necesitaba. ¿Recibirás mi contestación a tiempo? ¿Podrás volver a verme? La felicidad de hoy me hace olvidar las inmensas amarguras de los días que he pasado de seis semanas a esta parte. Creo que estoy algo mejor, a pesar del sentimiento de tristeza bajo cuya impresión te he contestado.

«No creo que una deba ser siempre desgraciada.

«Cuando calculo que puede ocurrir que yo no muera, que tú vuelvas, que pueda yo ver otra vez la primavera, que me amas aún y que volvamos a nuestra vida del verano pasado...

«¡Tonta de mí! no bien puedo sostener la pluma con que te escribo semejantes ligerezas de mi corazón.

«Sea ello lo que fuere, te amo, Armando, y hace mucho tiempo que hubiera muerto a no sustentar el recuerdo de este amor con cierta vaga esperanza de volver a verte a mi lado.

«Esta esperanza es lo único que me sustenta».

«*4 de febrero.*

«El conde de G... ha vuelto. Engañado por su querida, se ha quedado muy triste, porque la amaba mucho. Vino a verme y me lo ha contado todo, y a pesar del estado de sus negocios, pagó al alguacil y despidió al guarda.

«Le he hablado de ti y él me ha prometido hablarte de mí.

«En estos instantes me he olvidado de que había sido su querida, y él por su parte ha procurado también hacérmelo olvidar. ¡Qué corazón tan excelente!

«El duque mandó ayer a preguntar por mí y ha vuelto esta mañana. No sé cómo vive todavía este anciano. Tres horas estuvo a mi lado y no me ha dicho veinte palabras. Al verme tan desmejorada, dos gruesas lágrimas han surcado sus mejillas: tal vez el recuerdo de la muerte de su hija le hizo llorar. La habrá visto morir dos veces. No me ha dirigido reconvención alguna. A pesar de esto, llegué a suponer que se gozaba secretamente en el estrago que ha hecho en mí la enfermedad. Parecía sentirse orgulloso de poder mantenerse en pie, mientras yo, joven aún, estaba postrada por los sufrimientos.

«Ha vuelto el mal tiempo. Nadie viene a visitarme. Julia me cuida tan bien como puede. Prudencia, a quien no puedo dar tanto dinero como antes, empieza a pretextar ocupaciones para alejarse.

«Ahora que estoy próxima a la muerte a pesar de lo que aseguran los médicos, pues son varios, lo cual prueba que la enfermedad acrece, casi me arrepiento de no haber cerrado los oídos a las razones de tu padre. Si hubiera sabido que sólo podía robar un año a tu porvenir, no hubiera podido resistir al deseo de pasarlo contigo y moriría estrechando una mano amiga. Es verdad que si hubiéramos podido vivir juntos ese año, no moriría yo tan pronto.

«¡Cúmplase la voluntad de Dios!».

«*5 de febrero.*

«¡Oh! ven, Armando, ven; padezco atrozmente, estoy muriéndome. ¡Dios mío!

«Ayer estaba tan triste que quise pasar la velada fuera de casa, porque la anterior se me había hecho muy larga. El duque vino a verme por la mañana. Creo que la presencia de ese anciano, que parece olvidado por la muerte, acelera la mía.

«No obstante, la fiebre que me devora, me hice vestir y conducir al teatro del *Vaudeville*. Gracias a los menjurjes del tocador, podía pasar por un ser viviente. Fuí a aquel palco en el que te di la primera cita: mientras duró la representación, tuve mis ojos fijos en la localidad que aquel día ocupabas y en la que ayer se sentaba un palurdo que se reía ruidosamente de cuantas tonterías decían los actores. Volviéronme a mi casa medio muerta. Tosí y arrojé sangre toda la noche. Hoy no puedo hablar, apenas alcanzo a levantar el brazo, ¡Dios mío! ¡Dios mío! voy a morir. A pesar de esto, la idea de la muerte me intimida menos que la de prolongar mis padecimientos, y sí...».

A partir de este punto, los pocos renglones que Margarita había procurado trazar, aparecían ininteligibles. Julia Duprat los había continuado.

«*18 de febrero.*

«Señor Armando:

«Desde el día que Margarita se empeñó en ir al teatro está mucho más grave. No alcanza a pronunciar palabra ni a mover sus extenuados miembros.

«Imposible es describir cuánto padece nuestra pobre amiga. Yo, que no estoy acostumbrada a parecidas emociones, me encuentro continuamente sobresaltada.

«¡Cuánto me alegraría de que estuvieseis con nosotras! Delira casi siempre, pero delirante o no, nunca intenta pronunciar otra palabra que vuestro nombre.

«El médico asegura que vivirá muy poco. Desde que está tan grave, el viejo duque no ha vuelto a parecer. Al decir del médico, ese espectáculo le afecta demasiado.

«La señora Duvernoy está muy retraída. Como ve que no puede sacar más dinero de Margarita, a costa de la cual vivía casi por completo, ha contraído compromisos que no puede cumplir, y viendo que su vecina no puede sacarla de ellos, se excusa de verla. Todos la abandonan. El señor de G... acosado por sus acreedores, se ha visto en la necesidad de volver a Londres. Antes de salir, nos ha mandado algún dinero; hizo por Margarita cuanto ha podido; pero no ha habido medio de evitar un nuevo embargo y los acreedores no esperan sino que haya venido la muerte para empezar la venta.

«He pretendido evitar con mis últimos recursos el secuestro; pero me ha dicho el alguacil que era inútil; ya que había otros fallos ejecutivos.

«Toda vez que va a morir, más vale abandonarlo todo, que salvarlo para su familia, que no ha querido ver, porque nunca la ha amado. No podéis calcular en medio de qué dorada miseria se muere esta infeliz. Ayer no teníamos absolutamente dinero. Cubiertos, alhajas, cachemires, está empeñado todo lo que no se ha vendido. Como Margarita tiene conciencia de cuanto pasa a su lado, sufre de espíritu a la vez que de cuerpo. Gruesas lágrimas surcan continuamente sus mejillas descarnadas y pálidas. Si la vierais no podríais reconocer a la que tanto habéis amado. Me hizo prometer que os escribiría mientras ella no pueda, y escribo en su presencia. Dirige sus ojos hacia mí; pero no me ve; su mirada está completamente empañada. No obstante, sonríe y estoy segura de que su pensamiento y su alma están en vos.

«Cada vez que abren la puerta, sus ojos parecen iluminarse, creyendo siempre que vais a entrar; luego, al ver que no sois vos, vuelve a tomar su cara la expresión dolorosa, acardenalándose sus pómulos que baña un sudor frío».

«*19 de febrero, a media noche.*

«¡Qué día tan horrible el de hoy, señor Armando! Esta mañana Margarita se ahogaba, el médico la sangró y ha parecido recobrar la voz; el doctor le ha aconsejado que llame a un sacerdote; y con asentimiento de la enferma, ha ido él mismo a buscar al cura de San Roque.

«Durante este intervalo Margarita me ha llamado junto a su cama y me ha suplicado que abriera un armario. Luego me ha señalado un gorro de dormir y una camisa larga guarnecida de encajes y me ha dicho con voz apagada:

«—Como voy a morir después de haberme confesado, quiero que me vistas en seguida con estos objetos: es una coquetería de moribunda.

«Luego me abrazó llorando y añadió:

«—Puedo hablar, pero me ahogo cuando hablo; ¡me ahogo! ¡aire!

«Llorando con amargura y casi a tientas, abrí la ventana. A los pocos momentos entró el sacerdote.

«Salí a su encuentro.

«Al saber en qué casa se encontraba, pareció que temiese ser mal acogido.

«—Entrad sin cuidado, padre mío—le dije.

«Muy poco tiempo estuvo en la alcoba de la enferma, pero, al salir, me dijo:

«—Vivió como una pecadora y muere como un ángel.

«A poco rato ha vuelto a darle la comunión.

«Aquella estancia dentro de la cual resonaron palabras tan extravagantes, se había convertido en santo tabernáculo.

«He caído de rodillas y he rezado. No sé el tiempo que me durará la impresión que produjo en mí aquel espectáculo, pero no creo que exista nada humano que pueda impresionarme de tal suerte.

«El sacerdote ungió con óleo santo los pies, las manos y la frente de la moribunda, recitó una breve oración, y Margarita se halló dispuesta a subir al cielo, a donde irá sin duda, si Dios le toma en cuenta los padecimientos de su vida y la santidad de su muerte.

«Desde aquel instante no ha pronunciado una palabra más, ni ha hecho movimiento alguno. Muchas veces la habría creído muerta a no oir el sordo ronquido de su respiración».

«*20 de febrero, a las cinco de la tarde.*

«Todo acabó.

«A las dos de esta madrugada Margarita entró en la agonía. A juzgar por los quejidos que exhalaba, nunca sufrió mártir alguno tormentos semejantes. Dos o tres veces se incorporó sobre la cama como queriendo detener la vida que se le escapaba para volver a Dios.

«Dos o tres veces también pronunció vuestro nombre. Después, careciendo de toda fuerza, volvió a caer extenuada sobre la cama. Finalmente, de sus apagados ojos rodaron algunas lágrimas silenciosas y expiró...

«Entonces me acerqué a ella, la llamé por dos o tres veces y viendo que no contestaba cerré sus vidriosos ojos y besé su frente.

«¡Pobre amiga mía! Yo hubiera querido ser una santa para que aquel beso pudiese recomendarla a Dios.

«La vestí conforme me lo había encargado, fuí a la iglesia de San Roque a buscar un sacerdote, hice encender dos cirios y estuve una hora en la iglesia rogando por ella.

«He repartido entre algunos pobres el dinero que quedaba de Margarita.

«No sé qué religión es la mía; pero pienso que el Todopoderoso reconocerá que mis lágrimas eran sinceras, ferviente mi oración, pura mi caridad, y que se habrá apiadado de la que, habiendo muerto joven y bella aún, me ha tenido a mí para cerrarle los ojos y vestirla».

«*22 de febrero.*

«Hoy ha tenido lugar el entierro. Acudieron a la iglesia muchas amigas de Margarita, algunas de las cuales lloraban sinceramente. Cuando el entierro tomó el camino de Montmartre, dos hombres le seguían: el conde de G...

que ha venido expresamente de Inglaterra, y el duque, que andaba apoyándose en dos criados.

«Escribo estos detalles desde la casa de Margarita, en medio de mis lágrimas y delante de la lámpara que arde tristemente, alumbrando una comida que no pruebo, que Nanina ha mandado traer para mí, pues hace más de veinticuatro horas que no como bocado.

«Mi vida no podrá conservar mucho tiempo tan tristes impresiones, pues tampoco me pertenece como no perteneció la suya a Margarita. Por esta razón os doy todos estos detalles desde el punto en que han tenido lugar, temiendo que si transcurriese mucho tiempo entre ellos y vuestro regreso, no os lo podría narrar con toda su triste exactitud.»

CAPÍTULO XXVII

—¿Estáis enterado?—preguntó Armando cuando yo terminaba la lectura del manuscrito.

—Comprendo cuánto habréis sufrido, amigo mío, siendo cierto cuanto acabo de leer.

—Mi padre lo confirmó en una carta.

Estuvimos hablando un buen rato del triste destino que acababa de cumplirse y me volví a mi casa a descansar.

Armando, siempre triste aunque un poco aliviado por la narración de esta historia, se fué restableciendo. Luego fuimos juntos a visitar a Prudencia y a Julia Duprat.

Mme. Duvernoy había quebrado. Dijo que Margarita era la causa de su desgracia, que durante su enfermedad le había prestado mucho dinero que tuvo que procurarse firmando pagarés, que luego no pudo cubrir, y que habiendo muerto Margarita sin devolverle el dinero ni haberle dado recibo, no le había sido posible presentarse como los demás acreedores.

Con la invención de esta fábula, que la Duvernoy contaba a cuantos querían oirla para disculpar la quiebra, consiguió arrancar un billete de mil francos a Armando que aparentó creerla por deferencia al respeto que le merecía la memoria de Margarita.

Luego vimos a Julia Duprat que, vertiendo lágrimas sinceras al recuerdo de su amiga, nos contó los tristes acontecimientos de que había sido testigo.

Últimamente, fuimos a visitar la tumba de Margarita, sobre la cual a los primeros rayos del sol de abril despertaban las primeras flores.

Esta manifestación de la Naturaleza parecía decirle a mi amigo:

«La muerte no existe; es sencillamente una transformación. ¡Consuélate!».

Quedábale a Armando el último deber que llenar: el de ir a reunirse con su padre, a donde quiso que también le acompañase.

Llegamos a C... vi al señor Duval tal como me lo había figurado por el retrato que de él me había hecho su hijo: serio, digno, benévolo.

Acogió a Armando con lágrimas de satisfacción, y estrechó afectuosamente mi mano. Advertí desde luego que el sentimiento paternal era el que dominaba en el buen anciano.

Su hija, llamada Blanca, tenía esa transparencia de los ojos y de la mirada, esa serenidad de la boca, prueba de que aquel alma sólo abriga sentimientos puros y de que los labios no pronuncian sino palabras piadosas. Alegrábase de la vuelta de su hermano, ignorando la casta joven que distante de ella hubo una cortesana que había sacrificado su existencia a la sola invocación de su nombre.

Permanecí algún tiempo en el seno de aquella ya dichosa familia, dedicándome por completo a ayudar la convalecencia moral de mi amigo Armando.

Luego volví a París, en donde escribí esta historia tal como me había sido referida.

Sólo tiene un mérito, que quizá sea disputado: el de ser verdadera.

No entra en mi ánimo deducir de este hecho que todas las mujeres de la clase de Margarita sean capaces de obrar como ella obró: lejos de mí tal suposición; pero supe que una de ellas sintió durante su vida un amor noble y verdadero, por el cual padeció, y al cual se había sacrificado hasta morir; y quise contar al lector cuanto sabía.

Creo haber cumplido un deber.

No soy el apóstol del vicio, pero siempre me haré eco de la desgracia dondequiera que la oiga gemir.

Lo he dicho y repito: la historia de Margarita es una excepción; pues a ser una generalidad no merecía el trabajo de escribirse.

FIN

UNA FAMILIA CORSA

POR

ALEJANDRO DUMAS



UNA FAMILIA CORSA

I

Viajaba yo por Córcega, a principios de marzo de 1841.

Nada más pintoresco y cómodo que un viaje a Córcega: se embarca uno en Tolón, veinte horas después está en Ajaccio, o veinticuatro horas más tarde en Bastia. Allí se compra o se alquila un caballo: si se le alquila, está uno del otro lado con cinco francos diarios; si se le compra, con ciento cincuenta de una vez. Y no hay que reir de la modicidad del precio; el tal caballo, comprado o alquilado, realiza, como el famoso del gascón que saltaba al Sena desde el Puente Nuevo, cosas que no harían ni Próspero ni Nautilus, héroes de las carreras de Chantilly y del Campo de Marte. Pasa por caminos en que el mismo Balmab hubiera tenido que usar *alpenstock*[1], y por puentes en que Auriol mismo pediría balancín.

En cuanto al viajero, basta con que cierre los ojos y deje que el animal se las componga: nada tiene que ver con el peligro.

Eso, fuera de que con ese caballo, que pasa por todas partes, puede andar unas quince leguas diarias sin pedir ni que comer ni que beber.

De tiempo en tiempo, cuando uno se detiene a visitar algún viejo castillo edificado por cualquier gran señor, héroe y jefe de tradición feudal, a dibujar alguna antigua torre levantada por los genoveses, el caballo pace una mata de hierba, descorteza un árbol, lame una roca cubierta de musgo, y basta.

En cuanto al alojamiento nocturno, la cuestión es aún más sencilla: el viajero llega a la aldea, atraviesa la calle principal en toda su longitud, elige la casa que le conviene, y golpea a la puerta. Un instante después, el amo o la señora aparece en el umbral, invita al viandante a echar pie a tierra, le ofrece la mitad de su cena, el lecho entero—si lo tiene,—y al siguiente día, al acompañarle hasta la puerta le da las gracias por la preferencia de que ha sido objeto.

Claro está que ni siquiera se hace mención de recompensa alguna: el amo consideraría insultante la menor alusión a ese respecto. Si alguna muchacha sirve en la casa, puede ofrecérsele algún pañuelo, con el que se hará un tocado pintoresco cuando vaya a la feria de Calvi o a la de Corti. Si hay un criado aceptará gustoso algún puñal, con el cual, si le encuentra, podrá matar a su enemigo.

Pero antes hay que informarse de algo: de si los criados, cosa que sucede alguna vez, no son parientes del amo, menos favorecidos que él por la fortuna, y que, en tal caso, prestan servicios domésticos aceptando en cambio casa, comida y tres francos por mes.

Y no vaya a creerse que los amos servidos por sus primos o sobrinos en cuarto o vigésimo grado estén menos atendidos. No, nada de eso. La Córcega es un departamento francés, pero aún está muy lejos de ser Francia.

En cuanto a ladrones, no se oye hablar de ellos; bandidos a montones, sí; pero no hay que confundir a los unos con los otros. Id sin temor a Ajaccio, a Bastia, con una bolsa llena de oro colgada del arzón, y habréis atravesado la isla entera sin correr la sombra de un peligro; pero no vayáis de Ocana a Levaco, si tenéis un enemigo que os haya declarado la *vendetta*; porque nadie podría responder de vosotros en ese trayecto de dos leguas.

Hallábame, pues, en Córcega, como ya he dicho, a principios de marzo. Estaba solo, porque Jadin se había quedado en Roma.

Al llegar de la isla de Elba había desembarcado en Bastia, donde compré un caballo, por el precio mencionado ya. Visité Corte y Ajaccio, y recorría en aquel momento el distrito de Sartène.

Aquel día iba de Sartène a Sollecaro. La etapa era corta: diez leguas más o menos, a causa de los rodeos, y de un contrafuerte de la cadena principal

que forma la espina dorsal de la isla, y que tenía que atravesar: de modo que había tomado un guía, temiendo extraviarme entre la maleza.

A eso de las cinco llegamos a lo alto de la colina que domina al propio tiempo a Olmeto y Sollecaro. Allí nos detuvimos un instante.

—¿Dónde desea hospedarse su señoría?—preguntó el guía.

Dirigí la vista a la aldea en cuyas calles podía hundirse mi mirada y que parecía desierta; sólo se veían algunas pocas mujeres, que caminaban con paso rápido y mirando en torno suyo.

Como, en virtud de las reglas de hospitalidad establecidas y de que ya he hablado, tenía la elección entre las ciento o ciento veinte casas que componen la aldea, busqué con los ojos la que pudiera ofrecerme más probabilidades de comodidad, y me detuve en una casa cuadrada, construida a modo de fortaleza, con buhardas delante de las ventanas y encima de la puerta. Era la primera vez que veía esas fortificaciones domésticas, pero debo decir también que la provincia de Sartène es la tierra clásica de la *vendetta*.

—¡Ah!, muy bien—me dijo el guía, siguiendo con los ojos la indicación de mi mano,—vamos a casa de la señora Savilia de Franchi. Vaya, vaya, su señoría no ha elegido mal, y se ve que no le falta experiencia.

Bueno es agregar que en el octogésimo sexto departamento de Francia se habla constantemente en italiano.

—Pero—pregunté,—¿no hay inconveniente en que vaya a pedir hospitalidad a una mujer?; porque, si he entendido bien, esa casa pertenece a una mujer...

—Sin duda—replicó el guía con aire sorprendido,—¿pero qué inconveniente quiere su señoría que haya?

—Si esa mujer es joven—repuse, movido por un sentimiento de recato, o quizá, confesémoslo, de amor propio parisiense,—¿no puedo comprometerla pasando una noche bajo su techo?

—¡Comprometerla!—replicó el guía, buscando evidentemente el sentido de la palabra que yo había italianizado, con el aplomo que nos caracteriza a los franceses cuando nos atrevemos a hablar algún idioma extranjero.

—¡Sin duda!—exclamé comenzando a impacientarme.—Esa señora es viuda, ¿no es verdad?

—Sí, excelencia.

—Entonces... ¿puede recibir en su casa a un joven?

En 1841 contaba yo treinta y seis años y medio, y me titulaba todavía joven.

—¡Si puede recibir a un joven!—repitió el guía.—Pero ¿qué puede importarle que sea usted joven o viejo?

Vi que nada conseguiría continuando con aquel sistema de interrogación.

—Y, ¿qué edad tiene la señora Savilia?—pregunté.

—Cuarenta años, más o menos.

—¡Ah!—dije, contestando a mis propios pensamientos.—Entonces todo está muy bien. Y tiene hijos, sin duda...

—Dos, dos verdaderos buenos mozos.

—¿Los veré?

—Verá usted a uno de ellos, al que vive con la señora.

—¿Y el otro?

—El otro está en París.

—¿Qué edad tienen?

—Veintiún años.

—¿Ambos?

—Sí, son gemelos.

—Y, ¿qué profesión piensan seguir?

—El que está en París va a ser abogado.

—¿Y el otro?

—El otro será corso.

—¡Ah!—exclamé, hallando que la respuesta era bastante característica, aunque el guía me la hubiera dado con el acento más natural.—¡Pues! vaya

por la casa de la señora Savilia de Franchi.

Y volvimos a ponernos en camino.

Diez minutos después entrábamos en la aldea; entonces noté algo que no había podido ver desde lo alto de la colina: todas las casas estaban fortificadas como la de la señora Savilia, no con buhardas, porque la pobreza de los habitantes no les permitía sin duda ese lujo de fortificaciones, sino pura y simplemente con tablones, con los que se había guarnecido la parte inferior de las ventanas, no sin dejar aberturas para el cañón de las escopetas. Otras ventanas estaban defendidas con ladrillos rojos. Pregunté al guía cómo se llamaban aquellas troneras, y me contestó diciéndome que eran saeteras, contestación que me hizo comprender que las *vendette*, cosas eran anteriores a la invención de las armas de fuego.

A medida que avanzábamos por las calles, la aldea iba tomando mayor carácter de soledad y de tristeza. Varias casas parecían acabar de sostener un sitio, y estaban acribilladas de balas.

De vez en cuando, a través de las troneras veía relampaguear un ojo curioso que nos miraba; pero era imposible discernir si el ojo en cuestión pertenecía a un hombre o a una mujer.

Llegamos a la casa que señalé a mi guía, y que, efectivamente, era la más importante de la aldea. Pero una cosa me llamó la atención: que, fortificada en apariencia por las buhardas, no lo estaba en realidad, es decir, que las ventanas no tenían tablones, ni ladrillos, ni saeteras, sino simples cristales, defendidos por la noche con postigos de madera.

Verdad que esos postigos conservaban huellas que un ojo observador reconocía al punto como agujeros de bala. Pero esos agujeros eran antiguos y remontaban visiblemente a unos diez años atrás.

Apenas golpeó el guía, abrióse la puerta: no tímida, vacilante, entornada, sino de par en par, y en ella apareció un criado...

Al decir un criado me equivoco. Debí decir un hombre. Lo que hace al criado es la librea, y el individuo que nos abrió iba vestido con una simple blusa de terciopelo, un calzón de lo mismo, y unas polainas de cuero. Sostenía el calzón en la cintura un cinturón de seda de colores, del que salía el mango de un cuchillo de forma española.

—Amigo mío—le dije,—¿es indiscreto que un extranjero que no conoce a nadie en Sollecaro, venga a pedir hospitalidad a la señora?

—De ningún modo, excelencia—contestóme;—el extranjero honra la casa ante la cual se detiene. María—continuó, dirigiéndose a una criada,—avise usted a la señora Savilia que es un viajero francés que pide hospitalidad.

Al mismo tiempo bajó la escalera de ocho gradas, muy pendientes, que conduce a la puerta de entrada, y tomó las riendas de mi caballo.

Eché pie a tierra.

—Su excelencia no tiene para qué preocuparse de nada—continuó;—su equipaje será conducido a su habitación.

Aproveché aquella cortés invitación a la pereza, una de las más agradables que puedan hacerse a un viajero, escalé ágilmente las gradas y di algunos pasos en el interior.

En el extremo del pasadizo me encontré frente a una mujer alta y vestida de negro. Comprendí que aquella mujer, de treinta y ocho a cuarenta años, era la dueña de la casa, y me detuve:

—Señora—le dije inclinándome,—debo parecerle a usted muy indiscreto; pero las costumbres del país me disculpan, y la invitación de su criado me autoriza.

—Es usted bienvenido para la madre—contestó la señora de Franchi,—y dentro de un momento lo será también para el hijo. Desde este instante, caballero, esta casa es suya; obre usted en consecuencia.

—Vengo a pedirle a usted hospitalidad sólo por una noche, señora. Mañana, al amanecer, me marcharé.

—Es usted dueño de hacer lo que le convenga, caballero. Sin embargo, espero que cambiará usted de opinión, y que tendremos el honor de retenerle algún tiempo más.

Me incliné por segunda vez.

—María—continuó la señora de Franchi,—conduzca usted al señor a la habitación de Luis. Encienda fuego y lleve agua caliente. Sé que la primer necesidad de un viajero fatigado es el agua y el fuego. Tenga usted la bondad de seguir a la muchacha, señor. Pídale usted cuanto llegue a hacerle

falta. Comeremos dentro de una hora, y mi hijo, que estará entonces de vuelta, tendrá el honor de hacerle preguntar si está usted visible.

—Disculpará usted mi traje de viaje, señora...

—Sí, señor—contestóme sonriendo,—si usted por su parte disculpa lo rústico del recibimiento.

La criada iba subiendo ya la escalera. Me incliné por última vez y la seguí.

La habitación se hallaba en el primer piso y daba a la parte trasera de la casa; las ventanas se abrían sobre un lindo jardín, plantado con mirto y laurel rosa, y atravesado al sesgo por un encantador arroyuelo que iba a volcarse en el Taravo. En el fondo, la vista quedaba limitada por una especie de cerca de abetos tan juntos que parecían una pared. Como en casi todas las habitaciones de las casas italianas, las paredes estaban blanqueadas con cal, y adornadas con algunos frescos representando paisajes.

Y mientras María encendía el fuego y preparaba el agua, dióme ganas de levantar el inventario de mi cuarto, y de darme, por el mueblaje, idea del carácter del que lo habitaba.

Pasé al punto del proyecto a su realización, girando sobre los talones y ejecutando de ese modo un movimiento de rotación sobre mí mismo que me permitió pasar revista sucesivamente a los diferentes objetos que me rodeaban.

El mueblaje era completamente moderno, lo que en aquella parte de la isla, hasta la que todavía no ha llegado la civilización, no deja de ser bastante raro. Se componía de un lecho de hierro con tres colchones y una almohada, un diván, cuatro sillones, seis sillas, una biblioteca de dos cuerpos, y un escritorio, todo esto de caoba, y procedente, sin duda, del establecimiento del primer ebanista de Ajaccio. El diván, los sillones y las sillas estaban tapizados con indiana floreada, y de las ventanas y el lecho colgaban cortinas del mismo género.

Aquí había llegado en mi inventario cuando salió María, y me permitió llevar más lejos la investigación.

Abrí la biblioteca y encontré la colección de nuestros grandes poetas: Corneille, Racine, Molière, Lafontaine, Ronsard, Víctor Hugo y Lamartine;

de nuestros moralistas: Montaigne, Pascal, Labruyère; de nuestros historiadores: Mézeray, Chateaubriand, Agustín Thierry; de nuestros sabios: Cuvier, Beudant, Elie de Beaumont, y por fin, algunos volúmenes de novela, entre los que saludé, no sin cierto orgullo, mis *Impresiones de Viaje*.

En los cajones del escritorio estaban las llaves; abrí uno.

Encontré fragmentos de una historia de Córcega, un trabajo sobre los medios de abolir la *vendetta*, algunos versos en francés, varios sonetos italianos: todo ello manuscrito.

Era cuanto necesitaba, y tuve la pretensión de creer que no era necesario llevar más lejos la investigación para formar juicio acerca del señor Luis de Franchi. Debía ser un joven bondadoso, estudioso y partidario de las reformas francesas.

Comprendí entonces que hubiera ido a París a hacerse abogado. En aquel proyecto había para él, sin duda, todo un porvenir de civilización.

Hacía estas reflexiones vistiéndome. Como lo había dicho a la señora de Franchi, mi traje, aunque no dejara de ser pintoresco, necesitaba de alguna indulgencia. Se componía de una blusa de terciopelo negro, abierta en las costuras de las mangas para que me entrara el aire en las horas más calurosas del día, y que por aquella especie de acuchillados a la española dejaba pasar mi camisa rayada de seda; de un pantalón semejante, oprimido desde la rodilla hasta el tobillo por polainas españolas, hendidas a un lado y bordadas con seda de colores, y de un sombrero de fieltro que tomaba cuanta forma se le quisiera dar, pero especialmente la del chambergo.

Acabé de ponerme esa especie de traje que recomiendo a los viajeros como el más cómodo que conozco, cuando se abrió la puerta y el mismo hombre que me había introducido apareció en el umbral.

Su entrada tenía por objeto anunciarme que su joven amo, el señor Luciano de Franchi, acababa de llegar y solicitaba el honor, si estaba yo visible, de venir a darme la bienvenida.

Momentos después oí un paso rápido que subía la escalera, y casi al mismo tiempo me hallé frente a mi huésped.

NOTAS:

[1] Palo de apoyo para facilitar la subida a la montaña.

II

Era, como me lo había dicho el guía, un joven de veinte a veintiún años, de tez tostada por el sol, cabellos y ojos negros, más bien bajo que alto, pero admirablemente bien formado.

En su prisa por ir a presentarme sus cumplimientos había subido como estaba, es decir, con su traje de a caballo, que se componía de una casaca de paño verde, a la que daba cierto aire militar, una cartuchera puesta a guisa de cinturón, un pantalón de paño gris, guarnecido interiormente de cuero de Rusia, y botas con espuelas; un casquete por el estilo del de nuestros cazadores de África completaba su traje.

De un lado de la cartuchera colgaba un látigo, del otro una cantimplora.

Llevaba, además, en la mano, una escopeta inglesa.

A pesar de la juventud de mi huésped, cuyo labio superior estaba apenas sombreado por un ligero bozo, notábase en su persona un aire de independencia y de resolución que me sorprendió.

Veíase en él al hombre educado para la lucha material, acostumbrado a vivir en medio del peligro sin temerlo, pero también sin desdeñarlo; grave porque es solitario, tranquilo porque es fuerte.

De una sola mirada había visto todo mi equipaje, mis armas, el traje que acababa de quitarme, el que llevaba puesto; su ojeada era tan rápida y segura como la de todo hombre cuya vida depende algunas veces de ella.

—Me disculpará usted si le incomodo, señor—me dijo,—pues lo hago con una buena intención, la de informarme si no le falta a usted nada. Jamás veo sin cierta inquietud que llega un hombre del Continente, porque somos todavía tan salvajes los corsos que ya no ejercemos sin temblar, sobre todo,

tratándose de franceses, la vieja hospitalidad que, por otra parte, pronto será la única tradición que conservaremos de nuestros padres.

—Y hace usted mal en temer, señor—le contesté;—es difícil adivinar mejor que la señora de Franchi, las necesidades de un viajero; por otra parte—continué paseando la mirada por la habitación,—no es aquí sitio apropiado para quejarse de esa pretendida rusticidad de que usted me habla, y si no tuviera ante la vista este admirable paisaje podría creerme en mi cuarto de la Calzada de Antín.

—Sí—repuso el joven;—era una manía de mi pobre hermano Luis: le agradaba vivir a la francesa, pero dudo de que a su vuelta de París le baste esta pobre parodia de civilización que tendrá que abandonar, como le bastaba antes de su partida.

—Y, ¿hace mucho que su hermano de usted ha salido de Córcega?

—Un año.

—¿Le aguarda usted pronto?

—Nunca antes de tres o cuatro años.

—Es una ausencia bien larga para dos hermanos que, sin duda, no se habían separado nunca.

—Sí, y sobre todo que se quieren como nos queremos nosotros.

—¿Pero vendrá sin duda, antes de terminar sus estudios?

—Es probable; por lo menos así nos lo ha prometido.

—En todo caso, nada impediría que, usted por su parte, fuera a hacerle una visita.

—No, yo no salgo de Córcega.

En el acento con que me dió esta respuesta vibraba ese amor a la patria que confunde en el mismo desdén a todo el resto del Universo.

Me sonreí.

—Le parece a usted extraño—agregó, sonriendo a su vez,—que haya quien no quiera salir de un país tan pobre como el nuestro. Qué quiere usted, soy una especie de producto de la isla, como la encina verde y el laurel rosa;

necesito mi atmósfera, impregnada con los perfumes del mar y las emanaciones de la montaña; necesito mis torrentes que atravesar, mis rocas que trepar, mis bosques que explorar, necesito espacio, necesito libertad; si me llevaran a una ciudad me parece que me moriría.

—Pero, entonces, ¿cómo es que hay una diferencia moral tan grande entre usted y su hermano?

—Habiendo tanto parecido físico entre ambos, podría usted añadir si le conociera.

—¿Se parecen ustedes mucho?

—Hasta el punto de que, cuando éramos pequeños, mi padre y mi madre mismos tenían que ponernos una señal en la ropa para distinguirnos al uno del otro.

—¿Y más tarde?

—Más tarde la diferencia de nuestras costumbres ha producido una diferencia en el color del cutis, nada más. Siempre encerrado, siempre doblado sobre los libros y los dibujos, mi hermano se ha puesto más pálido, mientras que yo, por el contrario, siempre al aire libre, siempre en la montaña o en el llano, me he puesto moreno.

—Espero—dije—que me hará usted juez de esa diferencia encargándome de alguna comisión para el señor Luis de Franchi.

—Con muchísimo gusto, si usted quiere tener esa deferencia; pero perdóneme usted: veo que está usted más adelantado que yo en cuanto al traje, y dentro de un cuarto de hora nos sentaremos a la mesa.

—¿Va usted a darse el trabajo de cambiar de traje?

—Aunque así fuera tendría usted que reprochárselo a sí mismo, puesto que me ha dado el ejemplo; pero, de todos modos, estoy en traje de jinete y tengo que ponerme el de montañés. Después de comer tengo que hacer una diligencia, en la que me incomodarían mucho las botas y las espuelas.

—¿Saldrá usted después de comer?

—Sí—me contestó,—tengo una cita.

Me sonreí.

—¡Oh! no en el sentido que usted supone. Es una cita de negocios.

—¿Me cree usted lo bastante presuntuoso para suponer que tengo derecho a sus confidencias?

—¿Por qué no? Hay que vivir de modo que pueda decirse en voz alta lo que se hace. Jamás he tenido queridas, jamás las tendré. Si mi hermano se casa y tiene hijos es probable que yo no me case. Si por el contrario no se casa, será menester que lo haga yo; pero en ese caso lo haré únicamente para que no se extinga la raza. Ya le he dicho a usted—agregó riendo,—que soy un verdadero salvaje, y que he venido al mundo cien años después de lo que debiera; pero sigo charlando como una corneja, y no voy a estar listo para la hora de la comida.

—Pero podemos continuar la conversación—repliqué.—¿No está su cuarto frente a éste? Deje usted la puerta abierta y hablemos.

—Haga usted más: véngase conmigo; me vestiré en mi gabinete. Mientras tanto, ya que, según me parece, es usted aficionado a las armas, puede examinar las mías; hay algunas que no carecen de valor, histórico se entiende.

El ofrecimiento respondía demasiado bien a mi deseo de comparar las habitaciones de los dos hermanos para que no lo aceptase. Me apresuré, pues, a seguir a mi huésped quien, abriendo la puerta de su habitación, pasó delante para enseñarme el camino.

Aquella vez creí entrar en un verdadero arsenal.

Todos los muebles eran del siglo XV y del XVI: el lecho esculpido, con pabellón sostenido por grandes columnas salomónicas, estaba tapizado con damasco verde y flores de oro; las cortinas de las ventanas eran de la misma tela; las paredes estaban cubiertas de cuero de España, y en todos los intervalos, los muebles sostenían trofeos de armas góticas y modernas.

No podía uno engañarse respecto a las aficiones del dueño de aquella habitación: eran tan belicosas cuanto apacibles las de su hermano.

—Ya lo ve usted—me dijo, pasando a un gabinete,—aquí estamos en medio de tres siglos: examínelo usted; yo voy a vestirme de montañés, como se lo había advertido, porque no puedo dejar de salir después de comer.

—¿Y cuáles, entre estas espadas, arcabuces y puñales, son las armas históricas de que me hablaba usted?

—Hay tres, procedamos por orden. Busque usted, a la cabecera de la cama, un puñal aislado, de ancha taza, y cuyo pomo forma un sello.

—Ya lo encontré. ¿Y?

—Pues ésa es la daga de Sampiero.

—¿Del famoso Sampiero, el asesino de Vanina?

—El asesino no, el matador.

—Es lo mismo, me parece.

—En el resto del mundo puede ser; en Córcega no.

—¿Y este puñal es auténtico?

—Mírelo usted. Lleva las armas de Sampiero; sólo que la flor de lis de Francia no aparece en ellas todavía; ya sabe usted que no se le autorizó a poner en su blasón la flor de lis, hasta después del sitio de Perpignan.

—No, ignoraba esa circunstancia; ¿y cómo ha pasado ese puñal a poder de usted?

—¡Oh! está en la familia desde hace trescientos años. Fué regalado a un Napoleón de Franchi por el mismo Sampiero.

—¿Y sabe usted con qué motivo?

—Sí. Sampiero y mi antepasado cayeron en una emboscada genovesa y se defendieron como leones; cayósele el casco a Sampiero y un genovés a caballo iba a herirlo con la maza de armas, cuando Napoleón le hundió el puñal en la juntura de la coraza; el jinete, al sentirse herido, espoleó el caballo y huyó llevando el puñal de Napoleón tan profundamente clavado en la herida que éste no había podido sacárselo; ahora bien, como según parece, mi abuelo quería mucho aquel puñal, y lamentaba haberlo perdido, Sampiero le regaló el suyo. Napoleón no perdió en el cambio, porque éste, que es de fábrica española, perfora dos monedas de cinco francos superpuestas.

—¿Puedo ensayarlo?

—¡Sin duda alguna!

Puse dos monedas de cinco francos en el suelo y las di un golpe vigoroso y seco. Luciano no se había engañado. Cuando levanté el puñal las dos monedas estaban clavadas en la punta, agujereadas de parte a parte.

—¡Vaya, vaya!—exclamé,—no cabe duda de que es el puñal de Sampiero. Pero lo que me sorprende es que teniendo una arma semejante se haya valido de una cuerda para matar a su mujer.

—Ya no lo tenía, puesto que se la había regalado a mi antepasado.

—Es verdad.

—Sampiero tenía más de sesenta años cuando volvió expresamente de Constantinopla a Aix para dar al mundo la gran lección de que no les toca a las mujeres mezclarse en los asuntos del Estado.

Me incliné en señal de asentimiento y volví a poner el puñal en su sitio.

—Y ahora—dije a Luciano que estaba acabando de vestirse,—ya está en su clavo el puñal de Sampiero; pasemos a otro.

—¿Ve usted dos retratos, uno al lado del otro?

—Sí, Paoli y Napoleón.

—¡Bien! Cerca del retrato de Paoli hay una espada.

—Efectivamente.

—Era la suya.

—¿La espada de Paoli? ¿Y tan auténtica como el puñal de Sampiero?

—Por lo menos, porque, como el puñal, fué regalado, no a uno de mis antepasados sino a una de mis abuelas. Sí; puede que haya oído usted hablar de una mujer que, cuando la guerra de la independencia, fué a presentarse a la torre de Sollecaro, acompañada por un jovencito.

—Cuénteme usted la historia.

—¡Oh! es muy corta.

—Mejor, porque ya no tenemos tiempo de charlar.

—Pues bien, la mujer y el jovencito se presentaron en la torre de Sollecaro, solicitando hablar con Paoli. Pero como éste estaba ocupado escribiendo, no se les dejó entrar; la mujer insistió y los centinelas la apartaron. Paoli, que había oído ruido, abrió la puerta y preguntó lo que ocurría. «Soy yo—dijo la mujer,—que deseaba hablarte». «¿Y qué tenías que decirme?». «Quiero decirte que yo tenía dos hijos; ayer supe que el mayor ha muerto defendiendo la patria, y he andado veinte leguas para traerte al segundo».

—Me cuenta usted una escena de Esparta.

—Sí, a lo menos, se le parece.

—¿Y quién era esa mujer?

—Mi abuela. Paoli se desprendió la espada y se la dió.

—¡Vamos! mucho me agrada esa forma de pedir disculpas a una mujer.

—Sí, era digna del uno y de la otra.

—¿Y ese sable?

—Era el que Napoleón llevaba en la batalla de las Pirámides.

—¿Y ha venido a parar a la familia de una manera análoga a la de la espada y el puñal, sin duda?

—Exactamente. Después de la batalla, Bonaparte dió orden a mi abuelo, oficial de los guías, de que cargara con unos cincuenta hombres a un pelotón de mamelucos que se sostenía aún, alrededor de un jefe herido. Mi abuelo obedeció, dispersó el grupo y llevó el jefe herido al primer cónsul. Pero, cuando quiso volver a envainar el sable, resultó que la hoja estaba tan mellada por los sables damasquinados de los mamelucos, que no pudo entrar en la vaina. Mi abuelo tiró entonces el sable y la vaina, como inútiles, y Bonaparte, que le vió, le dió el suyo.

—Pero, en su lugar de usted, me agradaría tanto o más tener el sable de mi abuelo, mellado y todo como estaba, que el del general en jefe, por intacto que se haya conservado.

—También; mire usted enfrente y lo encontrará. El primer cónsul lo recogió, le hizo incrustar en la empuñadura el diamante que lleva y lo envió a mi familia con la inscripción que puede usted leer en la hoja.

Efectivamente, entre las dos ventanas, medio fuera de la vaina en la que ya no podía entrar, estaba el sable, mellado y torcido, con esta sencilla inscripción: «Batalla de las Pirámides, 21 julio 1798».

En ese momento, el mismo criado que me introdujo y que fué a anunciarme la llegada de su joven amo, reapareció en el umbral.

—Excelencia—dijo dirigiéndose a Luciano,—la señora de Franchi manda avisar que la comida está en la mesa.

—Está bien, Griffo—contestó el joven;—dígale usted que bajamos en seguida.

Y salió de su gabinete, vestido, como él decía, de montañés, es decir, con una blusa redonda de terciopelo, calzón y polainas; del otro traje sólo conservaba la cartuchera en la cintura.

Me encontró ocupado en mirar dos carabinas colgadas una frente a la otra, y ambas con una fecha incrustada en la culata: 20 de septiembre de 1819, once de la mañana.

—Y estas carabinas—pregunté,—¿son también armas históricas?

—Sí, por lo menos para nosotros. Una es la de mi padre...

Y se interrumpió.

—¿Y la otra?—pregunté.

—La otra—dijo riendo,—la otra es la de mi madre. Pero bajemos, ya sabe usted que nos aguardan.

Y pasando adelante para enseñarme el camino, me invitó a seguirle.

III

Confieso que bajé preocupado con la última frase de Luciano: «Ésa es la carabina de mi madre».

Me hizo mirar con mayor atención aún que en nuestra primera entrevista a la señora de Franchi.

Al entrar en el comedor, el joven le besó la mano, y ella recibió aquel homenaje con la dignidad de una reina.

—Disculpe usted, mamá, pero creo que la hemos hecho esperar.

—La culpa sería mía, señora—dije inclinándome;—el señor Luciano me ha contado y mostrado cosas tan curiosas que, con mis incesantes preguntas, le he hecho perder el tiempo.

—Tranquilícese usted—contestó la dama,—acabo de bajar en este mismo instante; pero—continuó dirigiéndose a su hijo,—tenía prisa por pedirte noticias de Luis.

—¿Está, acaso, indispuesto?—pregunté.

—Luciano lo teme—contestó la señora.

—¿Ha recibido usted cartas de su hermano?

—No, y eso es precisamente lo que me inquieta.

—Pero, ¿cómo sabe usted que está indispuesto?

—Porque yo también lo he estado en estos últimos días.

—Disculpe usted mis eternas preguntas... pero eso no me explica...

—¿No sabe usted que somos gemelos?

—Sí, me la dijo el guía...

—¿No sabe usted que cuando vinimos al mundo estábamos aún unidos por el costado?

—No; ignoraba esta circunstancia.

—Pues hubo que recurrir al escalpelo para separarnos, y sin duda por eso, por alejados que estemos ahora, seguimos teniendo el mismo cuerpo, de tal modo que la impresión, física o moral que experimenta uno cualquiera de nosotros, repercute en el otro. Pues bien, en estos últimos días, y sin motivo alguno, he estado triste, taciturno, sombrío. He sentido crueles opresiones del corazón: es evidente que mi hermano está sufriendo algún profundo pesar.

Miré con asombro a aquel joven, que me afirmaba cosas tan extrañas sin que pareciera abrigar la menor duda, sobre ellas; la madre, por lo demás, parecía tener la misma convicción; sonrióse tristemente y dijo:

—Los ausentes están en la mano de Dios. Lo principal es que tengas la seguridad de que vive.

—Si hubiese muerto—dijo tranquilamente Luciano,—yo lo hubiera vuelto a ver.

—Y me lo hubieras dicho, ¿no es verdad, hijo mío?

—¡Oh! ¡Inmediatamente; se lo juro a usted, madre!

—Bien... Y perdóneme usted, caballero—agregó, volviéndose hacia mí,—si no he sabido reprimir mis inquietudes de madre: pero no sólo se trata de que Luis y Luciano sean mis hijos, sino también de que son los últimos de nuestro nombre... Tenga usted la bondad de sentarse aquí, a mi derecha... Luciano, siéntate ahí.

E indicó a su hijo el asiento vacío de su izquierda.

Nos sentamos en el extremo de una larga mesa, en la cual había, en el opuesto, otros seis cubiertos, destinados, a lo que en Córcega se llama la familia; es decir, a esos personajes que en las grandes casas están entre los amos, y los criados.

La mesa fué copiosamente servida; pero confieso que, aunque dotado por el momento de un apetito devorador, me contenté con aplacarlo

materialmente, sin que mi espíritu preocupado me permitiera saborear ninguno de los delicados placeres de la gastronomía. Me parecía, en efecto, al entrar en aquella casa, haber entrado en un mundo extraño, en el que vivía como en un sueño. ¿Quién era aquella mujer, que tenía su carabina como un soldado? ¿Quién aquel hermano que sentía los mismos dolores de su otro hermano, a trescientas leguas de allí? ¿Qué quería decir aquella madre que hacía jurar a su hijo que si veía a su hermano muerto, no dejara de decírselo?

Se confesará que en lo que me pasaba había amplio tema para la meditación.

Sin embargo, como observé que mi silencio podía parecer descortés, levanté la frente sacudiendo la cabeza, como para alejar aquella masa de pensamientos.

La madre y el hijo vieron al punto que deseaba volver a la conversación.

—Y—dijo Luciano, como si reanudara un tema interrumpido,—¿se ha decidido usted a venir a Córcega?

—Sí, como usted ve; tenía hace mucho este proyecto, y por fin he podido realizarlo.

—Y la verdad es que ha hecho usted bien en no tardar demasiado, porque dentro de algunos años, con la invasión progresiva de los gustos y las costumbres francesas, los que vengan buscando la Córcega, ya no la encontrarán.

—En todo caso—repliqué,—si el antiguo espíritu nacional retrocede, ante la civilización y se refugia en algún rincón de la isla, ha de ser seguramente en la provincia de Sartène, y en el valle del Taravo.

—¿Lo cree usted?—dijo el joven sonriendo.

—Pero... me parece que cuanto tengo en torno mío y a mi vista es un bello y noble cuadro de las viejas costumbres corsas...

—Sí, y sin embargo, entre mi madre y yo, frente a cuatrocientos años de recuerdos, en esta casa con buhardas y almenas, el espíritu francés ha venido a buscar a mi hermano, nos lo ha quitado, lo ha transportado a París... Cuando vuelva, ya abogado, vivirá en Ajaccio en lugar de habitar la casa de su padres; pleiteará: si tiene talento llegará, quizás, a ser procurador

del rey; entonces perseguirá a los pobres diablos que han «quitado un pellejo», como se dice por aquí; confundirá al asesino con el matador, como lo hacía usted hace un momento; pedirá, en nombre de la ley, la cabeza de los que hayan hecho lo que nuestros padres consideraban deshonroso no hacer; substituirá el juicio de los hombres al juicio de Dios, y, por la noche, cuando haya reclutado una cabeza para el verdugo, creerá haber servido al país, haber aportado su piedra al templo de la civilización... como dice nuestro prefecto... ¡Ay, Dios mío, Dios mío!

Y el joven alzó los ojos al cielo, como debió hacerlo Aníbal después de la batalla de Zama.

—Pero—le contesté,—ya ve usted que Dios ha querido equilibrar las cosas, pues mientras ha hecho a su hermano sectario de los nuevos principios, lo ha hecho a usted partidario de las viejas costumbres.

—Si, pero ¿quién me dice que mi hijo, si lo tengo, no imitará a su tío en vez de imitarme a mí? Y, vamos, ¿acaso yo mismo no me dejo llevar a cosas indignas de un de Franchi?

—¡Usted!—exclamé asombrado.

—¡Sí, yo, Dios mío, yo! ¿Quiere usted que le diga lo que ha venido a buscar a la provincia de Sartène?

—Diga usted.

—Ha venido con su curiosidad de hombre de mundo, de artista o de poeta; no sé quién es usted ni se lo pregunto; nos lo dirá cuando nos separemos, si tiene gusto en ello: siendo huésped nuestro, puede usted guardar silencio; tiene usted la más completa libertad... ¡Pues bien! Usted ha venido con la esperanza de ver alguna aldea entregada a la *vendetta*, de ser puesto en relación con algún bandido original, como los que Mérimée ha pintado en su *Colomba*.

—Pues me parece que no he caído mal—contesté;—o no he mirado bien, o esta casa es la única que no está fortificada en la aldea.

—Lo que prueba que yo también degenero; mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo, cualesquiera de mis antepasados, hubieran tomado partido a favor de una de las dos facciones que dividen la aldea desde hace diez años. ¡Pues bien! ¿Sabe usted lo que soy en medio de todo esto, entre los tiros de

escopeta, los estiletazos y las puñaladas? Pues soy árbitro... Ha venido usted a la provincia de Sartène para ver bandidos, ¿no es verdad? Pues véngase esta noche conmigo, y le enseñaré uno.

—¡Cómo! ¿permite usted que le acompañe?

—Si puede interesarle, sólo depende de usted.

—¡Caramba! pues acepto con el mayor gusto.

—Este caballero está muy fatigado—dijo la señora de Franchi, dirigiendo una mirada a su hijo, como si compartiera la vergüenza que éste experimentaba al ver degenerar de aquel modo la Córcega.

—No, madre, no; es necesario que venga, y cuando en algún salón parisiense se le hable de las terribles *vendette* y de los implacables bandidos corsos, que todavía causan miedo a los niños de Bastia y Ajaccio, pueda por lo menos encogerse de hombros; y decir la verdad.

—¿Pero, de qué ha nacido esa gran querella que, según me parece comprender, está ahora a punto de apagarse?

—¡Oh!—dijo Luciano,—en una querella cualquiera no es el motivo sino el resultado lo que importa. Si una mosca al volar de través ha causado la muerte de un hombre, no por tratarse de una mosca deja de haber un hombre muerto.

Comprendí que le costaba decirme la causa de la terrible guerra que, desde hacía diez años, asolaba a Sollecaro. Pero, como es natural, cuanto más discreto se mostraba más exigente fuí.

—Esa querella tiene necesariamente que tener algún motivo, por pequeño que sea. ¿Es un secreto?

—¡Oh, no, Dios mío! La diferencia nació entre los Orlandini y los Colonna.

—¿A raíz de qué?

—Ya que usted lo exige, le diré que una gallina escapó del gallinero de los Orlandini y fué a parar al de los Colonna. Los Orlandini fueron a reclamar su gallina; los Colonna sostuvieron que era suya; los Orlandini amenazaron a los Colonna con llevarlos ante el juez de paz y hacerles prestar juramento. Entonces la anciana madre que tenía la gallina en la mano le retorció el pescuezo y se la tiró a la cara a la vecina, diciéndole: «¡Bueno, ya que es

tuya, cómetela!». Uno de los Orlandini recogió entonces la gallina por las patas y quiso golpear con ella a la que la había tirado a la cara de su hermana. Pero, en el mismo momento en que levantaba la mano, un Colonna que, por desgracia, tenía la escopeta cargada, le descargó un tiro a quema ropa y lo dejó muerto.

—¿Y cuántas existencias han pagado esa riña?

—Ya van nueve personas muertas...

—¡Y eso por una miserable gallina que no valía un franco!

—Sin duda; pero ya le he dicho a usted que no hay que considerar la causa sino el resultado.

—Y, porque ha habido hasta aquí nueve personas muertas, es necesario ahora que haya una décima...

—Ya ve usted que no, puesto que me he convertido en árbitro...

—¿A ruego, sin duda, de una de las dos familias?

—¡Ah, no! Dios mío, a ruegos de mi hermano, a quien han hablado del asunto en casa del canciller de Francia. ¡Y yo le pregunto a usted qué diablos tienen que ver en París con lo que ocurre en una pobre aldea de Córcega! Sin duda debe ser el prefecto quien nos ha hecho esa mala partida, diciendo que, si yo consentía en decir una palabra, todo acabaría como en las comedias con un casamiento y una copla al público; entonces se habrán dirigido a mi hermano, que ha tomado el asunto por su cuenta y que me ha escrito diciéndome que ha comprometido su palabra en mi nombre. ¡Qué quiere usted!—agregó el joven alzando la cabeza,—no podía decirse allí que un de Franchi había comprometido la palabra de su hermano y que este hermano no había hecho honor al compromiso.

—¿De manera que usted lo ha arreglado todo?

—¡Mucho lo temo!

—¿Y vamos a ver al jefe de uno de los partidos, sin duda?

—Precisamente, anoche vi al otro.

—¿Y ahora, vamos a visitar a un Orlandini o a un Colonna?

—A un Orlandini.

—¿La cita es lejos de aquí?

—En las ruinas del castillo de Vicentello d'Istria.

—¡Ah! es verdad, me habían dicho que esas ruinas se hallaban en estos alrededores.

—A una legua de aquí, más o menos.

—¿De modo que llegaremos en unos tres cuartos de hora?

—Cuando mucho.

—Luciano—dijo la señora de Franchi,—no te olvides de que no hablas de ti. Tú, montañés, necesitas tres cuartos de hora apenas; pero el señor no podrá ir por los caminos que recorres tú.

—Es verdad; necesitaremos por lo menos hora y media.

—Entonces no hay tiempo que perder—agregó la señora de Franchi mirando el reloj.

—¿Permite usted entonces que la dejemos?—dijo Luciano.

La madre le tendió la mano, que el joven besó con el mismo respeto que la vez anterior.

—Sin embargo—dijo Luciano, dirigiéndose a mí,—si prefiere usted terminar tranquilamente de comer y luego subir a su habitación a calentarse los pies mientras fuma un cigarro...

—¡No, no!—exclamé.—¡Me ha prometido usted un bandido, y no me voy sin él!...

—¡Pues bien! vamos a tomar las escopetas, y en marcha.

Saludé respetuosamente a la señora de Franchi, y salimos, precedidos por Griffo que nos alumbraba.

No tardamos mucho en prepararnos. Me puse un cinturón de viaje, que había mandado hacer antes de salir de París, del que pendía una especie de cuchillo de caza, y que encerraba de un lado la pólvora, y del otro las municiones.

En cuanto a Luciano, reapareció con su cartuchera, una escopeta de dos cañones de Mantón, y un gorro puntiagudo, obra maestra de bordado salido

de las manos de alguna Penélope de Sollecaro.

—¿Voy también con su excelencia?—preguntó Griffo.

—No, es inútil—contestó Luciano;—pero suelta a Diamante; puede que levante algún faisán, y con esta luna se le podrá tirar como si fuera de día.

Un momento después, un gran perro de caza daba saltos aullando de alegría en torno nuestro.

Dimos diez pasos fuera de casa.

—A propósito—dijo Luciano, volviéndose,—avisa en la aldea que si oyen algunos tiros los habremos tirado nosotros, cazando.

—Descuide usted, excelencia.

—Sin esta precaución—agregó Luciano,—hubieran podido creer que habían vuelto a empezar las hostilidades, y hubiéramos oído el eco de nuestras escopetas, repercutiendo en las calles de Sollecaro.

Dimos algunos pasos más, y luego tomamos a la derecha, en una callejuela que conducía en línea recta a la montaña.

IV

Aunque apenas estuviéramos a principios de marzo el tiempo era magnífico, y hubiera podido decirse que hacía calor, si una brisa encantadora no nos refrescara, trayéndonos, al propio tiempo el acre y vivaz perfume de la mar. La luna clara y brillante levantábase detrás del monte de Cagna, y hubiérase dicho que derramaba cascadas de luz sobre toda la vertiente occidental que separa la Córcega en dos partes y forma en cierto modo de una sola isla dos países diferentes, siempre en guerra o poco menos el uno contra el otro. A medida que subíamos y que las gargantas en que corre el Tavaro se hundían en una noche cuya obscuridad trataba en vano de penetrar la vista, veíamos el Mediterráneo tranquilo, semejante a un bruñido espejo de acero, extenderse en el horizonte. Ciertos ruidos peculiares de la noche, sea porque durante el día desaparecen bajo otros ruidos, sea porque realmente se despiertan con las tinieblas, dejábanse oir entonces y producían—no en Luciano que, acostumbrado a ellos, podía reconocerlos, sino sobre mí, para quien eran extraños,—singulares sensaciones de sorpresa, y mantenían en mi espíritu esa emoción continua que presta mayor interés a todo cuanto se ve.

Cuando llegamos a una especie de pequeña encrucijada en que el camino se dividía en dos, es decir en un camino que parecía rodear la montaña y en un sendero además visible que subía recto por ella, Luciano se detuvo.

—Veamos—dijo,—¿tiene usted piernas de montañés?

—Piernas, sí, pero vista, no.

—¿Es decir que siente usted vértigos?

—Sí, el vacío me atrae irresistiblemente.

—Entonces podemos tomar este sendero que no le presentará precipicios sino simples dificultades de terreno.

—¡Oh! en cuanto a las dificultades del terreno estoy tranquilo.

—Tomemos, pues, el sendero que nos ahorra tres cuartos de hora de camino.

—Tomemos el sendero.

Luciano se internó adelante en un bosquecillo de encinas verdes, y yo le seguí. Diamante caminaba a cincuenta o sesenta pasos de nosotros, registrando el bosque a derecha e izquierda, y volviendo de vez en cuando al sendero, meneando alegremente la cola para anunciarnos que podíamos sin peligro y confiados en su instinto, continuar tranquilamente nuestra marcha. Se veía que como los caballos comodines de los semielegantes, agentes de cambio por la mañana y petimetres a la tarde, que buscan un animal que les sirva al propio tiempo para el tílbury y la silla, Diamante estaba adiestrado para la caza del bípedo y el cuadrúpedo, el bandido y el jabalí.

Para no parecer completamente ignorante de las costumbres corsas, hice esta observación a Luciano.

—Se engaña usted—me contestó,—Diamante caza al propio tiempo animales y hombres, pero los hombres que caza no son bandidos, son la triple raza del gendarme, el soldado de caballería y el voluntario.

—¡Cómo!—exclamé.—¿Diamante es entonces un perro de bandido?

—Usted lo ha dicho. Diamante pertenecía a un Orlandini a quien de vez en cuando enviaba yo al campo pan, pólvora, balas, las diversas cosas que puede necesitar un bandido. Fué muerto por un Colonna, y al día siguiente recibí su perro que, como tenía costumbre de ir a casa, me tomó fácilmente cariño.

—Pero me parece que desde mi cuarto, o desde el de su hermano de usted, mejor dicho, he visto a la cadena un perro que no era Diamante.

—Sí, ése es Brusco; tiene las mismas cualidades que éste, pero me viene de un Colonna muerto por un Orlandini: de esto resulta que cuando voy a visitar a un Colonna tomo a Brusco, y cuando, por el contrario, tengo que ver a un Orlandini, desalo a Diamante. Si se tiene la desgracia de desatar a

ambos al mismo tiempo, se hacen pedazos. También—continuó Luciano con risa amarga,—los hombres pueden reconciliarse, hacer las paces, comulgar con la misma hostia, pero los perros no volverán a comer en el mismo plato...

—¡Vaya en gracia!—exclamé riendo a mi vez,—éstos si que son verdaderos perros corsos; pero me parece que Diamante, como todos los corazones modestos, rehuye nuestras alabanzas: desde que hablamos de él no hemos vuelto a verlo.

—¡Oh! no se preocupe usted por eso; sé dónde está.

—¿Dónde, si no es una indiscreción?

—Está en el *mucchio*.

Iba a hacer una nueva pregunta, a riesgo de fatigar a mi interlocutor, cuando se dejó oir un aullido, tan triste, tan prolongado y tan lamentable que me estremecí y me detuve poniendo la mano en el hombro del joven.

—¿Qué es eso?—pregunté.

—Es Diamante que llora.

—¿Y a quién llora?

—A su amo. ¿Cree usted que los perros son hombres, y que olvidan a los que los han amado?

—¡Ah! ¡comprendo!—exclamé.

Diamante dejó oir un segundo aullido, más prolongado, más triste y más lamentable que el primero.

—Sí—continuó,—su amo ha sido muerto, y nos acercamos al sitio en que le mataron, precisamente, y el perro nos ha abandonado para ir al *mucchio*.

—¿De modo que el *mucchio* es la tumba?

—Sí, es decir, el monumento que cada uno que pasa va erigiendo sobre la fosa de todo hombre asesinado, arrojando sobre ella una piedra o una rama de árbol. De ahí resulta que en lugar de achatarse como las demás tumbas bajo los pies de ese gran nivelador que se llama el tiempo, la tumba de la víctima va creciendo sin cesar, símbolo de la venganza que debe

sobrevivirle y crecer sin tregua en el corazón de sus parientes más próximos.

Sonó un tercer aullido, pero esta vez tan cerca de nosotros que no pude dejar de estremecerme, aunque ya supiese perfectamente su causa.

En efecto, en la curva de un sendero, vi blanquear, a unos veinte pasos de nosotros, un montón de piedras que formaba una pirámide de cuatro o cinco pies de altura. Era el *mucchio*. Diamante estaba sentado al pie de aquel extraño monumento, con el cuello tendido y la boca abierta.

Luciano recogió una piedra, y quitándose el gorro, se acercó al *mucchio*.

Hice lo mismo, imitándole en todo.

Cuando llegó junto a la pirámide rompió una rama de encina, arrojó primero la piedra y en seguida la rama; luego hizo con el pulgar la rápida señal de la cruz, costumbre corsa, si las hay, que se le escapaba al mismo Napoleón en ciertas circunstancias terribles.

Yo repetí todas sus acciones.

En seguida volvimos a ponernos en camino, pensativos y silenciosos. Diamante se quedó detrás.

Habrían pasado unos diez minutos cuando oímos un postrer aullido, y casi al mismo tiempo con la cabeza baja y la cola entre las piernas Diamante pasó junto a nosotros, avanzó un centenar de pasos, y volvió a su papel de explorador.

Seguíamos avanzando, entretanto, y como me lo advirtiera Luciano, el sendero iba haciéndose cada vez más escarpado. Me colgué la escopeta, pues vi que pronto iba a necesitar de mis dos manos. En cuanto a mi guía, continuaba caminando con la misma soltura, y no parecía notar las dificultades del terreno.

Después de trepar durante algunos minutos a través de las rocas, ayudándonos con las lianas y las raíces, llegamos a una especie de plataforma dominada por algunas murallas en ruinas. Esas ruinas eran las del castillo de Vicentello d'Istria, y allí terminaba nuestro viaje. Al cabo de cinco minutos habíamos terminado otra escarpada más difícil y áspera que la primera. Luciano, que había llegado a la última plataforma, me tendió la mano y me ayudó a subir junto a él.

—¡Vaya, vaya!—exclamó,—no lo hace usted tan mal, para ser parisiense.

—Consiste—le contesté,—en que el parisiense a quien acaba usted de ayudar a hacer el último salto, ha hecho ya varias excursiones de este género.

—Sí—dijo Luciano riendo,—¿no tienen ustedes cerca de París una montaña que se llama Montmartre?

—Sí, pero además de Montmartre, de la que ni me avergüenzo, he trepado también otras montañas, que se llaman el Righi, el Faulhorn, el Gemni, el Vesubio, el Stromboli, el Etna.

—¡Oh! pues ahora le toca a usted tenerme en menos, porque jamás he subido a otra que el Monte Rotondo. Sea como sea, ya hemos llegado; hace cuatro siglos, mis antepasados le hubiesen abierto a usted las puertas diciéndole: «Sed el bienvenido a nuestro castillo». Hoy, el descendiente le muestra a usted esta brecha y le dice: «Sea usted el bienvenido a nuestras ruinas».

—¿Este castillo ha pertenecido a su familia de usted después de la muerte de Vicentello d'Istria?—le pregunté reanudando la conversación en el punto en que la habíamos dejado.

—No; sino antes de su nacimiento: era entonces la morada de una de mis antepasadas, la famosa Savilia, viuda de Luciano de Franchi.

—¿No se lee en Philippini una terrible historia sobre esa mujer?

—Sí, si fuese de día podría usted ver todavía, desde aquí, las ruinas del castillo de Valle; allí habitaba el señor de Giudice, tan odiado como amada era ella, tan feo como ella hermosa. Él se enamoró, y como Savilia no se apresuraba a corresponder a ese amor de acuerdo con sus deseos, la hizo advertir de que, si no se resolvía a aceptarle por esposo en un plazo dado, sabría apoderarse de ella por la fuerza. Savilia fingió que cedía, e invitó a Giudice a que fuera a comer con ella. Giudice, loco de contento, olvidando que no había arribado a aquel halagüeño resultado sino por medio de amenazas, fué a la cita, acompañado por unos pocos servidores solamente. Cerróse la puerta tras ellos, y cinco minutos después, Giudice, prisionero, era encerrado en un calabozo.

Pasé por el camino indicado, y me encontré en una especie de patio cuadrado. A través de las aberturas excavadas por el tiempo, la luna tendía sobre el suelo sembrado de escombros, grandes manchas de luz. Todo el resto del terreno permanecía en la sombra que proyectaban los muros todavía en pie.

Luciano sacó el reloj.

—¡Ah!—dijo,—hemos llegado veinte minutos antes; sentémonos; debe usted estar cansado.

Nos sentamos, o mejor dicho, nos acostamos en un declive cubierto de césped frente a la gran brecha.

—Pero me parece que ésa no es la historia completa—dije.

—No—continuó Luciano;—porque todas las mañanas, y todas las tardes Savilia bajaba al calabozo en que estaba encerrado Giudice, y allí, separado de él por una simple reja, se desnudaba, y mostrándose desnuda al cautivo: «Giudice—le decía,—¿cómo es que un hombre tan feo como tú, ha podido creer nunca que poseería todo esto?» Este suplicio duró tres meses, renovándose dos veces al día. Pero, al cabo de esos tres meses, gracias a una criada a quien compró, Giudice logró escapar. Volvió entonces con sus vasallos, mucho más numerosos que los de Savilia, tomó el castillo por asalto, y apoderándose a su vez de Savilia la expuso desnuda, en una jaula de hierro, en una encrucijada del bosque llamada Bocca di Cilaccia, ofreciendo él mismo la llave de esa jaula a todos los que, al pasar, se sentían tentados por aquella belleza: al cabo de tres días de esta prostitución pública Savilia murió...

—¡Caramba!—exclamé,—parece que sus antepasados no entendían del todo mal la venganza, y que sus descendientes han degenerado un poco cuando se limitan a matarse de un tiro o de una puñalada...

—Sin añadir que van a acabar por no matarse de ninguna manera. Pero, por lo menos—agregó el joven,—las cosas no han pasado así en esta familia. Los dos hijos de Savilia, que estaban en Ajaccio, bajo la tutela de su tío, fueron educados como verdaderos corsos y continuaron haciendo la guerra a los hijos de Giudice. Esa guerra ha durado cuatro siglos, y como usted puede haberlo visto, en las carabinas de mi padre y de mi madre, no terminó hasta el 21 de septiembre de 1819 a las once de la mañana.

—En efecto, recuerdo esa inscripción, cuya explicación no tuve tiempo de pedirle, a usted, pues acababa de leerla cuando nos llamaron a la mesa.

—Hela aquí: En 1819 sólo quedaban dos hermanos de la familia Giudice; de la de los de Franchi no existía más que mi padre, que se había casado con una prima.

Tres meses después de este casamiento, los Giudice resolvieron acabar de un golpe con los nuestros. Uno de los hermanos se emboscó en el camino de Olmeto para aguardar a mi padre que volvía de Sartène, mientras que el otro, aprovechando esa ausencia, debía asaltar nuestra casa. El plan se ejecutó, pero acabó de una manera que no aguardaban los agresores. Mi padre, avisado, se puso en guardia; mi madre, advertida también, reunió a sus pastores, de modo que en el momento del doble ataque ambos estaban a la defensiva: mi padre en la montaña, mi madre en su propio cuarto... Al cabo de cinco minutos de combate los dos hermanos Giudice caían, el uno herido por mi padre, el otro por mi madre. Viendo caer a su enemigo mi padre sacó el reloj: ¡eran las once! Viendo caer a su adversario, mi madre miró el reloj de su cuarto: ¡eran las once! Todo estaba terminado en el mismo minuto: ya no había Giudice, la raza quedaba destruída. La familia de Franchi, victoriosa, quedó desde entonces tranquila, y como había realizado dignamente su obra durante esa guerra de cuatro siglos, ya no se mezcló en nada; pero mi padre hizo grabar la fecha y la hora de aquel extraño acontecimiento en la culata de las carabinas y las colgó a ambos lados del reloj, donde usted las ha visto. Siete meses después mi madre dió a luz dos gemelos, uno de los cuales es un servidor de usted, el corso Luciano, y el otro el filántropo Luis, su hermano.

En ese mismo instante, y en uno de los trozos de terreno iluminados por la luna, vi proyectarse la sombra de un hombre y un perro.

Era la del bandido Orlandini, y la de nuestro amigo Diamante.

El reloj de Sollecaro daba lentamente las nueve.

Mas ese Orlandini era, según se ve, de la misma opinión de Luis XV, que tenía por máxima, como se sabe, que la puntualidad es la cortesía de los reyes.

Era imposible ser más puntual que aquel rey de la montaña, a quien Luciano había dado cita a las nueve en punto. Al verle, ambos nos pusimos

en pie.

V

—¿No está usted solo, señor Luciano?—dijo el bandido.

—No se preocupe usted por eso, Orlandini: el señor es un amigo que ha oído hablar de usted y que ha querido visitarle. Me ha parecido que no debía negarle esa satisfacción.

—El señor es el bienvenido en el campo—dijo el bandido inclinándose y dando en seguida algunos pasos hacia nosotros.

Le devolví el saludo con la más puntual cortesía.

—¿Deben ustedes haber llegado hace ya rato?—continuó Orlandini.

—Sí, hace unos veinte minutos.

—Eso es; oí la voz de Diamante que aullaba en el mucchio, y hace ya un cuarto de hora que me alcanzó. Qué animal tan bueno y fiel, ¿no es verdad, señor Luciano?

—Sí, ésa es la palabra, Orlandini, bueno y fiel—contestó Luciano acariciando al perro.

—Pero desde que usted sabía que el señor Luciano estaba aquí—le pregunté:—-¿Por qué no ha venido usted antes?

—Porque no teníamos cita hasta las nueve—contestó el bandido,—y es ser tan poco puntual llegar un cuarto de hora antes como un cuarto de hora después.

—¿Me lo echa usted en cara, Orlandini?—preguntó Luciano riendo.

—No, señor, podía usted tener sus razones para eso; además, está usted acompañado, y probablemente ha faltado a sus costumbres a causa del

señor; porque usted también es puntual, señor Luciano, y yo lo sé mejor que nadie: se ha incomodado tantas veces por mí...

—No hay para que agradecérmelo, Orlandini, porque probablemente esta vez será la última.

—¿No tenemos algo que decirnos al respecto, señor Luciano?—preguntó el bandido.

—Sí, y si quiere usted seguirme...

—Estoy a sus órdenes.

Luciano se volvió hacia mí, diciendo:—Usted me disculpará, ¿no es cierto?

—Es usted muy dueño, siga usted.

Ambos se alejaron, y subiendo a la brecha en que se me había aparecido Orlandini, se detuvieron permaneciendo de pie, y destacándose vigorosamente sobre la luz de la luna que parecía bañar los contornos de sus dos siluetas sombrías, con un flúido de plata.

Sólo entonces pude mirar atentamente a Orlandini.

Era un hombre alto, de larga barba, y vestido exactamente del mismo modo que el joven de Franchi, con la única diferencia de que sus vestidos llevaban la huella de un frecuente contacto con los matorrales en que vivía como propietario, las zarzas entre las que había tenido que huir más de una vez, y la tierra en que dormía noche a noche.

Yo no podía saber lo que decían, primero porque estaban a unos veinte pasos de mí y luego porque hablaban en dialecto corso. Pero, por sus ademanes, veía fácilmente que el bandido refutaba con gran calor una serie de razonamientos que el joven exponía con una calma que hacía honor a su imparcialidad en el asunto. Por último, los ademanes de Orlandini fueron haciéndose menos frecuentes y menos enérgicos; su misma palabra pareció languidecer: ante una postrera observación bajó la cabeza y luego, al cabo de un instante, tendió la mano al joven.

No cabía duda de que la conferencia había terminado, porque ambos se adelantaron hacia el sitio en que yo me hallaba:

—Mi querido huésped—dijo Luciano,—aquí está Orlandini que desea estrecharle la mano para darle las gracias.

—Las gracias ¿de qué?—le pregunté.

—Pues de que acceda usted a ser uno de sus padrinos. Me he comprometido en su nombre de usted.

—Si se ha comprometido usted por mí, ya comprenderá usted que acepto sin saber siquiera de qué se trata.

Tendí la mano al bandido que me hizo el honor de tocarla con la punta de los dedos.

—De ese modo—continuó Luciano,—podrá usted decir a mi hermano que todo queda arreglado de acuerdo con sus deseos, y hasta que usted mismo ha firmado el contrato.

—Lo que quiere decir que se trata de un casamiento...

—No, todavía no, pero ya vendrá probablemente.

Una sonrisa desdeñosa pasó por los labios del bandido.

—Vaya por la paz, señor Luciano, ya que usted lo exige—dijo,—pero nada de alianzas: no se habla de eso en el tratado.

—No—dijo Luciano,—sólo está escrito, según todas las probabilidades, en lo porvenir. Pero, hablemos de otra cosa, ¿no ha oído usted nada mientras hablábamos con Orlandini?

—¿De lo que ustedes decían?

—No, sino de lo que hacía un faisán por aquí cerca.

—En efecto, me parece haber oído cacareo de un faisán; pero temí equivocarme...

—Pues no se equivocaba usted: hay un macho posado en una rama del gran castaño que usted conoce, señor Luciano, a cien pasos de aquí. Lo oí hace un momento, cuando pasaba por allí.

—¡Vaya, pues!—exclamó alegremente Luciano,—hay que comérselo mañana.

—Ya estaría en el suelo—dijo Orlandini,—si no hubiera temido que en la aldea creyeran que no se trataba sólo de un faisán.

—He hecho avisar—replicó Luciano.

Y volviéndose hacia mí, añadió echándose al hombro la escopeta que acababa de cargar.

—A usted le corresponde el honor.

—Perdone usted, pero no estoy tan seguro como todo eso de mi puntería; me importa mucho tener mi parte en el faisán; de modo que debe usted tirarle.

—La verdad es—dijo Luciano,—que usted no está acostumbrado a cazar de noche y tiraría demasiado bajo; además, si no tiene usted nada que hacer durante el día, podrá tomar el desquite mañana.

Salimos de las ruinas por el lado opuesto al de nuestra entrada, y Luciano iba a la cabeza; en el momento que nos internábamos en los matorrales el faisán, denunciándose a sí mismo, se puso a cacarear de nuevo.

Estaba a ochenta pasos de nosotros, casi oculto entre las ramas de un castaño al que no era posible acercarse, pues estaba rodeado de matorral por todos lados.

—¿Cómo se acercará usted a él, sin que le oiga?—pregunté a Luciano.—No me parece cosa fácil.

—No—me contestó.—Si pudiera verlo le tiraría desde aquí.

—¿Cómo desde aquí? ¿Tiene usted una escopeta que mate faisanes a ochenta pasos?

—A munición, no; a bala, sí.

—Ah ¿conque a bala? no hablemos más; ha hecho usted bien en encargarse del tiro.

—¿Quiere usted verlo?—preguntó Orlandini.

—Sí—contesté;—confieso que me agradaría.

—Aguarde usted entonces.

Y Orlandini se puso a imitar el cloqueo del faisán hembra.

Inmediatamente, sin ver el faisán, notamos un movimiento en las hojas del castaño; el faisán iba subiendo de rama en rama, mientras contestaba con su cacareo a las invitaciones que le hacía Orlandini.

Por fin apareció en la copa del árbol, perfectamente visible, destacándose vigorosamente sobre el blanco mate del cielo.

Orlandini calló, y el faisán se quedó inmóvil.

Luciano bajó la escopeta, y después de apuntar un segundo, disparó el tiro.

El faisán cayó como una pelota.

—¡Busca!

Y Diamante se lanzó al matorral y cinco minutos después volvió con el faisán en la boca. La bala le había atravesado el cuerpo.

—Lindo tiro—dije.—Lo felicito a usted, sobre todo por haberlo hecho con una escopeta de dos cañones.

—¡Oh!—dijo Luciano,—tengo menos mérito del que usted cree; uno de los cañones es rayado y dispara con bala como una carabina.

—No importa, aunque fuese con carabina, el tiro merecería una mención honorífica.

—¡Bah!—exclamó Orlandini interviniendo,—con carabina el señor Luciano perfora una moneda de cinco francos a trescientos pasos.

—¿Y tira usted lo mismo con pistola?

—Pues—contestó Luciano,—a veinticinco pasos más o menos, cortaría siempre seis balas sobre doce en la hoja de un cuchillo.

Me quité el sombrero y saludé a Luciano.

—¿Y su hermano—le pregunté,—es de su misma fuerza?

—¡Mi hermano! ¡Pobre Luis! Jamás ha tocado una escopeta ni una pistola. Por eso, mi gran temor es que se encuentre con alguna cuestión en París. Porque, valiente como es, y por sostener el honor del país, se haría matar.

Y Luciano guardó el faisán en el ancho bolsillo de su blusa de terciopelo.

—Y ahora hasta mañana, mi querido Orlandini—agregó.—Conozco su puntualidad; a las diez, usted, sus parientes y sus amigos se encontrarán en el extremo de la calle, ¿no es así? Del lado de la montaña, al extremo opuesto de la calle se encontrará Colonna con sus parientes y sus amigos. Nosotros estaremos en el atrio de la iglesia.

—Está convenido, señor Luciano; gracias por la molestia. Y usted, señor—continuó Orlandini, volviéndose hacia mí y saludando,—gracias por el honor que me hace.

Y después de este cambio de cumplidos, nos separamos, Orlandini se internó en los matorrales, y nosotros tomamos otra vez el camino de la aldea.

Diamante se quedó un momento indeciso entre Orlandini y nosotros, mirando alternativamente a derecha e izquierda. Después de cinco minutos de vacilación nos hizo el honor de preferirnos.

Confieso que no había dejado de causarme inquietud, mientras subíamos la doble muralla de rocas de que he hablado, la manera de bajarla; la bajada es, generalmente, como se sabe, mucho más dificultosa que la subida. Vi, pues, no sin placer, que Luciano, adivinando sin duda mi pensamiento, tomaba otro camino.

Este camino ofrecía una ventaja más y era la de la conversación que naturalmente, interrumpían los parajes escarpados. Ahora bien, como el declive era suave y el camino fácil, apenas hubimos andado cincuenta pasos me entregué a mis habituales interrogaciones.

—¿De modo—dije,—que está hecha la paz?

—Sí, y como usted ha podido verlo, no sin trabajo. Pero, en fin, le he hecho comprender que todas las ventajas eran dadas por los Colonna, en primer lugar éstos habían tenido cinco muertos, y los Orlandini sólo cuatro. Los Colonna habían consentido ayer en la reconciliación, mientras los Orlandini no consentían hasta hoy. Por fin, los Colonna se comprometían a devolver públicamente una gallina viva a los Orlandini, concesión que demostraba que reconocían su falta de razón. Esta última consideración lo decidió.

—¿Y mañana debe celebrarse esa conmovedora conciliación?

—Mañana a las diez. Ya ve usted que tiene suerte. ¿Esperaba usted ver una *vendetta*? ¡Bah!—agregó el joven riendo con risa amarga,—¡linda cosa es una *vendetta*! Desde hace cuatrocientos años, en Córcega no se oye hablar de otra cosa. Verá usted una reconciliación, y eso es mucho más raro que una *vendetta*.

Me eché a reir.

—Ya ve usted—me dijo,—que se está riendo de nosotros, y tiene razón; somos, en verdad, gentes muy curiosas.

—No—le contesté,—me río de una cosa extraña: de verlo a usted furioso contra sí mismo, por haber tenido éxito en esta cuestión.

—¿No es verdad? ¡Ah! si hubiera usted podido comprender, hubiera admirado mi elocuencia. Pero, dentro de diez años, puede usted volver tranquilo; todo el mundo hablará en francés.

—Es usted un excelente abogado.

—No, entendámonos, soy árbitro. ¡Qué diablos quiere usted! el deber de un árbitro es lograr la conciliación. Si se me nombrara árbitro entre Dios y el diablo, trataría de reconciliarlos, aunque en el fondo del corazón estaría convencido de que, al escucharme, Dios haría una majadería.

Como vi que este género de conversación no hacía más que agriar a mi compañero de camino, la dejé decaer, y como él, por su parte, no trató de reanimarla, llegamos a su casa sin pronunciar una palabras más.

VI

Griffo nos aguardaba. Y antes de que su amo le dirigiera la palabra, ya había registrado el bolsillo de la blusa y sacado el faisán. Bastóle oir el tiro para conocerlo.

La señora de Franchi no estaba acostada todavía; pero se había retirado a su habitación, encargando a Griffo que invitara a Luciano a que fuera a hablar con ella antes de acostarse.

El joven averiguó si podía faltarme algo, y ante mi respuesta negativa me pidió permiso para entrar a ver a su madre.

Le di, naturalmente, libertad completa, y subí a mi habitación.

Volví a verla con cierto orgullo. Mis estudios acerca de las analogías no me habían engañado, y me envanecía de haber adivinado el carácter de Luis, como hubiera adivinado también, en el mismo caso, el carácter de Luciano. Desnudéme, pues, lentamente, y después de tomar las *Orientales*, de Víctor Hugo, en la biblioteca del futuro abogado, me metí en cama satisfecho de mí mismo.

Acababa de leer por la centésima vez el *Fuego del Cielo*, cuando oí unos pasos en la escalera, que luego iban a detenerse muy quedo a mi puerta; sospeché que fuera mi huésped deseoso de darme las buenas noches, pero al propio tiempo temeroso de que me hubiera dormido ya.

—Entre usted—dije,—dejando el libro sobre la mesa de noche.

Abrióse la puerta, efectivamente, y apareció Luciano.

—Dispense usted—me dijo,—pero pensando en ello, me parece que he estado tan malhumorado esta noche, que no he querido acostarme sin

presentarle mis excusas; vengo, pues, a pedirle disculpa y como parece que tiene usted todavía numerosas preguntas que hacer, a ponerme enteramente a sus órdenes.

—Le agradezco muchísimo la atención—le contesté;—gracias a su amabilidad, por el contrario, estoy ya más o menos al corriente de lo que deseaba averiguar, y sólo me queda por saber una cosa, que me he prometido no preguntarle a usted.

—¿Por qué?

—Porque la pregunta sería sobrado indiscreta. Sin embargo, le advierto a usted que no debe estrecharme para que se la diga; en tal caso no respondo de mí.

—Pues entonces, déjese usted llevar; malo es no satisfacer una curiosidad. De ese modo se da naturalmente pábulo a las suposiciones, y de tres suposiciones, siempre hay por lo menos dos más perjudiciales al que es objeto de ellas que la verdad misma.

—Tranquilícese usted a ese respecto; mis suposiciones más injuriosas acerca de usted conducen sencillamente a creer que es usted brujo.

El joven se echó a reir.

—¡Diablos!—exclamó,—va usted a ponerme en tanta curiosidad como usted mismo; diga usted de qué se trata, ahora se lo ruego yo.

—Pues bien, ha tenido usted la bondad de aclarar todo lo que era obscuro para mí, menos un solo punto; me ha enseñado usted las hermosas armas históricas que aún le pediré permiso para ver otra vez antes de marcharme.

—Y va una.

—Me ha explicado usted lo que significaba la doble e igual inscripción de las culatas de las carabinas.

—Y van dos.

—Me ha dado a comprender cómo, merced al fenómeno de su nacimiento, siente, a pesar de hallarse a trescientas leguas de distancia, las mismas sensaciones que experimenta su hermano, como éste por su parte, sin duda, recibe las que experimenta usted.

—Y van tres.

—Pero, cuando la señora de Franchi a propósito del sentimiento de tristeza que usted sintió y que le hizo creer en que le hubiera ocurrido algo enojoso a su hermano, le preguntó si no había muerto, usted le contestó: «No, si hubiese muerto, yo le hubiera vuelto a ver».

—Sí, es verdad, eso contesté.

—Pues bien, si la explicación de esas palabras puede llegar a un oído profano, explíquemelas usted, se lo ruego.

El rostro del joven había ido tomando a medida que yo hablaba, una expresión tan grave, que pronuncié las últimas palabras vacilando.

Y hasta sucedió que cuando hube terminado de hablar, reinó un momento de silencio.

—¡Vamos!—le dije,—bien veo que he sido indiscreto. Considere usted que no he dicho nada.

—No—me contestó,—sólo que es usted un hombre de mundo, y algo incrédulo por lo tanto. Pues bien, temo que trate usted de superstición una antigua tradición de familia que subsiste entre nosotros hace cuatrocientos años.

—Escuche usted—exclamé,—le juro una cosa, y es que nadie, en cuestión de leyendas y tradiciones, es más crédulo que yo, y que hay una clase de cosas en que creo muy especialmente, las cosas imposibles.

—¿De modo que usted creería en las apariciones?

—¿Quiere usted que le diga lo que me ha pasado a mí mismo?

—Sí, ese relato me infundirá valor.

—Pues mi padre murió en 1807, por consiguiente, cuando yo no tenía tres años y medio todavía; como el médico había anunciado el próximo fin del enfermo, me trasladaron a casa de una vieja prima que habitaba un edificio con jardín. Ésta me preparó una cama frente a la suya, me acostó a la hora acostumbrada, y a pesar de la desgracia que me amenazaba y de la que, por otra parte, no tenía conciencia, me dormí. De repente suenan tres violentos golpes a la puerta de la habitación; me despierto, bajo de la cama y me encamino hacia la puerta.

—¿Dónde vas?—preguntó la prima que, despertada también por los tres golpes, no podía dominar cierto temor, pues sabía que, estando cerrada la primera puerta de la calle, nadie podía golpear en la de la habitación en que nos hallábamos.

—Voy a abrirle a papá, que viene a decirme adiós—contesté.

Ella fué entonces quien se tiró de la cama, y fué a acostarme de nuevo, muy a pesar mío, pues yo lloraba y seguía gritando.

—Papá está a la puerta y yo quiero ver a papá, antes que se vaya del todo.

—Y, después, ¿se ha renovado esa aparición?—preguntó Luciano.

—No, aunque yo la haya invocado muy a menudo; pero quizá también Dios acuerda a la pureza del niño privilegios que niega a la corrupción del hombre.

—¡Pues bien!—me dijo Luciano sonriendo;—en nuestra familia somos más dichosos que usted.

—¿Ven ustedes a sus parientes muertos?

—Cada vez que va a producirse o se ha producido algún gran acontecimiento.

—Y ¿a qué atribuye usted ese privilegio acordado a su familia?

—Oiga usted lo que se ha conservado entre nosotros por la tradición oral. Ya le he dicho a usted que Sivilia dejó dos hijos.

—Sí, lo recuerdo.

—Esos hijos crecieron queriéndose con todo el amor que hubieran repartido con los demás parientes, si éstos hubieran vivido. Juráronse, pues, que nada podría separarlos, ni siquiera la muerte, y a raíz de no sé qué poderoso conjuro, escribieron con su sangre, en dos trozos de pergamino, que se cruzaron, el juramento recíproco de que el primero que muriese aparecería al otro, primero en el momento de su muerte, y después en todos los momentos supremos de la vida. Tres meses más tarde uno de los hermanos fué muerto en una emboscada, en momentos en que el otro estaba cerrando una carta dirigida a él; pero cuando éste acababa de apoyar el sello de su anillo en el lacre hirviente, oyó tras él un suspiro y volviéndose, vió a su hermano de pie y con la mano apoyada sobre su hombro, aunque no sintiera

el peso de esa mano. Entonces con un movimiento completamente maquinal, le tendió la carta que le dirigía; el otro tomó la carta y desapareció.

La víspera de su muerte volvió a verle.

Sin duda ambos hermanos se habían comprometido para sí y por sus descendientes porque, desde aquella época, las apariciones se han renovado, no sólo en el instante de la muerte de los que fallecían, si no la víspera de todos los grandes acontecimientos.

—¿Y ha tenido usted alguna aparición?

—No, pero como mi padre, durante la noche que precedió a su muerte, fué avisado por su padre de que iba a morir, presumo que mi hermano y yo gozaremos del privilegio de nuestros antepasados, pues nada hemos hecho para perder ese favor.

—¿Y ese privilegio es acordado solamente a los varones de la familia?

—Sí.

—Es extraño.

—Pero así es.

Miré a aquel joven, que me decía, frío, grave y tranquilo, una cosa considerada como imposible, y repetí con Hamlet:

> There are more things in heaven and earth, Horatio,
> Than are dreamt of in your philosophy!

En París hubiera tomado a aquel joven por un sofisticador; pero en el fondo de la Córcega, en una aldehuela ignorada, era menester considerarle o como un loco que se engañaba de buena fe, o como un ser privilegiado, más dichoso o más desgraciado que el resto de los hombres.

—Y, ahora—me dijo,—¿sabe usted todo cuanto quería saber?

—Sí, gracias—contesté,—mucho agradezco su confianza en mí, y prometo a usted guardar el secreto.

—¡Oh! ¡Dios mío! si no hay secreto alguno en eso, y el primer campesino de la aldea le hubiera contado a usted esa historia como se la he contado yo; pero supongo que en París mi hermano no se habrá vanagloriado de ese privilegio, cuyo resultado sería, probablemente, hacer que la gente se le riera en la cara, y que las mujeres sufrieran ataques de nervios.

Y esto diciendo se levantó, me dió las buenas noches, y se retiró a su cuarto.

Algo me costó dormirme, aunque estuviera bastante fatigado, y aun cuando me dormí, mi sueño fué agitado. Volví a ver confusamente todos los personajes con quienes me había puesto en relación durante aquel día, pero forjando entre sí una acción confusa y sin dilación. Sólo al amanecer me dormí con un sueño real, y no desperté sino al repique de las campanas que parecían sonar junto a mi oído.

Tiré del cordón de la campanilla, pues mi sensual antecesor había llevado el lujo hasta el extremo de poner al alcance de su mano la única que probablemente había en la aldea.

Griffo apareció en seguida con el agua caliente. Vi que el señor Luis de Franchi había educado bastante bien a aquella especie de ayuda de cámara.

Luciano había preguntado ya dos veces si estaba yo despierto, declarando que, si no me movía a las nueve y media, entraría en mi cuarto.

Eran las nueve y veinticinco, de modo que no tardé en verle entrar.

Se me apareció vestido de francés, y hasta de francés elegante. Llevaba levita negra, chaleco de fantasía y pantalón blanco, pues ya a principios de marzo hace rato que se pueden llevar pantalones blancos en Córcega.

Vió que le miraba con cierta sorpresa.

—Admira usted mi traje—me dijo,—es una nueva prueba de que me estoy civilizando.

—Sí, a fe mía—contesté,—y le confieso que no estoy poco admirado de que se encuentre un sastre capaz de tanto en Ajaccio. Pero yo, con mi traje de terciopelo, voy a hacer muy triste figura al lado suyo.

—Como que el mío es del sastre Humann, ni más ni menos, huésped mío. Como mi hermano y yo tenemos exactamente el mismo cuerpo, Luis me ha dado la broma de enviarme un guardarropa completo, que no uso, como

usted supondrá, sino en las grandes solemnidades: cuando pasa el señor prefecto; cuando el general comandante del octogésimo sexto departamento hace su jira; o también, cuando recibo un huésped como usted, y esa dicha se combina con un acontecimiento tan solemne como el que va a realizarse.

Tenía aquel joven una eterna ironía que, manejada por un espíritu superior, mientras incomodaba un tanto a su interlocutor, no pasaba, sin embargo, nunca, los límites de la perfecta corrección.

Me contenté, pues, con inclinarme, dando las gracias, mientras él se calzaba, con todas las precauciones de estilo, un par de guantes cortados para su mano por Boivin o Rousseau.

Con aquel traje tenía, realmente, el aspecto de un elegante parisiense.

Yo, entretanto, terminé de vestirme.

Dieron las diez menos cuarto.

—Vamos—me dijo,—si quiere usted ver el espectáculo; creo que es hora de que tomemos nuestras plateas; a menos que prefiera usted almorzar, lo que, según creo, sería más razonable.

—Gracias, rara vez como antes de las once o las doce: puedo hacer frente, pues, a ambas operaciones.

—Entonces, vamos.

Tomé el sombrero y le seguí.

Desde lo alto de la escalinata de ocho escalones por la que se llegaba a la puerta de la fortaleza habitada por la señora de Franchi y su hijo, dominábase toda la plaza.

Al contrario de lo que ocurría el día antes, la plaza estaba llena de gente, sin embargo, todo aquel gentío se componía únicamente de mujeres y de niños de menos de doce años: no se veía un hombre.

En el primer escalón del atrio de la iglesia hallábase uno solo, ceñido con la banda tricolor; era el alcalde.

Bajo el pórtico, otro hombre vestido de negro estaba sentado a una mesa, con un papel escrito delante. Aquel hombre era el notario; el papel escrito era el acta de la reconciliación.

Tomé asiento a uno de los lados de la mesa junto con los padrinos de Orlandini. Del otro lado estaban los padrinos de Colonna—detrás del notario se colocó Luciano, que estaba tanto por el uno como por el otro.

En el fondo, en el coro de la iglesia, veíanse los sacerdotes, prontos a decir la misa.

El reloj dió las diez.

Inmediatamente, corrió un estremecimiento por la multitud entera, y las miradas se dirigieron hacia los extremos de la calle si puede llamarse calle un intervalo desigual dejado entre ellas por unas cincuenta casas construídas a capricho de sus propietarios.

Al punto se vió aparecer a Orlandini del lado de la montaña y a Colonna del lado del arroyo: ambos eran seguidos por sus partidarios; pero, de acuerdo con el programa convenido, ni uno solo llevaba armas; hubiérase dicho, a no ser por las caras algo hurañas, que eran honrados cofrades siguiendo una procesión.

Los jefes de ambos partidos presentaban un contraste físico bien marcado; Orlandini, como ya he dicho, era alto, delgado, moreno, ágil. Colonna era bajo, grueso, vigoroso; tenía la barba y el cabello rojos; llevaba barba y cabellos cortos y rizados.

Ambos tenían en la mano una rama de olivo, simbólico emblema de la paz que iban a sellar, y al propio tiempo poética invención del alcalde.

Colonna llevaba también, asida de las patas, una gallina blanca, destinada a reemplazar a título de daños y perjuicios, la gallina que, diez años antes, había dado margen a la querella.

La gallina estaba viva.

Ese detalle tuvo que ser discutido largamente, y había estado a punto de echar a perder las cosas, pues Colonna consideraba doble humillación devolver viva la gallina que su tía había arrojado, muerta, a la cara de la prima de Orlandini.

Sin embargo, a costa de lógica, Luciano había logrado, que Colonna diera la gallina, como había conseguido, a fuerza de dialéctica, que Orlandini la recibiera.

Apenas aparecieron los dos enemigos, las campanas, que habían callado un momento, fueron echadas a vuelo.

Al verse, Colonna y Orlandini hicieron el mismo movimiento, indicando bien a las claras su mutua repulsión; sin embargo, continuaron su camino.

Detuviéronse exactamente en frente de la iglesia, a cuatro pasos el uno del otro.

Si, tres días antes, aquellos dos hombres se hubiesen encontrado a cien pasos de distancia, uno de los dos hubiera quedado seguramente allí.

Durante cinco minutos reinó, no sólo en los dos grupos, sino también en la muchedumbre entera, un silencio que, a pesar del objeto conciliador de la ceremonia, nada tenía de pacífico.

Y el alcalde tomó la palabra.

—¡Vamos, Colonna!—dijo.—¡Ya sabe que a usted le toca hablar!

Colonna hizo un esfuerzo sobre sí mismo y pronunció algunas palabras en dialecto corso.

Creí comprender que expresaba su sentimiento por haber estado diez años en *vendetta* con su buen vecino Orlandini, y que, como reparación, le ofrecía la gallina blanca que llevaba en la mano.

Orlandini aguardó a que la frase de su adversario estuviera completamente terminada y contestó con algunas frases corsas que, por su parte, eran la promesa de no acordarse de nada más, que de la reconciliación solemne que se celebraba bajo los auspicios del señor alcalde, el arbitraje del señor Luciano, y la redacción del señor notario.

Y ambos volvieron a callar.

—Y, ¡señores!—dijo el alcalde,—¿no estaba convenido, me parece, que se darían ustedes las manos?

Con un movimiento instintivo, ambos adversarios echaron al mismo tiempo la mano a la espalda.

El alcalde bajó entonces el escalón en que estaba, fué a buscar a la espalda de Orlandini la mano de éste, volvió hacia Colonna a hacer la misma

operación con él, y después de algunos esfuerzos que trató de disimular a sus administrados, con una sonrisa, logró unir ambas diestras.

El notario aprovechó el momento, se levantó y leyó, mientras el alcalde sostenía firmemente las dos manos, que en un principio hicieron cuanto pudieron por desasirse, pero que al fin se resignaron a permanecer unidas.

> «Ante nos, Giuseppe Antonio Sarrola, notario real de Sollecaro, provincia de Sartène,
>
> «En la plaza principal de la aldea, en presencia del señor alcalde, de los padrinos y de toda la población,
>
> «Entre Gaetano Orso Orlandi, llamado Orlandini,
>
> «Y Marco Vincenzo Colonna, llamado Schioppone,
>
> «Ha quedado solemnemente convenido lo siguiente:
>
> «A partir de este día de hoy, 4 de marzo de 1841, cesará la *vendetta* declarada hace diez años entre ellos.
>
> «A partir de este mismo día vivirán como buenos vecinos y compadres, como vivían sus parientes antes de la desgraciada cuestión que sembró la desunión entre sus familias y sus amigos.
>
> «En fe de lo cual, han firmado el presente, bajo el pórtico de la iglesia de la aldea con el señor Polo Arbori, alcalde de la comuna, el señor Luciano de Franchi, árbitro, los padrinos de cada uno de los dos contratantes, y nos, el notario.—Sollecaro, Este, 4 de marzo de 1841».

Observé con admiración que, por exceso de prudencia, el notario no había dicho la menor palabra a propósito de la gallina que ponía a Colonna en tan mala situación respecto de Orlandini.

También, el rostro de Colonna se iluminó en razón directa de lo que se obscureció el de Orlandini. Este último miró la gallina que tenía en la mano, como con violentas ganas de tirarla a la cara de Colonna. Pero una mirada de Franchi mató en germen esa mala intención.

El alcalde vió que no había tiempo que perder; subió hacia atrás, manteniendo entre las suyas las manos de los recién reconciliados, sin

perder a éstos de vista un segundo. Luego, para adelantarse a una nueva discusión que no podía dejar de sobrevenir en el momento de firmar, desde que cada uno de los adversarios consideraría que hacerlo primero era una nueva concesión, tomó la pluma, firmó, y convirtiendo la vergüenza en honor, pasó la pluma a Orlandini que la tomó de sus manos, firmó y la pasó a Luciano quien, usando del mismo subterfugio pacificador, la pasó a su vez a Colonna que hizo su cruz.

En aquel mismo instante oyéronse los cánticos eclesiásticos, como se canta el *Te Deum* después de una victoria.

Firmamos todos en seguida, sin distinción de rango ni de título, como la nobleza de Francia signara, ciento veintitrés años antes, la protesta contra el duque del Mainez.

En seguida, los dos héroes de la jornada entraron en la iglesia y fueron a arrodillarse a ambos lados del coro, cada cual en el sitio que le había sido destinado.

Noté que, desde aquel momento, Luciano se quedó completamente tranquilo: todo había terminado, la reconciliación estaba jurada, no sólo ante los hombres sino también ante Dios.

El resto del oficio divino pasó, pues, sin acontecimiento alguno que merezca la pena de ser apuntado.

Terminada la misa, Orlandini y Colonna salieron con el mismo ceremonial. A la puerta y mediante una invitación del alcalde, volvieron a tocarse las manos; luego cada cual tomó, con su cortejo de amigos y parientes, el camino de su casa a la que desde hacía tres años, no había entrado ninguno de los dos.

En cuanto a Luciano y yo, volvimos a casa de la señora de Franchi, donde nos aguardaba el almuerzo.

Fácil me fué ver, por el aumento de atenciones de que era objeto, que Luciano había leído mi nombre por arriba de mi hombro cuando firmé el acta, y que ese nombre no le era completamente desconocido.

Aquella mañana había anunciado a Luciano mi intención de partir después de almorzar; era imperiosamente llamado a París para dirigir los ensayos de

mi comedia *Un mariage sous Louis XV*, y a pesar de las instancias de la madre y el hijo, persistí en mi primera resolución.

Luciano me pidió entonces permiso para aceptar mi ofrecimiento, escribiendo por mi intermedio a su hermano, y la señora de Franchi, que bajo su fuerte carácter antiguo no dejaba de ocultar un corazón de madre, me hizo prometerle que entregaría la carta en mano propia.

La incomodidad no era grande, por otra parte, pues Luis de Franchi, como verdadero parisiense que era, vivía en la calle de Helder, núm. 7.

Pedí que me dejaran visitar por última vez el cuarto de Luciano, quien me condujo a él, y mostrándome con la mano todo cuanto allí había, me dijo:

—Tenga usted muy en cuenta que si hay entre todos estos objetos uno que le agrade debe tomarlo porque es suyo.

Fuí a descolgar un puñalito colocado en un rincón lo bastante obscuro para indicarme que no tenía valor alguno, y como había visto antes que Luciano miraba mi cinturón de caza, y le había oído alabar su distribución, le rogué que lo aceptara; tuvo el buen gusto de tomarlo sin hacerse de rogar.

En ese mismo instante apareció Griffo en la puerta; iba a anunciarme que el caballo estaba ensillado y que el guía aguardaba.

Yo había puesto a un lado el obsequio que destinaba a Griffo: era una especie de cuchillo de caza, con dos pistolas pegadas a ambos lados de la hoja y cuyos gatillos estaban ocultos en la empuñadura.

Jamás he visto alegría semejante a la suya.

Bajé y encontré a la señora de Franchi al pie de la escalera; me aguardaba para desearme buen viaje en el mismo sitio en que me había deseado la bienvenida. Le besé la mano, pues sentía gran respeto hacia aquella mujer tan sencilla y al propio tiempo tan digna.

Luciano me condujo hasta la puerta.

—Cualquier otro día—me dijo,—ensillaría mi caballo y tendría el gusto de acompañar a usted hasta más allá de la montaña, pero hoy no me atrevo a salir de Sollecaro, pues temo que uno u otro de los dos nuevos amigos haga alguna tontería.

—Y hace usted bien—le contesté;—en cuanto a mí, crea usted que me felicito de haber presenciado una ceremonia tan nueva en Córcega, como la que acabo de ver.

—Sí, felicítese usted, pues ha visto una cosa que ha debido hacer estremecer en sus tumbas los despojos de nuestros abuelos...

—Comprendo: la palabra era para ellos tan sagrada, que la presencia de un notario en una reconciliación, les hubiera parecido un insulto...

—¡Es que ellos no se hubieran reconciliado!

Y me tendió la mano.

—¿No me encarga usted de dar un abrazo a su hermano?

—¡Oh, sí, si eso no le es incómodo a usted!

—Pues, abracémonos entonces; no puedo dar lo que no he recibido.

Nos dimos un abrazo.

—¿Nos volveremos a ver algún día?

—Sí, si vuelve usted a Córcega.

—No; pero usted puede ir a París.

—No iré jamás—dijo Luciano.

—Sea como sea, hallará usted tarjetas con mi nombre sobre la chimenea de la habitación de su hermano. No olvide usted la dirección.

—Le prometo que, si algún acontecimiento me lleva un día al Continente, mi primera visita será para usted.

—Queda convenido.

Me dió la mano por última vez, y nos separamos; pero, mientras pudo verme bajar por la calle que conduce al arroyo, me siguió con la vista desde la puerta de su casa.

Todo en la aldea estaba bastante tranquilo, aunque todavía podía observarse en ella esa especie de agitación que sigue a los grandes acontecimientos, y me alejé fijando los ojos, a medida que pasaba, en cada puerta, contando siempre con ver salir a mi ahijado Orlandini que, a la verdad, bien me debía las gracias, y no me las había dado.

Pero dejé atrás la última casa de la aldea, y me interné en el campo sin haber visto a nadie que se le pareciese.

Creí que me había olvidado por completo, y debo agregar que, en medio de las graves preocupaciones que debía tener Orlandini en semejante día, le perdonaba sinceramente ese olvido, cuando, de pronto, al llegar a los matorrales de Bicchisano, vi salir de la espesura a un hombre que se puso en medio del camino, y al instante reconocí a quien, en mi impaciencia francesa y en costumbre de corrección parisiense, tachaba ya de ingrato.

Noté que ya había tenido tiempo de volver a ponerse el traje en que se me apareció en las ruinas de Vicentello; es decir, que llevaba la cartuchera con la pistola de rigor, y que iba armado con escopeta.

Cuando estuvo a unos veinte pasos se quitó el sombrero, mientras yo espoleaba mi caballo para no hacerlo esperar.

—Señor—me dijo,—no he querido dejarlo salir de Sollecaro sin darle las gracias por el honor que se ha dignado usted hacer a un campesino sirviéndole de testigo, y como allá no tenía el corazón a mis anchas ni la lengua libre, vine a esperarlo aquí.

—Lo agradezco—le contesté,—pero no había necesidad de que usted descuidara sus asuntos por tan poca cosa, y el honor ha sido para mí.

—Además—agregó el bandido,—qué quiere usted, señor: no se pierden en un día las costumbres de cuatro años. El aire de la montaña es terrible; cuando uno lo ha respirado una vez, se sofoca en todas partes. Hace un rato, cuando estaba en esas miserables casas, a cada instante creía que el techo se me iba a caer encima.

—Pero—repliqué,—va usted a reanudar su vida habitual. ¿No tiene usted, según me han dicho, una casa, un campo y una viña?

—Sí, sin duda, pero mi hermana cuidaba de la casa, y ahí estaban los luqueses para labrar mi campo y vendimiar mi uva. Nosotros, los corsos, no trabajamos.

—¿Qué hacen ustedes, entonces?

—Vigilamos a los trabajadores, nos paseamos con la escopeta al hombro, cazamos.

—Pues bien, mi querido Orlandini—le dije, tendiéndole la mano,—¡buena caza! Pero no olvide usted que mi honor, como el suyo, está comprometido, y que ya no debe usted hacer fuego, de aquí en adelante, sino sobre los carneros silvestres, los gamos, los jabalíes, los faisanes y las perdices, y nunca contra Marco Vincenzo Colonna ni contra nadie de su familia.

—¡Ah, excelencia!—exclamó mi ahijado con una expresión fisonómica que hasta entonces no había observado sino en la cara de los litigantes normandos,—¡la gallina que me devolvió estaba tan flaca!

Y sin agregar una palabra más, se metió entre los matorrales, desapareciendo en seguida.

Yo continué mi camino meditando sobre aquella probable causa de ruptura entre los Orlandini y los Colonna.

Aquella noche dormí en Albiteccia. Al día siguiente llegué a Ajaccio. Ocho días después estaba en París.

VII

El mismo día de mi llegada me presenté en casa del señor Luis de Franchi; había salido.

Dejé mi tarjeta con una línea anunciándole que acababa de llegar directamente de Sollecaro, y que tenía para él una carta del señor Luciano. Le preguntaba a qué hora podía recibirme, agregando que me había comprometido a entregarle la carta en mano propia.

Para llevarme al gabinete de su amo, donde debía escribir dichos renglones, el criado me hizo atravesar sucesivamente el comedor y la sala. Miré en torno mío con la curiosidad que debe comprenderse, y reconocí los mismos gustos que ya había notado en Sollecaro; sólo que esos gustos estaban perfeccionados por toda la elegancia parisiense. Me pareció, pues, que el señor Luis de Franchi tenía un lindísimo departamento de soltero.

Al día siguiente, y cuando me estaba vistiendo; es decir, a las once de la mañana, mi criado me anunció a su vez al señor Luis de Franchi. Ordené que se le hiciera entrar en la sala, se le diesen los diarios, y se anunciase que al momento me pondría a sus órdenes.

En efecto, cinco minutos después, me presentaba en la sala.

Al ruido que hice, el señor de Franchi que, sin duda por cortesía, estaba leyendo un folletín mío que aparecía en *La Presse*, levantó la cabeza.

Me quedé petrificado al ver su parecido con Luciano.

Se puso de pie.

—Señor—me dijo,—trabajo me costaba creer en mi buena suerte, al leer el billetito que me entregó el criado cuando volví. Le hice repetir diez veces

las señas de usted, para convencerme de que estaban de acuerdo con sus retratos; en fin, esta mañana, en mi doble impaciencia de darle a usted las gracias y de tener noticias de mi familia, me he presentado en su casa sin preocuparme mucho de la hora, lo que me hace temer haber sido demasiado madrugador...

—Perdón—le dije,—si no comienzo por contestar a su cortés cumplido; pero, se lo confieso a usted, le estoy mirando, y me pregunto si tengo el honor de hablar a don Luis o a don Luciano de Franchi.

—Sí, ¿no es verdad? el parecido es grande—agregó sonriendo,—y cuando yo me hallaba todavía en Sollecaro, los únicos que no nos equivocábamos éramos mi hermano y yo; sin embargo, si después de mi partida no ha abjurado de sus costumbres corsas, usted ha debido verlo constantemente en un traje que crea alguna diferencia entre nosotros.

—Pues precisamente—repliqué,—la casualidad ha hecho que al separarme de él, estuviese, salvo el pantalón blanco, que aún no es tiempo de ponerse en París, exactamente vestido como usted, de lo que resulta que no tengo, para separar su presencia del recuerdo de Luciano, ni siquiera esa diferencia de traje de que me habla. Pero—continué sacando la carta de mi cartera,—comprendo que tiene usted prisa por saber noticias de su familia; tome usted esta carta, que le hubiese dejado ayer, si no hubiera prometido a la señora de Franchi entregársela a usted mismo.

—¿Dejó usted a todos buenos?

—Sí, pero inquietos.

—¿Por mí?

—Por usted. Pero lea usted su carta, se lo ruego.

—¿Usted me lo permite?

—¡Sin duda alguna!

El señor de Franchi abrió la carta, mientras yo preparaba un cigarrillo.

Entretanto le seguía con los ojos mientras su mirada recorría rápidamente la epístola fraternal; de tiempo en tiempo sonreía murmurando:

—¡Querido Luciano! ¡madre mía!... Sí, sí, comprendo...

Yo no había vuelto aún de mi asombro ante aquel extraño parecido; sin embargo, y como lo había dicho Luciano, observé que Luis era más blanco y que pronunciaba más claramente el francés.

—¡Y bien!—le dije, ofreciéndole un cigarrillo que encendió en el mío,—ya lo ve usted: como se lo había dicho, su familia estaba inquieta, pero veo con satisfacción que no tenía motivo para ello.

—No—me dijo con tristeza,—no del todo. No he estado enfermo, es verdad, pero he tenido un pesar, un pesar bastante violento, que, se lo confieso a usted, aumentaba aún ante la idea de que, al sufrir aquí, hacía sufrir allá a mi hermano.

—El señor Luciano me había dicho ya lo que acaba usted de decirme; pero para que yo creyese una cosa tan extraordinaria y la tuviera por una verdad y no por una preocupación de su espíritu, era menester la prueba que tengo en este instante; de modo que usted también está convencido, señor, de que el malestar que sentía su hermano en Sollecaro dependía del sufrimiento que usted experimentaba aquí.

—Sí, señor, completamente convencido.

—Entonces—repuse,—como su respuesta afirmativa tiene por resultado el de interesarme doblemente en lo que le pasa a usted, permítame que le pregunte, por interés, y no por curiosidad, si el pesar de que me hablaba hace un momento ha pasado, y si está usted en camino de complacerme.

—¡Oh, Dios mío! ya sabe usted, caballero, que los dolores más vivos se adormecen con el tiempo, y si ningún accidente viene a emponzoñar la herida de mi corazón, ¡vamos! seguirá sangrando quién sabe cuanto, pero al fin se cicatrizará. Y ahora, reciba usted mis más expresivas gracias, y concédame el permiso de venir de tiempo en tiempo a hablarle de Sollecaro.

—¡Con el mayor placer!—le contesté;—¿pero por qué no continuamos ahora mismo una conversación que es para mí tan agradable como para usted? ¡Vamos! aquí está el criado: viene a anunciarme que el almuerzo está servido. Hágame usted el gusto de comer un par de chuletas conmigo y conversaremos a nuestras anchas.

—¡Imposible! y de veras que lo siento. Recibí ayer una carta del canciller de Francia, pidiéndome que pase hoy mismo, a mediodía, a verlo por el

Ministerio de Justicia, y, ya comprende usted que yo, pobre abogadillo en barbecho, no puedo hacer esperar a tamaño personaje.

—¡Ah! pues probablemente lo llamará a usted por el asunto de los Orlandini y los Colonna...

—Así me parece, y como mi hermano me dice que la querella ha terminado...

—Ante notario, puedo darle a usted noticias ciertas de ello; firmé el contrato, como padrino de Orlandini.

—En efecto, mi hermano me dice algo al respecto.

Y luego, sacando el reloj, añadió:

—Oiga usted; faltan pocos minutos para las doce; voy, pues, primero, a anunciar al canciller que mi hermano ha cumplido mi palabra...

—¡Oh! religiosamente, puedo atestiguarlo.

—¡Querido Luciano! bien sabía yo que, aunque no pensara así, no dejaría de hacerlo.

—Sí, y hay que agradecérselo, se lo aseguro a usted, porque le ha costado bastante.

—Más tarde hablaremos de eso, pues como usted comprenderá, es una gran satisfacción para mí volver a ver con los ojos del pensamiento y evocados por usted, a mi madre, a mi hermano, a mi país. De modo que si usted tiene la bondad de decirme a qué hora...

—Eso es bastante difícil. En estos primeros días de mi llegada tengo necesariamente que ser un tanto vagabundo. Pero dígame usted mismo dónde puedo encontrarlo.

—Diga usted: mañana hay baile de máscaras en la Ópera, el baile de Cuaresma, ¿no es verdad?

—¿Mañana?

—Sí.

—¿Y bien?

—¿Irá usted a ese baile?

—Sí o no, según. Sí, si me lo pregunta usted para que nos encontremos allí; no, si no tengo interés alguno en ir.

—En cuanto a mí, es necesario que vaya; estoy obligado a ir.

—¡Ah, ah!—exclamé sonriendo,—ya veo, como me lo decía usted hace un instante, que el tiempo adormece los más vivos dolores, y que la herida de su corazón ha de cicatrizar...

—Se engaña usted, porque probablemente iré en busca de nuevos dolores.

—Entonces no vaya usted.

—¡Ah, Dios mío! ¿acaso se hace lo que se quiere en este mundo? Me veo arrastrado a pesar mío; voy hacia donde me empuja la fatalidad. Más valdría que no fuese, bien lo sé, y sin embargo, iré.

—¿Así, pues, hasta mañana en la Ópera?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las doce y media, si no tiene usted inconveniente.

—¿Dónde?

—En el foyer. A la una tengo cita debajo del reloj.

—Perfectamente.

Nos estrechamos la mano y Luis de Franchi salió rápidamente de mi casa. Iban a dar las doce.

Ocupé toda aquella tarde y todo el día siguiente en las diligencias indispensables de un hombre que acaba de hacer un viaje de diez y ocho meses.

A las doce y media de la noche me hallaba en el punto de la cita.

Luis se hizo esperar un rato; había seguido por los corredores a una máscara que creyó reconocer, pero ésta se perdió entre el gentío y no pudo alcanzarla.

Traté de hablar de Córcega, pero Luis estaba demasiado distraído para seguir tema tan serio de conversación; sus ojos estaban constantemente fijos en el reloj y de pronto se separó de mí exclamando:

—¡Ah! ¡ahí está mi ramito de violetas!

Y atravesó el gentío para reunirse con una mujer que, efectivamente, llevaba un enorme ramillete de violetas en la mano.

Como, por fortuna para todos los paseantes, había en el foyer ramilletes de toda especie, pronto se me reunió uno de camelias blancas, que tuvo a bien felicitarme por mi feliz regreso a París.

Al ramillete de camelias sucedió uno de rosas.

Al de rosas uno de heliotropos.

Por fin me hallaba con mi quinto ramillete cuando encontré a D**.

—¡Ah! ¡es usted, querido!—exclamó,—sea usted el bienvenido, porque llega de perlas: esta noche cenaremos en casa de Fulano y Zutano (me nombró a tres o cuatro de nuestros comunes amigos), y contamos con usted.

—Muchísimas gracias—contesté;—pero, a pesar de mi gran deseo de aceptar la invitación, no me es posible, porque estoy acompañado.

—Pero me parece que no hay para qué decir que cada cual tiene el derecho de llevar a su cada cual; en la mesa están preparados seis vasos de agua cuyo único objeto será mantener frescos los ramilletes...

—¡Ay! querido, se engaña usted: no tengo ramilletes que poner en sus vasos; estoy con un amigo...

—Pues ya sabe usted el refrán: los amigos de nuestros amigos...

—Es un joven que usted no conoce.

—Así nos conoceremos.

—Le ofreceré tan buen momento.

—Y si rehúsa, llévelo usted por fuerza.

—Haré lo que pueda, se lo prometo... Y ¿a qué hora nos pondremos a la mesa?

—A las tres; pero, como nos hemos de quedar hasta las seis, tiene usted margen...

—Perfectamente.

Un ramillete de myosotis, que probablemente había oído la última parte de nuestra conversación, tomó el brazo de D** y se alejó con él.

Minutos después me encontré con Luis, que, según todas las probabilidades, había terminado con su ramillete de violetas.

Como mi dominó estaba dotado de un ingenio bastante mediano, la envié a intrigar a uno de mis amigos, tomé el brazo de Luis y le dije:

—¿Ha sabido usted lo que deseaba saber?

—¡Oh, sí!—exclamó.—Ya sabe usted, y demasiado, que en los bailes de máscaras, generalmente, no se nos dice sino lo que se debería dejarnos ignorar.

—¡Pobre amigo mío!...—le dije.—Y perdone usted que lo trate así; pero me parece que le conozco desde que conocí a su hermano... ¡Vaya!... ¿Es usted desgraciado, no es cierto? ¿Qué es lo que le pasa?

—¡Oh, Dios mío! nada que valga la pena de ser repetido.

Vi que deseaba guardarse su secreto, y callé.

Dimos dos o tres vueltas en silencio; yo, bastante indiferente, porque no aguardaba a nadie; él, con el ojo siempre avizor, y examinando cuanto dominó pasaba al alcance de nuestra vista.

—¡Vamos!—dije por fin,—¿sabe usted lo que debería hacer?

Se estremeció como el hombre a quien se arranca a sus penas.

—¿Yo?... ¡yo!... ¿qué dice usted? Oí, disculpe usted...

—Le propongo una distracción de que me parece necesitar mucho.

—¿Cuál?

—Véngase usted a cenar conmigo en casa de un amigo.

—¡Oh, no, caramba!... sería un convidado demasiado tétrico...

—¡Bah! se han de decir tantas locuras, que al cabo acabarán por alegrarlo.

—Por otra parte, no estoy invitado.

—Se engaña usted: lo está.

—Su anfitrión de usted es muy galante, pero, palabra de honor, no me considero digno...

En ese momento nos cruzamos con D**. Parecía muy ocupado con su ramillete de myosotis. Sin embargo, me vió.

—¿Y?—me dijo,—quedamos convenidos, ¿no es así? A las tres.

—Menos convenido que nunca, amigo mío; no puedo ir...

—¡Váyase usted al diablo, entonces!

Y continuó su camino.

—¿Quién es ese caballero?—preguntó Luis, visiblemente por decir algo.

—Pues el señor D**, uno de nuestros amigos, mozo de mucho talento, aunque sea gerente de un periódico.

—¡El señor D**!—exclamó. Luis;—¿Conoce usted al señor D**?

—Sin duda alguna. Hace dos o tres años que estoy en relaciones de intereses y sobre todo de amistad con él.

—¿Y se trataba, acaso, de ir a cenar a su casa esta noche?

—Sí.

—¡Oh, entonces es otra cosa; acepto, acepto, con muchísimo placer!

—¡Gracias a Dios! ¡No ha costado poco!

—Quizá no debiera ir—agregó Luis, sonriendo con tristeza;—pero ya sabe usted lo que le decía anteayer; nadie va donde debe ir, todo el mundo va hacia donde lo empuja el destino, y la prueba es que yo no debería haber venido aquí esta noche.

En ese momento volvimos a cruzarnos con D**.

—Querido—le dije,—veo que he cambiado de opinión.

—¿Y es usted de los nuestros?

—Sí.

—¡Ah, bravo! Sin embargo, debo prevenirle una cosa.

—¿Cuál?

—Que todos los que cenen esta noche con nosotros deben volver a cenar con nosotros pasado mañana.

—¿En virtud de qué ley?

—En virtud de una apuesta con Chateau-Renaud.

Sentí estremecerse vivamente a Luis, cuyo brazo tenía bajo el mío. Me di vuelta: aunque estuviese más pálido que un momento antes, su rostro había permanecido impasible.

—¿Y qué apuesta es ésa?—pregunté.

—¡Oh! el cuento es demasiado largo para decírselo en este sitio. Además, hay una persona interesada en la apuesta, que podría hacérsela perder si oyera hablar de ella.

—Perfectamente; hasta luego a las tres.

—Hasta luego.

Nos separamos nuevamente: al pasar frente al reloj miré y vi que eran las dos y treinta y cinco minutos.

—¿Conoce usted a ese señor Chateau-Renaud?—me preguntó Luis con una voz cuya emoción trataba en vano de disimular.

—De vista solamente; le he encontrado algunas veces en sociedad.

—¿De modo que no es amigo suyo?

—Ni siquiera conocido.

—¡Ah! ¡me alegro!—dijo Luis.

—¿Por qué?

—Por nada.

—Pero ¿usted le conoce?

—Indirectamente.

A pesar de lo evasivo de la respuesta, fácil me fué comprender que entre el señor de Franchi y el señor de Chateau-Renaud existía una de esas misteriosas relaciones cuyo conductor es la mujer. E instintivamente

comprendí que sería mejor para mi compañero que nos volviéramos a nuestras respectivas casas.

—Oiga usted, amigo mío—le dije.—¿Quiere usted seguir mi consejo?

—Vamos...

—Pues, dejemos esa cena en casa de D**.

—¿Por qué razón? ¿No nos aguarda, o mejor dicho, no le ha anunciado usted que le lleva un convidado?

—Sí: no se trata de eso.

—Entonces, ¿por qué?

—Sencillamente porque creo que sería mejor que no fuéramos.

—Pero, al fin y al cabo, ¿tiene usted un motivo para cambiar así de opinión? Hace un momento insistía usted en llevarme, casi a pesar mío.

—Y nos encontraremos con Chateau-Renaud.

—Tanto mejor: dicen que es muy amable, y me agradaría conocerlo bien.

—¡Entonces, sea!—dije.—Vamos, ya que usted lo quiere.

Bajamos a buscar nuestros sobretodos.

D** vivía a dos pasos de la Ópera; la noche estaba hermosa: pensé que el aire libre calmaría un tanto el espíritu de mi compañero. Le propuse, pues, que fuéramos a pie, y aceptó.

En la sala encontramos a varios amigos míos, y, como yo lo había sospechado, dos o tres máscaras sin careta, que tenían sus ramilletes en la mano, aguardando el momento de ponerlos en los vasos. Presenté al señor Luis de Franchi, a unos y a otras, y demás está decir que fué cortésmente recibido por todos.

Diez minutos más tarde llegó también D**, conduciendo al ramillete de myosotis, que se quitó el antifaz con un abandono y una facilidad que indican, primero, a la mujer bonita; y después, a la mujer acostumbrada a esa clase de fiestas.

Cuando puse en contacto a de Franchi y a D**, mi amigo B** hizo la más oportuna de las indicaciones:

—Si ya no queda nadie por presentar pido que nos sentemos a la mesa.

—Todo el mundo está presentado, pero todos los invitados no han venido—contestó Dujarrier.

—¿Quién falta?

—Chateau-Renaud.

—¡Ah, es verdad! ¿no tiene una apuesta pendiente?—preguntó V**.

—Sí, por una cena de doce personas que pagará si no trae a cierta dama que se ha comprometido a traer.

—¿Y quién es esa dama—preguntó el ramillete de myosotis,—tan esquiva que da motivo a apuestas semejantes?

Miré a de Franchi; estaba tranquilo en apariencia, pero pálido como la muerte.

—¡Vamos!—dijo Dujarrier,—no creo que sea una indiscreción decir el nombre de esa máscara; tanto más cuanto que es muy probable que no la conozcan ustedes. Es la señora...

Luis puso la mano en el brazo de Dujarrier.

—Señor—le dijo,—en obsequio a nuestra nueva amistad, hágame usted un favor...

—Cuanto usted desee...

—No nombre usted a la persona que debe venir con el señor Chateau-Renaud: bien sabe usted que es una mujer casada.

—Sí, pero el marido está en Esmirna, en las Indias, en Méjico, qué sé yo dónde. Cuando un marido está tan lejos es, ya sabe usted, como si no existiera.

—Pues el marido vuelve dentro de pocos días; le conozco, es un caballero y yo desearía evitarle, si es posible, que a su vuelta conozca la inconsecuencia de su mujer.

—Entonces, discúlpeme usted—contestó Dujarrier.—Ignoraba que conociese usted a esa señora; hasta dudaba de que fuera casada: pero, desde que usted la conoce y conoce al marido...

—Los conozco.

—Seremos de la mayor discreción. Señoras y señores, venga o no venga Chateau-Renaud, llegue solo o acompañado, pierda o gane su apuesta, ruego a ustedes que guarden el secreto de esta aventura.

Todos lo prometieron a una voz, probablemente no por sentimiento muy profundo de las conveniencias sociales, sino porque tenían mucho apetito y, por consiguiente, estaban deseando ponerse a la mesa.

—Gracias, señor—dijo de Franchi estrechando la mano de Dujarrier,—le aseguro a usted que acaba de hacer una buena acción.

Pasamos al comedor y nos sentamos. Dos sillas quedaron desocupadas: la de Chateau-Renaud, y la de la persona que debía acompañarle.

El criado fué a sacar los cubiertos.

—¡No!—dijo el dueño de la casa;—deje usted esos asientos: Chateau-Renaud tiene plazo hasta las cuatro de la mañana. A las cuatro sacará usted el cubierto: a las cuatro en punto habrá perdido su apuesta.

Yo no dejaba de mirar a de Franchi; vi que volvía los ojos hacia el reloj que señalaba las tres y cuarenta.

—¿Anda bien ese reloj?—preguntó fríamente de Franchi.

—No me preocupa—contestó Dujarrier,—pues he hecho arreglar el reloj por el de Chateau-Renaud, para que no tenga motivo alguno de queja.

—Pero, señores—dijo el ramillete de myosotis,—puesto que no se puede hablar de Chateau-Renaud y su desconocida, no hablemos más de ellos, porque vamos a caer en los símbolos, las alegorías y los enigmas, lo que resulta mortalmente fastidioso.

—Tiene usted razón, Estela—contesto V**;—hay tantas mujeres de quienes se puede hablar y que no quieren otra cosa...

—A la salud de ellas—dijo Dujarrier.

Y comenzaron a llenarse las copas de champaña helado. Cada uno de los convidados tenía una botella frente a él.

Noté que Luis humedecía apenas los labios en su copa.

—Beba usted—le dije;—ya ve que no va a venir.

—Todavía no son más que las cuatro menos cuarto—replicó.—A las cuatro, y por atrasado que esté, le prometo igualar al que vaya más adelante...

—¡Magnífico!

Mientras cambiamos estas palabras en voz baja, la conversación había ido haciéndose general y bulliciosa; de tiempo en tiempo, Dujarrier y Luis dirigían la vista al reloj que continuaba su marcha impasible, a pesar de la impaciencia de las dos personas que consultaban sus minuteros.

A las cuatro menos cinco miré a Luis.

—A su salud—le dije.

Tomó la copa sonriendo, y había bebido la mitad o poco menos, cuando sonó un campanillazo.

Yo hubiera creído que no hubiese podido ponerse más pálido de lo que estaba, pero me engañé.

—¡Él es!—dijo.

—Sí, pero no quizá con ella—repliqué.

—Es lo que vamos a ver.

El campanillazo había despertado la atención de todo el mundo, y el más profundo silencio sucedió a la ruidosa conversación que rodaba alrededor de la mesa saltando a veces por encima de ella.

Se oyó una especie de discusión en la antesala.

Dujarrier se levantó y fué a abrir la puerta.

—Le he conocido la voz—me dijo Luis tomándome el puño que me oprimió con fuerza.

—¡Vamos! ¡valor! sea usted hombre, es evidente que si viene a cenar con un hombre a quien apenas conoce y entre gentes a quienes no conoce, se trata sencillamente de una perdida, y una perdida no es digna del amor de un caballero.

—Pero entre usted, señora, se lo suplico—decía Dujarrier en la antesala,—entre usted: le aseguro que estamos completamente entre amigos.

—Pero entra, mi querida Emilia—agregaba Chateau-Renaud;—si no quieres, no te quitarás la careta...

—¡Qué miserable!—murmuró Luis.

En ese mismo instante una mujer entró, arrastrada más que conducida por Dujarrier, que creía cumplir así con su deber de dueño de casa, y por Chateau-Renaud.

—Las cuatro menos tres minutos—dijo en voz baja Chateau-Renaud a Dujarrier.

—Muy bien, querido, ha ganado usted.

—Todavía no, señor—dijo la desconocida, dirigiéndose a Chateau-Renaud, e irguiéndose,—pues ahora comprendo su insistencia de usted: ¿había usted apostado a que me traería a cenar aquí, no es cierto?

Chateau-Renaud calló. La desconocida se dirigió entonces a Dujarrier.

—Puesto que este hombre no contesta—dijo,—conteste usted, señor: ¿No es verdad que el señor Chateau-Renaud había apostado que me traería a cenar en esta casa?

—No puedo ocultarle a usted, señora, que el señor Chateau-Renaud me había hecho abrigar esa esperanza.

—Pues bien, el señor Chateau-Renaud ha perdido, porque yo ignoraba dónde me conducía, y creía venir a casa de una de mis amigas: ahora, como no he venido voluntariamente, creo que el señor Chateau-Renaud debe perder su apuesta.

—Pero ya que estás aquí, mi querida Emilia—repuso el señor Chateau-Renaud,—te quedarás, ¿no es cierto? Observa que tenemos excelente sociedad de hombres, y alegre compañía de mujeres.

—Ya que estoy aquí—dijo la desconocida por toda contestación,—agradeceré al señor, que me parece el dueño de la casa, la cortés acogida que quiere hacerme, pero como, desgraciadamente, no puedo aceptar su galante invitación, rogaré al señor Luis de Franchi que me ofrezca el brazo para acompañarme a casa.

—Le haré observar a usted, señora—dijo Chateau-Renaud, con los dientes apretados de cólera,—que yo la he acompañado a usted hasta aquí, y que,

por consiguiente, a mí me toca llevarla hasta su casa.

—Señores—dijo la desconocida,—son ustedes cinco, y me pongo bajo la salvaguardia de su honor; espero que no se permitirá que el señor de Chateau-Renaud me haga la menor violencia.

Chateau-Renaud hizo un movimiento: todos nos levantamos.

—Está bien, señora—dijo aquél;—queda usted libre, ya sé con quién tendré que habérmelas.

—Si es conmigo, señor—dijo Luis de Franchi con una altanería imposible de describir,—me encontrará usted mañana todo el día en la calle de Helder, núm. 7.

—Muy bien, caballero; quizá no tenga el gusto de presentarme personalmente en su casa, pero espero que querrá usted recibir en mi lugar a dos de mis amigos.

—No le faltaba a usted, señor—dijo Luis de Franchi, encogiéndose de hombros,—sino dar esa clase de citas delante de una dama. Venga usted, señora—continuó, tomando del brazo a la desconocida,—y crea usted que agradezco desde el fondo del corazón el honor que usted me dispensa.

Y ambos salieron en medio del más profundo silencio.

—¡Vaya, y qué!—dijo Chateau-Renaud, apenas se cerró la puerta:—he perdido y nada más. Hasta pasado mañana a la noche, todos los presentes, en la fonda de los Frères-Provençaux.

Se sentó en uno de los asientos desocupados, y tendió la copa a Dujarrier, para que se la llenara.

Pero, como se comprende, y a pesar de la ruidosa hilaridad de Chateau-Renaud, el resto de la cena resultó bastante sombrío.

VIII

Al día siguiente, o mejor dicho, aquel mismo día, hallábame a las diez de la mañana a la puerta del señor Luis de Franchi. Al subir la escalera me encontré con dos jóvenes que bajaban: el uno era, evidentemente, un hombre de sociedad; el otro, con la condecoración de la Legión de Honor, parecía, aunque estuviese vestido de particular, un oficial del ejército.

No me cupo duda de que aquellos dos caballeros salían de la casa de de Franchi, y los seguí con los ojos hasta el pie de la escalera, para continuar luego mi camino y llamar a la puerta de mi joven amigo.

El criado acudió a abrir: su amo se hallaba en el bufete.

Cuando entró para anunciarme, Luis, que se hallaba sentado escribiendo, levantó la cabeza.

—Pues precisamente—dijo arrugando el billete comenzado y arrojándolo al fuego,—esta esquela era para usted, e iba a enviarla a su casa. Está bien, José, no estoy para nadie.

El criado salió.

—¿No ha encontrado usted a dos caballeros en la escalera?—continuó Luis acercando su sillón.

—Condecorado uno de ellos...

—Precisamente.

—Sospeché que salían de aquí.

—Y ha adivinado.

—¿Venían de parte del señor Chateau-Renaud?

—Son sus padrinos.

—¡Ah! caramba, conque ha tomado la cosa a lo serio, por lo que se ve...

—No podía ser de otro modo, como usted comprenderá—contestó Luis.

—¿Y venían?...

—A pedirme que enviara dos de mis amigos a conversar del asunto con ellos: entonces pensé en usted.

—Mucho le agradezco su recuerdo, pero no puedo ir solo a verme con ellos.

—He rogado a uno de mis amigos, el barón Giordano Martelli, que venga a almorzar conmigo. Estará aquí a las once. Almorzaremos juntos, y a mediodía tendrán ustedes la bondad de ir a casa de esos señores que han prometido no salir hasta las tres. Aquí están sus nombres y sus señas.

Y Luis me presentó dos tarjetas.

El uno se llamaba el vizconde René de Chateaugrand, el otro el señor Adriano de Boissy. El primero vivía en la calle de la Paz, número 12; el segundo, que, como yo lo había sospechado, pertenecía al ejército, era teniente de los cazadores de África, y vivía en la calle de Lille, número 29.

Volví y revolví las tarjetas en la mano.

—Y... ¿qué es lo que le preocupa a usted?—preguntó Luis.

—Quisiera saber, francamente, si toma usted este asunto a lo serio. Ya comprende usted que nuestra conducta depende de eso.

—¡Cómo! ¡Muy en serio! Por otra parte, ya lo ha visto usted, me he puesto completamente a las órdenes del señor Chateau-Renaud, y él es quien me envía sus padrinos. No me toca, pues, nada más que dejarlo hacer.

—Sí, seguramente, pero al fin y al cabo...

—Termine usted—dijo Luis sonriendo.

—Pero, al fin y al cabo, hay que saber por qué se baten ustedes. Uno no puede ver que dos hombres se maten sin conocer, por lo menos, el motivo del combate. Ya sabe usted que la posición del padrino es más grave, en cuanto a responsabilidad, que la del combatiente.

—Por eso también, voy a decirle a usted en dos palabras el motivo de esta disputa. Helo aquí: A mi llegada a París, uno de mis amigos, capitán de fragata, me presentó a su mujer. Era hermosa, era joven; al verla sentí tan profunda impresión que, temiendo enamorarme de ella, aproveché lo menos posible el permiso de ir a su casa a cualquier hora. Mi amigo se quejaba de mi indiferencia, y tanto se quejó que, al fin, acabé por decirle francamente la verdad: que su mujer era demasiado encantadora para exponerme a verla demasiado a menudo. Se sonrió, me tendió la mano, y exigió que fuese a comer con él ese mismo día.

—Querido Luis—me dijo a los postres,—dentro de tres semanas saldré para Méjico; quizá permanezca ausente tres meses, quizá seis, quizá más... Nosotros, los marinos, sabemos a veces cuándo marchamos, pero nunca cuándo volveremos. Le recomiendo a Emilia durante mi ausencia. Emilia, te ruego que trates a Luis de Franchi como a un hermano.

La joven contestó tendiéndome la diestra.

Yo estaba estupefacto: no supe qué contestar, y debí parecer de lo más tonto a mi futura hermana.

Mi amigo partió efectivamente, tres semanas después.

Durante aquellas tres semanas había exigido que fuere a comer con ellos por lo menos una vez cada semana.

Emilia se quedó con su madre: no necesito decirle a usted que la confianza de su marido había hecho que fuera sagrada para mí, y que, sin dejar de amarla mucho más que a una hermana, nunca la consideré de otro modo.

Pasaron seis meses. Emilia vivía con su madre, y su marido antes de marcharse le había exigido que continuara recibiéndome. Mi pobre amigo no temía nada tanto como la reputación de hombre celoso: el hecho es, también, que adoraba a Emilia, y que tenía absoluta confianza en ella.

Emilia continuó recibiéndome, pues. Por otra parte sus recibos eran íntimos, y la presencia de la madre quitaba hasta a los espíritus más perversos todo pretexto de reproche; así es que nadie dijo palabra que pudiera empañar siquiera su reputación.

Hace tres meses, poco más o menos, el señor Chateau-Renaud se hizo presentar. Usted cree en los presentimientos, ¿no es cierto? Pues al verlo me

estremecí; no me dirigió la palabra; se mostró lo que debe ser un hombre de mundo en un salón, y sin embargo, cuando salió... yo le odiaba ya. ¿Por qué? Yo mismo lo ignoraba, o mejor dicho, había notado que él también había sentido la impresión que sentí al ver a Emilia por primera vez.

Parecíame también que Emilia, por su parte, lo había recibido con desusada coquetería: me engañaba sin duda, pero, ya se lo he dicho a usted, allá en el fondo del corazón no había dejado de amar a Emilia, y estaba celoso.

Así es que, en la siguiente velada no perdí de vista al señor de Chateau-Renaud; quizá notara mi persistencia en seguirlo con los ojos, pues me pareció que, hablando a media voz con Emilia, trataba de ponerme en ridículo.

Si hubiera dado oídos únicamente a mi corazón, aquella misma noche hubiera provocado un incidente con cualquier pretexto, y me hubiese batido con él; pero me contuve, diciéndome que semejante conducta sería absurda.

¡Qué quiere usted! de allí en adelante, cada viernes fué para mí un nuevo suplicio. El señor de Chateau-Renaud era un hombre de mundo en toda la extensión de la palabra, un elegante, un león; bajo muchos conceptos, yo mismo reconocía su superioridad sobre mí, pero me parecía que Emilia lo colocaba mucho más alto que lo debido.

Pronto supe que no era yo sólo el que había observado la preferencia de Emilia hacia el señor de Chateau-Renaud; esa preferencia aumentó de tal modo y se hizo tan visible que Giordano, que también frecuentaba la casa, me habló de ella.

Desde aquel momento tomé mi partido: resolví hablar a mi vez a Emilia, convencido como estaba de que por su parte aquello no era todavía más que una inconsecuencia, y que con sólo abrirle los ojos sobre su conducta reformaría cuanto hasta entonces hubiera podido hacerla acusar de ligereza.

Pero, con grande asombro mío, Emilia tomó a broma mis observaciones, pretendiendo que yo estaba loco y que cuantos participaban de mis ideas estaban tan locos como yo.

Insistí.

Emilia me contestó que no tenía que pedirme consejo en un asunto de esa especie, y que un hombre enamorado era necesariamente un juez poco

imparcial.

Me quedé estupefacto: ¡el marido se lo había dicho todo!

Ya comprende usted que, desde aquel momento, mi papel, encarado como el de un amante desgraciado y celoso se hacía ridículo, y hasta odioso si se quiere: cesé de ir a casa de Emilia.

Pero no por eso dejé de tener noticias suyas; no por eso dejé de saber lo que hacía, y de sufrir, pues ya comenzaban a notarse las asiduidades del señor de Chateau-Renaud, con Emilia, y a hablarse de ellas en alta voz.

Resolví escribirle; lo hice con toda la mesura de que soy capaz, suplicándole, en nombre de su honor comprometido, en nombre de su esposo ausente y lleno de confianza en ella que pensase seriamente en lo que hacía; pero no me contestó.

¡Vamos! El amor es independiente de la voluntad; la pobre criatura amaba, y como amaba estaba ciega, o mejor dicho, quería estarlo a toda costa.

Poco tiempo después oí decir públicamente que Emilia era la querida de Chateau-Renaud. No puede usted figurarse lo que sufrí...

Mi hermano sintió entonces la repercusión de mi dolor.

Entretanto pasaron varios días, y usted llegó.

El mismo día de su llegada, yo había recibido una carta anónima: Venía de parte de una dama desconocida que me daba cita en el baile de la Ópera. Decíame la dama que tenía algunos datos que ofrecerme acerca de una señora amiga mía, de la que, por el momento se contentaba con darme el nombre de bautismo: Emilia...

En cuanto a la autora de la carta, la reconocería en el baile por un ramillete de violetas.

Recuerdo haberle dicho a usted entonces que no debía ir a aquel baile; pero, lo repito, iba empujado por la fatalidad.

Fuí. Encontré a mi dominó a la hora y en el sitio indicado por ella. Me confirmó lo que ya me había dicho: que Emilia era la amante de Chateau-Renaud, y como yo lo dudara o mejor dicho fingiera dudarlo, la desconocida me dió esta prueba: el señor de Chateau-Renaud había apostado que llevaría a su nueva querida a cenar en casa de Dujarrier.

La casualidad hizo que usted conociese a Dujarrier, que éste le invitase a cenar, que usted le pidiera autorización para llevar a un amigo, y que ese amigo fuera yo...

Ya sabe usted lo demás.

Y ahora, ¿qué puedo hacer, sino aguardar y aceptar las proposiciones que se me hagan?

Nada había que replicar a esto, de modo que incliné la cabeza.

—Pero—dije al cabo de un momento, con cierto temor,—creo recordar, y espero engañarme, que su hermano me ha dicho que jamás ha tocado usted una pistola ni una espada.

—Es cierto.

—¡Pero, entonces, está usted a la merced de su adversario!

—¡Qué quiere usted! ¡Dios dirá!

En aquel mismo instante el criado anunció al barón Giordano Martelli.

Era, como de Franchi, un joven corso de la provincia de Sartène; servía en el regimiento 17, en que, dos o tres admirables hechos de armas lo habían hecho nombrar capitán a los 23 años. De más parece decir que iba vestido de particular.

—¡Vamos!—exclamó después de saludarme,—las cosas han llegado adonde tenían que llegar, y según lo que me has escrito vas a recibir hoy la visita de los padrinos del señor de Chateau-Renaud...

—Ya han venido.

—¿Te dieron su nombre y dirección?

—Aquí están sus tarjetas.

—¡Bueno! el criado me ha dicho que la mesa estaba servida... Almorcemos, y en seguida iremos a devolverles la visita.

Pasamos al comedor, y ya no se volvió a tratar del asunto que nos reunía.

Luis me interrogó entonces acerca de mi viaje a Córcega, pues hasta entonces aún no había tenido tiempo de contarle cuanto ya sabe el lector.

En aquel momento, cuando el espíritu del joven se había tranquilizado con la seguridad de que al día siguiente se batiría con Chateau-Renaud, todos los sentimientos de patria y de familia le rebosaban del corazón. Me hizo repetir veinte veces lo que para él me había dicho su madre y su hermano. Lo que más le conmovía, conociendo las costumbres realmente corsas de Luciano, eran los esfuerzos que había hecho para apaciguar la querella de los Orlandini y los Colonna.

Dieron las doce.

—Creo, y esto no importa despedirlos—dijo Luis,—que ya es hora de ir a devolver la visita a esos caballeros; tardando más podría creerse que los descuidamos.

—¡Oh! en cuanto a eso, tranquilícese usted—repliqué.—No hace dos horas que han salido de aquí, y han tenido que darle a usted el tiempo necesario para avisarnos.

—No importa—dijo el barón Giordano;—Luis tiene razón.

—Pero, ahora—agregué,—es necesario que sepamos si prefiere usted la espada o la pistola.

—¡Oh! ¡Dios mío! ya sabe usted que me es completamente indiferente, puesto que no sé manejar ninguna de las dos. Por otra parte, el señor de Chateau-Renaud me ahorrará el trabajo de elegir. Sin duda se considerará ofendido, y con este título podrá imponer el arma que le convenga.

—Sin embargo, la ofensa es discutible. Usted no ha hecho más que tomar el brazo que se le ofrecía.

—Escuche usted—me contestó Luis,—a mi juicio cualquier discusión podría tomar el aspecto de un deseo de arreglo. Soy de inclinaciones muy pacíficas, como usted sabe; estoy muy lejos de ser un duelista, pues éste es el primer duelo que tengo, pero precisamente a causa de todas esas razones quiero jugar con toda liberalidad...

—Fácil es decirlo, querido; pero usted juega sólo la vida, y nos deja a nosotros, ante toda su familia, la responsabilidad de lo que ocurra...

—¡Oh! en cuanto a eso puede usted estar tranquilo, conozco a mi madre y a mi hermano. Se limitarán a preguntarle a usted: «¿Se ha conducido Luis

como un caballero?» Y cuando usted les haya contestado «Sí», dirán a su vez: «está bien».

—Pero, ¡caramba! de todas maneras necesitamos saber qué arma prefiere usted.

—Pues, si se propone la pistola, acepten ustedes en seguida.

—Es también mi opinión—dijo Giordano.

—Vaya por la pistola—murmuré,—ya que ambos la prefieren. Pero la pistola es un arma perversa.

—¿Tengo tiempo de aprender a manejar la espada de aquí a mañana?

—No. Pero quién sabe si con una buena lección de Grisier no llegara usted a defenderse un tanto...

Luis sonrió.

—Créame usted—dijo;—lo que ha de sucederme mañana, está ya escrito allá arriba, y hagamos lo que hagamos, no lo podemos variar...

Le dimos un apretón de mano y bajamos.

Nuestra primer visita fué, naturalmente, para aquel de los padrinos que vivía más cerca, es decir, el señor de Chateaugrand, que, según ya dije, vivía en la calle de la Paix, número 12.

Este caballero no estaba visible para nadie que no se presentara en nombre del señor Luis de Franchi. Así, pues, apenas presentamos nuestras tarjetas y dijimos quién nos enviaba, fuimos introducidos en la casa.

Hallamos en el señor de Chateaugrand un perfecto hombre de mundo. De ninguna manera permitió que nos diéramos el trabajo de ir a casa del señor de Boissy, diciéndonos que ambos habían convenido que aquél en cuya casa nos presentásemos enviaría en busca del otro. E inmediatamente envió a su lacayo a avisar al señor de Boissy que estábamos aguardándole en su casa.

Durante aquel momento de espera no se trató para nada del asunto que nos reunía. Se habló de carreras, de la ópera, de cacerías...

Diez minutos después llegaba el señor de Boissy.

Ni siquiera mencionaron la pretensión de elegir armas: la espada y la pistola eran igualmente familiares para el señor de Chateau-Renaud, que dejaba la designación al señor de Franchi o a la suerte.

Se tiró una moneda de cinco francos al aire, la cara para la espada, la cruz para la pistola: cayó cruz.

En seguida se resolvió que el encuentro se efectuase al día siguiente, a las diez de la mañana, en el bosque de Vincennes; que los adversarios se colocarían a veinte pasos de distancia, que se darían tres palmadas, y que a la tercera harían fuego.

Fuimos a comunicar este resultado al señor de Franchi.

Aquella noche, al volver a casa, encontré las tarjetas de los señores de Chateaugrand y de Boissy.

IX

Me había presentado a las ocho de la noche en casa del señor de Franchi, a preguntarle si no tenía alguna recomendación para hacerme, y él me había rogado que aguardara hasta el día siguiente, contestándome con un aire particular.

—La noche trae consejo.

Al día siguiente, pues, en lugar de ir a buscarle a las ocho, lo que nos hubiera dado suficiente margen para estar a las nueve en el sitio de la cita, me presenté a las siete y media en casa de Luis de Franchi.

Estaba en su gabinete, escribiendo.

Al oir el ruido que hice abriendo la puerta, se volvió. Estaba muy pálido.

—Discúlpeme usted—me dijo—voy a acabar de escribir a mi madre; siéntese usted y tome un diario. *La Presse* trae un folletín encantador del señor Mery.

Tomé el diario indicado y me senté considerando con asombro el contraste que formaba la palidez, casi lívida del joven con su dulce voz, grave y tranquila.

Traté de leer, pero mientras seguía las letras con los ojos, las palabras no presentaban a mi espíritu el menor significado. Al cabo de cinco minutos me dijo Luis:

—He terminado—y llamó al ayuda de cámara, para ordenarle:—José, no estoy para nadie, ni siquiera para Giordano; si viene, hágalo usted entrar en el salón; deseo estar diez minutos a solas con este señor, sin ser interrumpido.

El criado salió y cerró la puerta.

—Usted sabe, mi querido Alejandro, que Giordano es corso, tiene ideas corsas; por eso no puedo fiarme de él; le pediré que guarde el secreto, y nada más; en cuanto a usted, es necesario que me prometa ejecutar punto por punto mis instrucciones.

—Sin duda alguna, ¿no es ése el deber del testigo?

—Deber tanto más real cuanto que de ese modo ahorrará usted una segunda desgracia a mi familia.

—¿Una segunda desgracia?—pregunté sorprendido.

—Tome usted, lea esta carta que dirijo a mi madre:

Tomé la carta de manos de de Franchi y leí con creciente asombro:

> «Mi querida madre:—Si no supiese que es usted fuerte como una espartana y sumisa como una cristiana, emplearía todos los medios posibles para prepararla al horrible acontecimiento que va a herirla a usted: ¡cuando reciba usted esta carta ya no tendrá sino un hijo, Luciano, mi excelente hermano que la amará por los dos!
>
> «Anteayer me ha dado un ataque de fiebre cerebral, cuyos primeros síntomas descuidé; el médico ha llegado demasiado tarde; querida madre mía, ya no hay remedio para mí, si no sobreviene un milagro, ¿y qué derecho tengo de esperar que Dios haga por mí ese milagro?
>
> «Le escribo a usted en un momento lúcido; si muero, esta carta será echada al correo un cuarto de hora después de mi muerte; porque, en el egoísmo de mi amor hacia usted, quiero que usted sepa que he muerto sin echar de menos otra cosa que su cariño y el de mi hermano.
>
> «Adiós, madre mía, no llore usted; el alma y no el cuerpo era lo que la amaba a usted, y a cualquier parte a que vaya continuará amándola.
>
> «Adiós, Luciano; no te alejes nunca de nuestra madre, y recuerda que ya sólo le quedas tú.—*Luis de Franchi*».

Después de leer estas palabras me volví hacia el que las había escrito.

—Pero—le pregunté,—¿qué significa esto?

—¿No lo comprende usted?—me preguntó.

—No.

—Es que seré muerto a las nueve y diez minutos.

—Que, ¿lo van a matar a usted?...

—Sí.

—¿Pero está usted loco? ¿Por qué abrigar una idea semejante?

—No estoy loco, ni preocupado, amigo mío. Estoy prevenido, nada más.

—Prevenido, ¿y por quién?

—¿Mi hermano no le ha contado a usted—preguntó sonriendo Luis,—que los varones de mi familia gozan de un privilegio singular?

—Es verdad—contesté, estremeciéndome a pesar mío.—Me ha hablado de apariciones...

—Precisamente. Pues bien, esta noche se me ha aparecido mi padre; por eso me ha encontrado usted tan pálido: la vista de los muertos hace palidecer a los vivos.

Lo miré con asombro no exento de terror.

—¿Usted ha visto a su padre esta noche, dice?

—Sí.

—¿Y le ha hablado?

—Me ha anunciado mi muerte.

—Sería algún horrible sueño.

—Era una terrible realidad.

—¿Estaba usted dormido?

—Velaba. ¿No cree usted que un padre puede visitar a su hijo?

Bajé la cabeza, pues en el fondo de mi corazón no creía en esa posibilidad.

—¿Cómo sucedió?—le pregunté.

—¡Oh, Dios mío! de la manera más sencilla y más natural. Hallábame leyendo y aguardaba a mi padre, pues sabía que si corría algún peligro se me aparecería, cuando a la media noche mi lámpara palideció sin que hubiera causa visible para ello, la puerta se abrió lentamente y apareció mi padre.

—Pero ¿cómo?—pregunté.

—Pues como cuando vivía: vestido con el traje que llevaba habitualmente; sólo que estaba muy pálido y sus ojos no miraban.

—¡Oh, Dios mío!

—Acercóse lentamente a mi lecho. Yo me incorporé, sosteniéndome en el codo.

—Sea usted el bienvenido, padre mío—le dije.

Acercóse a mí, me miró fijamente, y me pareció que sus ojos sin brillo se animaban por la fuerza del amor paterno...

—Continúe usted. ¡Eso es terrible!...

—Entonces movió los labios, y cosa extraña, aunque sus palabras no produjeran ruido alguno, las oí resonar en mi interior, distintas y vibrantes como un eco.

—¿Y qué le dijo a usted?

—«¡Piensa en Dios, hijo mío!»—«¿Seré muerto en ese duelo?»—pregunté. —Y vi que dos lágrimas corrían de aquellos ojos sin luz, deslizándose por el pálido rostro del espectro. «¿Y a qué hora?»—interrogué.—Volvió el índice hacia el reloj. Seguí la dirección indicada. El reloj señalaba las nueve y diez minutos.—«Está bien, padre»—dije entonces.—«Que se haga la voluntad de Dios. Dejo a mi madre, es verdad, pero voy a reunirme con usted». Una pálida sonrisa vagó entonces por sus labios, y haciéndome una señal de adiós se alejó de mí. Abrióse la puerta a su paso... desapareció y la puerta se cerró tras él.

Este relato estaba tan sencilla y tan naturalmente dicho, que me pareció evidente que la escena contada por Luis de Franchi había sucedido realmente, o que en la preocupación de su espíritu había sido juguete de una

ilusión que había tomado por la realidad, y que, por consiguiente, era tan terrible como ella.

Enjugué el sudor que me corría por la frente.

—Ahora bien—continuó Luis,—usted conoce a mi hermano, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué cree usted que hará en cuanto sepa que he sido muerto en duelo?

—Saldrá inmediatamente de Sollecaro para venir a batirse con el matador.

—Precisamente, y si lo mata también, mi pobre madre quedará tres veces viuda, viuda de su marido, viuda de sus dos hijos.

—¡Lo comprendo! Eso sería horroroso.

—Pues bien, eso es lo que hay que evitar... Creyendo que he muerto de una fiebre cerebral, mi hermano no atacará a nadie, y mi madre se consolará más fácilmente, si cree que me ha arrebatado la voluntad de Dios, que si sabe que he muerto a manos de un hombre... A menos que...

—¿A menos qué?—repetí.

—¡Ah, no!...—exclamó Luis.—Espero que no ha de suceder semejante cosa.

Comprendí que contestaba a un temor personal, y no insistí.

En ese momento la puerta se entreabrió.

—Mi querido de Franchi—dijo el barón Giordano, presentándose,—he respetado tu consigna mientras ha sido posible. Pero son las ocho, la cita es para las nueve, tenemos legua y media que andar, y debemos ponernos inmediatamente en marcha.

—Estoy pronto, querido—dijo Luis.—Entra. Ya he dicho a este caballero cuanto tenía que decirle.

Y se puso un dedo en los labios, mirándome.

—En cuanto a ti, amigo mío—volviéndose hacia la mesa y tomando un sobre lacrado,—he aquí lo que te destino. Si me sucediera una desgracia, lee este billete y confórmate, te lo ruego, con lo que en él te pido.

—¡Perfectamente! ¿Estaba usted encargado de las armas?—me preguntó el barón Giordano.—¿Están en el carruaje?

—Sí—contesté,—pero al salir he notado que uno de los gatillos funcionaba mal. De paso tomaremos en casa de Devisme una caja de pistolas.

Luis me miró sonriendo y me tendió la mano; había comprendido mi intención de no dejarlo matar con mis pistolas.

—¿Tienen ustedes un carruaje—preguntó Luis,—o hay que mandar en busca de uno con José?

—Ahí está mi cupé—dijo el barón,—y apretándonos un poco cabremos los tres. Como ya estamos algo retrasados, siempre andaremos más ligero con mis caballos que con los de un fiacre.

—Vamos—dijo Luis.

Y bajamos. En la puerta nos aguardaba José.

—¿Iré con el señor?—preguntó.

—No, José, es inútil; no lo necesito—contestó Luis.

Y quedándose hacia atrás:

—Tome, amigo mío—agregó, poniéndole en la mano unas monedas de oro, —y si he sido duro con usted en algún momento de mal humor, perdónemelo.

—¡Oh, señor!—exclamó José con las lágrimas en los ojos,—¿qué significa eso?

—¡Nada!—dijo Luis, lanzándose al carruaje, en el que se sentó entre nosotros dos.

—Era un buen servidor—dijo mirando por última vez a José,—y si uno u otro puede serle útil, lo agradeceré de veras.

—¿Lo despides acaso?—preguntó el barón.

—No—contestó Luis sonriendo.—Lo dejo, nada más.

Nos detuvimos frente a casa de Devisme, nada más que el tiempo necesario para tomar una caja de pistolas, pólvora y balas; después salimos al trote largo de los caballos.

A las nueve menos cinco minutos estábamos en Vincennes, un carruaje llegaba al mismo tiempo que el nuestro: era el del señor de Chateau-Renaud.

Nos internamos en el bosque por dos caminos diferentes. Nuestros cocheros debían reunirse en la gran alameda.

Pocos instantes después nos hallábamos en el punto de la cita.

—Señores—dijo Luis, bajando primero,—ya saben ustedes que no hay arreglo posible.

—Pero, sin embargo...—dije.

—¡Oh, querido! recuerde usted la confidencia que le he hecho; usted, menos que nadie, tiene derecho para hacer ni recibir proposiciones...

Bajé la cabeza ante aquella voluntad absoluta, que, para mí, era una voluntad suprema.

Dejamos a Luis junto al carruaje, y nos acercamos a los señores de Boissy y de Chateaugrand; el barón Giordano llevaba la caja de pistolas.

Cambiamos un saludo.

—Señores—dijo el barón Giordano,—en circunstancias como ésta, los cumplidos más cortos son los mejores, porque podemos ser incomodados de un momento a otro. Nos encargamos de traer las armas: helas aquí. Pueden ustedes examinarlas: acabamos de tomarlas de casa del armero, y damos a usted nuestra palabra de que el señor Luis de Franchi no las ha visto siquiera.

—Esa declaración era inútil, caballero—contestó el vizconde de Chateaugrand,—ya sabemos con quién tenemos que habérnoslas.

Y tomando una pistola mientras que el señor de Boissy tomaba la otra, los dos testigos hicieron jugar los gatillos y examinaron el calibre.

—Son pistolas comunes de tiro—dijo el barón,—y no han servido todavía: ahora falta saber si los adversarios pueden hacer uso de ellas puestas al pelo.

—Me parece—dijo el señor de Boissy,—que cada cual debe hacer lo que le convenga y lo que acostumbre.

—Sea—contestó el barón Giordano.—Todas las probabilidades iguales son aceptables.

—Entonces, usted se lo advertirá al señor de Franchi, y nosotros se lo diremos al señor de Chateau-Renaud.

—Perfectamente; ahora, caballero, como nosotros hemos traído las pistolas, a ustedes les corresponde cargarlas.

Los jóvenes tomaron cada uno una pistola, midieron rigurosamente la misma carga de pólvora, tomaron al azar dos balas, y las metieron en el cañón, empujándolas con la baqueta.

Mientras duraba la operación, en la que no quise tomar parte, me acerqué a Luis, que me recibió con la sonrisa en los labios.

—No olvide usted nada de cuanto le he pedido—me dijo,—y trate de conseguir que Giordano, a quien, por otra parte, se lo pido en la carta que le di, no cuente nada ni a mi madre ni a mi hermano. Trate usted también, de que los diarios no hablen de este asunto, y si lo hacen, de que no pongan nombres.

—¿Sigue usted teniendo la terrible convicción de que este duelo ha de ser fatal?—le pregunté.

—Estoy más convencido que nunca; pero hágame la justicia por lo menos de confesar que veo venir la muerte como un verdadero corso.

—Su tranquilidad, mi querido de Franchi, es tan grande que me da la esperanza de que ni usted mismo esté bien convencido.

Luis sacó el reloj.

—Todavía tengo siete minutos de vida—dijo,—y ahora que pienso en ello, tome usted mi reloj; guárdelo, se lo ruego, como un recuerdo mío: es un excelente Bregut.

Tomé el reloj y estreché la mano de Franchi.

—Dentro de ocho minutos—exclamé,—espero poder devolvérselo.

—No hablemos más de eso; esos caballeros se acercan.

—Señores—dijo el vizconde de Chateaugrand,—aquí, a la derecha, debe haber un claro que me ha servido a mí mismo el año pasado; ¿quieren

ustedes que lo busquemos?

—Guíenos usted, caballero—dijo Giordano,—le seguimos a usted.

El vizconde echó a andar delante y lo seguimos, formando dos grupos separados. En efecto, a unos treinta pasos de allí, siguiendo un declive apenas sensible, nos encontramos en medio de un claro que en otro tiempo, sin duda, debía haber sido una charca semejante a la de Auteuil, y que, completamente desecada, formaba una hondonada completamente rodeada por un talud; el terreno parecía, pues, hecho a propósito para servir de teatro a una escena como la que iba a desarrollarse.

—Señor de Martelli—dijo el vizconde,—¿quiere usted medir los pasos conmigo?

El barón contestó con un saludo de asentimiento; luego, poniéndose al lado del señor de Chateaugrand, ambos midieron los veinte pasos convenidos.

Todavía permanecí algunos instantes solo con de Franchi.

—A propósito—me dijo,—encontrará usted mi testamento sobre la mesa en que escribía cuando entró usted esta mañana.

—Muy bien—contesté;—esté usted tranquilo.

—Señores, cuando ustedes dispongan—dijo el vizconde de Chateaugrand.

—Aquí estoy—contestó Luis.—Adiós, querido amigo; gracias por todos los trabajos que le he dado, sin contar—agregó con melancólica sonrisa—los que aún tengo que darle.

Le tomé la mano. Estaba fría, pero sin agitación alguna.

—¡Vamos!—exclamé,—olvide usted la aparición, y apunte lo mejor que pueda.

—¿Se acuerda usted del *Freischütz*?

—Sí.

—Pues, entonces, ya sabe usted que cada bala tiene su destino. Adiós.

Encontró a su paso al barón Giordano que tenía la pistola destinada a él; la tomó, la amartilló, y sin mirarla siquiera fué a ocupar su sitio, indicado por un pañuelo.

El señor de Chateau-Renaud estaba ya en el suyo.

Hubo un instante de terrible silencio mientras ambos jóvenes saludaban a sus testigos, luego a los de sus adversarios, y luego se saludaban entre sí.

El señor de Chateau-Renaud parecía estar acostumbrado a esta clase de asuntos, y sonreía como un hombre seguro de su destreza. Quizá supiera que de Franchi tomaba por primera vez una pistola.

Luis estaba tranquilo y frío; su hermosa cabellera parecía la de un busto de mármol.

—¡Vamos, señores!—dijo Chateaugrand,—prepárense ustedes.

Y en seguida, golpeando las manos, exclamó:

—Una... dos... tres.

Los dos tiros se confundieron en una misma detonación. Y al mismo tiempo vi que Luis de Franchi giraba dos veces sobre sí mismo, para caer luego sobre la rodilla izquierda.

Chateau-Renaud quedó en pie. Sólo tenía atravesado por la bala el faldón de la levita.

Me precipité hacia Luis.

—¿Está usted herido?—pregunté, aunque lo estuviera viendo.

Trató de contestarme, pero sin conseguirlo; en sus labios apareció un poco de espuma sanguinolenta. Al propio tiempo dejó escapar la pistola y se llevó la mano al costado derecho.

En la levita apenas se le veía un agujerito, en que cabría la punta del dedo meñique.

—¡Señor barón!—exclamé,—corra usted al cuartel y traiga al cirujano del regimiento.

Pero de Franchi, reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, detuvo a Giordano indicándole con un movimiento de cabeza que la diligencia era inútil.

Y cayó sobre la otra rodilla.

Chateau-Renaud se alejó al punto, pero sus testigos se acercaron al herido.

Mientras tanto habíamos abierto la levita y rasgado el chaleco y la camisa.

La bala penetraba debajo de la sexta costilla de la derecha y salía algo más arriba del cuadril izquierdo.

A cada respiración del moribundo, la sangre salía por las dos heridas.

No había remedio.

—Señor de Franchi—dijo el vizconde de Chateaugrand,—crea usted que sentimos muchísimo el desenlace de este malhadado asunto, y esperamos que no guardará usted rencor al señor de Chateau-Renaud.

—Sí, sí...—murmuró el herido,—sí, le perdono... pero que se marche, que se marche...

Luego, volviéndose hacia mí, me dijo:

—¡Recuerde usted su promesa!

—¡Oh! le juro que la cumpliré.

—Y ahora—agregó sonriendo,—mire usted el reloj.

Y se desplomó lanzando un suspiro.

Era el último.

Miré el reloj: señalaba, precisamente, las nueve y diez minutos.

En seguida dirigí la vista hacia Luis de Franchi: ¡estaba muerto!

Condujimos el cadáver a la casa, y mientras el barón Giordano iba a hacer su declaración ante el comisario de policía del barrio, yo, ayudado por José, le subí a su cuarto. El pobre mozo lloraba a mares.

Al entrar, mis ojos se dirigieron involuntariamente al reloj: señalaba las nueve y diez minutos.

Sin duda habían olvidado de darle cuerda, y se había detenido en la hora fatal.

Un momento después, el barón Giordano entró con gente del juzgado que, advertida por él, iba a poner los sellos.

Quería enviar tarjetas a los amigos del difunto, comunicándoles la dolorosa noticia, pero le rogué que antes leyera la carta que le había dejado Luis al

partir.

En esa carta le rogaba que ocultase a Luciano la causa de su muerte, y lo invitaba a que hiciera el entierro con el menor ruido posible, y sin pompa alguna.

El barón Giordano se encargó de todos esos detalles, y yo fuí a visitar a los señores de Boissy y de Chateaugrand, para rogarles que guardaran reserva sobre el desgraciado suceso, y que aconsejaran a Chateau-Renaud que saliera por algún tiempo de París.

—Sería muy posible—les dije,—que de otro modo tuviera este duelo mayores consecuencias para él: naturalmente no hay que decírselo...

Me prometieron secundar mis deseos en cuanto estuviera en sus manos, y mientras iban a casa de Chateau-Renaud, yo fuí a poner en el correo la carta que anunciaba a la señora de Franchi que su hijo acababa de morir de una fiebre cerebral.

X

Contra lo acostumbrado en esta clase de asuntos, el duelo hizo poco ruido. Los mismos periódicos, retumbantes y desafinadas trompetas de la publicidad, callaron. Sólo algunos amigos íntimos acompañaron el cuerpo del desgraciado joven al cementerio de Père-Lachaise. Pero, por mucho que se le instara, el de Chateau-Renaud no quiso salir de París.

Pensé por un momento hacer seguir la carta de Luis a su familia con una mía; pero, aunque el fin fuera excelente, aquella mentira respecto de la muerte de un hijo y de un hermano me repugnaba; hallábame seguro de que el mismo Luis había combatido mucho, antes de decidirse, y que para ello había sido necesario toda la importancia de las razones que me dió.

A riesgo de pasar, pues, por indiferente e ingrato, guardé silencio, convencido de que el barón Giordano había hecho lo mismo. Cinco días después del acontecimiento, a eso de las once de la noche, hallábame trabajando en mi escritorio, al lado del fuego, solo, y con una disposición de espíritu bastante displicente, cuando entró mi criado, cerró la puerta tras de sí, y con voz bastante agitada me dijo que el señor de Franchi deseaba hablarme.

Me volví y lo miré fijamente: estaba muy pálido.

—¿Qué dice usted, Víctor?—le pregunté.

—¡Ay, señor!—exclamó,—a decir verdad, ni yo mismo lo sé.

—¿De qué señor de Franchi, quiere usted hablar? ¡Veamos!...

—Pues del amigo del señor... del que ha venido ya dos o tres veces...

—¡Está usted loco!... ¿No sabe que hemos tenido la desgracia de perderlo hace cinco días?

—¡Sí, señor, y precisamente por eso estoy tan turbado!... Llamó a la puerta; yo estaba en la antecámara, acudí a abrir, y al verlo retrocedí... Entonces entró: preguntó si el señor estaba en casa; yo me hallaba tan turbado que contesté que sí; en seguida me dijo: «Pues vaya usted a decirle que el señor de Franchi desea hablarle...».

—Usted está loco, no hay duda; la antecámara estaría mal alumbrada, y ha visto mal; estaría dormido, y ha oído mal también. Vuelva y pregúntele su nombre otra vez.

—¡Oh! es completamente inútil, le juro al señor que no me equivoco; he visto y he oído muy bien.

—Pues entonces, hágalo entrar.

Víctor volvió temblando hacia la puerta, la abrió, y sin salir de la habitación, dijo:

—Tenga usted la bondad de pasar.

Al punto oí, a pesar de la alfombra que los amortiguaba, unos pasos que atravesaban el salón y se dirigían a mi bufete. Casi inmediatamente vi aparecer en la puerta al señor de Franchi.

Confieso que mi primer sensación fué de terror; me levanté y di un paso atrás.

—Disculpe usted que le incomode a semejantes horas—me dijo el señor de Franchi,—pero hace diez minutos que he llegado, y ya comprenderá usted que no he querido aguardar hasta mañana para conversar con usted.

—¡Oh, mi querido Luciano!—exclamé corriendo hacia él y estrechándolo entre mis brazos,—¡es usted, conque es usted!

Y, muy a pesar mío, algunas lágrimas se escaparon de mis ojos.

—Sí—contestó.—Soy yo.

Calculé rápidamente el tiempo transcurrido: la carta apenas podía haber llegado, no diré a Sollecaro, sino a Ajaccio.

—¡Ah, Dios mío!—exclamé,—pero usted no puede saber nada todavía.

—Lo sé todo—contestó.

—¿Cómo todo?

—Víctor—dije volviéndome a mi criado, muy poco tranquilo todavía,—déjenos usted, o más bien, vuelva dentro de un cuarto de hora con una bandeja servida; cenará usted conmigo, Luciano, y dormirá aquí, ¿no es cierto?

—Acepto gustoso—me contestó.—No he comido desde Auxerre. Como nadie me conocía, o, mejor dicho, como todos veían en mí a mi pobre hermano, no han querido abrirme en su casa, que acabo de dejar toda convulsionada...

—En efecto, mi querido Luciano, su parecido con Luis es tan grande, que yo mismo me he sorprendido, hace un momento.

—¿Cómo—exclamó Víctor, que aún no había tenido valor para alejarse,—el señor es el hermano...?

—Sí, pero vaya usted y sírvanos.

Víctor salió, dejándonos solos. Tomé a de Franchi de la mano, le hice sentarse en un sillón y me senté a su lado.

—Pero—le dije más sorprendido cada vez,—estaría usted en camino cuando recibió la triste noticia...

—No, me encontraba en Sollecaro.

—¡Imposible! la carta de Luis habrá llegado hoy, cuando mucho.

—Ha olvidado usted la balada de Bürger, mi querido Alejandro: «Los muertos andan ligeros».

Me estremecí.

—¿Qué quiere usted decir? Explíquese usted, porque no le comprendo.

—¿No recuerda usted ya lo que le he contado respecto de las apariciones comunes en nuestra familia?

—¿Ha vuelto usted a ver a su hermano?—exclamé.

—Sí.

—¿Cuándo?

—En la noche del 16 al 17.

—Y le ha contado a usted...

—Todo.

—¿Le ha dicho que había muerto?

—Me dijo que había sido muerto; ¡los muertos no mienten!

—¿Le ha dicho a usted cómo?

—En duelo.

—¿Y por quién?

—¡Por el señor de Chateau-Renaud!

—¡No!—exclamé, fuera de mí,—no, usted ha sabido eso de cualquier otra manera, ¿no es verdad? No ¡no puede ser!...

—¿Le parece a usted que estoy en disposición de hacer bromas?

—Perdóneme usted, pero, a la verdad, lo que usted me dice es tan extraño, y todo lo que sucede con usted y con su hermano está tan fuera de las leyes de la Naturaleza...

—¿Que no quiere usted creerlo, no es así? ¡Lo comprendo! Pero, mire usted, ahora—agregó entreabriéndose la camisa y mostrándome una marca azulada impresa en su piel, bajo la sexta costilla de la derecha,—¿no creerá usted en esto, tampoco?

—La verdad es—exclamé,—que ése es precisamente el sitio en que fué herido su hermano de usted!

—¿Y la bala salió por aquí, no es cierto?—continuó Luciano, poniendo el dedo sobre el cuadril izquierdo.

—¡Milagroso!—exclamé.

—Y ahora—añadió Luciano,—¿quiere usted que le diga a qué hora murió?

—¡Diga usted!

—A las nueve y diez minutos.

—Vamos, Luciano, cuéntemelo usted todo de un tirón, porque mi espíritu se extravía en este interrogatorio al escuchar sus fantásticas respuestas.

Primero un relato...

—¡Dios mío! la cosa no puede ser más sencilla: el día que mataron a mi hermano, yo había salido muy de mañana a caballo a visitar nuestros pastores de cerca de Carboni, cuando en momentos en que, después de mirar la hora ponía el reloj en el bolsillo del chaleco, recibí un golpe tan violento en el costado, que me desmayé. Cuando volví a abrir los ojos me encontré acostado en el suelo, entre los brazos de Orlandini, que me estaba echando agua en la cara. Mi caballo se hallaba a cuatro pasos, y estiraba el hocico hacia mí, soplando y resollando.

—¿Qué es lo que ha pasado?—me preguntó Orlandini.

—¡Dios mío! ni yo mismo lo sé; pero, ¿ha oído usted un tiro?

—No.

—Es que me parece que acabo de recibir un balazo, aquí—y le señalé el sitio en que sentía el dolor.

—En primer lugar—replicó Orlandini,—no ha habido tiro alguno, ni de escopeta ni de pistola; y además, la ropa no está agujereada.

—Entonces—exclamé,—acaban de matar a mi hermano.

—¡Ah!—me dijo entonces,—eso es otra cosa.

Me abrí las ropas y encontré la señal que acabo de mostrarle a usted; pero, en un principio, estaba viva y como sangrienta.

Tan postrado estaba por el doble dolor, moral y físico, que estuve a punto de volver a Sollecaro; pero pensé en mi madre, que no me aguardaba hasta la hora de comer. Era necesario explicarle la razón de aquel repentino regreso, y no tenía razón que darle; por otra parte, no quería, sin estar muy seguro de ello, anunciarle la muerte de mi hermano.

Continué, pues, mi camino, y no volví hasta las seis de la tarde.

Mi pobre madre me recibió como de costumbre; era evidente que nada sospechaba. Apenas terminé de comer, subí a mi habitación.

Al pasar por el pasadizo que usted conoce, el viento apagó la vela. Iba a bajar para encenderla de nuevo, cuando a través de las rendijas de la puerta, vi que en la habitación de mi hermano había luz.

Creí que Griffo tuviera algo que hacer en ese cuarto, o que se hubiese olvidado de apagar la lámpara.

Empujé la puerta: un cirio ardía junto al lecho de mi hermano, y sobre ese lecho, mi mismo hermano estaba tendido, desnudo y ensangrentado.

Confieso que me quedé un instante inmovilizado por el terror. Después me aproximé, lo toqué... Ya estaba helado.

Una bala lo había atravesado en el mismo punto en que yo sintiera el golpe, y algunas gotas de sangre caían de los labios violeta de la herida.

Era evidente para mí que mi hermano había sido muerto.

Caí de rodillas, apoyando la cabeza en la orilla del lecho, y comencé a rezar con los ojos cerrados.

Cuando los volví a abrir me hallaba en la más profunda obscuridad; el cirio se había apagado, y la visión había desaparecido.

Palpé el lecho: estaba vacío.

Me creo tan valiente como otro hombre cualquiera, pero, cuando salí a tientas de la habitación, le confesaré que llevaba los cabellos erizados y la frente cubierta de sudor frío.

Bajé en busca de otra luz. Mi madre me vió y lanzó un grito.

—¿Qué tienes—exclamó,—y por qué estás tan pálido?

—¡Nada!—le contesté, y tomando otra luz subí a mi cuarto.

La vela no se apagó esa vez, y entré en la habitación de mi hermano. Estaba vacía.

El cirio había desaparecido por completo, y los colchones de la cama no tenían huellas de peso alguno.

A pesar de la falta de nuevas pruebas, ya había visto lo bastante para hallarme convencido. Mi hermano había sido muerto a las nueve y diez minutos de la mañana.

Entré en mi cuarto y me acosté.

Como usted comprenderá, pasé mucho tiempo sin poder dormirme; por fin, la fatiga pudo más que la agitación, y el sueño se apoderó de mí.

Entonces todo continuó en la forma de un sueño: Vi la escena tal como había pasado. Vi al hombre que lo mató, y escuché su nombre también: se llama el señor de Chateau-Renaud.

—¡Ay! todo eso es, desgraciadamente, demasiado cierto—dije a mi vez.—Pero, ¿qué viene usted a hacer en París?

—Vengo a matar al que mató a mi hermano.

—¿A matarlo?

—¡Oh! tranquilícese usted, no a estilo corso, detrás de una cerca o por encima de una tapia: no, no, a la moda francesa; con guante blanco, chorrera y puños de encaje.

—¿Y la señora de Franchi sabe que viene usted a París con esa intención?

—Sí.

—¿Y qué le ha dicho a usted, al despedirse?

—Me dió un beso en la frente y me dijo: «Ve». Mi madre es una verdadera corsa.

—¡Y ha venido usted!

—Aquí estoy.

—¡Pero, mientras vivía, su hermano de usted no quería ser vengado!...

—Entonces—dijo Luciano, sonriendo con amargura,—habrá cambiado de modo de pensar después de muerto...

En aquel instante entró el criado llevando la cena: pusímonos a la mesa. Luciano comió como un hombre libre de toda preocupación. Después de cenar le acompañé a su habitación; me dió las gracias, me estrechó la mano, y me deseó buena noche.

Tenía la tranquilidad que, en las almas fuertes, sigue a toda resolución inquebrantable.

Al día siguiente entró en mi cuarto apenas el criado le dijo que yo estaba visible.

—¿Quiere usted acompañarme hasta Vincennes? Es una piadosa peregrinación que deseo hacer; si no tiene usted tiempo, iré solo.

—¿Cómo solo? ¿y quién le indicará a usted el sitio?

—¡Oh! lo reconoceré perfectamente; ¿no le dije a usted que lo he visto en mi sueño?

Me dió curiosidad de saber hasta dónde llegaría aquella singular intuición.

—Lo acompañaré a usted—dije.

—Bueno, entonces, apróntese usted mientras escribo a Giordano: ¿me permite usted disponer de su criado para que lleve la carta?

—Está a sus órdenes.

—Gracias.

Salió y volvió diez minutos después. Yo había enviado a buscar un cabriolé. Subimos y nos dirigimos a Vincennes.

—Nos acercamos, ¿no es cierto?—dijo Luciano, cuando llegamos a la encrucijada.

—Sí, a los veinte pasos nos hallaremos en el sitio por donde entramos al bosque.

Momentos después:

—¡Aquí está!—dijo el joven, deteniendo el cabriolé.

Era exactamente el sitio.

Luciano se internó en el bosque sin vacilar, y como si lo hubiera visitado cien veces. Fué directamente a la hondonada, y apenas llegó, se orientó un momento. Luego, adelantándose hasta el punto en que había caído su hermano, se inclinó hacia tierra y viendo una mancha rojiza:

—¡Aquí es!—exclamó.

Y bajando lentamente la cabeza besó el césped.

Luego, levantándose con los ojos encendidos, y atravesando la hondonada para llegar al puesto desde donde había tirado Chateau-Renaud.

—¡Aquí—exclamó,—aquí lo verá usted tendido, mañana!

—¡Cómo!—le dije.—¿Mañana?

—Sí, o es un cobarde, o mañana me dará el desquite aquí mismo.

—¡Pero, mi querido Luciano!—exclamé,—ya sabe usted que un duelo no puede acarrear más consecuencias que las naturales de ese duelo. El señor Chateau-Renaud se ha batido con su hermano de usted, a quien había provocado, pero no tiene nada que hacer con usted.

—¡Ah, de veras! ¡conque el señor de Chateau-Renaud ha tenido derecho de provocar a mi hermano porque éste ofrecía su apoyo a una mujer a quien acababa de engañar traidoramente, y según dice usted, tenía derecho de provocarlo! ¡El señor de Chateau-Renaud ha muerto a mi hermano que jamás había tocado una pistola; lo ha muerto con tanta seguridad como si hubiera hecho fuego sobre ese cervatillo que nos está mirando! ¿Y yo no tengo derecho de provocar al señor de Chateau-Renaud?... ¡Vamos, hombre!

Bajé la cabeza sin contestar.

—Por otra parte—agregó,—usted nada tiene que hacer en todo esto. Tranquilícese usted: he escrito a Giordano, y cuando volvamos a París ya estará todo arreglado. ¿Cree usted que el señor de Chateau-Renaud rechazará mi proposición?

—Desgraciadamente, el señor de Chateau-Renaud tiene una reputación de valor que no permite abrigar la menor duda a ese respecto.

—Entonces, todo anda a las mil maravillas...—dijo Luciano.—Vámonos a almorzar.

Volvimos a la alameda y subimos al cabriolé.

—Cochero—dije,—a la calle Rívoli.

—No, no—replicó Luciano,—yo me lo llevo a almorzar... Cochero, al café de París. ¿No almorzaba mi hermano generalmente allí?

—Así me parece.

—Por otra parte, allí he dado cita a Giordano.

—Entonces, al café de París.

Media hora más tarde nos deteníamos a la puerta del restaurant.

La entrada del joven fué una nueva prueba del singular parecido que con su hermano tenía. El rumor de la muerte de Luis habíase esparcido, aunque no

con todos sus detalles; pero se había divulgado, al fin, y la aparición de Luciano pareció dejar estupefacto a todo el mundo.

Pedí un gabinete particular, previendo lo que tendría que decirnos el barón Giordano.

Nos dieron el del fondo. Luciano se puso a leer los diarios con una sangre fría que parecía rayana de la insensibilidad. Estábamos a la mitad del almuerzo cuando entró Giordano.

Los jóvenes no se habían visto desde hacía cuatro o cinco años; sin embargo, toda su manifestación de amistad se redujo a un efusivo apretón de manos.

—¡En fin! todo queda arreglado—dijo Giordano.

—¿El señor de Chateau-Renaud acepta?

—Sí, pero con la condición de que, después de usted, se le dejará tranquilo.

—¡Ah, que no tenga cuidado por eso! Soy el último de los Franchi. ¿Lo ha visto usted a él personalmente, o a sus testigos?

—A él mismo. Se ha encargado de avisar a los señores de Boissy y de Chateaugrand. En cuanto a armas, hora y sitio, son los mismos.

—Perfectamente... Siéntese usted, y almuerce.

El barón se sentó, y comenzaron a hablar de otras cosas.

Después de almorzar, Luciano nos rogó que lo hiciéramos reconocer por el comisario de policía que había puesto los sellos; y por el propietario de la casa que habitara su hermano: quería pasar en el mismo cuarto de Luis la noche que lo separaba de la venganza.

Estas diligencias nos ocuparon gran parte del día, y Luciano no pudo entrar en las habitaciones de Luis hasta después de las cinco de la tarde.

Lo dejamos solo. Los grandes dolores tienen su pudor y es necesario respetarlo.

Luciano nos dió cita para el día siguiente a las ocho de la mañana, rogándome que llevara las mismas pistolas, y que las comprase si se vendían.

Dirigíme en seguida a casa de Devisme, y cerramos el negocio por seiscientos francos.

Al día siguiente, a las ocho menos cuarto, me presentaba en casa de Luciano.

Cuando entré ocupaba el mismo asiento y escribía en la misma mesa en que vi al hermano escribiendo también.

Tenía la sonrisa en los labios, aunque estuviera muy pálido.

—Buenos días—me dijo,—estoy escribiendo a mi madre.

—Espero que le anunciará usted una noticia menos dolorosa que la que, hace ocho días, le anunciaba su hermano...

—Le anuncio que puede rezar tranquilamente por su hijo, y que éste está vengado.

—¿Cómo puede usted hablar con esa seguridad?

—¿Mi hermano no le anunció a usted su propia muerte? Pues yo, ahora, le anuncio la del señor Chateau-Renaud. Mire usted—agregó levantándose y poniéndose el dedo en la sien,—le introduciré la bala por aquí.

—¿Y usted?

—No me tocará siquiera.

—Pero aguarde usted, por lo menos, hasta la terminación del duelo, para enviar esa carta...

—Es completamente inútil.

Llamó y apareció un criado.

—José—dijo,—lleve usted esta carta al correo.

—Pero, ¿ha vuelto usted a ver a su hermano?—exclamé.

—Sí.

¡Extraños duelos aquéllos, en cada uno de los cuales uno de los adversarios estaba condenado de antemano!...

Giordano llegó en ese momento.

Eran ya las ocho. Salimos.

Luciano tenía tanta prisa por llegar y hostigó tanto al cochero que, diez minutos antes de la hora convenida, estábamos ya en el punto de reunión. Nuestros adversarios llegaron a las nueve en punto. Los tres iban a caballo, seguidos de un criado, a caballo también. El señor de Chateau-Renaud tenía la mano en la abertura de la levita, y por un momento creí que llevaba la mano en cabestrillo.

Desmontaron a veinte pasos de nosotros, entregando al lacayo las riendas de sus caballos.

El señor de Chateau-Renaud se quedó atrás, pero, sin embargo, dirigió una mirada a Luciano; por muy alejados que estuviéramos, le vi palidecer. Se volvió, y con el latiguillo que llevaba en la mano izquierda se entretuvo en cortar las florecillas que brotaban entre el césped.

—Henos aquí, señores—dijo Chateaugrand.—Pero ya saben ustedes nuestra condición: este duelo será el último, y cualquiera que sea su desenlace, el señor de Chateau-Renaud no tendrá que responder a nadie de su doble resultado.

—Así está convenido—contestamos.

Luciano se inclinó en señal de asentimiento.

—¿Han traído ustedes las armas, señores?—preguntó el vizconde de Chateaugrand.

—Sí, las mismas.

—Seguramente, el señor de Franchi no las conoce...

—Mucho menos que el señor de Chateau-Renaud, quien ya se ha servido una vez de ellas. El señor de Franchi no las ha visto todavía.

—Perfectamente, caballeros. Ven, Chateau-Renaud.

Inmediatamente nos internamos en el bosque sin pronunciar una palabra más: apenas repuestos de la escena cuyo teatro íbamos a volver a ver, todos sentíamos que iba a pasar algo no menos terrible.

Llegamos a la hondonada.

El señor de Chateau-Renaud, merced a una gran fuerza de voluntad y a un gran dominio de sí mismo, parecía tranquilo; pero los que lo habíamos visto

en los dos encuentros podíamos apreciar la diferencia.

De tiempo en tiempo dirigía al soslayo una mirada a Luciano, y esa mirada reflejaba una inquietud muy semejante al espanto. Quizá lo preocupara el gran parecido de los hermanos, y creyera ver en Luciano la misma sombra de Luis...

Mientras se cargaban las pistolas vi que, por fin, sacaba la mano de la abertura de la levita; la llevaba envuelta en un lienzo húmedo para tranquilizar sus movimientos febriles.

Luciano aguardaba con la mirada tranquila y firme, como seguro de la venganza.

Sin que se le enseñara su sitio fué a tomar el que ocupara su hermano, lo que, naturalmente, obligó a Chateau-Renaud a volver al que ya había sido el suyo.

Luciano recibió su arma con una sonrisa de alegría. El señor de Chateau-Renaud, al tomar la suya, de pálido que estaba se puso lívido. Luego se pasó la mano entre el cuello y la corbata, como si éste lo sofocara.

Puede imaginarse el sentimiento de terror involuntario con que miraba yo a aquel joven, buen mozo, rico, elegante, que la víspera por la mañana creía tener largos años de vida y que, en aquel momento, con la frente cubierta de sudor, con el corazón oprimido por la angustia, se veía condenado a muerte...

—¿Están ustedes prontos?

—Sí—contestó Luciano.

El señor de Chateau-Renaud hizo una señal afirmativa.

Yo miré hacia otro lado.

Oí las dos palabras sucesivas, y a la tercera la detonación de las pistolas.

Me volví. El señor de Chateau-Renaud estaba tendido en el suelo, muerto instantáneamente, sin haber podido exhalar un suspiro, sin haber podido hacer un movimiento.

Me acerqué a él, impulsado por la invencible curiosidad que nos lleva a seguir hasta el fin una catástrofe: la bala le había penetrado por la sien, por

el mismo sitio que me había señalado Luciano.

Corrí hacia éste; se había quedado tranquilo e inmóvil; pero, al verme cerca de él, dejó caer la pistola y se arrojó en mis brazos.

—¡Oh! mi pobre, mi pobre hermano—exclamó rompiendo en sollozos.

Eran las primeras lágrimas que derramaba por la muerte de Luis.

FIN